
ODIARNOS
NUNCA
FUE
SUFICIENTE
El odio fue solo el principio. La verdad lo cambió todo
Melanie Wade

Odiarnos nunca Fue suficiente

Melanie Wade

Copyright © 2026
All rights reserved.

DEDICATORIA

A mi familia, por ser mi refugio de amor, fortaleza y serenidad. Gracias por confiar en mí, incluso en los momentos en que yo misma flaqueaba.

Por cada gesto de ánimo, y por recordarme que unidos somos capaces de vencer cualquier obstáculo.

Este libro es tanto vuestro como mío, porque vuestro apoyo ha sido el pilar fundamental para hacerlo realidad.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
EPÍLOGO



CAPÍTULO 1

Café amargo y encuentros inevitables

Lunes, 16 de junio de 2025

El agua caliente caía sobre los hombros de Eva mientras intentaba quitarse de encima la tensión acumulada del día. Había sido una jornada larga en el bufete, con tres clientas que parecían empeñadas en complicar sus propios divorcios más de lo necesario.

Una de ellas había llorado durante cuarenta minutos seguidos sin parar de repetir que su marido era "un completo gilipollas, pero que quizás podían intentarlo de nuevo". Eva había tenido que contener el impulso de zarandearla y recordarle que llevaban seis meses con el proceso de separación y que el tipo ya vivía con otra.

Se pasó la esponja por los brazos con más fuerza de la necesaria. Odiaba cuando sus clientas se volvían atrás, cuando la inseguridad las hacía dudar justo cuando estaban a punto de conseguir su libertad. Le recordaba demasiado a sí misma en otro tiempo, cuando todavía creía que su matrimonio podía salvarse.

«Tres años», pensó mientras cerraba el grifo y alcanzaba la toalla. Tres años desde que había descubierto que David tenía una aventura con la pelirroja de contabilidad. Tres años desde que había dejado de ser tan idiota como para creer en promesas masculinas.

Se secó el pelo con movimientos mecánicos y se plantó delante del armario. Hoy tenía la cena en casa de Janet. Mierda. Se le había olvidado durante un par de gloriosas horas, pero ahí estaba de nuevo, acechándola como si fuera un examen sorpresa para el que no había estudiado.

No es que Janet le cayera mal; al contrario. La conocía desde que Carol y Jenny habían empezado primaria y siempre habían tenido muy buena relación, aunque ahora que las niñas ya volvían

solas del colegio, apenas coincidían. El problema no era Janet. El problema era el dichoso campamento de verano.

Eva sacó un vestido negro del armario, simple, de tirantes finos y muy apropiado para una noche de junio en la que el calor apretaba incluso después de las ocho. Se lo puso frente al espejo y buscó las sandalias altas que se ataban a las pantorrillas. Nada formal, nada que sugiriera que aquello era una ocasión especial. Porque no lo era. Era solo una cena para hablar del campamento de verano al que su hija quería ir y al que ella, definitivamente, no quería enviarla.

Pasó por la habitación de Carol antes de salir. La cama estaba sin hacer, como siempre, y había ropa tirada sobre la silla del escritorio. Una sonrisa involuntaria se le escapó. Su hija era un desastre, pero era su desastre. Y la idea de que pasara todo el mes de agosto en mitad del monte, rodeada de mosquitos y sin una ducha decente, le revolvía el estómago.

«Un entorno controlado», le había dicho Janet por teléfono. «Monitores las veinticuatro horas, actividades supervisadas, todo muy seguro». Eva no las tenía todas consigo. ¿Qué clase de control podía haber en un campamento con decenas de adolescentes? Había visto suficientes casos en su bufete como para saber que las cosas se descontrolaban rápido cuando se juntaban hormonas, libertad y falta de supervisión adulta.

Cogió el bolso, las llaves del Mercedes y salió del loft. El ascensor tardó una eternidad en llegar y ella aprovechó para mirar el móvil. Un mensaje de Soraya: "¿Qué tal la cena misteriosa? ¿Hay candidato?" Eva puso los ojos en blanco y guardó el teléfono sin responder. Su secretaria tenía la molesta costumbre de ver posibilidades románticas en cualquier evento social que incluyera hombres.

No era una cita a ciegas. No era nada parecido. Era solo una reunión de padres para hablar de un campamento. Punto. Aunque, pensándolo bien, recordaba vagamente que Janet había mencionado

algo sobre "el padre de Natalie también va a venir". Natalie, la otra mejor amiga de Carol, la tercera del inseparable trío.

Eva no había llegado a conocer al padre de Natalie. Sabía que era viudo, que su mujer había muerto hacía unos años y que la niña era educada y tranquila. Poco más.

El Mercedes arrancó con su ronroneo habitual y Eva salió del aparcamiento subterráneo hacia las calles de Tribeca. El tráfico era denso, pero manejable. Puso música, algo de jazz instrumental que no requería atención, y se dejó llevar por el ritmo de los semáforos y las señales.

«Esto no es una cita a ciegas», se repitió mientras giraba en una esquina. Las dos que Soraya le había organizado habían sido un desastre de proporciones épicas. El primero fue un ejecutivo de banca con complejo de superioridad que se había pasado dos horas hablando de sus inversiones y de lo inteligente que era. El segundo aún fue peor: un divorciado que no hacía más que comparar a Eva con su exmujer y que terminó llorando durante el postre. Patético.

Pero esto era diferente. Esto era una reunión funcional. Hablarían del campamento, de los permisos, de las actividades, quizás de los costes. Nada personal. Nada incómodo.

Aparcó frente a la casa de los Dawson, una bonita vivienda adosada en una tranquila zona residencial. Janet ya le había avisado de que las niñas estaban allí, probablemente encerradas en la habitación de Jenny y haciendo planes para el jodido campamento. Eva suspiró, apagó el motor y se miró una última vez en el espejo retrovisor. Tenía buen aspecto, profesional pero relajada. Llevaba su pelo rubio recogido en una coleta, un ligero maquillaje y unos discretos pendientes.

«Solo es una cena», se dijo mientras abría la puerta del coche. «Una cena para hablar de niñas y campamentos. No puede ser tan terrible».

Se equivocaba.

Llamó al timbre y esperó, ajustándose el vestido negro aunque no hiciera falta. Escuchó pasos dentro, risas de niñas en el piso de arriba y el sonido de una puerta al abrirse.

Janet apareció con una amplia sonrisa y un delantal lleno de manchas de salsa de tomate.

—Eva, llegas justo a tiempo —dijo mientras se hacía a un lado para dejarla pasar—. Pasa, pasa. Las niñas están arriba, como siempre, conspirando sobre el campamento.

Se rio y Eva le devolvió la sonrisa mientras entraba.

—Alex ya ha llegado, está en el salón —continuó Janet cerrando la puerta—. Ven, te lo presento.

Eva sintió una punzada de algo parecido a la inquietud. «Alex. El padre de Natalie. El viudo».

Siguió a Janet por el pasillo, oliendo el aroma de algo que se cocinaba en el horno. La casa era acogedora, llena de fotos familiares y cómodos muebles, el tipo de hogar que gritaba "familia feliz" por todos lados. Eva nunca había conseguido ese ambiente en su propia casa, ni siquiera cuando estaba casada.

—Está a punto de salir la lasaña —continuó Janet mientras caminaban—. Espero que te guste; es la receta de mi madre y las niñas la adoran.

Llegaron al salón y Janet se adelantó con ese característico entusiasmo suyo.

—Alex, mira, ya ha llegado Eva.

El salón se abrió ante ella y Eva levantó la vista, preparada para saludar al viudo y desconocido padre de Natalie.

Lo vio y el mundo se detuvo un segundo.

«Joder».

Era él. El tipo del gimnasio.

Muy alto, con el pelo negro algo despeinado y esos ojos verdes que, cuando la miraban, la hacían sentir ridículamente nerviosa. Llevaba unos desgastados vaqueros y una camiseta gris que se ajustaba lo suficiente como para dejar claro que no era un tipo que se pasaba los días sentado detrás de un escritorio.

Eva lo había visto allí muchas veces en los últimos meses. Nunca era un habitual como ella, no tenía horario fijo, pero cada vez que llegaba al gimnasio, se sorprendía a sí misma buscándolo con la mirada. Una ojeada rápida a las máquinas de cardio, un vistazo casual a la zona de pesas.

Y cuando lo encontraba… intentaba no mirarlo demasiado. Aunque era difícil no hacerlo.

Había algo en su forma de moverse, en la intensidad con la que entrenaba, que resultaba… fascinante. Y sí, atractivo. Demasiado atractivo, y eso hacía que Eva tuviera que recordarse a sí misma que no estaba interesada en hombres, y mucho menos en tipos seguros de sí mismos que probablemente dejaban un rastro de corazones rotos a su paso.

La mayoría de los días que coincidían, sus miradas se cruzaban, y Eva sentía una descarga eléctrica recorrer su columna. Y siempre apartaba la vista rápidamente, como si fuera una adolescente, pero nunca habían intercambiado ni una palabra. Ni un saludo. Ni un simple gesto de reconocimiento.

Y ahora estaba ahí. En el salón de Janet. Y era el padre de Natalie.

«Por supuesto», pensó Eva con una mezcla de irritación y deseo. «Por supuesto que es él».

Había algo en su postura, en la forma en que ocupaba el espacio, apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, que le recordó a esos tipos que había visto en documentales sobre militares. Seguro, centrado, consciente de todo lo que pasaba a su alrededor.

Y guapo. Joder, era aún más guapo de cerca que a distancia. No del modo ejecutivo-de-revista que tanto despreciaba. Guapo de una forma más cruda, más visceral.

«Genial», pensó Eva mientras sentía cómo se le tensaba la mandíbula. «Justo lo que necesitaba. Otro tipo seguro de sí mismo».

Pero lo que más le molestó fue la expresión en su rostro cuando la miró. No había ni un atisbo de reconocimiento. Nada. Como si nunca la hubiera visto en toda su vida.

«Ni siquiera se ha fijado en mí», pensó Eva, y sintió una punzada de irritación que no tenía ningún derecho a sentir. «Todas esas veces buscándolo con la mirada como una idiota, y él ni siquiera sabe que existo».

Eva dio un paso adelante y extendió la mano, manteniendo el tono profesional que usaba en el bufete.

—Eva Watts.

Él se separó de la pared y estrechó su mano. Era grande, callosa, firme. La misma mano que Eva había visto levantando pesas que parecían imposibles. No intentó impresionarla con un apretón exagerado, simplemente la sostuvo el tiempo justo.

—Alexander Kraft —respondió con una voz grave que resonó más de lo que Eva esperaba—. Llámame Alex.

Ni una palabra sobre el gimnasio. Ni un «oye, ¿tú no vas al gimnasio de la calle X?». Nada.

Eva soltó su mano un segundo antes de lo educado, con más brusquedad de la necesaria.

—Eva está bien.

Janet los miraba con esa expresión esperanzada que Eva ya conocía. La misma que ponía Soraya cuando intentaba emparejarla con alguien. «Por favor, que no se le ocurra nada raro», rogó mentalmente Eva.

—Bueno, pues ya os conocéis —dijo Janet juntando las manos con evidente satisfacción—. Voy a terminar en la cocina, que la

lasaña ya estará a punto.

Se giró hacia la puerta, pero antes de salir añadió:

—Poneos cómodos, las niñas bajarán en un momento.

Y desapareció hacia la cocina, dejándolos solos.

Eva se quedó de pie en el salón, mirando a Alex, que la miraba a ella sin el menor indicio de haberla visto antes. El silencio se extendió durante unos incómodos segundos. Él seguía apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, y la observaba con esos ojos verdes que en el gimnasio la habían puesto nerviosa y que ahora solo conseguían irritarla.

«Ni siquiera me recuerda», pensó Eva con una mezcla de indignación y algo parecido a la decepción. «Perfecto. Simplemente perfecto».

Finalmente, Alex rompió el silencio sin moverse de su sitio junto a la ventana.

—Así que tú eres la madre de Carol.

Su tono era neutro, casual, pero había algo en su mirada que la ponía en alerta.

—Y tú el padre de Natalie —respondió ella con el mismo tono, quizás un poco más frío de lo necesario.

Alex asintió levemente.

—Las niñas se llevan muy bien, y Carol parece una buena chica.

—Lo es —dijo Eva con un deje de orgullo en la voz—. Natalie también.

Otro silencio. Eva decidió sentarse en el sofá, porque quedarse de pie parecía más raro todavía. Se acomodó intentando parecer relajada y cruzó las piernas. Alex permaneció donde estaba, apoyado contra la pared, con una postura que no parecía relajada.

Era la misma postura que adoptaba en el gimnasio cuando descansaba entre series. Eva lo había espiado suficientes veces

como para reconocerla.

Pero él claramente no se había fijado en ella.

Dejó su bolso en el sofá y antes de hablar respiró hondo.

—Supongo que estamos aquí por el tema del campamento.

Alex asintió sin apartar la mirada de ella.

—Eso parece. Natalie lleva semanas hablando de eso.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más, y Eva se obligó a no mirar demasiado tiempo ese gesto. Le había visto hacer lo mismo después de terminar una sesión de entrenamiento especialmente dura.

—Carol también —admitió Eva, ajustándose el vestido negro sobre las rodillas—. Aunque yo no estoy muy convencida de la idea.

Algo cambió en la expresión de Alex. Una ceja se levantó levemente y una desconcertada sonrisa apareció en sus labios.

—¿No? —Se separó un poco de la pared, descruzando los brazos—. ¿Por qué?

Eva sintió que el tono era levemente desafiante, como si estuviera cuestionando su criterio. Se irguió un poco en el sofá y enderezó la espalda.

—Porque son unas niñas de doce años —dijo midiendo cada palabra—. Y pasar un mes entero en mitad del monte sin supervisión adecuada me parece una imprudencia. Pueden pasar mil cosas.

Alex dio un paso hacia el centro del salón, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Supervisión adecuada —repitió, y esta vez la sonrisa fue más evidente—. ¿Has leído el programa del campamento?

Eva apretó los labios.

—Por supuesto que lo he leído.

Sacó el móvil del bolso como si necesitara hacer algo con las manos.

—Entonces sabrás que hay monitores cualificados, actividades planificadas, protocolos de seguridad. —Alex se encogió de hombros, con el típico gesto que parece restarle importancia a todo—. No es un campo de refugiados, es un campamento de verano organizado por el colegio.

Eva sintió cómo se le tensaba la espalda. Dejó el móvil sobre el sofá con más fuerza de la necesaria.

—Soy consciente de todo eso —dijo con voz controlada—, pero sigo sin verlo claro. Son muy jóvenes.

Alex se acercó un poco más, quedando a medio camino entre la ventana y el sofá donde ella estaba sentada.

—Son adolescentes. Tienen doce años, no cinco. —Cruzó los brazos de nuevo sobre el pecho—. Necesitan aprender a ser independientes.

Eva se levantó del sofá de golpe, ya harta de mirarlo desde abajo.

—Necesitan seguridad.

Su respuesta fue más seca de lo que pretendía, pero ya no le importaba.

Alex la miró desde su altura, sin retroceder ni un centímetro.

—Estarán seguras —dijo con esa calma irritante que hacía que Eva quisiera sacudirlo—. Y además aprenderán a valerse por sí mismas. A confiar en sus capacidades. A no depender de que mamá esté ahí para resolver cada pequeño problema.

Eva sintió que la sangre le hervía. Dio un paso hacia él, acortando la distancia entre ambos.

—¿Mamá? —repitió en forma de pregunta, con incredulidad.

Se cruzó de brazos, imitando su postura. «Este tío… ¿Acaba de insinuar que soy sobreprotectora?», pensó. «Este tío que ni siquiera me reconoce del gimnasio donde he estado observándolo como una idiota durante meses».

—No se trata de resolver problemas, sino de ser responsable —le dijo con voz controlada pero firme—. No quiero exponer a mi hija a situaciones innecesarias.

Alex ladeó la cabeza ligeramente y fijó en Eva esos ojos verdes que la ponían nerviosa.

—¿Innecesarias? —Se separó de su posición y dio otro paso hacia ella. Se puso lo bastante cerca como para que ella pudiera oler su colonia, algo fresco y masculino que definitivamente no ayudaba a su concentración. Era la misma que había captado alguna vez en el gimnasio—. Es un campamento de verano. Actividades al aire libre. Socialización. Experiencias nuevas… —Enumeró con los dedos—. ¿Qué tiene eso de innecesario?

Eva levantó la barbilla, negándose a dejarse intimidar por su altura.

—El riesgo —respondió sin apartar la mirada—. Accidentes, lesiones, supervisión insuficiente de adolescentes en plena pubertad. —Hizo una pausa y añadió con un tono desafiante—: ¿Quieres que siga?

Alex la miró fijamente durante unos segundos que se hicieron eternos. Luego se rio de forma espontánea y volvió a cruzarse de brazos.

—Creo que estás exagerando un poco, ¿no?

Eva sintió cómo se le calentaban las mejillas. Se obligó a no mirarle los brazos, que bajo esa camiseta gris parecían… joder, no, no iba a pensar en eso. Ya había dedicado suficiente tiempo a pensar en esos brazos en el gimnasio.

—Las niñas necesitan espacio para crecer —continuó él con esa seguridad que tanto la irritaba.

Eva apretó los puños a los costados.

—Las niñas necesitan padres que las protejan.

Alex dio otro paso y se quedó peligrosamente cerca. Su voz bajó un tono cuando respondió:

—Las niñas necesitan padres que confíen en ellas.

Se miraron fijamente y Eva sintió algo extraño en el estómago. Era una mezcla de irritación y otra sensación que prefería no identificar. Ya la había sentido en el gimnasio cuando sus miradas se habían cruzado, pero multiplicada por mil. Alex tenía los ojos más verdes que había visto nunca y había algo en su forma de sostenerle la mirada que resultaba desafiante. Pensó que era un tío molesto, jodidamente atractivo y… completamente ajeno al hecho de que ya se habían visto antes.

Eva fue la primera en romper el contacto visual, girando ligeramente la cabeza.

—Supongo que tenemos visiones diferentes sobre la crianza —dijo mientras intentaba recuperar algo de compostura.

Alex asintió, sin apartar la mirada de ella.

—Supongo que sí —respondió, y su boca se curvó con esa irritante sonrisa que ponía a Eva de los nervios.

El sonido de la voz de Janet desde la cocina los interrumpió como un jarro de agua fría.

—¡La cena está lista!

Y luego, gritó hacia las escaleras:

—¡Niñas, bajad!

Eva miró hacia la escalera, escuchó un estruendo de pasos en el piso superior, y las tres adolescentes aparecieron como un tornado de risas y energía. Carol llegó la primera, bajando los escalones de dos en dos, con su pelo castaño recogido en una coleta y esos ojos marrones que había heredado de su exmarido. Detrás venían Natalie, una niña de rasgos suaves y pelo rubio, que se parecía muy poco a su padre, y Jenny, que era pelirroja como su madre y tenía pecas por toda la cara.

Carol se lanzó directamente a los brazos de Eva.

—¡Mamá!

Eva la abrazó y sintió cómo parte de su tensión se disolvía con el contacto.

—Hola, cariño.

Carol se separó un poco, con los ojos brillantes de emoción.

—¿Ya has conocido al padre de Nat?

Miró a Eva y a Alex, con evidente curiosidad.

Eva le sonrió a su hija, aunque por dentro todavía sentía el eco de la discusión. Y la irritación por no haber sido reconocida.

—Acabamos de presentarnos.

Carol prácticamente rebotaba de entusiasmo.

—Alex es genial, mamá. Pinta cuadros increíbles y además…

Eva levantó una mano con suavidad, interrumpiéndola antes de que siguiera.

—Carol.

La niña se detuvo a mitad de frase, mirándola expectante.

—Vamos a cenar, ¿vale?

Carol asintió, aunque Eva pudo ver el destello de decepción en sus ojos por no poder seguir hablando de lo genial que era el padre de su amiga.

La cena fue exactamente tan incómoda como Eva había temido. Se sentaron alrededor de la mesa del comedor. Las tres niñas apretujadas en una punta de la mesa, parloteando sin parar. Janet y Eva en un lado, y su marido Robert y Alex frente a ellas, en el otro extremo.

Janet sirvió la lasaña con una radiante sonrisa, intentando mantener la conversación.

—¿Cómo van las cosas en el bufete, Eva? —preguntó mientras ponía una generosa porción en el plato de cada uno.

Eva aceptó su plato con una sonrisa.

—Bien, gracias. Mucho trabajo, como siempre.

Cortó un trozo de lasaña con el tenedor, concentrándose en su plato.

—Eva tiene su propio bufete —explicó Janet mirando a Alex—. Es abogada especializada en divorcios.

Eva sintió la mirada de Alex y levantó la vista. Él la observaba con una expresión que no supo interpretar.

—Interesante elección de especialidad —comentó él antes de llevarse un bocado a la boca.

El tono era neutro, pero Eva detectó algo especial. ¿Juicio? ¿Curiosidad?

—Alguien tiene que ayudar a la gente a salir de matrimonios desastrosos —respondió ella con convicción. Tomó su copa de vino y bebió un sorbo.

Alex levantó una ceja, pero no respondió. En su lugar, se giró hacia Janet.

—La lasaña está deliciosa, Janet.

—Gracias —dijo Janet, halagada por el cumplido—. Es la receta de mi madre.

Miró a Robert con cariño y él le guiñó un ojo. Eva sintió una punzada que identificó como envidia.

Las niñas, ajenas a la tensión entre los adultos, seguían con su atropellada conversación. Carol gesticulaba con las manos mientras hablaba, casi tirando su vaso de agua.

—Y después de las actividades de la mañana podremos ir al lago —decía con entusiasmo—. ¿Verdad que es genial, mamá?

Eva parpadeó, volviendo su atención a su hija.

—¿Qué? Ah, sí, cariño.

Carol frunció el ceño al notar que su madre no había estado prestando atención.

—¿Estás bien?

Eva forzó una sonrisa más amplia.

—Perfectamente. Solo pensaba en el trabajo.

Mentira. Estaba pensando en el hombre sentado frente a ella, que en ese momento le pasaba la cesta del pan a Robert mientras comentaba algo sobre los Knicks.

La cena continuó en ese tono. Janet hacía preguntas, Robert contaba anécdotas sobre su trabajo en la constructora, las niñas reían y planeaban. Eva y Alex participaban cuando era necesario, pero entre ellos apenas cruzaron palabras durante toda la comida.

Sin embargo, Eva era consciente de cada movimiento que él hacía. De cómo sus manos, grandes y seguras, manejaban los cubiertos. De la forma en que se echaba hacia atrás en la silla cuando escuchaba, y de que su voz era diferente cuando hablaba con Natalie: más suave y mucho más cálida.

«Para ya», se ordenó mientras empujaba la lasaña por su plato. «Estás comportándote como una adolescente».

Pero era difícil ignorarlo. Cada vez que levantaba la vista, ahí estaban sus ojos verdes, observándola. Y cada vez que él hablaba, su voz tenía ese tono tranquilo y seguro que la ponía de los nervios y, joder, también despertaba fantasías que… que no debería admitir.

«Es como David», se dijo mientras tomaba otro sorbo de vino y recordaba a su exmarido. «Demasiado seguro de sí mismo. Demasiado convencido de que tiene razón en todo».

Pero no era como David. Ni siquiera se parecía. Su exmarido era todo pose y palabras superficiales. Alex era… más coherente. Y eso lo hacía más impredecible.

Cuando terminaron de cenar, las niñas pidieron permiso para volver a la habitación de Jenny. Janet asintió, con una indulgente sonrisa, y ellas desaparecieron escaleras arriba en un torbellino de risas.

—Las dejaré que disfruten un rato más —dijo Janet levantándose para recoger los platos—. Mañana ya no hay clases, solo exámenes, y aún es pronto.

Eva se levantó también y apiló su plato con el de Carol.

—Deja, yo te ayudo.

—No hace falta, de verdad…

—Insisto.

Necesitaba hacer algo con las manos, moverse, no quedarse sentada en esa mesa con Alex tan cerca. Llevó los platos a la cocina y Janet la siguió con el resto. Robert desapareció hacia el salón, probablemente para ver el partido, y Alex…

Eva se giró y casi chocó con él. Estaba justo detrás, con más platos en las manos y lo suficientemente cerca como para que ella tuviera que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Disculpa —dijo él dando un paso atrás.

Eva agarró los platos que él le ofrecía y sus dedos se rozaron en el proceso. Fue un contacto breve, insignificante, pero sintió como un hormigueo que le subía por el brazo.

—Gracias —murmuró, girándose rápidamente hacia el fregadero.

Dejó los platos en la encimera con más fuerza de la necesaria, haciendo que tintinearan.

Janet entró en la cocina con las copas de vino, canturreando algo.

—Bueno, ahora que las niñas no nos oyen —dijo mientras dejaba las copas sobre la encimera—, ¿qué os parece lo del campamento?

Su tono era esperanzado y Eva supo que había llegado el momento inevitable. Mientras se secaba las manos en un paño de cocina, se giró hacia Janet.

—Yo todavía tengo dudas —admitió—. Me parece que son muy jóvenes.

Alex, que estaba apoyado contra la encimera con los brazos cruzados, intervino con esa naturalidad que tanto la irritaba.

—Yo creo que es una gran oportunidad. Natalie ya está preparada para algo así.

Se encogió de hombros como si fuera lo más evidente del mundo.

Eva se giró hacia él y apretó el trapo entre sus manos.

—Pues Carol quizás no.

Alex la miró directamente, ladeando la cabeza.

—¿Se lo has preguntado?

Eva sintió cómo se le disparaba el pulso y soltó el paño sobre la encimera.

—Por supuesto que se lo he preguntado. Y me ha dicho que quiere ir. Pero los niños no siempre saben lo que es mejor para ellos.

Alex se separó de la encimera y descruzó los brazos.

—A veces los padres tampoco.

Su voz era tranquila, casi casual, pero las palabras cayeron como una bomba en la cocina.

Eva sintió que se le calentaban las mejillas. Dio un paso hacia él.

—Creo que conozco a mi hija mejor que un desconocido —dijo, con la voz fría y cortante.

Lejos de retroceder, Alex clavó su vista en la suya con unas pupilas que daban la impresión de ver más allá de lo evidente.

—No digo lo contrario —respondió con calma—. Solo digo que quizás estás dejando que tus propios miedos influyan en tu decisión.

Eva cerró los puños y las palabras le salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Mis propios miedos? ¿Me estás psicoanalizando?

Alex metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, relajado.

—Solo comento lo obvio.

Janet levantó las manos, con expresión alarmada.

—Chicos, chicos, no hace falta ponerse así. —Intentó mediar con una risa nerviosa—. Es solo un campamento.

Pero Eva ya no estaba escuchando. Toda su atención estaba centrada en Alex, en esa mirada que tenía una intensidad que la ponía furiosa y, joder, también nerviosa.

Se obligó a respirar hondo y se giró hacia Janet.

—Creo que esta conversación no lleva a ningún lado —dijo, intentando controlar el temblor en su voz.

Cogió su bolso del respaldo de la silla donde lo había dejado.

—Janet, gracias por la cena. La lasaña estaba deliciosa.

Luego levantó la voz hacia las escaleras:

—Carol, nos vamos.

—¿Pero mamá…? —se escuchó la voz de protesta de Carol desde arriba.

—Nos vamos, Carol —repitió Eva con firmeza—. Ahora.

El tono no admitía discusión. Se escucharon pasos en las escaleras y Carol apareció con cara de funeral, arrastrando los pies.

—Pero si acabamos de empezar a…

—He dicho que nos vamos.

Eva ya estaba caminando hacia la puerta. Carol se despidió de sus amigas con un abrazo y la siguió, murmurando algo sobre madres injustas.

Eva llegó al umbral y su mano ya estaba en el pomo cuando la voz de Alex la detuvo.

—Eva.

Su tono era diferente. Más suave, pero aún firme.

Eva se giró, todavía furiosa y con la mano apretada alrededor del pomo de la puerta.

—¿Qué?

Alex dio un par de pasos hacia ella. Se detuvo a una distancia prudente, pero su mirada era intensa.

—Las niñas van a ir a ese campamento. Lo quieras o no. —Hizo una pausa y fijó su mirada en ella—. Quizás sea el momento de decidir si quieres darles tu beneplácito o prefieres que esto se convierta en un conflicto.

Eva apretó la mandíbula y sintió cómo, de la rabia, le temblaba ligeramente la barbilla.

—No me digas cómo criar a mi hija.

Las palabras salieron como un siseo. Alex se encogió de hombros, pero sus ojos no se apartaron de los de ella.

—No lo hago. Solo te digo que a veces hay que saber cuándo ser más flexible.

Se miraron durante unos segundos que parecieron eternos. Eva notó que su corazón latía demasiado fuerte. Giró el pomo con más fuerza de la necesaria y abrió la puerta de golpe.

—Buenas noches, Alexander.

Arrastró las sílabas de su nombre como si fueran un insulto, con cada letra cargada de sarcasmo.

Alex no se inmutó, pero en su rostro apareció esa sonrisa que le provocaba ganas de pegarle. O besarlo. O ambas cosas.

—Buenas noches, Eva.

Su voz sonó casi… divertida.

Eva salió de la casa con Carol pisándole los talones. Cerró la puerta del Mercedes con más fuerza de la necesaria y arrancó el motor con manos temblorosas. Carol iba en silencio en el asiento del copiloto y mirando por la ventanilla, con expresión triste y los brazos cruzados sobre el pecho.

Eva condujo las primeras dos manzanas en absoluto silencio, con las manos aferradas al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Mamá… —dijo Carol compungida.

Eva apretó el volante con más fuerza.

—No quiero hablar del tema ahora, Carol.

—Pero… —La niña se giró en su asiento para mirarla.

—He dicho que no.

El tono era más duro de lo que pretendía, pero Eva sentía un nudo en la garganta.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Eva conducía casi en piloto automático, intentando ignorar el martilleo de su corazón y la imagen de esos ojos verdes que parecían grabados en su retina. En un semáforo en rojo, se frotó las sienes con los dedos, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza.

«Alexander Kraft», pensó mientras el semáforo cambiaba a verde y arrancaba de nuevo. «El padre más arrogante e insufrible que he conocido nunca».

Y también, para su absoluta irritación, el más atractivo.

Giró en su calle con un suspiro de alivio. Hogar. Seguridad. A suficiente distancia de ese hombre y sus no solicitadas opiniones.

«Mierda», pensó mientras aparcaba en su plaza del garaje subterráneo.

Carol salió del coche a toda prisa, sin mirar atrás, y se dirigió al ascensor con una visible apatía. Mientras sentía el cansancio acumulado de esa terrible noche, Eva, con el bolso colgando, la siguió.

El ascensor subió en silencio. Carol miraba los números iluminarse uno tras otro, con los labios apretados. Eva la observó de reojo. Se sentía culpable, pero también demasiado agotada emocionalmente como para lidiar con eso ahora.

Entraron en el loft y Carol se fue directa a su habitación sin decir palabra. Eva escuchó el portazo y cerró los ojos. Genial. Ahora su hija la odiaba. Un final perfecto para una noche infernal.

Se quitó las sandalias de una patada y dejó el bolso sobre la encimera de la cocina. El loft estaba oscuro, excepto por las luces de la ciudad que entraban por los ventanales. Se sirvió una copa de vino blanco del frigorífico y se quedó de pie frente a la ventana, mirando las luces de Tribeca con la mirada perdida.

«Quizás estás dejando que tus propios miedos influyan en tu decisión».

Las palabras de Alex resonaban en su cabeza, molestas, insistentes.

«Joder», murmuró llevándose la copa a los labios. Tomó un largo sorbo de vino.

¿Tenía razón? ¿Estaba proyectando sus propios miedos en Carol? ¿Era eso lo que estaba haciendo?

Pensó en su hija, en la forma en la que le brillaban sus ojos de emoción cuando hablaba del campamento. En que las tres niñas estaban contando los días que faltaban.

Y pensó en sí misma, en cómo su propio padre le había dado libertad para crecer, para explorar, para cometer sus propios errores. Y sabía que eso la había convertido en la mujer que era.

«Mierda», repitió, esta vez en voz alta.



CAPÍTULO 2

Remordimientos y reflexiones

Martes, 17 de junio de 2025

Eva llevaba toda la mañana de un humor de perros. Había dormido fatal. Cada vez que cerraba los ojos veía esos malditos ojos mirándola con esa mezcla de desafío y diversión que la ponía furiosa. Y cuando conseguía quedarse dormida, soñaba con absurdas discusiones sobre campamentos y crianza que terminaban de formas que… no debería estar soñando con un completo desconocido.

Se había levantado temprano, había salido a correr sus habituales ocho kilómetros con más intensidad de la necesaria, y ahora estaba en la ducha dejando que el agua fría la despejara. No funcionaba. Seguía molesta, seguía tensa, y lo peor de todo es que no sabía muy bien por qué.

«Porque es un puto arrogante», se dijo mientras se secaba con movimientos bruscos, frotando la toalla contra su piel con más fuerza de la necesaria. «Porque se cree con derecho a opinar sobre cómo crío a mi hija. Porque tiene esa forma de mirarme como si…»

No. No iba a pensar en cómo la miraba.

Se puso el albornoz y salió del baño, con el pelo goteando sobre los hombros. Cuando Eva llegó a la cocina, Carol ya estaba despierta. Estaba sentada en uno de los taburetes altos, con un bol de cereales y el móvil en la mano. Mantenía esa expresión de cordero degollado que llevaba desde anoche, los hombros caídos y su boca mostraba un rictus de tristeza.

Eva se sirvió un café, llenó la taza hasta el borde y se sentó frente a su hija. El incómodo silencio se extendió entre ellas, solo roto por el sonido de la cuchara de Carol removiendo los cereales, pero sin comerlos.

Eva suspiró y dejó su taza sobre la encimera con un golpe suave.

—Buenos días —dijo intentando poner un tono de voz normal.

Carol levantó la vista apenas un segundo antes de volver a mirar su bol.

—Buenos días —murmuró sin levantar los ojos del teléfono.

Eva tomó un sorbo de café y sintió cómo la cafeína empezaba a hacer efecto. Observó a su hija durante unos segundos, viendo cómo evitaba su mirada de forma deliberada.

—Carol, mírame.

El tono no era una petición. Carol levantó la vista de forma lenta, con esos ojos marrones de su padre, pero con una expresión que era pura Eva cuando estaba enfadada: mandíbula tensa, ceño fruncido, labios apretados.

Eva dejó la taza sobre la encimera y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la superficie fría.

—No estoy diciendo que no puedas ir al campamento —empezó con voz calmada—. Solo digo que necesito pensarlo mejor.

Carol dejó la cuchara en el bol con un tintineo metálico.

—Ya lo has pensado, mamá —dijo con voz plana—. Has decidido que no.

Se cruzó de brazos, imitando sin querer el gesto de su madre. Eva sintió una punzada en el pecho, pero mantuvo la voz firme.

—No he decidido nada. Solo quiero estar segura de que es lo correcto.

Carol la miró con una mezcla de frustración y decepción que le dolió más de lo que Eva esperaba.

—Nat y Jenny van a ir. Sus padres ya han dicho que sí.

Prácticamente escupió las palabras.

Eva sintió una punzada de irritación al escuchar el nombre de Nat. Nat, la hija de Alex, ese tipo insufrible que le había dicho que

sus miedos influían en sus decisiones. Como si él supiera algo de ella.

Se frotó la frente con los dedos, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza.

—Cada padre toma sus propias decisiones —dijo con la voz controlada—. Yo soy tu madre y haré lo que crea que es mejor para ti.

Carol empujó el bol a un lado, haciendo que se deslizara por la encimera. Se bajó del taburete con un movimiento brusco.

—Lo que creas mejor para ti, querrás decir —murmuró bajando la vista.

Eva sintió cómo se le helaba la sangre. Se levantó también, rodeando la encimera.

—¿Perdona? —Su voz sonó más alta de lo que pretendía.

Carol se encogió ligeramente, pero mantuvo la mirada baja.

—Nada. Olvídalo.

Se levantó para irse a su habitación, pero Eva la cogió por el brazo.

—Carol…

La niña se soltó y dio un paso atrás.

—Tengo que irme al colegio —dijo con voz tensa—. Voy a llegar tarde.

Eva miró el reloj de la cocina y frunció el ceño.

—Faltan veinte minutos para que…

—He quedado con Nat y Jenny —la interrumpió Carol yendo hacia la puerta—. Nos vamos juntas.

Ya tenía su mochila en la mano y estaba poniéndose las zapatillas con movimientos apresurados.

Y antes de que Eva pudiera decir nada más, Carol ya había cogido su mochila y salía por la puerta, cerrándola con más fuerza de la necesaria.

Eva se quedó sola en la cocina, con su café humeante y una sensación de mierda en el pecho que se extendía como una mancha de aceite. Se dejó caer en el taburete que Carol acababa de abandonar y enterró la cara entre las manos.

«Genial. Ahora mi hija me odia».

Respiró hondo, intentando calmarse, pero las palabras de Carol resonaban en su cabeza. «Lo que creas mejor para ti».

Se frotó los ojos con las palmas de las manos y levantó la vista hacia el techo.

«Gracias, Alexander Kraft».

Dos horas después, Eva estaba en su despacho del bufete intentando concentrarse en un caso de custodia compartida que se estaba complicando más de lo necesario. Había leído el mismo párrafo tres veces y seguía sin procesar la información.

El marido quería quedarse con los niños los fines de semana alternos, pero se negaba a pagar la pensión completa. La mujer amenazaba con pedir una orden de alejamiento si él no dejaba de presentarse en su casa sin avisar. Un desastre.

Eva se frotó las sienes, intentando aliviar la presión que sentía detrás de los ojos. El café de la mañana había dejado paso a una necesidad urgente de más cafeína.

La puerta se abrió sin aviso previo y Soraya entró como un tornado pelirrojo, con una carpeta en las manos y esa expresión de determinación que significaba problemas.

—Eva, tienes que firmar estos documentos —dijo dejando la carpeta sobre el escritorio con un golpe seco.

Luego se cruzó de brazos y la miró con esos ojos que parecían ver demasiado.

—Y también necesito que me digas si quieres que reserve una mesa para la cena con ese amigo mío que…

Eva levantó una mano sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—No. No quiero ninguna cena con nadie.

Su tono resultó más gélido de lo que pretendía. Soraya no se movió, pero Eva la conocía demasiado bien como para saber lo que venía a continuación. Podía sentir su mirada clavada en ella como un láser.

—¿Qué pasó anoche?

Su tono era de curiosidad. Eva cerró el portátil con un suspiro de resignación y se recostó en su silla.

—Nada. Fue una cena normal.

Intentó utilizar un tono normal, pero sabía que Soraya no se iba a tragar eso.

Soraya inclinó la cabeza y la estudió con esa expresión que usaba cuando sabía que estaba mintiendo.

—¿Normal? Llegas esta mañana con cara de haber dormido tres horas y de querer matar a alguien. Eso no es normal.

Se sentó en el borde del escritorio, invadiendo el espacio personal de Eva.

Eva suspiró y dejó el bolígrafo sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Anoche conocí al padre de una de las amigas de Carol —admitió finalmente—. Un tipo insufrible que se cree con derecho a opinar sobre cómo criar a mi hija.

Cruzó los brazos sobre el pecho, molesta.

Soraya enarcó una ceja, y una sonrisa se extendió por su rostro. Se inclinó hacia delante con interés.

—¿Y está bueno?

Eva sintió cómo se le calentaban las mejillas.

—¿Qué? No. Bueno, sí, supongo. —Se frotó la frente con los dedos—. No es relevante.

Soraya se rio, con ese sonido agudo que significaba que había encontrado algo jugoso.

—Ya. Así que está bueno.

Se bajó del escritorio y empezó a pasearse por el despacho como un gato que acababa de atrapar un ratón.

Eva la señaló con el dedo.

—Soraya…

—¿Soltero? —preguntó girándose hacia ella con los ojos brillantes.

Eva se rindió. No tenía sentido mentir cuando Soraya se ponía así.

—Viudo.

Soraya se detuvo en seco y juntó las manos como si acabara de recibir un regalo.

—Mejor. Sin exesposa de por medio complicando las cosas. —Se acercó de nuevo al escritorio, apoyando las manos sobre él—. ¿Cuánto hace que…?

Eva se levantó de la silla. Necesitaba moverse.

—Cinco o seis años, creo. —Caminó hacia la ventana y miró hacia la calle sin ver realmente nada—. Y no importa, porque es un completo gilipollas.

Soraya sonrió con esa expresión de triunfo que Eva ya conocía.

—Un gilipollas bueno, viudo, padre responsable. —Enumeró con los dedos—. Interesante.

Eva se giró bruscamente, y la señaló con un dedo acusador.

—No es interesante. Es irritante. —Hizo una pequeña pausa—. Me pone de los nervios.

Cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

Soraya se encogió de hombros y le mostró una sonrisa que decía que no se creía ni una palabra.

—Eso es atracción sexual, cariño.

Eva sintió cómo se le subían los colores hasta las raíces del pelo. Volvió a su escritorio con pasos decididos.

—No seas ridícula. Ese tipo es arrogante, condescendiente y… —Se dejó caer en su silla con más fuerza de la necesaria.

Soraya se inclinó sobre el escritorio, con esa sonrisa de gato de Cheshire.

—¿Y te gusta?

Eva la fulminó con la mirada.

—Y nada, cotilla. Solo quiero que me dejes trabajar en paz. —Abrió el portátil de golpe, como si eso pudiera cerrar la conversación.

Soraya se rio mientras se dirigía a la puerta, disfrutando de la incomodidad de Eva. Pero antes de salir, se giró con la mano en el pomo.

—Por cierto, ha llegado una invitación del colegio —dijo en tono casual, aunque sus ojos brillaban con malicia—. Hay una reunión informativa sobre el campamento de verano. Es este sábado, a las once.

Hizo una pausa deliberada.

—¿Quieres que confirme asistencia?

Eva dejó caer la cabeza sobre el escritorio con un gemido.

—¿Tengo opción?

Soraya soltó una carcajada.

—No la tienes. Carol te matará si no vas.

Eva levantó la cabeza, pero solo lo suficiente para mirarla con un ojo.

—Confirma entonces.

—Hecho. —Soraya le guiñó un ojo antes de salir—. Y Eva… tómate un buen café. Algo me dice que vas a necesitarlo.

Cuando Soraya salió, cerrando la puerta tras ella, Eva se quedó mirando la pantalla del ordenador sin ver realmente nada. Una reunión el sábado. Genial. ¿Estaría él allí? Alexander. Alex. El insufrible padre con aquellos ojos verdes y esa forma de mirarla que…

Se frotó la cara con ambas manos, arrastrando los dedos hacia abajo.

«Para», se ordenó en voz alta. «No vas a pensar en él. Fin de la historia».

Intentó volver al caso de custodia, pero las palabras se difuminaban en la pantalla como si estuvieran escritas en un idioma que no entendía. Después de leer el mismo párrafo por cuarta vez, cerró el portátil con un suspiro de frustración y se recostó en la silla, mirando al techo.

Se levantó, cogió su bolso del respaldo de la silla y salió del despacho casi huyendo.

—Me voy a tomar ese café —le dijo a Soraya al pasar por su escritorio.

Soraya levantó la vista con una sonrisa.

—Claro. Lo necesitas.

Eva no se dignó a responder. Lo que necesitaba era aire, y salir de ese despacho antes de volverse loca.

Cogió el bolso y salió a la calle.

Era una de esas perfectas mañanas de mediados de junio en Nueva York, con un sol brillante pero no sofocante, y una suave brisa que hacía soportable caminar.

Eva caminó sin rumbo fijo durante unos minutos, mientras su mente divagaba. Tribeca estaba lleno de gente que aprovechaba la pausa del almuerzo: ejecutivos con sus trajes hablando por teléfono, turistas tomando fotos y madres empujando carritos de bebé.

Media manzana más adelante, dobló una esquina y vio una cafetería a la que solía ir. Era pequeña, tenía las mejores tartas de queso de la zona y el café era excelente. Perfecto. Cafeína y azúcar, justo lo que su cerebro necesitaba para resetear.

Entró y el aire acondicionado la recibió como un abrazo de frescura. Estaba casi lleno. El olor a café recién hecho y pan horneado llenó sus pulmones.

—¿Lo de siempre, Eva? —preguntó Mike desde detrás del mostrador, ya preparando su pedido.

—Por favor —respondió ella con una sonrisa agradecida—. Y un trozo de tarta de queso.

—¿Mal día? —preguntó él mientras servía el café con leche.

Eva se rio sin humor.

—Algo así.

Pagó, recogió su pedido y buscó una mesa junto a la ventana. Se sentó en la silla de madera, dejó el plato con la tarta sobre la mesa y tomó un largo sorbo de café. Cerró los ojos, saboreando.

Mejor. Ya estaba mejor.

Sacó el móvil del bolso y revisó sus mensajes, más por tener algo que hacer que por verdadero interés. No había nada importante. Un email del colegio confirmando la reunión del sábado que le hizo apretar los dientes, y otro de Sara, su íntima amiga, deseándole un buen día.

Eva estaba a punto de responder, con el pulgar sobre la pantalla, cuando una voz la detuvo en seco.

—Vaya. Qué pequeño es el mundo.

Su dedo se quedó congelado sobre el teléfono. Conocía esa voz. Mierda. Conocía esa voz.

Levantó la vista lentamente, casi con miedo de confirmar lo que ya sabía, y ahí estaba.

Alexander Kraft, con unos vaqueros oscuros que le quedaban demasiado bien y una camiseta negra que se ajustaba a su torso de una forma que debería ser ilegal. Llevaba una taza de café en una mano y mostraba esa sarcástica sonrisa que Eva detestaba con toda su alma.

El sol entraba por la ventana detrás de él, y creaba un efecto de contraluz que hacía que su pelo negro brillara y que sus verdes ojos parecieran más intensos.

«No puede ser», pensó mientras dejaba caer el móvil sobre la mesa. «No puede estar pasando esto».

Eva enderezó la espalda y adoptó su postura profesional.

—Alexander.

Su voz salió más fría de lo que pretendía, pero dado lo que había pasado la noche anterior, no estaba de humor para cortesías.

Alex se acercó más, con unos movimientos que hablaban de años de entrenamiento físico.

—Alex —corrigió con suavidad, pero sus ojos bailaban con algo que parecía diversión—. ¿Puedo?

Señaló la silla vacía frente a ella con su mano libre.

Eva apretó los dedos alrededor de su taza con más fuerza de la necesaria.

—¿Tengo opción?

El tono era desafiante, pero Alex no pareció inmutarse. En cambio, su sonrisa se amplió.

—Siempre hay opción.

Pero se sentó de todas formas. Dejó su taza sobre la mesa, con cuidado, y se acomodó en la silla, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Eva apretó los dedos alrededor de su taza. Por supuesto. Tenía que encontrárselo justo cuando intentaba no pensar en él. El universo tenía un sentido del humor de mierda.

Se obligó a tomar otro sorbo de café, utilizando ese gesto para ganar tiempo y compostura.

—No sabía que venías por aquí —dijo intentando parecer casual, aunque por dentro cada nervio de su cuerpo estaba en alerta.

Alex tomó un sorbo de su café y la observó por encima del borde de la taza.

—Mi estudio está en mi casa y vivo a seis manzanas —respondió señalando vagamente hacia el oeste—. Vengo algunos días, mientras doy un paseo para inspirarme.

Dejó la taza sobre la mesa y se recostó en la silla, completamente relajado.

—Aunque, ahora que lo pienso —añadió con esa sonrisa que empezaba a ponerla nerviosa—, no es la primera vez que coincidimos.

Eva sintió cómo se le tensaba el estómago. Levantó la vista bruscamente.

—¿No?

Alex negó con la cabeza, con los ojos brillando de diversión.

—El gimnasio de la calle Warren. Te he visto allí muchas veces.

La sorpresa la golpeó como un puñetazo. «¿Qué?». La noche anterior no había dicho ni una palabra. Ni una sola mención. Ni siquiera un «oye, ¿tú no vas al gimnasio X?». Nada.

Y ahora, casualmente, lo mencionaba como si fuera lo más normal del mundo.

Eva se obligó a ocultar su desconcierto. Tomó un sorbo de café. Necesitaba ganar tiempo para procesar la información y calmar el caos que se había desatado en su cabeza.

—Ah —dijo finalmente, con un tono de voz que intentó que pareciera indiferente—. Puede ser. Voy allí tres o cuatro veces por semana.

Se encogió de hombros con estudiada despreocupación.

—Creo que te he visto por allí alguna vez. Vagamente.

Mentira. No había nada de vago en sus recuerdos. Podía describir exactamente qué camisetas llevaba, cómo se le marcaban los músculos cuando levantaba pesas, la forma en que se pasaba la mano por el pelo después de una serie particularmente dura.

Pero eso él no tenía por qué saberlo.

Alex sonrió, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Se inclinó un poco hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Yo no vagamente —dijo con esa voz grave que hacía cosas raras en el estómago de Eva—. Te he visto muy claramente. Es difícil no fijarse en una mujer como tú.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración. El café que acababa de tragar casi se le atragantó.

«¿Qué?»

Se obligó a mantener la compostura, aunque por dentro cada alarma de su cuerpo se había activado a la vez. ¿Acababa de…? ¿Había dicho…?

Alex la miraba con esa expresión que no conseguía descifrar. No era coqueteo, pero tampoco era simple cortesía. Había algo en sus ojos que la hacía sentir vulnerable de una forma que no le gustaba nada.

Eva carraspeó, intentando recuperar el control de la conversación.

—Bueno —dijo, y su voz sonó un poco más aguda de lo normal —. Es un buen gimnasio.

Dejó la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Tienen buen equipamiento.

«¿Equipamiento?», se reprochó mentalmente. «¿De verdad acabas de decir "equipamiento"?».

Alex se rio, y su sonido repercutió en el pecho de Eva.

—Sí —acordó, aunque sus ojos seguían brillando con esa diversión que la ponía nerviosa—. Buen equipamiento.

Eva sintió desconcierto. ¿Por qué no había dicho nada la noche anterior? ¿Por qué esperar hasta ahora para mencionarlo? ¿Y por qué…?, ¿por qué diablos tenía que decir «es difícil no fijarse en una mujer como tú»?

Se obligó a apartar esos pensamientos. No iba a dejarse desestabilizar por un halago. Ya había pasado por eso antes, con su ex, y no iba a volver a caer.

—Has hablado de tu estudio —dijo, cambiando de tema de forma deliberada—. ¿Has dicho que está en tu casa?

Alex asintió, aceptando el cambio de conversación sin protestar, aunque la sonrisa no desapareció de sus labios.

—Sí. Soy pintor. ¿No te lo mencioné anoche?

Su tono era natural, pero había un destello en sus ojos que sugería que sabía que no habían hablado de nada, solo del campamento. Eva sabía que lo era, porque Carol no dejaba de hablar de él.

Aunque sentía cada músculo de su cuerpo tenso, Eva le dio un sorbo a su café, intentando parecer relajada.

—Anoche no hablamos mucho —dijo finalmente, bajando la taza—. Estuvimos demasiado ocupados discutiendo.

Alex sonrió y Eva sintió algo extraño en el estómago. Mierda. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo cuando sonreía? Se le formaban pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos que lo hacían parecer más accesible, más humano.

—Es verdad —admitió él inclinándose un poco hacia delante—. No empezamos con muy buen pie.

Eva cortó un trozo de su tarta con el tenedor, necesitando hacer algo con las manos.

—No —acordó sin mirarlo—. No empezamos bien.

Se llevó el trozo de tarta a la boca y lo masticó con calma.

Se quedaron en silencio durante unos segundos. Eva le dio otro sorbo a su café intentando parecer relajada, aunque por dentro sentía cada nervio de su cuerpo en alerta máxima. Alex la observaba con una intensidad que la ponía nerviosa.

Sus dedos recorrían el borde de la taza, con un ritmo casi imperceptible.

—Escucha —dijo él finalmente, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Sobre lo de anoche.

Hizo una pausa y se frotó la nuca con una mano. Su gesto pareció casi… ¿nervioso?

—Quizás me pasé un poco.

Eva levantó las cejas, genuinamente sorprendida. Dejó el tenedor sobre el plato.

—¿«Un poco»?

El tono era más sarcástico de lo que pretendía.

Alex se rio y se inclinó hacia atrás en la silla, estirando las piernas bajo la mesa.

—Vale, bastante —admitió con una media sonrisa—. No debí insinuar que tus decisiones vienen de tus miedos. No te conozco lo suficiente como para decir algo así.

Se encogió de hombros, mostrando un arrepentimiento que no parecía fingido. Era lo más cercano a una disculpa que Eva esperaba recibir de un tipo como él. Y por alguna razón, eso la desarmó un poco. Sintió cómo parte de su tensión se relajaba, aunque no estaba dispuesta a admitirlo.

Tomó otro sorbo de café antes de responder.

—Yo tampoco debí salir dando un portazo —admitió bajando la vista a su tarta—. Carol está enfadada desde anoche.

Empujó un trozo de tarta por el plato con el tenedor, sin comerlo.

Alex asintió con comprensión y cogió su taza entre las manos.

—Nat dice que eres muy estricta.

Dejó la frase ahí, sin juicio, solo como un hecho, y Eva sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca. Levantó la vista bruscamente.

—¿Tu hija habla de mí?

Su voz sonó más defensiva de lo que pretendía. Alex se encogió de hombros con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

—Las niñas hablan todo el tiempo —dijo con una sonrisa—. Según Nat, Carol piensa que eres la mejor madre del mundo, pero que a veces te pasas un poco con las normas.

Levantó su taza y bebió mientras la observaba por encima del borde, con esos ojos que parecían estar calibrando su reacción.

Eva no supo si sentirse halagada o insultada. Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Pues Nat tiene mucha opinión para ser una niña que no me conoce.

Alex dejó la taza sobre la mesa con cuidado.

—Las niñas de doce años tienen opinión sobre todo —dijo con un deje de diversión en la voz—. ¿No te pasa lo mismo con Carol?

Eva pensó en todas las veces que Carol había llegado a casa hablando de lo genial que era el padre de Nat, de lo divertido que era, de lo bien que pintaba, de cómo les enseñaba cosas interesantes. Sintió una punzada de algo que se parecía peligrosamente a los celos.

Se removió en su silla, incómoda.

—Supongo —admitió de mala gana, volviendo a cortar otro trozo de tarta sin mirarlo.

Alex le dio un sorbo a su café mientras la observaba con esa tranquila intensidad. Se inclinó un poco hacia delante y apoyó los

antebrazos sobre la mesa.

Eva intentó no mirarlo directamente, pero era difícil. Había algo magnético en él, en la forma en que se movía, en cómo dominaba el espacio sin necesidad de imponerse. En la forma en la que sus manos, grandes y con cicatrices visibles en los nudillos, sostenían la taza con una inesperada delicadeza.

—Entonces —Alex rompió el silencio de nuevo, girando su taza entre las manos—, ¿vas a dejar que Carol vaya al campamento?

Y así, sin más, volvían al tema de siempre.

Eva dejó el tenedor sobre el plato con un tintineo suave. Se limpió los labios con la servilleta, intentando ganar tiempo.

—Todavía no lo he decidido.

Alex la miró durante unos segundos sin decir nada. Luego se inclinó más hacia delante, acortando la distancia entre ellos.

—Las niñas quieren ir juntas. Las tres. Si una no va, las otras dos lo van a pasar peor. —Su voz era tranquila y razonable.

—Eso es chantaje emocional —respondió mientras apretaba la mandíbula.

Alex negó con la cabeza, con una sincera y triste sonrisa.

—Es la realidad, Eva —dijo con esa calma que la ponía tan nerviosa—. Carol quiere ir al campamento porque sus mejores amigas van a estar ahí.

Se recostó de nuevo en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

Eva sintió cómo se le cerraba el estómago. Porque tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

—Eso no hace que sea más seguro —insistió. Su voz sonó menos convincente, incluso para ella.

Alex la miró durante unos largos segundos y se inclinó hacia delante. Su voz bajó un tono cuando habló.

—¿Qué es lo que realmente te asusta, Eva?

La pregunta la tomó por sorpresa. No por lo que decía, sino por cómo lo decía. Sin condescendencia, sin burla. Con innegable curiosidad y algo que se parecía a la comprensión.

Eva apretó la taza con más fuerza y sintió el calor del líquido contra sus palmas. Miró hacia la ventana, hacia la gente que pasaba por la calle, cualquier cosa menos esos ojos que parecían analizarla.

Respiró hondo y volvió a mirarlo.

—Que le pase algo, Alex —dijo con voz más baja de lo habitual —. Que se haga daño. Que esté lejos y no pueda protegerla.

Se mordió el labio inferior. Era un gesto de nervios que rara vez permitía que otros vieran.

Alex se inclinó un poco más hacia delante, reduciendo aún más la distancia entre ellos. Su voz fue suave, casi un murmullo.

—Por mucho que quieras, no puedes protegerla de todo.

Eva negó con la cabeza y apretó los labios.

—Lo sé, pero puedo intentarlo.

Alex asintió con la cabeza, estudiándola con esos ojos que no juzgaban, solo observaban.

—Sí. Pero entonces ella nunca aprenderá a protegerse a sí misma.

Dejó la frase en el aire. Eva levantó la vista y se encontró con su mirada clavada en ella. Había algo en su expresión, algo que parecía comprensión real, no solo palabras vacías. Una especie de empatía que la desarmaba más de lo que admitía.

Se humedeció los labios antes de hablar.

—¿Y tú no tienes miedo? —preguntó con voz más firme—. ¿No te preocupa que a Nat le pase algo?

Algo cambió en el rostro de Alex. Una sombra cruzó por sus facciones. Fue un destello muy oscuro que apareció y desapareció tan rápido como había llegado. Sus dedos se tensaron alrededor de la taza.

—Por supuesto que me preocupa —dijo después de una pausa, y su voz fue más grave—. Pero no puedo dejar que el miedo dicte cómo la crío.

Apartó la mirada hacia su café, como si las palabras fueran más fáciles de decir sin contacto visual.

—Perdimos a su madre, pero no quiero que ella pierda su infancia por intentar mantenerla en una burbuja.

Las palabras impactaron en la mente de Eva. Sintió algo en el pecho, una presión que hacía difícil respirar. No sabía qué decir. No sabía cómo responder a eso.

Bajó la vista a su taza, reflexionando, y levantó los ojos hacia él.

—Lo siento —dijo, y las palabras salieron más suaves de lo habitual—. Por tu esposa. No puedo imaginar lo duro que debió ser.

Alex asintió lentamente, con la mandíbula tensa. Bajó la mirada, en un gesto que parecía más cansado que nervioso.

—Gracias. Fue hace cinco años, pero algunas cosas no se olvidan.

Su voz sonó distante, como si estuviera en otro lugar por un momento.

Eva asintió, sin apartar la mirada de él.

—No, supongo que no.

Otro silencio, pero este era diferente. Menos hostil, lleno de tensión y más… humano. Más vulnerable.

Alex se aclaró la garganta y se inclinó de nuevo hacia delante. Sus manos rodearon la taza.

—Mira —dijo mirándola directamente a los ojos—. No pretendo decirte cómo criar a tu hija. Cada uno tiene sus razones para hacer las cosas como las hace.

Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las siguientes palabras.

—Considero que Carol está en el momento perfecto para asumir este reto. Y creo que, aunque te cueste admitirlo, tú también lo sabes.

Eva quiso replicar, defender su postura, abrir la boca para argumentar. Pero había algo en la forma en que Alex la miraba, en la sinceridad de su expresión, que hacía difícil mentir. Se pasó una mano por el pelo y jugó con algunos mechones rubios de la coleta.

—Tengo miedo, Alex —admitió finalmente, y las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Bajó la vista a su taza, incapaz de sostenerle la mirada mientras confesaba algo tan vulnerable—. Tengo miedo de que le pase algo y yo no esté ahí.

Alex no respondió. Cuando Eva se atrevió a mirarlo de nuevo, él la observaba con una expresión que era casi… tierna.

—Lo sé —dijo con voz suave—. Pero ese miedo no va a desaparecer. Solo vas a tener que aprender a vivir con él.

Eva se rio sin humor, emitiendo un sonido amargo. Se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Qué fácil parece cuando lo dices así.

Alex negó con la cabeza, con una sonrisa que no tenía nada de burla.

—No he dicho que sea fácil. He dicho que es necesario.

Se miraron durante unos largos segundos. Eva sintió algo que no había sentido en mucho tiempo. No solo era atracción física, aunque eso también estaba ahí, innegable. Era… conexión. Comprensión. Como si este tipo, este irritante desconocido con el que se había peleado la noche anterior, de alguna forma la entendiera mejor que la mayoría de la gente que llevaba años conociendo.

Y eso la aterraba más que cualquier campamento de verano.

Eva fue la que rompió el contacto visual. Se levantó de golpe, casi volcando su taza en el proceso. Agarró su bolso con manos temblorosas.

—Debería irme —dijo demasiado rápido—. Tengo trabajo.

Alex se incorporó también, pero no intentó detenerla. La miró con esa expresión indescifrable.

—Eva…

—Gracias por el café —lo interrumpió ella, gesticulando torpemente hacia su taza—. Por la conversación.

Estaba hablando demasiado rápido, muy nerviosa, y lo sabía. Se colgó el bolso del hombro con un movimiento brusco.

—Nos vemos en la reunión del sábado, supongo.

Alex asintió lentamente, con esa sonrisa que producía cosas raras en el estómago de Eva.

—Supongo.

Giró sobre sus talones y salió de la cafetería como si la persiguieran, esquivando a un par de clientes que entraban. Una vez fuera, el calor del mediodía la golpeó de lleno, pero siguió caminando con el corazón latiendo demasiado rápido y las manos temblando ligeramente.

Se obligó a caminar despacio, a respirar hondo, a calmarse. Uno, dos, tres. Inspirar. Exhalar.

«Es solo un tipo», se dijo mientras giraba en una esquina. «Un tipo con el que tienes que coordinarte por el tema del campamento. Nada más».

Pero mientras volvía al bufete, esquivando peatones y semáforos, no podía quitarse de la cabeza la imagen de él mirándola con comprensión. Ni la forma en que su voz había sonado cuando habló de la muerte de su esposa, con ese tono grave cargado de una tristeza aún presente.

Ni, joder, la forma en que su estómago había dado un vuelco cuando él había dicho «es difícil no fijarse en una mujer como tú».

Ni cómo, después de meses buscándolo con la mirada en el gimnasio como una idiota, resulta que él también se había fijado en ella.

Se detuvo en un semáforo en rojo y se llevó una mano a la frente, frotándose.

«Mierda», pensó por segunda vez en menos de veinticuatro horas. «Esto va a ser un problema».

Y lo peor de todo es que sabía que tenía razón.

Esa noche, después de cenar, Eva encontró a Carol en su habitación haciendo los deberes. La niña estaba sentada en su escritorio, muy concentrada e inclinada sobre un cuaderno de matemáticas, con el ceño fruncido.

Eva llamó a la puerta antes de entrar, dos golpes suaves con los nudillos.

—¿Puedo pasar?

Carol levantó la vista del cuaderno, todavía con esa expresión de estar enfadada con el mundo. El bolígrafo quedó suspendido sobre el papel.

—Supongo.

Su tono era de resignación más que de bienvenida.

Eva entró y cerró la puerta tras ella con un clic suave. Mientras buscaba las palabras correctas, se sentó en el borde de la cama y juntó las manos sobre su regazo.

—He estado pensando en el campamento.

Carol dejó el bolígrafo sobre el escritorio con un golpe seco y se giró en la silla para mirarla. Sus ojos, tan parecidos a los de su padre, la miraron con una mezcla de esperanza y desconfianza.

—¿Y?

El tono era cauteloso, como si temiera que cualquier entusiasmo pudiera arruinar sus posibilidades.

Eva respiró hondo y se obligó a sostenerle la mirada.

—Y creo que… quizás tienes razón. Tal vez estoy siendo demasiado protectora.

Las palabras le costaron más de lo que esperaba.

La expresión de Carol cambió al momento. Los ojos se le iluminaron como árboles de Navidad y la boca se le abrió en un gesto de sorpresa.

—¿En serio?

Prácticamente saltó de la silla, acercándose a la cama.

Eva levantó una mano antes de que Carol pudiera lanzarse a abrazarla.

—En serio. Pero con condiciones —se apresuró a añadir, usando su tono de abogada—. Quiero hablar con los organizadores. Quiero ver las instalaciones. Y quiero que me prometas que vas a tener cuidado.

Enumeró cada punto con los dedos.

Carol no esperó a que terminara. Se lanzó a abrazarla con tanta fuerza que casi la tira de la cama, haciendo que ambas perdieran el equilibrio por un momento.

—¡Te lo prometo! —gritó contra el hombro de Eva—. ¡Gracias, mamá! ¡Gracias, gracias, gracias!

Eva le devolvió el abrazo, rodeándola con los brazos y apretándola contra su pecho. Sintió que se le cerraba la garganta y cómo los ojos se le humedecían. Su niña estaba creciendo. Y por mucho que le doliera, tenía que aceptarlo.

Enterró la cara en el pelo de Carol, aspirando ese olor a champú de fresa que todavía le recordaba a cuando era pequeña.

—Te quiero, cariño —murmuró contra su pelo.

Carol se separó un poco, lo suficiente para mirarla a los ojos, pero sin soltar el abrazo.

—Yo también te quiero, mamá. Y te prometo que voy a portarme bien.

Su voz mostraba una sincera emoción. Eva le acarició la mejilla con el pulgar.

—Más te vale.

Sonrió y Carol le devolvió la sonrisa, esa que iluminaba toda su cara.

Cuando salió de la habitación de Carol unos minutos después, cerró la puerta tras ella y Eva se quedó un momento en el pasillo. Sacó el móvil del bolsillo de sus pantalones y miró la pantalla durante unos segundos, con el pulgar suspendido sobre ella, debatiéndose.

«No tienes que hacer esto», se dijo. «Puedes esperar a la reunión del sábado».

Pero había algo en ella que necesitaba hacerlo ahora, antes de perder el valor.

Abrió el email del colegio que Soraya había reenviado, encontró la lista de contactos de padres que incluía el número de teléfono de Alexander Kraft y marcó antes de poder arrepentirse.

Mientras sonaba el tono, sintió cómo se le aceleraba el pulso.

Un tono. Dos tonos. Tres.

—¿Diga?

La voz de Alex sonó al otro lado de la línea, ligeramente sorprendida, y Eva sintió ese vuelco en el estómago otra vez. Más fuerte esta vez.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Soy Eva. Eva Watts.

Hubo una pausa breve al otro lado, y cuando Alex habló de nuevo, su voz se escuchó más cálida.

—Hola, Eva. ¿Va todo bien?

Parecía preocupado.

Eva se apoyó contra la pared del pasillo, mirando hacia el techo.

—Sí. Solo quería decirte que… has ganado. Carol va a ir al campamento. —Soltó las palabras más rápido de lo que pretendía.

Hubo un breve silencio al otro lado. Eva podía escuchar algo de fondo, quizás música suave o la televisión.

—No era una competición —dijo Alex finalmente, y su tono era suave, casi gentil.

Eva cerró los ojos, presionando la nuca contra la pared.

—Lo sé. Pero tenías razón. Sobre dejarla crecer. Sobre mis miedos. Reconozco que tenías razón.

Admitirlo en voz alta era más difícil de lo que esperaba. Se mordió el labio.

Alex tardó en responder. Cuando lo hizo, bajó el tono de su voz, dándole un matiz más suave y reposado

—No se trata de quién tiene razón —dijo con una voz tranquila —. Se trata de hacer lo mejor para ellas.

Eva sintió una presión en el pecho.

—Lo sé —repitió, abriendo los ojos y mirando hacia la puerta cerrada de la habitación de Carol—. Por eso te llamo. Quería que lo supieras.

—Gracias por decírmelo —respondió Alex, y parecía muy sincero—. Nat se va a poner muy contenta.

Eva sonrió a pesar de sí misma.

—Carol también.

Otro silencio. Eva podía escuchar su propia respiración, el latido de su corazón martilleando en sus oídos. Los dedos de su mano libre jugaban con el dobladillo de su camiseta.

—Nos vemos el sábado —dijo Alex, y había algo en su tono que Eva no supo interpretar del todo.

—Nos vemos el sábado —confirmó ella.

Colgó antes de que pudiera decir algo más, algo estúpido o revelador. Se quedó mirando el teléfono durante unos segundos, con la pantalla oscureciéndose lentamente en su mano.

Notó algo diferente. Algo había cambiado desde anoche. No sabía exactamente qué, pero lo sentía en la forma en que su corazón seguía latiendo un poco más rápido de lo normal.

Mientras se metía en la cama esa noche, con las sábanas acariciando su piel y las luces de la ciudad filtrándose por las cortinas, pensó que eso era exactamente lo que la preocupaba.



CAPÍTULO 3

Secretos al descubierto

Miércoles, 18 de junio de 2025

El miércoles por la tarde, Eva salió del juzgado una hora antes de lo previsto.

El caso de divorcio que tenía programado para las tres se había resuelto en tiempo récord cuando el marido, al ver las pruebas que Eva había presentado sobre sus cuentas offshore, había decidido que llegar a un acuerdo era mejor idea que enfrentarse a un juez. Cobarde.

Eva condujo hacia el colegio de Carol con las ventanillas bajadas, dejando que el aire de junio entrara en el Mercedes. Hacía calor, pero era ese calor seco que todavía era soportable. Miró el reloj del salpicadero: las dos y cuarto. Carol salía a las tres, pero Eva pensó que podía aprovechar para adelantar trabajo en el coche mientras esperaba.

Las clases ya habían terminado y estaban de exámenes, pero el colegio mantenía las instalaciones abiertas durante esta última semana. Algunos alumnos todavía tenían pruebas pendientes, y las instalaciones deportivas seguían disponibles para actividades extraescolares hasta el viernes 27, cuando comenzarían oficialmente las vacaciones de verano.

Había movimiento: estudiantes entrando y saliendo para sus últimos exámenes, profesores recogiendo sus aulas y algunas actividades de verano que ya estaban empezando.

Eva aparcó en una de las plazas reservadas para padres y sacó su portátil. Tenía que revisar un par de contratos prenupciales para una clienta que se casaba el mes siguiente y que, con buen criterio, había decidido proteger sus activos antes de dar el "sí, quiero".

Llevaba media hora trabajando, tan concentrada en las cláusulas de custodia que no se dio cuenta de que ya eran las dos cincuenta, cuando un grupo de niñas salió del edificio principal.

Eva levantó la vista. Las niñas llevaban ropa deportiva, no el uniforme habitual. Y entonces las vio.

Carol, Natalie y Jenny caminaban hacia el lateral del edificio, donde estaba el gimnasio pequeño que usaban para actividades después de clase. Las tres llevaban pantalones de chándal y camisetas holgadas, el pelo recogido en una coleta y hablaban entre ellas, riéndose de algo.

Eva cerró el portátil. Algo en su instinto le decía que siguiera mirando.

Las niñas entraron en el gimnasio por una puerta lateral que quedaba entreabierta. Eva esperó un momento, debatiéndose. Podía ser cualquier cosa. Podía ser una clase de gimnasia, de baile, de lo que fuera, pero Carol no le había mencionado nada sobre actividades extraescolares. Nada en absoluto.

Salió del coche, cerró la puerta con cuidado y caminó hacia el gimnasio. Sus tacones resonaban demasiado fuerte contra el asfalto, así que redujo el paso. La puerta del gimnasio seguía entreabierta y se podían escuchar voces dentro.

Se acercó despacio y, cuando se asomó por el hueco, lo que vio hizo que se le congelara la sangre.

Carol estaba en el centro de la colchoneta, con las piernas separadas en posición de combate, los puños levantados frente a su cara. Frente a ella, Natalie la miraba con concentración, también en posición defensiva. Y al otro lado del gimnasio, Jenny practicaba una serie de patadas contra un saco de boxeo que colgaba del techo.

Pero lo que realmente hizo que el corazón de Eva se detuviera fue el hombre que estaba junto a Carol, agachado a su altura, ajustándole la posición de los brazos. Era Alex.

—Así, muy bien —decía con esa voz tranquila que Eva ya conocía demasiado bien—. Ahora, cuando Nat te ataque, vas a

bloquear con el brazo izquierdo y contraatacar con el derecho. ¿Lista?

Carol asintió, concentrada. Natalie se lanzó hacia delante con un puñetazo controlado. Carol bloqueó el golpe exactamente como Alex le había indicado y lanzó su propio puñetazo, deteniéndose justo antes de tocar a su amiga.

—¡Perfecto! —Alex sonrió y le dio una palmada en el hombro a Carol—. Cada vez lo haces mejor. ¿Ves? Ya te dije que lo conseguirías.

Carol brillaba de orgullo.

—¿Podemos practicar el agarre que nos enseñaste la semana pasada?

—Claro. Jenny, ven aquí. —Alex hizo un gesto hacia la otra niña, que dejó el saco y corrió hacia ellos—. Vamos a repasar cómo salir de un agarre desde atrás.

Eva sintió cómo la rabia empezaba a hervir en su pecho. Abrió la puerta bruscamente, haciendo que el golpe resonara por el gimnasio. Las cuatro personas que estaban dentro se giraron de golpe.

—¿Pero qué demonios está pasando aquí?

Su voz salió más alta de lo que pretendía, cargada de una furia que apenas podía controlar.

Carol se quedó congelada, con los ojos muy abiertos. El color desapareció de su rostro.

—Mamá… yo…

Alex se enderezó lentamente, con las manos todavía levantadas en posición de enseñanza. Su expresión pasó de la sorpresa a algo más cauteloso.

—Eva…

—No. —Eva levantó una mano, cortante—. Ni una palabra.

Caminó hacia el centro del gimnasio, con los tacones resonando como martillazos contra el suelo de madera. Se detuvo a un metro de Alex, temblando de rabia.

—Carol, coge tus cosas. Nos vamos. Ahora.

—Pero mamá, es que…

—He dicho ahora. —El tono no admitía discusión.

Carol miró a Natalie y Jenny con desesperación, pero ambas estaban tan asustadas como ella. Se dirigió hacia su mochila en silencio.

Eva se giró hacia Alex, que la observaba con una calma que solo la enfureció más.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo con mi hija?

Alex metió las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal.

—Enseñándoles defensa personal. Las tres me lo pidieron hace unos meses.

—¿Hace unos meses? —Eva sintió cómo se le disparaba el pulso—. ¿Y en qué momento pensaste que sería una buena idea entrenar a niñas de doce años en técnicas de combate sin el permiso de sus padres?

—Eva, si me dejas explicar…

—No quiero tus explicaciones —soltó ella dando un paso hacia él—. Quiero saber quién diablos te crees que eres para tomar decisiones sobre mi hija sin consultarme.

Alex no retrocedió. En cambio, la miró directamente a los ojos.

—Soy alguien que quiere que estas niñas sepan defenderse. Alguien que entiende que el mundo no siempre es seguro y que es mejor que estén preparadas.

—¿Preparadas? —Eva se rio sin humor—. ¿Preparadas para qué? ¿Para pelearse en la calle? ¿Para meterse en peleas?

—Para defenderse si alguien las agrede —replicó Alex, y su voz se volvió más dura—. Para tener las herramientas necesarias si se encuentran en una situación peligrosa.

—¡Tienen doce años! —gritó Eva, y su voz rebotó en las paredes del gimnasio.

Carol se encogió junto a su mochila. Natalie y Jenny se habían movido hacia la esquina, observando la escena con los ojos muy abiertos.

Alex dio un paso hacia Eva, reduciendo la distancia entre ellos.

—Exactamente. Tienen doce años. La edad perfecta para empezar a aprender. Cuando sus cuerpos son lo suficientemente fuertes, pero todavía flexibles. Cuando pueden desarrollar memoria muscular que les durará toda la vida.

Eva apretó los puños a los costados.

—No me importa cuál sea la edad perfecta. No tienes ningún derecho a entrenar a mi hija sin mi permiso.

—Los Dawson lo saben —dijo Alex—. Janet y Robert dieron su permiso hace meses. Pensé que Carol te lo había dicho.

—¿Y dónde estás dando estas… clases? —Eva escupió la palabra como si le quemara la lengua.

—Aquí, en el colegio, mientras las instalaciones siguen abiertas. —Alex señaló alrededor—. Aprovecho que tienen el gimnasio disponible hasta que empiecen oficialmente las vacaciones el viernes. Y algunos días en mi casa, en el gimnasio que tengo allí. Es más cómodo para las sesiones más largas.

Eva sintió cómo la rabia se multiplicaba. No solo había estado entrenando a Carol a sus espaldas, sino que lo había hecho en su propia casa.

Eva se giró bruscamente hacia su hija, que se encogió aún más.

—¿Carol? ¿Eso es cierto?

Carol miró al suelo, con las manos apretando las correas de su mochila.

—Yo… quería decírtelo, mamá. Pero sabía que dirías que no.

—¡Pues claro que habría dicho que no! —Eva sentía que iba a explotar—. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando en que quería aprender a defenderme. —Carol levantó la vista, y había un destello de rebeldía en sus ojos—. Como Nat. Como Jenny. Todas las demás pueden hacerlo menos yo porque tú siempre dices que no a todo.

Las palabras golpearon a Eva como una bofetada.

—Carol…

—Es verdad, mamá. Siempre dices que no. A todo. Al campamento, a las actividades, a salir con mis amigas. Siempre tienes miedo de que me pase algo.

Eva sintió cómo se le cerraba la garganta. No podía creer que su hija le estuviera diciendo eso. Y delante de Alex, para colmo.

—Eso no es…

—Sí lo es —insistió Carol, y ahora había lágrimas en sus ojos—. Alex nos enseña cosas útiles. Nos enseña a ser fuertes. A no tener miedo.

—Yo no te enseño a tener miedo —dijo Eva con voz temblorosa —. Te protejo.

—No, mamá. Me asfixias.

El silencio que siguió fue absoluto. Eva sintió como si Carol le hubiera clavado un cuchillo en el pecho. Se quedó mirando a su hija, incapaz de procesar las palabras.

Alex se aclaró la garganta suavemente.

—Carol, ve con Nat y Jenny afuera. Esperad en el patio, por favor.

Carol vaciló, alternando su mirada entre su madre y Alex.

—Pero…

—Ahora, Carol —dijo Alex, con firmeza pero sin dureza.

Las tres niñas salieron del gimnasio prácticamente corriendo, cerrando la puerta tras ellas. Eva y Alex se quedaron solos en el espacio vacío, con la tensión tan densa que se podía cortar con un cuchillo.

Eva fue la primera en hablar, y cuando lo hizo, su voz temblaba de rabia contenida.

—No puedo creer que hayas hecho esto a mis espaldas. Que hayas manipulado a mi hija para que me mintiera.

Alex negó con la cabeza.

—Yo no he manipulado a nadie. Las niñas me lo pidieron. Las tres juntas. Me preguntaron si podía enseñarles lo que yo le enseñaba a Nat en casa.

—¿Y no se te ocurrió que quizás deberías haber hablado conmigo primero?

—Lo intenté —dijo Alex, y había un toque de frustración en su voz—. Le dije a Carol que tenía que pedirte permiso, pero me dijo que lo haría ella.

—¡Pues obviamente no lo hizo! —gritó Eva.

—¡Porque sabía que le dirías que no! —replicó Alex, alzando la voz por primera vez—. Igual que lo hiciste con el campamento, hasta que no tuviste más remedio que ceder.

Eva dio un paso hacia él, temblando de rabia.

—¿Cómo te atreves? No tienes ni idea de por qué tomo las decisiones que tomo. No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente —Alex se cruzó de brazos—. Sé que tienes tanto miedo de que a Carol le pase algo que estás impidiéndole crecer. Que viva. Que aprenda a ser fuerte.

—No necesita aprender a pelear para ser fuerte.

—No —acordó Alex—. Pero necesita saber que puede defenderse. Que no es una víctima. Que tiene poder sobre su propia

seguridad.

Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos en la cafetería? Te lo dije entonces y te lo repito ahora: por mucho que quieras, no puedes protegerla de todo, Eva.

Eva sintió cómo se le cerraba la garganta al recordar esa conversación. Cómo él le había dicho exactamente eso, y cómo ella había intentado ignorarlo.

—No uses mis propias palabras contra mí —dijo con voz temblorosa.

—No son mis palabras —Alex dio un paso hacia ella—. Es la verdad. Puedes intentar protegerla de todo, sí. Pero entonces ella nunca aprenderá a protegerse a sí misma.

Eva se rio sin humor.

—¿Y tú qué sabes de ser víctima? Tú eres un exmilitar. Un tipo entrenado para matar. ¿Crees que eso te da derecho a decidir qué es lo mejor para mi hija?

Algo oscuro cruzó por el rostro de Alex. Su mandíbula se tensó.

—Sé más de lo que crees sobre víctimas —dijo con voz baja y peligrosa—. Vi demasiadas en mis años de servicio. Mujeres que no supieron defenderse. Niñas que no tuvieron oportunidad porque nadie les enseñó cómo.

—Esto no es una zona de guerra —siseó Eva—. Es Nueva York. Es un colegio privado. Carol está segura.

—¿Segura? —Alex dio un paso hacia ella—. ¿Sabes cuántas agresiones sexuales se denuncian cada año en campus universitarios? ¿Cuántas niñas de secundaria son acosadas y no saben cómo defenderse?

—Carol tiene doce años…

—Y en seis estará en la universidad —la interrumpió Alex—. ¿Prefieres que aprenda entonces, cuando ya sea tarde? ¿O prefieres que aprenda ahora, cuando todavía puedo enseñarle bien?

Eva lo fulminó con la mirada.

—No eres su padre. No tienes derecho a enseñarle nada.

Las palabras restallaron como un látigo y Eva fue testigo de cómo impactaban en Alex con la fuerza de un golpe seco. Él se tambaleó medio paso hacia atrás, apretando los dientes con una rabia contenida que amenazaba con hacerle pedazos la mandíbula.

—Tienes razón —dijo con voz fría—. No soy su padre. Pero al menos yo no la estoy criando para que sea débil.

Eva sintió cómo la sangre le hervía. Dio un paso hacia él, acortando la distancia hasta que casi se tocaban.

—¿Me estás llamando mala madre?

Alex la miró desde su altura, sin retroceder.

—Te estoy diciendo que estás dejando que tus propios traumas dicten cómo la crías. Y eso no es justo para ella.

—No sabes nada de mis traumas.

—No —admitió Alex—. Pero sé reconocer el miedo cuando lo veo. Y tú estás aterrada. No de lo que le pueda pasar a Carol. De lo que podría significar si le das libertad.

Eva sintió como si le hubieran arrancado una capa de piel. Estaba demasiado expuesta, demasiado vulnerable. Y odiaba que fuera Alex quien la estuviera haciendo sentir así.

—Vete al infierno —susurró.

—Ya he estado allí —replicó Alex con voz áspera—. Y créeme, prefiero estar aquí intentando que estas niñas sepan defenderse que mirando hacia otro lado mientras crecen indefensas.

Se miraron fijamente, con la respiración agitada, tan cerca que Eva podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Podía ver las pequeñas cicatrices en su mandíbula, el verde intenso de sus ojos, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Y por un segundo aterrador, Eva no supo si quería golpearlo o lanzarse a sus brazos.

Se apartó bruscamente, poniendo distancia entre ellos antes de hacer algo estúpido.

—No quiero que vuelvas a acercarte a mi hija —dijo con voz fría—. Ni a entrenarla ni a hablarle de defensa personal ni de nada. ¿Está claro?

Alex la miró durante unos largos segundos. Luego asintió lentamente.

—Cristalino.

Pero algo en su expresión decía que esto no había terminado.

Eva se giró y caminó hacia la puerta. La abrió de golpe y llamó a Carol, que esperaba con sus amigas en el patio.

—Carol. Al coche. Ya.

Carol se acercó arrastrando los pies, con la cabeza gacha. Eva ni siquiera miró a Natalie y Jenny. No quería ver sus caras. No quería pensar en lo que acababa de pasar.

Caminaron hacia el Mercedes en silencio. Eva abrió las puertas con el mando a distancia y ambas subieron. El silencio dentro del coche era tan denso que se podía tocar.

Arrancó el motor y salió del aparcamiento más rápido de lo necesario. Carol miraba por la ventanilla, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Eva la reconocía en ese gesto. Era exactamente lo que ella hacía cuando estaba furiosa, pero intentaba controlarse.

Condujeron cinco minutos sin que ninguna dijera nada. Finalmente, no pudo más.

—¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?

Carol no apartó la vista de la ventanilla.

—No te he mentido. Solo… no te lo dije.

—Es lo mismo.

—No. —Carol se giró hacia ella con los ojos brillantes—. No es lo mismo. Mentir es decir algo que no es verdad. Yo no te lo conté porque sabía que ibas a reaccionar exactamente como lo has hecho.

Eva apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Y cómo esperabas que reaccionara? ¿Descubrir que mi hija ha estado haciendo clases de combate a mis espaldas durante meses?

—¡No es combate, mamá! —gritó Carol—. ¡Es defensa personal! Alex nos enseña a protegernos, no a atacar a la gente.

—¡Ese es exactamente el problema! ¡Ese hombre no debería estar enseñándote nada sin mi permiso!

Carol se cruzó de brazos de nuevo, mirando al frente con expresión terca.

—Janet y Robert le dieron permiso a Jenny. Los padres de Nat le dieron… bueno, él es su padre, así que obviamente. Todos los padres, menos tú, piensan que es buena idea.

—Porque todos los padres, menos yo, no son responsables de ti.

—¿Y eso qué significa? ¿Que soy propiedad tuya? ¿Que no puedo hacer nada sin tu permiso?

—Significa que tengo que protegerte.

—¡No necesito que me protejas! —explotó Carol—. ¡Necesito que confíes en mí!

Eva giró en una esquina bruscamente, haciendo que los neumáticos chirriaran.

—Eres una niña de doce años. No puedes tomar decisiones sobre tu seguridad.

—¿Pero tú sí puedes tomarlas por mí sin preguntarme qué quiero yo?

—¡Sí! ¡Soy tu madre! ¡Ese es mi trabajo!

—¡Pues estás haciendo un trabajo de mierda!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire del coche. Eva sintió como si Carol la hubiera abofeteado. Frenó bruscamente en un

semáforo en rojo, con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¿Qué has dicho?

Carol tenía lágrimas corriendo por las mejillas, pero su expresión era de pura rabia.

—Lo que has oído. Estás tan ocupada intentando protegerme, que no te das cuenta de que me estás ahogando. Nat y Jenny pueden hacer cosas. Pueden salir. Pueden aprender. Yo no puedo hacer nada porque tú siempre tienes miedo.

—Carol…

—¡Y lo peor es que ni siquiera confías en mí! —continuó Carol, sollozando—. Piensas que voy a hacer algo estúpido. Que voy a meterme en problemas. ¡Pero yo solo quiero ser normal, mamá! ¡Quiero poder hacer las mismas cosas que mis amigas sin tener que suplicarte!

Eva sintió cómo se le cerraba la garganta. No sabía qué decir. Todas las palabras que se le ocurrían parecían vacías, insuficientes.

El semáforo se puso verde. Eva volvió a arrancar, y el resto del trayecto a casa transcurrió en un silencio opresivo, repleto de tácitos reproches.

Cuando llegaron al loft, Carol salió del coche antes de que Eva pudiera decir nada. Corrió hacia el ascensor sin esperarla. Cuando Eva llegó al apartamento unos minutos después, la puerta de la habitación de Carol ya estaba cerrada con pestillo.

Eva se quedó en el salón, mirando esa puerta cerrada, sintiendo como si acabara de perder algo importante.

Y lo peor de todo era que no sabía cómo recuperarlo.

Esa noche, Eva no pudo dormir. Dio vueltas en la cama hasta la una de la madrugada, intentando apagar su cerebro sin éxito. Las palabras de Carol resonaban en su cabeza como una acusación: “Me asfixias”. “No confías en mí”. “Estás haciendo un trabajo de mierda”.

¿Era cierto? ¿Estaba siendo tan sobreprotectora que estaba dañando a su hija?

Y luego estaban las palabras de Alex: "Estás dejando que tus propios traumas dicten cómo la crías".

Eva se sentó en la cama, pasándose las manos por el pelo. Odiaba admitirlo, pero quizás… quizás había algo de verdad en eso.

Reflexionó sobre su exmarido y su engaño, y se dio cuenta de que aquel acto había aniquilado una parte de su confianza para siempre. Desde entonces había construido muros tan altos que ni siquiera dejaba que su propia hija los escalara.

Recordó a su novio de la universidad, cuando descubrió que se follaba a una estudiante de primero. Otro puto muro.

Y pensó en Carol. En su niña, que solo quería ser normal. Que solo quería poder hacer lo mismo que sus amigas. Que estaba creciendo y necesitaba espacio para respirar.

Eva se levantó de la cama y caminó descalza hasta la puerta de Carol. Escuchó el silencio. Probablemente dormía.

Apoyó la frente contra la puerta de madera.

—Lo siento —susurró, aunque supo que Carol no podía oírla.

Volvió a su habitación y cogió el móvil. Eran las dos de la madrugada. Demasiado tarde para llamar a nadie. Pero había algo que necesitaba hacer.

Abrió su email y empezó a escribir.

Para: Janet Dawson

Asunto: Clases de defensa personal

Janet,

Necesito hablar contigo mañana. Sobre las clases que Alex da a las niñas. ¿Puedes llamarme cuando tengas un momento?

Eva

Pulsó enviar antes de arrepentirse.

Luego, antes de poder pensar demasiado en ello, buscó el número de Alex en su teléfono. Los dedos le temblaban sobre la pantalla.

No iba a llamarlo. Definitivamente no. Pero…

Empezó a escribir un mensaje.

—Lo de hoy ha sido… confuso. Necesitamos hablar. Pero no ahora. Estoy demasiado furiosa todavía. Pero sí, necesitamos hablar.

Se quedó mirando el mensaje durante cinco minutos completos. Luego lo borró letra por letra.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué sentía que necesitaba explicarse ante él?

Pero la imagen de sus ojos cuando ella le había dicho que no era el padre de Carol seguía grabada en su mente. La forma en que se había encogido, como si esas palabras le hubieran dolido de verdad.

«Joder», pensó dejando caer el teléfono sobre la cama.

Todo esto era culpa suya. De Alex. Por hacer que cuestionara sus propias decisiones. Por hacer que Carol se sintiera atrapada. Por… por esos malditos ojos verdes que la miraban como si pudiera ver directamente dentro de su alma.

Eva se dejó caer sobre las almohadas, mirando al techo.

Iba a ser una noche muy, muy larga.



CAPÍTULO 4

Perspectivas y rendiciones

Jueves, 19 de junio de 2025

Eva no había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, veía la expresión de Carol cuando le había gritado en el coche. Esa mezcla de rabia y dolor que había hecho que su hija de doce años pareciera mucho mayor.

«Estás haciendo un trabajo de mierda».

Las palabras seguían resonando en su cabeza como una campana rota.

Se levantó a las seis de la mañana, renunciando a cualquier intento de dormir. Se puso el albornoz y fue a la cocina a preparar café, moviéndose como un zombi por el loft todavía en penumbra. La cafetera burbujeó mientras Eva se apoyaba contra la encimera, y miró por la ventana hacia las calles de Tribeca que empezaban a despertar.

El sol apenas asomaba entre los edificios, tiñendo el cielo de naranja y rosa. Normalmente le gustaba esta hora del día, cuando la ciudad todavía no había despertado y todo parecía posible, pero hoy solo se sentía cansada.

Escuchó un ruido detrás de ella y se giró. Carol estaba en el umbral de la cocina, todavía en pijama, con el pelo revuelto y los ojos hinchados. Nada más verla supo que tampoco había dormido bien.

Se miraron durante unos segundos que se hicieron eternos. Eva fue la primera en hablar, con voz ronca por la falta de sueño.

—Buenos días.

Carol asintió sin decir nada y se sentó en uno de los taburetes. Eva le sirvió un vaso de zumo de naranja y lo puso frente a ella.

Carol lo aceptó con un murmullo de agradecimiento, mirando el líquido como si contuviera las respuestas del universo.

El incómodo silencio se extendió entre ellas. Eva se sirvió su café y se sentó frente a su hija, rodeando la taza con las manos, como si el calor pudiera tranquilizarla.

—Carol, sobre lo de ayer… —empezó, pero no sabía cómo continuar.

Carol levantó la vista, con los ojos cautelosos.

—¿Sigo castigada?

Eva parpadeó. Ni siquiera se le había ocurrido castigarla. Bueno, sí se le había ocurrido, pero luego había pasado toda la noche cuestionándose cada decisión que había tomado en los últimos doce años.

—No estás castigada —dijo finalmente, frotándose los ojos con el pulgar y el índice—. Pero tenemos que hablar.

Carol se encogió en el taburete, preparándose para lo peor.

—Escucha —Eva dejó su taza sobre la encimera y se inclinó hacia delante—. Sé que anoche dije cosas… duras. Y tú también lo hiciste. Creo que ambas necesitamos calmarnos y hablar con la cabeza fría.

Carol asintió despacio, sin apartar la mirada del zumo.

—Lo siento, mamá. Lo de… lo que dije en el coche. No quise…

—Sí quisiste. —Eva la interrumpió con suavidad—. Y quizás tenías razón al decirlo.

Carol levantó la vista bruscamente, sorprendida.

Eva respiró hondo antes de continuar.

—He estado pensando mucho sobre lo que me dijiste. Sobre que te asfixio. Que no confío en ti. —Se mordió el labio—. Y creo que quizás… quizás he estado tan ocupada intentando protegerte que no me he dado cuenta de que estabas creciendo.

Los ojos de Carol se llenaron de lágrimas.

—Mamá…

—Déjame terminar. —Eva levantó una mano—. No estoy diciendo que estuviera bien que me mintieras. O que me ocultaras lo de las clases. Eso no estuvo bien y lo sabes.

Carol asintió, limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—Lo sé. Pero tenía miedo de decírtelo. Sabía que dirías que no.

—Y habría dicho que no —admitió Eva—. Porque tengo miedo todo el tiempo. Miedo de que te pase algo, de que te hagas daño… —Hizo una ligera pausa—. De perderte.

Su voz se quebró en la última palabra y tuvo que detenerse para recuperar la compostura.

Carol se bajó del taburete y rodeó la encimera para abrazar a su madre. Eva la apretó contra su pecho y enterró la cara en su pelo. Sintió que las lágrimas que había estado conteniendo se derramaban.

—No me vas a perder, mamá —murmuró Carol contra su hombro—. Solo quiero que confíes en mí.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Se quedaron así durante un rato, abrazadas en la cocina mientras el sol seguía subiendo tras las ventanas. Finalmente, Eva se separó y le secó las lágrimas a Carol con los pulgares.

—Voy a intentarlo, ¿vale? Voy a intentar confiar más. Soltarte un poco.

Carol sonrió entre lágrimas.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero tú también tienes que prometerme algo.

—Lo que sea.

Eva la miró directamente a los ojos.

—No quiero más secretos. Si te apetece hacer algo, me lo preguntas. Aunque creas que voy a decir que no, me lo preguntas. ¿Trato hecho?

Carol asintió con entusiasmo.

—Trato hecho.

Se volvieron a abrazar y Eva sintió placidez en su pecho. No estaba todo resuelto, ni mucho menos, pero era un buen comienzo.

El móvil de Eva vibró sobre la encimera a las nueve y media de la mañana. Carol ya se había ido al colegio, con una sonrisa en el rostro que Eva hacía días que no veía. El nombre de Janet apareció en la pantalla.

Eva descolgó, llevándose el teléfono a la oreja mientras se servía más café.

—Janet, hola.

—Eva, por favor, no me cuelgues —dijo Janet de golpe, con voz nerviosa—. Sé que probablemente estás furiosa conmigo por no haberte dicho nada sobre las clases, pero necesito explicarte…

—Janet, respira. —Eva se rio a pesar de todo—. No estoy furiosa contigo.

—¿No? —Janet pareció sorprendida—. Anoche John me dijo que probablemente nunca más querrías hablarme, y que había arruinado nuestra amistad y…

—Janet —la interrumpió Eva con más firmeza—. No estoy furiosa. Bueno, lo estaba. Pero he tenido tiempo de pensar.

Hubo un silencio al otro lado. Janet le preguntó:

—¿Puedo invitarte a un café? ¿Ahora? Necesito hablar contigo. Explicarte todo.

Eva miró su agenda. Tenía una reunión a las once, pero estaba libre a primera hora.

—Claro. ¿Dónde?

—¿Conoces el Bluestone Lane? ¿El de Greenwich?

—Nos vemos allí en veinte minutos.

Janet ya estaba sentada en una mesa del fondo cuando Eva llegó. Llevaba unos vaqueros y una blusa blanca, con el pelo recogido en una despeinada cola de caballo. Tenía una expresión preocupada y se levantó en cuanto vio a Eva.

—Eva, gracias por venir.

Se sentaron y pidieron cafés. Janet jugueteaba nerviosamente con una servilleta, doblándola y desdoblándola sobre la mesa.

—No sabía cómo decírtelo. —Empezó, sin preámbulo—. Las niñas me hicieron jurar que no te diría nada. Y sé que debí hacerlo de todas formas, pero…

Eva levantó una mano, deteniéndola.

—Janet, tranquila. Respira. Cuéntamelo desde el principio.

Janet asintió, respiró hondo y empezó.

—Fue hace unos cuatro meses. Jenny llegó a casa un día diciendo que Natalie sabía hacer unas cosas increíbles de defensa personal. Que su padre le enseñaba. Carol estaba con ella y ambas estaban fascinadas.

Tomó un sorbo de su café antes de continuar.

—Al principio pensé que era solo curiosidad de niñas, ya sabes. Pero luego Jenny empezó a insistir. Quería aprender. Decía que todas sus amigas sabían defenderse menos ella.

Eva escuchaba en silencio, con las manos alrededor de su taza.

—Así que hablé con Alex —continuó Janet—. Le pregunté si estaría dispuesto a enseñarle a Jenny también. Y él… —Se detuvo, buscando las palabras—. Fue muy profesional. Me preguntó si John y yo estábamos de acuerdo. Nos explicó exactamente qué enseñaría, cómo lo enseñaría, los beneficios, los riesgos.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dijimos que sí —Janet la miró directamente—. Porque Alex tiene razón, Eva. El mundo no siempre es seguro. Y si mi hija puede aprender a defenderse, ¿por qué no?

Eva apretó los labios, pero no dijo nada.

—Entonces Carol también quiso apuntarse —comentó Janet—. Y ahí fue cuando empezó el problema. Porque las niñas sabían que tú dirías que no.

—¿Y por qué estaban tan seguras? —preguntó Eva, aunque ya sabía la respuesta.

Janet la miró con algo parecido a la lástima.

—Porque Carol les confesó que estabas tardando demasiado en decidir lo del campamento. Que tenías miedo de todo. Las niñas te quieren, Eva, pero también piensan que eres un poco… —Vaciló.

—¿Sobreprotectora? —terminó Eva con una sonrisa amarga.

—Sí —admitió Janet—. Mira, sé que eres una madre increíble. Carol es una niña maravillosa, educada, inteligente. Pero a veces… a veces el amor también significa dejarlas que aprendan de sus errores.

Eva sintió un nudo en la garganta.

—Lo sé. O al menos, estoy empezando a entenderlo.

Janet se inclinó hacia delante y agarró la mano de Eva sobre la mesa.

—Alex les enseña cosas importantes. No solo golpes y patadas. Les enseña confianza. Les enseña que son fuertes. Que pueden protegerse. Y créeme cuando te digo que lo hace de la forma más segura posible.

—¿Has visto las clases? —preguntó Eva.

—Varias veces —asintió Janet—. John y yo fuimos al principio, para asegurarnos. Y Eva, él es… es increíble. Alex es paciente y cuidadoso. Nunca las pone en peligro. Todo es controlado, supervisado.

Eva miró su café, pensativa.

—Carol me dijo cosas horribles anoche.

—Lo supongo. —Janet apretó su mano—. Pero a veces los niños necesitan decir cosas horribles para que los escuchemos de verdad.

—Me dijo que la asfixio, que no confío en ella.

—¿Y tiene razón?

Eva levantó la vista, con los ojos brillantes.

—Quizás sí. No lo sé. Toda mi vida he tenido que protegerme a mí misma. Proteger mi carrera, mi corazón, mis decisiones. Y cuando nació Carol, eso se intensificó, porque ahora tenía que protegerla también a ella.

—Pero Eva —dijo Janet con suavidad—. A veces proteger también significa confiar.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, bebiendo sus cafés. Finalmente, Eva habló.

—¿Crees que debería dejarla seguir con las clases?

Janet sonrió.

—Creo que deberías ir a ver una. Juzgar por ti misma. Aunque las clases ya se han acabado, Alex las entrena los martes y jueves de tres a cuatro en el gimnasio del colegio. Ve hoy. Observa. Y luego decide.

Eva asintió lentamente.

—Quizás lo haga.

Cuando Eva volvió a casa después de su reunión de las once, encontró a Carol en el sofá estudiando. La niña levantó la vista con cautela cuando entró su madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. —Eva dejó su maletín junto a la puerta y se sentó junto a Carol en el sofá—. He estado pensando.

Carol cerró el libro de matemáticas y se giró hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Sobre…?

—Sobre las clases de defensa personal. —Eva respiró hondo—. Puedes seguir yendo.

Carol se quedó congelada, como si no hubiera procesado las palabras.

—¿En serio?

—En serio. —Eva asintió—. Pero con condiciones.

—Las que quieras. —Carol prácticamente rebotaba en el sofá.

Eva levantó un dedo.

—Primera: nada de secretos. Me cuentas todo sobre las clases. Qué aprendes, cómo te sientes, todo.

—Prometido.

—Segunda. —Levantó otro dedo—. Si alguna vez te sientes incómoda o insegura en las clases, me lo dices inmediatamente.

—Vale.

—Y tercera, y eso ya lo hemos hablado esta mañana. —Eva la miró seriamente—. Esto no significa que puedas mentirme sobre otras cosas. Si quieres hacer algo, me lo preguntas. Aunque creas que voy a decir que no.

Carol asintió con tanta energía que Eva temió que se mareara.

—Sí, sí, lo prometo. Mamá, gracias. Gracias, gracias, gracias.

Se lanzó a abrazarla con tanta fuerza que casi la tira del sofá. Eva la abrazó y sintió cómo su hija temblaba de emoción.

—Hay algo más que necesito saber —dijo Eva cuando se separaron—. Creo que también entrenáis en su casa.

Carol vaciló un momento, mordiéndose el labio.

—Sí. También vamos a casa de Alex.

Eva sintió una punzada en el estómago, pero mantuvo la expresión neutra.

—Tiene una sala adaptada como gimnasio —continuó Carol rápidamente—. Con colchonetas profesionales y todo. Cuando el gimnasio del colegio no está disponible, entrenamos allí. Pero siempre estamos las tres juntas, mamá. Nunca voy sola.

Eva asintió, procesando la información. La idea de Carol en casa de Alex la ponía nerviosa, pero al menos no estaba sola.

—Vale. Mientras sean clases grupales.

—Lo son, lo prometo —Carol la miró con esperanza—. ¿Puedo llamar a Nat para decírselo?

Eva sonrió.

—Vale.

Carol salió disparada hacia su habitación, con el móvil ya en la mano. Eva la escuchó gritar de emoción mientras marcaba, y luego su voz emocionada hablando atropelladamente con su amiga.

Eva se quedó en el sofá, mirando al techo. Tomó el móvil y le mandó un mensaje a Alex.

—He decidido que Carol puede continuar en tus clases de defensa personal.

Unos minutos después, recibió el mensaje de la mano con el pulgar hacia arriba.

«No ha sido demasiado expresivo», pensó.

Se preguntó si había tomado la decisión correcta. Solo había una forma de saberlo.

A las dos y media de la tarde, Eva aparcó su Mercedes a una manzana del colegio. Había cancelado sus reuniones de la tarde, diciendo que tenía un asunto personal urgente. Soraya la había mirado con suspicacia, pero no había preguntado.

Entró en el edificio del colegio por la entrada principal y saludó con un gesto a la recepcionista, que la conocía. Atravesó los pasillos, vacíos tras el fin de las clases y con solo algunos exámenes

pendientes, para acercarse al gimnasio, donde sabía que estarían. La puerta estaba entreabierta, como la otra vez.

Eva se quedó en el pasillo, fuera de la vista, y se asomó con cuidado. Las tres niñas ya estaban ahí, haciendo estiramientos sobre las colchonetas. Carol estaba en el centro, con Natalie a su izquierda y Jenny a su derecha, las tres vestidas con ropa deportiva. Se reían de algo mientras estiraban, completamente relajadas.

Y luego Alex entró en su campo de visión.

Llevaba un pantalón de chándal negro y una camiseta gris sin mangas que dejaba ver sus musculosos brazos. Se acercó a las niñas con una botella de agua en la mano, sonriendo.

—Muy bien, chicas. ¿Listas para hoy?

—¡Sí! —respondieron las tres al unísono.

Alex dejó la botella a un lado y se puso en el centro de la colchoneta, esperando a que las niñas terminaran de estirar.

—Hoy vamos a repasar lo que aprendimos la semana pasada. —Su voz era firme, pero amable—. Defensa contra agarres. Pero antes de empezar, ¿alguien recuerda cuál es la regla número uno?

Carol levantó la mano inmediatamente.

—La mejor defensa es evitar el peligro.

—Exacto. —Alex asintió, señalándola con aprobación—. Siempre intentamos evitar la confrontación. La defensa personal es el último recurso, cuando no queda otra opción. ¿Está claro?

Las tres niñas asintieron.

Eva observaba desde su escondite, sorprendida. No era lo que esperaba. Había imaginado algo más… agresivo. Más violento. Pero esto parecía… educativo.

—Muy bien —continuó Alex—. Jenny, ven aquí. Vamos a simular que alguien te agarra del brazo en la calle. ¿Qué haces?

Jenny se acercó y Alex le agarró el brazo suavemente. La niña, concentrada, giró su muñeca hacia el pulgar de Alex, exactamente

como Eva había visto hacer en las películas, y se soltó con facilidad.

—¡Perfecto! —Alex sonrió—. Y después de soltarte, ¿qué haces?

—¡Correr! —gritó Jenny.

—Exacto. Siempre correr, buscar ayuda y gritar. Nunca te quedas a pelear. —Alex la señaló—. Muy bien. Ahora tú, Nat.

Practicaron durante media hora. Eva observaba fascinada cómo Alex guiaba a las niñas con infinita paciencia. Nunca levantaba la voz ni las presionaba. Cuando alguna se equivocaba, le mostraba de nuevo cómo hacerlo, con calma.

Y lo más sorprendente era cómo las niñas lo miraban. Con respeto, pero también con cariño. Como si Alex fuera algo más que un instructor, alguien en quien confiaban completamente.

Cuando le llegó el turno a Carol, Eva se tensó. Vio cómo Alex le mostraba cómo salir de un agarre desde atrás, explicándole paso a paso, ajustándole la postura con manos cuidadosas pero firmes.

—Recuerda —estaba diciendo—. No es fuerza. Es técnica. Usa el peso de tu atacante contra él. Así —le mostró el movimiento en cámara lenta—. ¿Ves?

Carol asintió, concentrada. Lo intentó. Falló. Alex sonrió y se lo volvió a mostrar, con más detalle esta vez.

—No pasa nada. Es difícil al principio. Inténtalo otra vez.

Carol volvió a intentarlo. Esta vez funcionó. Se soltó del agarre y Alex retrocedió con las manos levantadas.

—¡Así! ¡Perfecto, Carol! ¿Te das cuenta de cómo lo has hecho? Has usado mi propio impulso.

Carol brillaba de orgullo. Y Eva sintió en el pecho algo que se parecía peligrosamente a la gratitud.

Su hija no solo estaba aprendiendo a defenderse, estaba aprendiendo a confiar en sí misma. A ser fuerte. A no ser una víctima.

Alex tenía razón.

La clase continuó. Practicaron diferentes escenarios. Alex les enseñó cómo gritar para atraer atención, cómo evaluar salidas de emergencia, cómo confiar en su instinto. Y entre medio, entre ejercicio y ejercicio, hacía bromas que las hacían reír. Las trataba con respeto, como si fueran capaces. Como si fueran fuertes.

Cuando la clase terminó, Alex les dio botellas de agua a las tres y se sentó con ellas en las colchonetas.

—¿Cómo os habéis sentido hoy?

—¡Genial! —dijeron las tres.

—Bien. Practicad los estiramientos en casa. Y recordad, chicas. —Su tono se volvió más serio—. Estas técnicas son para defenderse, no para iniciar peleas. Jamás uséis esto para hacer daño a alguien, a menos que estéis en peligro. ¿Entendido?

—Entendido —respondieron las tres solemnemente.

Alex sonrió y les revolvió el pelo a las tres, haciendo que protestaran entre risas.

Eva las vio salir por la puerta del otro lado y caminó de vuelta por el pasillo con pasos lentos, procesando todo lo que había visto.

Se equivocaba de cabo a rabo. El asunto no tenía nada que ver con la violencia ni con formar niñas agresivas. Se trataba de empoderarlas, de infundirles confianza, de dotarlas de herramientas para un mundo que no siempre trataba bien a las mujeres. Alex no estaba manipulando a su hija. La estaba ayudando. La estaba haciendo más fuerte.

Salió del edificio y caminó hacia su coche con las piernas temblorosas. Se sentó en el asiento del conductor sin arrancar el motor, con las manos sobre el volante y mirando al frente sin ver nada.

Le debía una disculpa. Había sido cruel e injusta. Lo había acusado de falsedades y, encima, le había prohibido ver a Carol. Y la

ironía era que él solo intentaba ayudar. «Joder, qué metedura de pata», pensó Eva, cerrando los ojos.

Sacó el móvil y buscó el número de Alex. Los dedos le temblaban sobre la pantalla. Empezó a escribir un mensaje.

—He visto la clase de hoy. Necesitamos hablar.

Se quedó mirando el mensaje durante un minuto completo. Luego lo borró y escribió otro.

—Siento lo que dije ayer. Tenías razón. Podemos hablar?

Esta vez no lo borró. Pulsó enviar antes de poder arrepentirse.

La respuesta llegó dos minutos después.

—Cuándo?

Eva miró su agenda. Tenía el resto de la tarde libre.

—Ahora? En la cafetería donde nos vimos la otra vez?

Tres puntos parpadearon. Luego:

—Dame media hora. Primero tengo que llevar a las niñas a casa.

Eva arrancó el motor y condujo hacia la cafetería con el corazón latiéndole demasiado rápido. Aparcó y entró. Pidió un café que apenas tocó mientras esperaba en la misma mesa junto a la ventana donde se habían sentado la última vez.

Exactamente treinta y dos minutos después, Alex entró.

Llevaba la misma ropa de la clase, el pelo todavía un poco despeinado. La vio inmediatamente y caminó hacia su mesa con esa forma de moverse que transmitía seguridad.

Se sentó frente a ella sin decir nada, y esperó a que Eva hablara primero.

Esta respiró hondo y lo miró directamente a los ojos.

—He ido a ver la clase de hoy. Sin que Carol lo supiera.

Alex enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Y he podido ver cómo lo haces. Cómo las tratas. Lo que les estás enseñando. —Eva se mordió el labio—. Y me he dado cuenta de que estaba completamente equivocada.

—Eva…

—No, déjame terminar. —Levantó una mano—. Ayer te dije cosas horribles. Te acusé de manipular a Carol. Te dije que no eras su padre. Y todo eso… venía de mi propio miedo. No de la realidad.

Alex la observaba con atención.

—Siempre tengo miedo, Alex —continuó Eva, y su voz se quebró un poco—. Miedo de que a Carol le pase algo, de no ser suficiente. Y ese miedo me ha hecho ser exactamente el tipo de madre que no quería ser.

—No eres una mala madre —dijo Alex con suavidad.

—Quizás no. Pero sé que no he sido justa contigo. —Eva lo miró directamente—. Lo que estás haciendo con las niñas es… es increíble, Alex. Les estás enseñando a ser fuertes. A confiar en sí mismas. Debería haberte dado las gracias en lugar de gritarte.

Alex se recostó en la silla, estudiándola.

—Yo tampoco fui justo —admitió finalmente—. Te dije que estabas criando a Carol para ser débil y eso no es verdad. Carol es fuerte porque tú la has criado bien. Yo solo la estoy ayudando a descubrir una parte de esa fuerza.

Hubo un breve silencio entre ellos. Eva notó que el nudo en su pecho se deshacía.

—¿Empezamos de cero? —preguntó—. Ni riñas ni reproches. Solo… buscando lo mejor para las niñas.

Alex le dedicó esa sonrisa que revolucionaba a Eva.

—Me parece bien.

Extendió la mano sobre la mesa. Eva la miró durante un instante antes de estrecharla. El contacto fue cálido y firme, y duró un segundo más de lo estrictamente necesario.

—Tenemos un trato —dijo Eva, y sintió que podía respirar tranquila.

Cuando Eva llegó al loft, el sol ya se estaba poniendo detrás de los edificios de Tribeca y lo teñía todo de un intenso color naranja que entraba por los ventanales. Dejó el bolso sobre la encimera de la cocina y se quedó ahí de pie, con las llaves todavía en la mano, sin saber muy bien qué hacer consigo misma.

La conversación con Alex seguía resonando en su cabeza como un eco persistente. Su cabeza era un revuelo de ideas al recordar la situación.

«¿Podemos empezar de nuevo?».

«Me parece bien».

Ese apretón de manos. La calidez de su palma contra la suya. La forma en que sus dedos se cerraron alrededor de su mano, con firmeza pero sin presionar demasiado. Y cómo duró un segundo más de lo necesario, como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en soltarse.

Se sirvió una copa de vino blanco del frigorífico y se sentó en el sofá. Se puso a mirar por la ventana sin ver realmente nada. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse una a una, como estrellas terrestres.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Dos días atrás había estado furiosa con él. Le había gritado en un gimnasio. Le había dicho que no era el padre de Carol, que no tenía derecho a opinar sobre su hija. Y ahora… ahora estaba sentada en su sofá pensando en cómo sus preciosos ojos la habían mirado cuando ella le pidió disculpas. Con esa mezcla de sorpresa y algo que no supo identificar. ¿Alivio? ¿Gratitud? ¿O había sido otra cosa?

Tomó un sorbo de vino, y el líquido frío bajó por su garganta.

No podía negar que era atractivo. Eso lo había sabido desde el primer momento, cuando lo veía en el gimnasio, y sobre todo desde

aquella desastrosa cena en casa de Janet. Esa intensa atracción física era algo que no esperaba, pero lo que estaba sintiendo ahora era… diferente. Mucho más complicado.

Porque hoy, cuando lo había espiado mientras estaba con las niñas, no solo había visto a un hombre guapo enseñando defensa personal. Había visto a alguien que se preocupaba de verdad. Alguien que tenía infinita paciencia y que trataba a esas tres niñas como si fueran lo más importante del mundo.

La forma en que le había revuelto el pelo a Carol después de que hiciera bien un movimiento. La sonrisa orgullosa en su rostro. Como si el éxito de su hija también fuera el suyo.

«Joder», murmuró en voz alta, llevándose una mano a la frente.

Esto era un problema muy serio, porque hacía tres años que había decidido que no necesitaba a ningún hombre en su vida. Que los hombres solo traían complicaciones, traiciones, dolor. David le había enseñado eso, y el idiota de su primer novio en la universidad también. Había construido muros altos y gruesos alrededor de su corazón, y le había funcionado a la perfección hasta ahora.

Pero Alex… Alex estaba filtrándose por grietas que ni siquiera sabía que existían. Y lo peor era que no podía permitírselo. No quería arriesgarse otra vez.

Pensó en Natalie, su fallecida esposa. En cómo había hablado de ella el otro día en la cafetería, con esa mezcla de dolor y cariño que nunca desaparecía del todo.

«Fue hace años, pero algunas cosas no se olvidan», se dijo a sí misma.

¿Cómo competía una con un fantasma? ¿Con el recuerdo de un amor perfecto truncado por la tragedia?

«No estás compitiendo con nadie», se dijo en voz alta. «Porque no va a pasar nada. Porque no puede pasar nada».

Pero incluso mientras lo decía, sabía que era mentira.

Porque cuando se había quedado mirándolo hoy en el gimnasio, observando desde su escondite cómo enseñaba a las niñas, no solo había sentido gratitud o alivio. Había sentido algo más visceral. Algo que hacía años que no sentía, y era deseo.

Y no solo deseo físico, aunque eso también estaba ahí, innegable. Era algo más profundo. El deseo de conocerlo mejor. De entender qué lo hacía funcionar. De saber qué pensaba cuando pintaba. Lo que soñaba por las noches, o cómo había sido su vida antes de que la muerte le arrebatara a su esposa.

Se terminó la copa de vino de un trago y se levantó del sofá. Necesitaba hacer algo. Cualquier cosa que la distrajera de sus pensamientos.

Fue a la habitación de Carol y llamó suavemente a la puerta.

—¿Mamá? —la voz sonó desde dentro.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Entró y la encontró tumbada en la cama con el móvil en la mano. Pensó que probablemente había estado hablando con Natalie o Jenny. Sonreía de oreja a oreja.

—¿Todo bien, cariño?

—Súper bien. —Carol dejó el móvil a un lado—. Nat me estaba contando que su padre está supercontento de que hayas hablado con él. Dice que está de mucho mejor humor.

Sintió algo cálido en el pecho. ¿Alex había estado de mal humor estos días? ¿Por su pelea?

—Me alegro —dijo, sentándose en el borde de su cama—. Oye, sobre Alex…

Carol se incorporó, con los ojos brillantes de curiosidad.

—¿Qué pasa con él?

—Nada, solo… —Buscó las palabras correctas—. ¿Cómo es? Quiero decir, cuando da las clases. Cuando estáis en su casa. ¿Es…?

—¿Si es bueno? —Carol sonrió—. Sí, mamá. Es genial. Es paciente y divertido, y se preocupa de verdad por nosotras. Siempre nos pregunta cómo estamos, si tenemos algún problema en el colegio o lo que sea.

Se abrazó las rodillas contra el pecho.

—Y pinta unos cuadros increíbles. Tiene todo un estudio en su loft. A veces, cuando terminamos de entrenar, nos deja ver en qué está trabajando. Es… no sé, es diferente a otros padres.

«Diferente». Sí, eso resumía bastante bien a Alexander Kraft.

—Me alegro de que te guste —dijo finalmente, acariciándole el pelo—. Y me alegro de que hayas encontrado algo que te hace feliz.

Carol la abrazó de repente, apretándola fuerte.

—Gracias por dejarme seguir con las clases, mamá. Sé que te cuesta.

—Un poco —admitió con una sonrisa—. Pero voy a intentarlo.

Cuando salió de su habitación y volvió al salón, la noche ya había caído sobre la ciudad. Se quedó de pie frente a los ventanales, mirando las luces y con la copa de vino vacía todavía en la mano.

Alexander Kraft.

Padre viudo, exmilitar. Artista. Instructor de defensa personal. Un hombre que había perdido a su esposa y había salido adelante. Que había criado a una hija solo. Que era paciente, cariñoso, seguro de sí mismo sin ser arrogante.

Todo lo que David nunca fue. Todo lo que ella había dejado de creer que existía.

Eso era lo que la asustaba.

Porque si empezaba a creer de nuevo… si se permitía sentir de nuevo… ¿Qué pasaría cuando inevitablemente la decepcionara? Cuando se diera cuenta de que no era tan diferente y la seguridad se transformara en control. Cuando la confianza se convirtiera en traición.

No estaba segura de poder sobrevivir a eso otra vez.

Pero mientras se preparaba para irse a la cama esa noche, mientras se lavaba los dientes y se ponía el pijama, no podía dejar de pensar en ese apretón de manos. En cómo sus ojos la habían mirado cuando le pidió que empezaran de nuevo.

Y en cómo, por un aterrador segundo, había querido que ese momento durara para siempre.

Alex dejó las llaves sobre la mesa que tenía junto a la puerta y se quedó de pie en el loft, todavía procesando la conversación que acababa de tener con Eva.

Natalie estaba en su habitación con la puerta cerrada, probablemente hablando con Carol o Jenny. Podía escuchar su risa atravesando las paredes, ese sonido que siempre conseguía hacerle sonreír sin importar qué tan jodido hubiera sido el día.

Pero hoy el día no había sido jodido. Todo lo contrario.

Se quitó la camiseta de deporte y la tiró sobre el respaldo del sofá antes de dirigirse a la cocina. Sacó una cerveza del frigorífico, la abrió y se bebió la mitad de un trago. El líquido frío le bajó por la garganta mientras se apoyaba contra la encimera, mirando hacia el estudio de pintura que ocupaba una gran parte del loft.

Había un lienzo a medio terminar en el caballete. Un paisaje abstracto de colores cálidos que había empezado la semana pasada y que no había tenido cabeza para continuar. Desde la pelea con Eva el día anterior, no había podido dar ni una sola pincelada. Cada vez que lo intentaba, su mente volvía a ese gimnasio. A esa mirada de furia y dolor en sus ojos azules. A las palabras que le había dicho.

«No eres su padre. No tienes derecho a enseñarle nada».

Esas palabras le habían dolido más de lo que ella suponía. Porque tenía razón. No era el padre de Carol. No tenía ningún derecho sobre ella. Pero las niñas le habían pedido ayuda y él… él no podía decirles que no sabiendo lo importante que era. Había visto

con sus propios ojos lo que pasaba cuando las mujeres no sabían defenderse.

Tomó otro sorbo de cerveza y caminó hacia los ventanales que daban a la calle. Tribeca de noche siempre le había gustado. Las luces, el constante movimiento, la sensación de que la ciudad nunca dormía del todo.

«Siento lo que dije ayer. Tenías razón».

Las palabras de Eva resonaban en su cabeza. La forma en que lo había mirado al decírselas, con esos preciosos ojos azules llenos de algo que se parecía demasiado a la vulnerabilidad. Eva Watts, la abogada dura e implacable, pidiéndole disculpas.

No se lo esperaba. Para nada.

Cuando había recibido su mensaje esa tarde, su primer instinto había sido ignorarlo. Estaba cansado de pelear. Cansado de justificar sus decisiones. Y joder, todavía estaba dolido por las cosas que ella le había dicho.

Pero algo en ese mensaje le hizo reflexionar… «Necesitamos hablar». Había ido porque, a pesar de todo, quería arreglar las cosas. Por las niñas, se había dicho. Pero quizás también por él.

Porque Eva le atraía de una forma que hacía años que nadie lo hacía.

Se terminó la cerveza y fue al frigorífico a por otra. Su reflejo le devolvió la mirada desde el oscuro cristal de la ventana: un tipo de cuarenta y dos años con demasiadas cicatrices y excesivos malos recuerdos. Su pelo negro empezaba a mostrar algunas canas en las sienes y sus cansados ojos habían visto más mierda de la que cualquiera debería ver.

No era el tipo de hombre para alguien como Eva.

Ella era elegante, educada, exitosa. Vivía en un mundo de trajes de diseñador, contratos prenupciales y Mercedes de alta gama. Él era un exmilitar que se había reconvertido en artista y que pasaba la mitad del tiempo con manchas de pintura en los pantalones.

¿Qué demonios podía ofrecerle?

Pero cuando se habían dado la mano hoy, cuando sus dedos finos se habían cerrado alrededor de los suyos, había sentido algo. Una chispa. Una conexión. Y por la forma en la que ella se había quedado mirando sus manos unidas un segundo más de lo necesario, sospechaba que no solo él había sentido algo.

«No puedes hacer esto», se dijo en voz alta. «No puedes empezar algo con la madre de la mejor amiga de tu hija».

Pero incluso mientras lo decía, sabía que era demasiado tarde. Ya había empezado. Desde aquel primer día en casa de los Dawson, cuando la había visto entrar con ese vestido negro y esa expresión de estar lista para la batalla. Desde su primer intercambio de palabras, cuando había visto el fuego en sus ojos y había pensado: «Joder, esta mujer es peligrosa».

Peligrosa porque le hacía sentir cosas que no había sentido desde Natalie. Desde antes de que el cáncer se la llevara y le dejara solo con una niña de siete años y un agujero en el pecho del tamaño de Manhattan.

Habían pasado cinco años desde que la había enterrado. Y se había prometido a sí mismo que nunca volvería a pasar por eso. Que nunca volvería a arriesgarse a perder a alguien así.

Y había cumplido esa promesa. Había salido con algunas mujeres, claro. Un par de citas aquí y allá que nunca habían ido a ninguna parte porque no se permitía que fueran a ninguna parte. Mantenía las cosas superficiales, físicas, sin complicaciones emocionales.

Pero Eva… Eva no era de las que se contentaban con superficialidades. Era profundidad e intensidad en su máxima esencia. Y eso le aterraba y atraía a partes iguales.

Pensó en cómo la había visto hoy en la cafetería. En la forma en la que se había mordido el labio antes de hablar y en ese gesto nervioso que le había parecido tan inesperado en alguien tan

controlado. Había jugado con su taza de café mientras le pedía disculpas, como si necesitara hacer algo con las manos.

Y la forma en que le había mirado, con esos preciosos ojos azules llenos de alivio cuando él le dijo que no era una mala madre. Le había hecho querer rodear la mesa y…

«Para», se ordenó. «Para ahora mismo».

No podía hacer esto. No podía empezar a pensar en Eva Watts de esa manera. Sus vidas ya estaban suficientemente entrelazadas por las niñas, y si mantuvieran una relación y saliera mal, todo se complicaría.

Pero su cerebro no estaba cooperando. Seguía volviendo a esa imagen de ella en el gimnasio del colegio, observándole desde la puerta. No la había visto hasta después, cuando las niñas ya se habían ido. Había notado la sombra en el pasillo y había sabido que alguien había estado ahí durante toda la clase.

Supo que era ella, y en lugar de sentirse invadido o molesto, había sentido… esperanza. Esperanza de que viera lo que realmente estaba haciendo. De que entendiera que no se trataba de violencia o agresión, sino de darles a esas niñas las herramientas para sentirse seguras en un mundo que no siempre lo era.

Y lo había entendido. En la cafetería, le había pedido disculpas y admitió que se había equivocado.

¿Cuántas personas tenían el coraje de hacer eso?

Caminó hacia su estudio y se quedó frente al lienzo inacabado. Los colores cálidos le devolvían la mirada: naranjas, rojos, amarillos. Colores de fuego. De pasión. De tonos que quemaban.

Cogió un pincel sin pensarlo y lo mojó en pintura azul. Azul como los ojos de Eva. Empezó a pintar sin un plan claro, dejando que su mano se moviera por instinto.

Una figura empezó a tomar forma en el lienzo. Femenina. Rubia. Con unos ojos que le miraban directamente, desafiantes pero también vulnerables.

«Mierda», murmuró dejando el pincel.

Estaba jodido. Completamente jodido.

Porque no podía pintarla. No podía pensar en ella de esa manera. No cuando, desde hacía años, había decidido que el amor era demasiado peligroso. Que era mejor estar solo que arriesgarse a sentir ese dolor otra vez.

Pero mientras limpiaba el pincel y guardaba las pinturas, sabía que era demasiado tarde para esas resoluciones. Eva Watts se había metido en su mente sin que se diera cuenta. Y ahora que estaba ahí, no tenía ni puta idea de cómo sacarla. O si quería hacerlo.

Escuchó la puerta de la habitación de Natalie y su hija apareció en el salón con una sonrisa de oreja a oreja.

—Papá, ¿sabes qué? Carol me acaba de decir que su madre está supercontenta de que hayáis hecho las paces.

Se dejó caer en el sofá y le miró con esos ojos que eran tan parecidos a los de su madre que a veces le dolía mirarla.

—Me alegro —dijo sentándose junto a ella.

—Carol dice que su madre nunca habla de hombres —continuó Natalie con ese tono casual que tenían los adolescentes cuando estaban pescando información—. Dice que desde que se divorció no ha salido con nadie.

Sintió algo moviéndose en su pecho. Curiosidad. Interés. Cosas que no debería estar sintiendo.

—Vaya —dijo, intentando parecer neutral.

—Pero dice que últimamente menciona tu nombre bastante. —Natalie le miró de reojo—. ¿Crees que le gustas?

Alex casi se atragantó con su propia saliva.

—Nat, no digas tonterías. Apenas nos conocemos.

—Carol dice que su madre nunca habla de nadie. Nunca. Así que si habla de ti, debe significar algo.

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina a por agua.

—Yo creo que haríais buena pareja —dijo por encima del hombro—. Y Carol también lo piensa.

—Natalie…

—Solo lo digo. —Se encogió de hombros con una traviesa sonrisa—. Nunca olvidaré a mamá, pero estaría bien tener una madre de nuevo. Y Carol dice que le gustaría tener un padre que no sea un gilipollas como el suyo.

Y con eso se fue a su habitación, dejándole solo en el salón con sus caóticos pensamientos y la imagen de Eva que no podía quitarse de la cabeza.

Se quedó ahí sentado durante un tiempo, mirando hacia el estudio donde había empezado a pintarla sin querer. Pensando en sus preciosos ojos. En su cautelosa sonrisa cuando le había pedido que empezaran de nuevo. En cómo sus dedos habían querido quedarse entrelazados con los suyos.

«Jodido», pensó de nuevo. «Estoy completamente jodido».

Porque por primera vez desde la muerte de Natalie, podía imaginar que dejaba entrar a alguien de nuevo en su vida. Que podía arriesgarse otra vez.

Y la persona que estaba imaginando tenía el pelo rubio, los ojos azules y una hija de doce años que era la mejor amiga de la suya.

No tenía ni idea de qué hacer con eso.

Pero mientras se preparaba para irse a la cama esa noche, supo una cosa con certeza:

Eva Watts había cambiado algo en él. Y por mucho que intentara convencerse de lo contrario, ya no había vuelta atrás.



CAPÍTULO 5

Pinceladas de verdad

Viernes, 20 de junio de 2025

El viernes transcurrió con la tediosa normalidad de cualquier otro día laboral. Eva pasó la mañana en el juzgado defendiendo a una clienta en un caso de custodia especialmente desagradable, donde el exmarido había intentado usar cada detalle íntimo de la vida de su exesposa en su contra. Eva había destrozado sus argumentos uno por uno con la precisión de años de experiencia, y para las once ya había conseguido que el juez fallara a favor de su clienta.

Victoria. Otra mujer libre de un matrimonio tóxico.

Por la tarde tuvo reuniones en el bufete, revisión de contratos, llamadas con clientes potenciales.

Soraya entró y salió de su despacho media docena de veces, cada vez con una excusa diferente, pero siempre con esa mirada de curiosidad que significaba que quería saber qué había pasado con "el padre bueno y viudo".

—No ha pasado nada —le dijo Eva la tercera vez que entró.

Soraya levantó las manos con expresión inocente, pero la sabia sonrisa seguía ahí.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando.

—Siempre estoy pensando. —Soraya se encogió de hombros mientras dejaba otra carpeta sobre el escritorio—. Es parte de mi encanto.

A las cinco y media, cuando Eva estaba a punto de cerrar el portátil, su móvil vibró con un mensaje de Carol.

—Mamá, ¿puedes recogerme en casa de Alex a las 7? Hoy entrenamos allí. Te mando la dirección.

Eva miró el mensaje durante unos segundos antes de responder. Casa de Alex. Su loft. El lugar donde entrenaban cuando el gimnasio del colegio no estaba disponible. El lugar donde, según Carol, Alex tenía su estudio de pintura y una sala adaptada como gimnasio.

Sus dedos se quedaron suspendidos sobre la pantalla. Podía decir que no. Podía pedirle a Carol que tomara un taxi o que llamara a Janet. Pero eso sería… estúpido.

—Claro, cariño. Nos vemos a las 7.

Guardó la dirección en su GPS y cerró el portátil con un suspiro. Alex vivía a solo seis manzanas de su propio loft. Habían estado viviendo prácticamente uno al lado del otro todo este tiempo sin saberlo.

«Que pequeño es el mundo», pensó, recordando las palabras de Alex en la cafetería.

A las siete menos cinco, Eva aparcó el Mercedes frente a un edificio de ladrillo rojo que debía tener al menos cien años, pero que había sido renovado con ese estilo industrial-elegante tan típico de Tribeca. Miró la dirección en su móvil y luego el número en la puerta. Era aquí.

Salió del coche y se alisó el vestido azul marino que llevaba, un gesto nervioso que hizo sin pensar. Se había cambiado antes de salir del bufete, quitándose el traje formal y poniéndose algo más casual. No quería parecer que venía directa del trabajo. No quería que Alex pensara que…

«¿Que qué?», se preguntó mientras entraba al edificio. «¿Que te has arreglado para él?»

No se había arreglado para él. Solo se había cambiado de ropa. Era diferente.

El ascensor era uno de esos antiguos de puertas plegables que probablemente estaba ahí desde que se construyó el edificio. Eva pulsó el botón del cuarto piso y el ascensor subió con un traqueteo que la hizo agarrarse a la barandilla de latón.

Cuando las puertas se abrieron, se encontró en un pequeño rellano con solo dos puertas. La de la izquierda tenía el número 4A. La de la derecha, 4B. Eva caminó hacia la 4B, donde Carol le había dicho que era, y llamó al timbre.

Escuchó voces dentro. Risas de niñas. Pasos acercándose.

Y luego la puerta se abrió y ahí estaba Alex.

Llevaba el mismo tipo de ropa que usaba para entrenar: pantalón de chándal negro y una camiseta gris sin mangas que dejaba ver sus brazos. Tenía el pelo despeinado y una pequeña mancha de lo que parecía pintura azul en la mejilla. Cuando la vio, su expresión cambió y le mostró una sonrisa.

—Eva. Llegas justo a tiempo. —Se hizo a un lado, abriendo la puerta del todo—. Pasa, las niñas están recogiendo sus cosas.

Eva entró y casi se quedó sin aliento.

El loft era… enorme. Y completamente inesperado.

No había paredes divisorias, excepto las que claramente delimitaban las habitaciones privadas, que estaban al fondo. Todo el resto era un espacio abierto, con techos altísimos cruzados por vigas de madera oscura y ladrillo visto por todas partes. Los ventanales industriales dejaban entrar la luz del atardecer, bañando todo en un resplandor dorado.

Pero lo que realmente captó su atención fue cómo estaba distribuido el espacio.

A la izquierda, había una zona claramente dedicada al entrenamiento. Colchonetas gruesas cubrían el suelo, un saco de boxeo colgaba de una de las vigas y había una estructura con barras para dominadas y otros ejercicios. Era un gimnasio completo y profesional, pero integrado de forma orgánica en el espacio.

Al fondo estaba la cocina, moderna pero con ese toque industrial que combinaba con el resto del loft. Y a la derecha…

A la derecha estaba el estudio.

Caballetes con lienzos, estanterías llenas de tubos de pintura, pinceles en tarros de cristal, trapos manchados. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, algunos enmarcados, otros sin enmarcar, apoyados contra las paredes o colgados sin orden aparente. Abstractos, paisajes, retratos. Explosiones de color junto a piezas más oscuras y melancólicas.

Era el espacio de alguien que vivía y respiraba arte.

—Perdona el desorden —dijo Alex cerrando la puerta tras ella —. No esperaba visitas y he estado pintando antes del entrenamiento.

Eva se giró hacia él, todavía procesando lo que estaba viendo.

—Es… increíble.

Y lo era. No era el espacio ordenado y minimalista que había imaginado. Era vivo, creativo, lleno de personalidad. Había libros apilados sobre la mesa de café, plantas en macetas de cerámica junto a las ventanas, una guitarra apoyada contra el sofá de cuero marrón.

—Gracias. —Alex metió las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal, con una expresión que podría haber sido timidez—. Natalie siempre dice que es un caos organizado.

—¡Mamá! —Carol apareció corriendo desde la zona del gimnasio, con el pelo recogido en una coleta despeinada y la cara roja del ejercicio—. ¿Has visto qué chulo? ¿No te dije que era genial?

Detrás de ella venían Natalie y Jenny, igualmente despeinadas y sudadas, pero sonriendo de oreja a oreja.

—Es… impresionante —admitió Eva, sin poder dejar de mirar alrededor.

—Alex, ¿puedo enseñarle a mi madre el cuadro que estás haciendo? —preguntó Carol con entusiasmo—. ¿El del bosque?

Alex miró a Eva antes de asentir.

—Claro, está en el caballete del fondo.

Carol agarró la mano de Eva y prácticamente la arrastró hacia el estudio. Jenny y Natalie las siguieron, parloteando sobre la clase.

El cuadro en cuestión era un paisaje de un bosque en otoño, con los árboles en tonos de naranja, rojo y dorado. Pero no era realista. Había algo abstracto en él, en la forma en que los colores se mezclaban y fluían, como si el bosque estuviera vivo y en movimiento.

—Es precioso —dijo Eva, y lo decía en serio.

—Alex nos deja espiarlo mientras trabaja —explicó Carol—. Dice que el arte debería compartirse, no esconderse.

Eva miró hacia Alex, que se había quedado cerca de la cocina, observándolas con una indescifrable expresión.

—¿Vendes tus cuadros? —preguntó.

Alex se encogió de hombros, caminando hacia ellas con las manos todavía en los bolsillos.

—Algunos. Hay una pequeña galería en Chelsea que expone mis trabajos y me representa. No es mi principal fuente de ingresos, pero ayuda.

—¿Y cuál es tu principal fuente de ingresos? —la pregunta salió antes de que Eva pudiera detenerla.

Alex sonrió.

—Tras veinte años de servicio en el ejército, tengo una paga. Ahorré mucho mientras estuve allí. Hice algunas inversiones inteligentes… Y recibo intereses de vez en cuando.

Se detuvo junto a Eva, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera oler esa mezcla de pintura, sudor limpio y colonia que era completamente él.

—Mamá, ¿podemos quedarnos un rato más? —preguntó Carol —. Queremos ver algo en Netflix.

Eva miró su reloj. Eran casi las siete y cuarto.

—Cariño, ya es tarde…

—Por favor —Carol juntó las manos en posición de súplica—. Solo una hora. Alex hace las mejores palomitas.

Eva miró a Alex, que levantó las manos.

—Por mí no hay problema, pero es decisión de tu madre.

Las tres niñas la miraban con esos ojos de cordero degollado que Eva conocía demasiado bien. Suspiró.

—Una hora. Ni un minuto más. Pero que Jenny se lo diga a su madre.

Las niñas gritaron de alegría y salieron corriendo hacia la zona del sofá, discutiendo sobre qué película ver.

Alex sonrió y se dirigió a la cocina.

—¿Quieres algo de beber? Tengo vino, cerveza, agua, café…

—Vino blanco, si tienes.

—Tengo uno que te va a encantar.

Eva lo siguió a la cocina y se apoyó contra la encimera mientras Alex sacaba una botella del frigorífico y servía dos copas. Le pasó una y levantó la suya en un brindis. Eva chocó su copa contra la de él con un tintineo suave.

—Tienes un loft increíble —dijo ella tomando un sorbo—. No es lo que esperaba.

—¿Qué esperabas? —preguntó Alex con curiosidad, apoyándose contra la encimera frente a ella.

Eva se encogió de hombros y sintió cómo se le subían los colores.

—No sé. Algo más… ordenado. Minimalista. Como esos loft de revista.

Alex soltó una carcajada.

—Odio esos espacios. Son como museos. Fríos, sin vida. Este lugar es un desastre, pero es mi desastre.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más, y Eva tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarse mirando el movimiento.

—Además —continuó Alex—, cuando pintas, las cosas se ensucian. Intenté mantener todo ordenado al principio, pero era agotador. Así que me rendí.

Eva sonrió contra el borde de su copa.

—¿El gran Alex Kraft admitiendo una derrota?

—Ahora elijo mis batallas —respondió él, con esa sonrisa que alteraba a Eva—. Y la guerra contra las manchas de pintura era imposible de ganar.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, bebiendo su vino. Eva podía escuchar a las niñas de fondo, riendo de algo en la televisión. Era una situación muy agradable y cómoda, de una forma que no esperaba.

—¿Cuánto tiempo llevas pintando? —preguntó finalmente.

Alex miró hacia su estudio, pensativo.

—Toda mi vida, supongo. Desde que era niño. Como me encantaba, mi abuela me regaló mi primer set de pinturas cuando tenía seis años.

Se giró hacia ella, apoyando la cadera contra la encimera.

—Pero desde que dejé el ejército lo hago de forma profesional. Hace cinco años.

Cinco años. Cuando murió su esposa.

—Debió ser muy difícil —dijo Eva con suavidad—. La transición. Del ejército a… esto.

Alex asintió, girando su copa entre las manos.

—Lo fue. Estuve veinte años. Era lo único que conocía. Y cuando Natalie murió, de repente tenía que ser padre a tiempo

completo y al mismo tiempo reinventar mi vida profesional.

Tomó un sorbo largo de su cerveza.

—La pintura me salvó, creo. Me daba algo en qué enfocarme para olvidarme del dolor. Un propósito.

Eva notó honestidad en su voz, en la forma en la que hablaba de su esposa sin intentar esconder el dolor.

—¿Cómo era? —preguntó interesada—. Natalie. Tu esposa.

Alex la miró durante unos segundos, y Eva temió haber cruzado una línea. Pero luego él sonrió, y le mostró una sonrisa triste pero muy natural.

—Era… pura luz. Esa es la única forma de describirla. Ven, acompáñame —le pidió.

Dejó su copa sobre la encimera y caminó hacia el estudio. Eva lo siguió, intrigada.

Se detuvo frente a un cuadro colgado en la pared que estaba apartado de los demás. Era el retrato de una mujer joven con un largo cabello rubio y unos alegres ojos marrones. No era una foto, era una pintura, pero tan realista que parecía que la mujer podría salir del lienzo en cualquier momento.

—La pinté un año después de que se fuera —dijo Alex con voz baja—. De memoria. Necesitaba… no sé, capturarla de alguna forma. Asegurarme de que nunca pudiera olvidar su forma de sonreír.

Eva miró el cuadro y sintió un nudo en la garganta. Natalie era muy guapa, pero en el lienzo se reflejaba mucho más que eso. Había algo en la forma en la que Alex la había pintado que transmitía amor, un cierto dolor y nostalgia.

—Es precioso —dijo finalmente—. Ella era muy hermosa.

—Lo era. —Alex asintió—. Y buena. De esa bondad que es muy rara de encontrar. Adoraba su trabajo. Era profesora.

Se giró hacia Eva con una expresión que era difícil de descifrar.

—Cuando le diagnosticaron cáncer, Nat tenía cinco años. Luchó durante dos. Dos años de quimio, radioterapia, esperanza y desesperación. Y al final…

Se detuvo, tragando saliva.

—Al final se fue. Y me dejó solo con una niña de siete años que no entendía por qué su madre no volvía a casa.

Eva sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sin pensarlo, extendió la mano y la puso sobre el brazo de Alex. Él miró el contacto durante un segundo antes de cubrirla con la suya.

—Lo siento —susurró Eva—. De verdad que lo siento.

Alex asintió, apretando suavemente su mano antes de soltarla.

—Gracias. Fue hace tiempo, pero algunas cosas… —La voz se le rompió—. Algunas cosas nunca dejan de doler del todo.

Se quedaron ahí de pie, mirando el retrato, con el sonido de las niñas riendo de fondo. Eva pensó en su propio dolor, tan diferente al de él. En David. En su traición. En cómo había pasado tres años construyendo muros para protegerse.

Pero eso no era nada comparado con lo que Alex había perdido.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Eva finalmente—. ¿Cómo pudiste seguir adelante?

Alex la miró, y ella vio algo en sus ojos que la hizo temblar.

—No tuve opción. Tenía una hija que me necesitaba. Así que me levanté cada mañana, aunque no quisiera. Pinté, a pesar de que cada pincelada dolía. Respiré, aun cuando con cada bocanada de aire se me partiera el alma.

Se pasó una mano por la cara, en un gesto cansado.

—Y poco a poco, el dolor se volvió… manejable. No desapareció, pero tuve que aprender a vivir con él. A llevarlo conmigo sin dejar que me aplastara.

Eva asintió, entendiendo más de lo que las palabras expresaban. Porque aunque su dolor era muy diferente, ella también había tenido que aprender a vivir con él. A construir una vida nueva desde las ruinas de la antigua.

—¿Y ahora? —preguntó con voz suave—. ¿Cómo estás ahora?

Alex la miró durante un largo momento. Luego sonrió, con esa sonrisa que Eva ya conocía a la perfección.

—Ahora estoy bien la mayoría de los días. Nat está creciendo feliz y sana. Tengo mi arte y un claro propósito en mi vida. —Hizo una pausa, y algo cambió en su expresión—. Y últimamente… últimamente he empezado a pensar que quizás podría haber espacio para algo más.

Las palabras, cargadas de significado, quedaron suspendidas entre ellos. Eva sintió cómo se le aceleraba el pulso. Sabía que debería decir algo, romper la tensión, hacer una broma. Pero no podía moverse. No podía apartar la mirada de esos ojos verdes que la miraban con una intensidad que la hacía sentir expuesta y segura al mismo tiempo.

—¿Papá? —la voz de Natalie los interrumpió—. ¿Puedes hacer más palomitas?

Alex parpadeó, rompiendo el contacto visual. Se aclaró la garganta y se giró hacia su hija.

—Ahora mismo, cariño.

Volvió a la cocina y Eva se quedó ahí, frente al retrato de Natalie, intentando calmar el martilleo de su corazón.

«Espacio para algo más». ¿Estaba hablando de ella? ¿O era solo una conversación general? Sacudió la cabeza. No podía pensar en eso ahora y con Carol a unos metros.

Volvió a la cocina, y él estaba poniendo palomitas en el microondas. Cuando la vio, Alex le ofreció una sonrisa que era casi… tímida.

—Lo siento, Eva. No quería que te sintieras incómoda hablando de Natalie.

—Al contrario, Alex —dijo Eva rápidamente—. Gracias por compartir eso conmigo.

Alex asintió, sacando el paquete de palomitas del microondas con cuidado.

—No hablo mucho de ella. Con nadie. Pero contigo… —Se detuvo, vertiéndolas en un bol grande—. Contigo me siento… seguro.

Eva sintió una sensación de calor en su pecho. No sabía qué decir, así que simplemente asintió.

Alex llevó el bol a las niñas, que lo recibieron con gritos de alegría. Eva se quedó en la cocina, bebiendo su vino y observando cómo Alex interactuaba con las tres niñas. La forma en que les revolvía el pelo y la genuina sonrisa en su rostro.

Este era un lado de Alex que nunca había visto. Relajado, casero, completamente a gusto en su propio espacio. Sin la tensión de sus anteriores encuentros, sin la guardia alta.

Solo… era él. Y ¡joder!, era peligrosamente atractivo.

Eva terminó su vino y dejó la copa en el fregadero. Miró su reloj y todavía faltaba media hora, pero de repente se sintió incapaz de quedarse quieta en la cocina.

Caminó hacia el estudio, dejando que sus ojos vagaran por los cuadros. Algunos eran claramente obras terminadas, pulidas y listas para vender. Otros eran sketches, estudios de color, experimentos.

Y luego vio uno que la hizo detenerse en seco.

Estaba apoyado contra la pared, a medio terminar. Un retrato abstracto de una mujer. Pelo rubio que fluía como agua dorada. Ojos azules que te miraban directamente, desafiantes pero vulnerables al mismo tiempo.

Eva se acercó más, con el corazón latiéndole en la garganta.

Era ella.

No era una representación realista, pero era inconfundible. La forma de la mandíbula, la intensidad de la mirada, incluso el gesto de la boca, ligeramente fruncida como cuando estaba pensando.

—Ah. —La voz de Alex sonó detrás de ella, y cuando Eva se giró, lo encontró de pie a pocos metros, con las manos en los bolsillos y una expresión que podría haber sido vergüenza—. Ese.

—¿Soy yo? —preguntó Eva, aunque ya sabía la respuesta.

Alex asintió lentamente.

—Empecé a pintarlo el otro día. Después de nuestra conversación en la cafetería. Normalmente, no pinto a gente real, aparte de Natalie. Pero tú…

Se acercó, quedando junto a ella, ambos mirando el cuadro.

—No podía sacarte de mi cabeza.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración. Se giró hacia él y se encontró con sus ojos clavados en los suyos.

—Alex…

—Sé que es raro —continuó él, y había algo vulnerable en su voz—. Pintar a alguien sin su permiso. Puedo taparlo si te hace sentir incómoda.

—No, por favor —dijo Eva rápidamente—. No me hace sentir incómoda.

Y era verdad. ¿Estaba incómoda y tenía que salir corriendo? Todo lo contrario. Se sentía halagada, y de una forma que nadie había conseguido en años.

—Es hermoso —susurró.

Alex la miró con una intensidad que hizo que todo el aire desapareciera de la habitación.

—Es que tú eres muy hermosa.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Eva sabía que debería apartarse, poner distancia, recordar todas las razones por las que esto era una mala idea.

Pero no podía moverse.

—Las niñas están aquí —dijo finalmente, y su voz sonó ronca.

—Lo sé. —Alex no apartó la mirada.

—Esto es complicado.

—Lo sé.

—No sé si estoy lista para…

—Lo sé —repitió él con suavidad.

Y luego, sin que Eva supiera quién se había movido primero, estaban más cerca. Lo suficiente como para que ella pudiera ver las pequeñas motas doradas en sus ojos verdes. Tan cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—Mamá, ¿podemos quedarnos diez minutos más? —La voz de Carol cortó el momento como un cuchillo.

Eva y Alex se separaron bruscamente. Eva se giró hacia su hija, que estaba de pie junto al sofá mirándolos con curiosidad.

—Ya es hora de irnos, cariño —dijo Eva, y su voz se escuchó demasiado alta incluso para ella.

Carol hizo un puchero, pero asintió. Se despidió de Natalie y Jenny con abrazos y luego fue a recoger su mochila que estaba en la zona del gimnasio.

Eva caminó hacia la puerta, consciente de cada paso, de cada respiración. Alex la siguió, a una prudente distancia.

Cuando Carol estuvo lista, Eva se giró hacia él.

—Gracias por… por dejarla entrenar aquí. Y por el vino. Y por… todo.

Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado rápido, muy nerviosa.

Alex sonrió, con esa sonrisa que tanto la alteraba.

—Gracias a ti. Me ha encantado hablar contigo.

Sus ojos se encontraron y Eva sintió ese tirón de nuevo. Esa sensación que no podía nombrar, pero que estaba ahí y era innegable.

—Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, Eva.

Salió del loft con Carol, y mientras esperaban el ascensor, su hija la miró con una sonrisa traviesa.

—¿Te gusta, verdad?

Eva casi se atraganta.

—¿Qué? No. Es… es solo el padre de Natalie.

—Ya. —Carol no parecía convencida—. Nat dice que su padre también habla mucho de ti.

El ascensor llegó y entraron. Eva se miró en el espejo del ascensor y vio el rubor en sus mejillas y el brillo en sus ojos.

«Mierda», pensó. «Estoy jodida».

Porque mientras conducía de vuelta a casa, con Carol parloteando sobre la película y el entrenamiento, Eva no podía dejar de pensar en esos ojos verdes. En ese retrato a medio terminar. En las palabras que Alex había dicho con tanta honestidad.

«No podía sacarte de mi cabeza».

Y lo peor de todo era que ella sentía exactamente lo mismo.



CAPÍTULO 6

Palabras en voz alta

Sábado, 21 de junio de 2025

El sábado amaneció con un cielo despejado y una temperatura perfecta para esas fechas de junio. Eva se despertó más temprano de lo necesario, con esa sensación de nerviosismo en el estómago que no había sentido desde hacía muchos años.

La reunión del campamento era a las once. Había repasado mentalmente su armario tres veces la noche anterior, lo cual era ridículo. Era solo una reunión de padres. No era nada especial.

Excepto que Alex estaría allí.

Y después de lo que había pasado el día anterior en su loft, después de ese momento junto al retrato donde habían estado tan cerca que Eva había podido contar sus pestañas, después de esas palabras que seguían resonando en su cabeza: «No podía sacarte de mi cabeza»… Estaba nerviosa.

Se duchó, se secó el pelo con más cuidado del habitual y finalmente se decidió por unos vaqueros ajustados y una blusa blanca de manga corta. Casual pero cuidada. Se puso un collar delgado de oro y unos pendientes discretos. Nada exagerado. Solo… presentable y natural.

«Te estás arreglando para él», le dijo su reflejo en el espejo.

—Cállate —ordenó en voz alta.

Con una sonrisa demasiado grande para las nueve de la mañana, Carol apareció en la puerta de su habitación.

—Estás muy guapa, mamá.

Eva se giró, ajustándose los pendientes.

—Gracias, cariño.

—¿Te has arreglado para Alex?

Eva casi se tragó la lengua.

—¿Qué? No. Es solo… Ya sabes que me gusta ir bien. Siempre.

Carol se apoyó contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa expresión de «no me engañas» que había perfeccionado últimamente.

—Nat dice que su padre también se ha probado tres camisas esta mañana antes de decidirse.

Eva sintió cómo se le calentaban las mejillas. Se giró hacia el espejo para ocultar su expresión.

—No sé de qué hablas.

—Claro que no —Carol sonrió—. Por eso te has puesto roja.

—Ve a desayunar, Carol —dijo Eva señalando hacia la cocina—. Y deja de decir tonterías.

Pero su hija se rio mientras se alejaba por el pasillo.

Llegaron al colegio quince minutos antes de las once. Eva aparcó el Mercedes y se quedó sentada un momento, con las manos sobre el volante y respirando hondo.

«Es solo una reunión», se dijo. «Comportarte como un adulto normal».

Salieron del coche y caminaron hacia el edificio principal. El auditorio donde se celebraba la reunión ya estaba medio lleno. Padres charlando en grupos, niñas corriendo de un lado a otro emocionadas. Eva reconoció a algunos padres del colegio y los saludó con un gesto.

Y entonces lo vio.

Alex estaba de pie junto a las ventanas del fondo, hablando con otro padre. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa verde que hacía que sus ojos parecieran más intensos. Cuando Eva entró,

como si tuviera un radar, levantó la vista y sus miradas se encontraron a través del auditorio.

Eva sintió ese tirón en el estómago. Esa conexión que ahora parecía existir entre ellos cada vez que estaban en la misma habitación.

Alex dijo algo al padre con el que hablaba y empezó a caminar hacia ella. Eva se quedó congelada, viendo cómo se acercaba con esa forma de moverse que transmitía seguridad.

—Buenos días, Eva —dijo cuando llegó a su altura, con una sonrisa que hizo que a Eva se le acelerara el pulso.

—Buenos días, Alex —respondió, intentando que su voz sonara normal.

—Estás muy guapa —añadió él, y había algo en su tono que sugería sinceridad.

Eva tuvo que hacer un esfuerzo para no juguetear con su collar.

—Tú también.

Carol y Natalie aparecieron de la nada, agarrándose del brazo y prácticamente vibrando de emoción.

—¡Papá! —dijo Natalie—. ¿Podemos sentarnos todos juntos?

Miró entre Eva y Alex con ojos esperanzados.

—Por supuesto —dijo Alex antes de que Eva pudiera responder.

Y así, cinco minutos después, Eva se encontró sentada en la tercera fila del auditorio, con Alex a su derecha, tan cerca que podía sentir el calor de su brazo cada vez que uno de los dos se movía.

Carol estaba a su izquierda, con Natalie y Jenny. Janet y John estaban dos filas más atrás, pero Eva podía sentir la curiosa mirada de Janet clavada en su nuca.

La directora del programa de campamentos subió al escenario y empezó la presentación. Eva intentó concentrarse en las palabras,

en las diapositivas con fotos de campamentos anteriores, en la lista de actividades y medidas de seguridad.

Pero era difícil concentrarse, porque cuando Alex se inclinaba para susurrarle algo a Natalie, su hombro rozaba el de Eva. Cuando extendió el brazo para señalar algo en el folleto que tenía Carol, su mano pasó tan cerca de su rodilla que tuvo que apretar los dientes.

Y luego estaba el olor. Esa colonia que asociaba con Alex. Fresca, masculina, con un toque de algo amaderado que hacía que quisiera inclinarse hacia él.

«Concéntrate», se ordenó. «Esto es sobre el campamento. Sobre Carol. No sobre el hombre sentado junto a ti que está pintando tu retrato porque no podía sacarte de su cabeza».

—¿Eva? —la voz de Alex la sacó de sus pensamientos.

Parpadeó y se dio cuenta de que la directora le había hecho una pregunta y todo el auditorio la estaba mirando.

—Lo siento, ¿qué?

—Te han preguntado si tenías alguna duda sobre los protocolos de comunicación —repitió la directora con una sonrisa paciente.

Eva sintió cómo se le subían los colores. Alex tosió suavemente, cubriéndose la boca para ocultar lo que claramente era una sonrisa.

—No, ninguna duda. Gracias.

Escuchó una risa ahogada a su izquierda y, cuando miró, Carol la observaba con expresión divertida.

«Genial», pensó Eva. «Mi hija de doce años se está riendo de mí».

La presentación continuó durante otros veinte minutos. Cuando terminó, la directora anunció que necesitaban que los padres se dividieran en grupos para revisar el equipamiento obligatorio que las niñas debían llevar.

—Hemos preparado estaciones en las aulas del pasillo principal —explicó—. Cada familia recibirá una lista personalizada de lo que su

hija necesita. Padres, por favor, diríjanse a las aulas. Niñas, podéis esperar en el patio.

Las niñas salieron corriendo hacia el patio, emocionadas. Los padres empezaron a moverse hacia el pasillo. Eva se levantó y se encontró caminando junto a Alex, como si fuera lo más natural del mundo.

Una coordinadora los detuvo en la entrada del pasillo. Llevaba una lista de nombres en la mano.

—¿Familia? —preguntó con eficiencia.

—Brooks —dijo Eva, mencionando el apellido de su exmarido.

—Kraft —añadió Alex.

La mujer revisó su tableta, tecleando algo.

—Perfecto. Brooks y Kraft, aula 3B. Como sus hijas van a estar juntas, hemos combinado sus equipamientos para facilitarles la revisión.

Eva abrió la boca para aclarar que no eran una familia, pero la coordinadora ya se había girado hacia la siguiente pareja de padres.

Alex la miró con una ceja levantada y una sonrisa de diversión.

—¿Vamos al aula 3B?

Eva suspiró.

—Vamos.

El aula 3B era pequeña. Mucho más pequeña de lo que Eva esperaba. Había una mesa en el centro. Estaba cubierta de listas plastificadas, folletos y muestras de equipamiento: mochilas, sacos de dormir, cantimploras, linternas.

Eva entró primero y Alex cerró la puerta tras ellos. El clic de la puerta cerrándose en aquel espacio tan pequeño resonó más fuerte de lo que Eva pensaba.

—Bien —dijo, dirigiéndose a la mesa con determinación—. Vamos a revisar esto rápido.

Cogió una de las listas. «Carol Brooks - Equipamiento obligatorio». La otra decía «Natalie Kraft - Equipamiento obligatorio».

Alex se acercó y se puso al otro lado de la mesa, frente a ella. Cogió la lista de Natalie y empezó a leerla con el ceño fruncido, concentrado.

—Saco de dormir, clasificación para temperatura mínima de 5 grados. —dijo, mientras lo leía en voz alta—. ¿Hace tanto frío en agosto en las montañas?

Eva revisó su propia lista.

—Al parecer, por las noches sí. Dice aquí que la temperatura puede bajar hasta los 8 grados.

—Tendré que comprar uno nuevo —murmuró Alex, haciendo una anotación en el margen de su lista—. El que tiene Nat es para verano.

Trabajaron en silencio durante unos minutos, revisando las listas y comparando notas. Era agradable, incluso algo familiar. Como si fueran una pareja normal comprobando cosas normales para sus hijas.

Excepto que no eran una pareja. Y nada de esto era normal.

Eva se movió alrededor de la mesa para alcanzar una de las mochilas de muestra, y de repente estaba mucho más cerca de Alex de lo que pretendía. Podía sentir el calor de su cuerpo, ver las pequeñas pecas que tenía en los antebrazos.

—¿Esta es del tamaño correcto? —preguntó ella, mientras levantaba la mochila e intentaba parecer profesional.

Alex se inclinó para mirar mejor, y su hombro rozó el de Eva. Ella sintió ese contacto como una corriente eléctrica que recorría su brazo.

—Creo que sí —respondió él, y su voz sonó más ronca de lo normal—. Aunque quizás deberías probártela para estar segura.

Eva lo miró y se dio cuenta de lo cerca que estaban. Si se giraba un poco más, sus rostros estarían a centímetros de distancia.

Se apartó bruscamente y dejó la mochila sobre la mesa.

—No creo que sea necesario.

Volvió a su silla, al otro lado de la mesa, manteniendo una distancia segura entre ellos. Alex se quedó donde estaba, observándola con una expresión indescifrable.

—Eva… —empezó, pero ella lo interrumpió.

—¿Qué más hay en la lista? —preguntó mirando el papel con fingida intensidad—. Ah, sí. Botiquín de primeros auxilios. Linterna con pilas extra. Repelente de insectos.

Estaba hablando demasiado rápido, lo sabía, pero si se detenía, si dejaba que el silencio la dominara, tendría que enfrentarse a lo que estaba pasando entre ellos.

Y no estaba segura de estar preparada para eso.

Alex rodeó la mesa y se sentó en la silla que había a su lado. Lo suficientemente cerca como para que sus rodillas casi se tocaran.

—Eva —repitió, y esta vez su voz era suave pero firme—. Mírame.

Eva levantó la vista de la lista a regañadientes. Esos ojos verdes la observaban con una intensidad que la hizo temblar.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó él.

—Revisando listas de equipamiento —respondió, sabiendo perfectamente que no era eso a lo que se refería.

—No me refiero a eso y lo sabes.

Eva dejó la lista sobre la mesa y se giró en su silla para mirarlo de frente.

—¿Qué quieres que diga, Alex?

—La verdad —respondió él—. Quiero que me digas si todo esto… —Gesticuló entre ellos—. Si lo estoy imaginando.

Eva sintió que su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que Alex podía oírlo.

—No lo estás imaginando.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Alex se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Entonces, ¿qué hacemos al respecto?

—No sé —admitió Eva—. Esto es… complicado. Las niñas son mejores amigas. Tú eres su instructor, y yo soy… yo.

—¿Y qué significa eso? ¿Qué eres tú?

Eva se frotó la cara con las manos.

—Significa que tengo equipaje. Un montón de equipaje. Un exmarido que me engañó. Problemas de confianza que probablemente necesitan terapia. Una tendencia a construir muros alrededor de mi corazón y mantener a todos a distancia.

Se rio sin humor y le mostró una tímida sonrisa

—No se me podría definir como un premio, Alex.

Alex la miró durante un largo momento. Luego extendió la mano y tomó la de Eva entre las suyas. El contacto fue cálido, firme y completamente inesperado.

—Yo tengo una esposa muerta —dijo con voz tranquila—. Un tatuaje de un corazón roto en el pecho que me hice cuando ella murió. Veinte años de recuerdos militares que incluyen demasiada mierda. Más de la que ninguna persona debería ver. Y, con seguridad, más problemas de los que tú tienes.

Acarició el dorso de la mano de Eva con el pulgar, en un gesto tan tierno que ella sintió que se le cerraba la garganta.

—Todos tenemos equipaje, Eva. La cuestión no es si lo tenemos. Es si estamos dispuestos a cargarlo juntos.

Eva miró sus manos entrelazadas, sintiendo cómo los ojos se le llenaban de las lágrimas que no quería derramar.

—Tengo miedo —susurró.

—Lo sé —respondió Alex—. Yo también.

—¿De qué tienes miedo tú? —preguntó Eva levantando la vista —. Tú, que saltabas de aviones y hacías misiones en los Delta Force. ¿De qué puede tener miedo Alexander Kraft?

Alex sonrió, pero era una sonrisa triste.

—De volver a perder a alguien. De permitirme sentir algo de nuevo y que me lo arrebaten. Que Natalie se encariñe contigo y con Carol y luego…

Se detuvo, tragando saliva.

—Y que luego no funcione. Que termine mal y que tenga que explicarle a mi hija de doce años por qué otra mujer importante ha desaparecido de su vida.

Eva sintió ahogo, porque tenía exactamente los mismos miedos. Carol ya se había encariñado con Alex. Con sus clases, con su atención, con la figura paterna que había estado ausente desde el divorcio.

—¿Lo ves? —dijo ella con voz temblorosa—. Es muy complicado. Hay demasiado en juego.

—Quizás. —Alex no soltó su mano—. O quizás vale la pena arriesgarse.

Eva lo miró, buscando alguna señal de duda en sus ojos, pero solo encontró sinceridad. Su respiración se aceleró.

—No sé cómo hacer esto, Alex —admitió finalmente—. Han pasado tres años desde mi divorcio y no he… no he salido con nadie. Ni siquiera he querido salir con nadie.

—¿Y ahora? —preguntó Alex con suavidad—. ¿Quieres ahora?

Eva se mordió el labio, sintiendo cómo se le escapaba una lágrima que se limpió rápidamente con la mano libre.

—Hay una exposición de arte contemporáneo en el MoMA — dijo de repente—. Leí sobre ella en el Times la semana pasada. Artistas emergentes, técnicas mixtas, ese tipo de cosas.

Alex parpadeó, sorprendido por el cambio de tema.

—¿Sí?

—Termina a finales de mes —continuó Eva, mirando hacia la mesa en lugar de a él—. Me apetece ir, pero nunca encuentro tiempo. Y además, ir sola a exposiciones es un poco…

—¿Quieres que vayamos juntos? —preguntó Alex con su mejor sonrisa.

Eva lo miró ilusionada.

—¿Eso sería una cita?

—Podría serlo. —Alex apretó su mano—. O podríamos llamarlo dos adultos que aprecian el arte yendo a ver una exposición juntos.

—Eso es literalmente la definición de una cita.

—Entonces sí. —Alex sonrió, con esa sonrisa que le encantaba —. Es una cita.

Eva sintió que una mezcla de terror y emoción recorría su cuerpo.

—¿Y las niñas?

—Janet se ha ofrecido varias veces a cuidarlas —dijo Alex—. Creo que sospecha algo.

—Todo el mundo sospecha algo —murmuró Eva—. Carol no para de hacer comentarios. Y Janet me mira con esa expresión de «te lo dije».

Alex se rio, y el cálido sonido diluyó la tensión que se había creado.

—Nat hace lo mismo. Anoche me preguntó cuándo iba a invitarte a salir.

—¿Y qué le dijiste?

—Que era complicado.

—Lo es.

—Pero no imposible. —Alex se inclinó más cerca, y de repente el espacio entre ellos se había reducido a casi nada—. ¿Entonces? ¿El MoMA? ¿El próximo viernes?

Eva sabía que debería decir que no. Que debería mantener las distancias, proteger su corazón, pensar en Carol y en Natalie y en todas las formas en que esto podría salir mal.

Pero cuando miró esos ojos verdes, cuando sintió la calidez de su mano y recordó el retrato, supo que no podía seguir huyendo.

—El próximo viernes —dijo finalmente, y sintió como si acabara de saltar de un acantilado.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Alex fue como el sol saliendo. Se inclinó aún más cerca, y por un aterrador y maravilloso segundo, Eva pensó que iba a besarla.

Pero en cambio, levantó la mano de Eva que todavía sostenía, y la besó suavemente en los nudillos. Un gesto anticuado, caballeroso, que hizo que a Eva se le derritiera algo por dentro.

—No te vas a arrepentir —dijo en voz baja.

—Eso espero —respondió ella, aunque su voz tembló un poco.

En esa pequeña aula, que de repente era el centro del universo, se quedaron así durante unos segundos más, con las manos entrelazadas y las miradas conectadas.

Alex se aclaró la garganta, se echó hacia atrás y soltó su mano, con lo que pareció un deliberado esfuerzo.

—Deberíamos terminar con las listas.

—Sí. —Eva asintió, mirando el papel sin ver realmente las palabras—. Las listas.

Pero mientras terminaban de revisar el equipamiento, marcando casillas y haciendo anotaciones, Eva no podía dejar de pensar en lo que acababa de pasar.

Había aceptado una cita. Con Alex. Una cita real, oficial, sin niñas de por medio.

Y estaba absolutamente aterrada.

Y también, para su sorpresa, muy emocionada.

Cuando salieron del aula veinte minutos después, se encontraron con Janet, que estaba en el pasillo. Les mostró una sonrisa que podría iluminar Manhattan entera.

—¿Y bien? —preguntó sin preámbulo—. ¿Cómo ha ido la revisión del equipamiento?

Eva y Alex intercambiaron una mirada.

—Productiva —dijo Alex con tono neutral, pero Eva podía ver la sonrisa que intentaba ocultar.

—Muy productiva —añadió Eva.

Janet los miró a ambos con una expresión de satisfacción.

—Ya veo.

—No ves nada —dijo Eva, pero no pudo evitar sonreír.

—Claro que no. —Janet le guiñó un ojo—. Por cierto, ¿estáis libres el próximo viernes? John y yo pensábamos llevar a las niñas al cine, porque estrenan una película que quieren ver, y luego ir a cenar una pizza. Todos, por supuesto.

Eva sintió cómo se le subían los colores. Alex tosió, cubriéndose la boca.

—Nosotros… tenemos planes —dijo Eva finalmente.

—¿Juntos? —preguntó Janet con falsa inocencia.

—Janet… —advirtió Eva.

Pero Janet solo se rio, encantada.

—Me parece perfecto. Las niñas se quedarán con nosotros. Les encantará dormir juntas. Tiempo más que suficiente para… lo que sea que tengáis planeado.

Y con eso se alejó por el pasillo, prácticamente saltando de alegría.

Alex miró a Eva con una ceja levantada.

—Es muy sutil, ¿verdad?

—Como un martillo. —Eva se frotó las sienes—. Carol va a estar imposible cuando se entere.

—Nat también. —Alex metió las manos en los bolsillos—. Llevan días intentando juntarnos.

—Lo sé. Es como si pensaran que no somos capaces de organizar nuestras propias vidas.

—Para ser justos —dijo Alex con una sonrisa—, nos ha costado trabajo llegar a esto.

Eva lo miró, y sintió esa conexión que ya era imposible ignorar. Se le escapó una sonrisa.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —preguntó en voz baja.

Alex se acercó un paso, reduciendo la distancia entre ellos. En el pasillo todavía había otros padres caminando, así que no podía tocarla. Pero la forma en que la miraba era casi tan íntima como un contacto físico.

—No lo sé —admitió—. Pero quiero averiguarlo. ¿Tú no?

Eva pensó en todas las razones por las que esto era una mala idea. Pensó en David, en la traición, en el dolor. Pensó en Carol y en cómo podría afectarle si esto salía mal.

Pero luego pensó en el retrato. En las conversaciones que habían tenido y la forma en que Alex la miraba, como si fuera la única persona en la habitación. En cómo se sentía cuando estaba cerca de él: viva, despierta, como si hubiera estado dormida durante años y finalmente estuviera abriendo los ojos.

—Sí —dijo finalmente—. Quiero averiguarlo.

La sonrisa que Alex le regaló hizo que todo el riesgo valiera la pena.



CAPÍTULO 7

Pizza y revelaciones

Cuando Eva y Alex llegaron al vestíbulo del colegio, las tres niñas estaban esperándolos como si fueran un comité de bienvenida. Carol, Natalie y Jenny vibraban de emoción, con esas cómplices sonrisas que significaban que estaban tramando algo.

—¿Y? —preguntó Carol mirando entre su madre y Alex—. ¿Ya habéis terminado?

—Sí, cariño —respondió Eva, intentando mostrar naturalidad mientras guardaba la lista en su bolso—. Todo está revisado.

—Perfecto. —Natalie se acercó a su padre y le tiró de la manga —. Papá, tenemos hambre.

—Yo también —añadió Jenny—. Mucha hambre. Hambre de pizza.

Las tres intercambiaron miradas significativas que no pasaron desapercibidas para ninguno de los adultos.

—¿Pizza? —Alex enarcó una ceja, cruzándose de brazos con una sonrisa divertida—. Qué casualidad que las tres queráis pizza, y exactamente al mismo tiempo.

—Es que es mediodía —dijo Carol con la inocencia más falsa que Eva había visto nunca—. Y la reunión ha sido muy larga. Y hay esa pizzería nueva que han abierto en Franklin Street…

—La que tiene las pizzas con masa napolitana —continuó Natalie.

—Y el horno de leña —terminó Jenny.

Eva miró a Alex, quien claramente estaba luchando por no reírse. Sus ojos verdes brillaban con diversión.

—Vaya, habéis investigado mucho sobre esa pizzería —comentó Eva.

—Somos muy exhaustivas —dijo Carol con seriedad—. Y pensamos que sería genial si… ya sabes… todos fuéramos juntos.

—¿Todos? —preguntó Alex.

—Sí, todos. —Natalie empezó a contar con los dedos—. Tú, Eva, Carol, yo, Jenny, Janet, John…

—Una comida familiar —añadió Jenny con una sonrisa angelical que engañaba cero.

Eva abrió la boca para decir algo, pero entonces vio la expresión en el rostro de Carol. Esa mezcla de esperanza y nerviosismo. Su hija quería esto. Quería que su madre se llevara bien con el padre de su mejor amiga. Quería… normalidad.

Miró a Alex, quien la observaba con una expresión interrogante. Esperando a que ella decidiera.

—No es mala idea —dijo Eva finalmente, sorprendiéndose a sí misma—. Vamos a comernos esa pizza.

La sonrisa que iluminó el rostro de Carol hizo que cualquier duda que Eva sintiera valiera la pena.

Janet y John, por supuesto, aceptaron la invitación con un sospechoso entusiasmo. Diez minutos después, los siete estaban caminando por las calles de Tribeca hacia la pizzería, formando un grupo ruidoso y desorganizado.

Las tres niñas iban adelante, charlando y riendo, con esa incansable energía que solo los adolescentes poseen. Janet y John caminaban detrás de ellas, con John hablando sobre un proyecto de construcción mientras Janet asentía, más interesada en observar a Eva y Alex, que cerraban la marcha.

—Janet no es demasiado sutil, ¿no te parece? —murmuró Alex mientras caminaba, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

Eva miró hacia delante y vio cómo Janet se giraba por tercera vez en dos minutos para mirarlos con una sonrisa que podría derretir hielo.

—En absoluto —respondió Eva con una sonrisa—. Lleva varios días así. Anteayer me preguntó si me parecías atractivo.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Alex, y había un toque de diversión en su voz.

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—Le dije que estaba concentrada en mi trabajo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que vas a conseguir. —Eva lo miró de reojo—. ¿Y tú? Supongo que John también te ha estado interrogando.

Alex se rio, un sonido bajo y cálido.

—Anoche me preguntó si tenía "planes románticos" para el futuro cercano. Le puso comillas y todo.

—¿Con comillas audibles?

—Hizo el gesto con las manos. —Alex imitó el movimiento—. Fue mortificante.

Eva se rio a pesar de sí misma. Era muy agradable caminar junto a él por las calles soleadas de Tribeca, hablando de tonterías, siendo observados por sus conspiradores amigos. Casi parecía una cita, excepto porque las niñas estaban ahí. Y Janet y John. Y porque ninguno había usado esa palabra.

Aunque el próximo viernes…

—¿En qué piensas? —preguntó Alex, interrumpiendo sus pensamientos.

Eva lo miró y se encontró con esos llamativos ojos observándola con curiosidad.

—En nada importante —mintió—. Solo… en que esto es raro. Bueno, pero raro.

—Bueno, pero raro —repitió Alex, soltando una carcajada y mostrando una sonrisa—. Me gusta esa descripción.

Llegaron a la pizzería, que resultó ser un local pequeño y acogedor con paredes de ladrillo visto, mesas de madera rústica y un enorme horno de leña en el fondo. El olor a masa recién horneada y queso derretido llenaba el aire.

—¡Hay una mesa grande! —gritó Jenny señalando hacia una mesa larga junto a la ventana.

Las niñas corrieron hacia ella como si fueran a robarles el sitio. Los adultos las siguieron con más calma.

Se sentaron en un orden que Eva sospechaba que había sido cuidadosamente planeado por las niñas: John en la cabecera, Janet a su izquierda, luego Jenny, Carol en el medio, Natalie, Alex y finalmente Eva en el otro extremo, justo al lado de Alex.

«Muy sutil, Carol», pensó Eva mientras tomaba asiento. Su hija le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa.

Un camarero joven se acercó con los menús y una amable sonrisa. Las niñas empezaron a discutir inmediatamente qué pizzas pedir, hablando todas a la vez en un caos de preferencias y negociaciones.

—Margarita —insistía Carol.

—Pero la de pepperoni es mejor —argumentaba Natalie.

—¿Por qué no las dos? —sugirió Jenny con una lógica aplastante.

—Y una de cuatro quesos —añadió Carol.

—Y una vegetariana —dijo Natalie.

Eva las observaba con una mezcla de diversión y ligero horror ante la cantidad de comida que querían pedir.

—Creo que se les van los ojos —murmuró.

—Déjalas —dijo Alex con suavidad—. Están felices.

Y lo estaban. Carol estaba radiante y gesticulaba mientras explicaba por qué la masa napolitana era superior a cualquier otra. Natalie asentía con entusiasmo, añadiendo sus propias opiniones.

Jenny arbitraba entre ellas con la sabiduría de quien había hecho esto miles de veces.

Eva se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no veía a Carol tan feliz.

Finalmente, llegaron a un consenso: cuatro pizzas diferentes para compartir. John pidió cerveza para los adultos y refrescos para las niñas. Cuando el camarero se fue, la conversación fluyó de forma natural.

Janet empezó a contar una historia sobre el desastre de renovación de su casa, que hacía que John se defendiera entre risas. Las niñas interrumpían constantemente con sus propias versiones de los hechos, haciendo que la historia fuera más caótica y divertida.

Eva se sentía relajada, dejando que la calidez del momento la envolviera. Tomó un sorbo de su cerveza y se recostó en la silla, observando.

Y entonces se dio cuenta de algo.

Alex no solo estaba siendo educado con las niñas. No les prestaba atención de forma obligada, sino que realmente las escuchaba. Cuando Jenny contaba algo sobre su clase de ciencias, Alex se inclinaba hacia delante con auténtico interés, haciendo preguntas que demostraban que estaba procesando cada palabra. Cuando Carol mencionó un libro que estaba leyendo, Alex conocía el autor y empezó una conversación animada sobre la trama.

Pero lo que más le llamó la atención fue cómo interactuaba con Carol.

—¿Y cómo te va con las clases de defensa personal? —preguntó Alex, mirando a Carol directamente—. La semana pasada estabas centrada en perfeccionar ese agarre desde atrás.

Carol se iluminó.

—Mucho mejor. Lo he practicado tal como me dijiste, usando el impulso en lugar de la fuerza.

—Exacto. —Alex asintió con aprobación—. ¿Y recuerdas qué hacer después de soltarte?

—¡Correr! —respondió Carol—. Buscar ayuda. Gritar si es necesario.

—Perfecto. —Alex hizo el gesto de un pulgar arriba—. Estoy orgulloso de ti. Has mejorado muchísimo.

Eva sintió emoción al ver cómo Carol miraba a Alex en ese momento… con admiración, respeto, cariño. La forma en que él le hablaba, como si sus logros le importaran de verdad.

«Es bueno con ella», pensó Eva. Y luego, más suave, casi con miedo, lo matizó: «Es bueno para ella».

Las pizzas llegaron en una sucesión aromática de queso burbujeante y masa perfectamente chamuscada. Las niñas atacaron la comida con el entusiasmo de quien no ha comido en días, a pesar de que todas habían desayunado hacía apenas tres horas.

La conversación continuó entre bocados, saltando de un tema a otro. Janet preguntó sobre los planes de las niñas para el campamento. John habló de un viaje que estaban planeando para el próximo otoño, y las niñas debatieron sobre qué películas querían ver durante el verano.

Y en algún momento, sin que Eva se diera cuenta exactamente de cuándo, su rodilla tocó la de Alex bajo la mesa.

Debería haberla apartado. Era lo lógico y lo apropiado, pero no lo hizo. Y Alex tampoco movió la suya.

Así que, mientras comían pizza y charlaban como si fueran una familia normal, mantuvieron ese punto de inocente pero íntimo contacto.

—Mamá, ¿verdad que Alex es buen pintor? —preguntó Carol de repente, y Eva supo por el tono que su hija estaba tramando algo.

—Sí. He visto su trabajo —respondió Eva con cautela—. Tiene mucho talento.

—Debería hacer tu retrato —dijo Carol con falsa inocencia—. Uno de verdad, ya sabes, no solo un boceto.

Eva casi se atragantó con su cerveza. Alex tosió, cubriéndose la boca con la servilleta.

—Carol… —advirtió Eva.

—¿Qué? —Carol abrió los ojos con exagerada inocencia—. Solo digo que mamá tiene una cara muy… pintable.

Natalie se rio, mientras casi escupía su refresco.

—Carol, esa no es una palabra real.

—Debería serlo —insistió Carol—. Mamá es pintable. Pregúntale a tu padre.

Todos los ojos de la mesa se giraron hacia Alex, quien ahora tenía el cuello ligeramente rojo. Eva quería que la tierra se la tragara.

—Tu madre es… —Alex se aclaró la garganta, lanzándole una mirada a Eva que ella no supo cómo interpretar—. Muy pintable. Sí.

Janet prácticamente se ahogó con su bebida. John palmeó su espalda mientras intentaba no reírse.

—¿Ves? —Carol se giró hacia Eva con una sonrisa triunfal—. Tengo razón.

Eva le lanzó una mirada de advertencia a su hija que claramente decía «luego vamos a hablar de esto». Carol solo sonrió con picardía.

—Aunque —añadió Alex, recuperando la compostura—, tendría que ser con su permiso. Los retratos requieren sesiones largas. Tiempo. Paciencia.

Miró a Eva cuando dijo la última palabra, y había algo en sus ojos que hizo que el aire desapareciera de la habitación.

—Quizás algún día —dijo Eva, y su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—Quizás —repitió Alex, sin apartar la mirada.

El momento se rompió cuando Jenny pidió otra ronda de refrescos y la conversación volvió a temas más triviales. Pero Eva todavía podía sentir el peso de su mirada y la presión de la rodilla de Alex contra la suya.

Mientras comían la segunda ronda de pizzas, Eva observó a Alex con las niñas de nuevo. Y se dio cuenta de más cosas.

Cuando Jenny derramó su refresco, Alex fue el primero en reaccionar, alcanzándole servilletas y ayudándola a limpiar sin hacer que se sintiera mal. Cuando Natalie mencionó que estaba nerviosa por el campamento, él le habló con esa mezcla perfecta de comprensión y aliento que hizo que la niña se relajara.

Y con Carol… con Carol era paciente cuando ella hablaba demasiado rápido por la emoción. La escuchaba de verdad cuando explicaba cosas que probablemente les parecían triviales a otros adultos. Le hacía preguntas que demostraban que la veía como una persona, no solo como «la amiga de mi hija».

«No es solo que sea bueno con niños», pensó Eva. «Es que realmente le importan. Las ve. Las escucha. Las respeta».

Y luego pensó en David. En cómo su exmarido había tratado a Carol. Como si fuera un accesorio de su matrimonio más que como una persona. Nunca había tenido tiempo para sus historias, sus intereses o sus sueños.

La diferencia era abismal.

—¿Todo bien? —la voz de Alex la sacó de sus pensamientos.

Eva parpadeó y se dio cuenta de que lo había estado mirando fijamente. Se aclaró la garganta.

—Sí, solo… estaba pensando.

—¿En algo bueno? —preguntó él con suavidad, inclinándose un poco hacia ella.

Eva miró hacia Carol, que se estaba riendo de algo que Jenny acababa de decir. Luego volvió a mirar a Alex.

—En algo muy bueno —respondió con toda su sinceridad.

Alex le mostró esa sonrisa que le encantaba y apretó su rodilla contra la de Eva un poco más fuerte. Fue un gesto mínimo, imperceptible para cualquiera que estuviera mirando, pero Eva lo sintió como una promesa.

Después de la comida, salieron todos juntos a la calle con esa sensación de saciedad por comer demasiada pizza. Las niñas estaban hiperactivas, saltando y riendo, probablemente por el azúcar de los refrescos.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —dijo Janet, mirando a Eva y Alex—. Es muy agradable estar todos juntos.

—Es cierto —acordó John, quien claramente había recibido instrucciones de su esposa—. Es muy natural, muy… familiar.

Eva puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. No podía evitarlo.

—Eres sutil, Janet. Muy sutil —le dijo.

—No intento ser sutil —respondió Janet sin vergüenza alguna —. Solo ser efectiva.

Se despidieron en la esquina, entre risas. Janet le dio a Eva un abrazo que duró un poco más de lo necesario y le susurró al oído:

—Es bueno, Eva. Es bueno para ti y para Carol. No lo dejes escapar.

Eva se separó y miró a su amiga a los ojos.

—No sé si estoy preparada para…

—Nadie lo está completamente —interrumpió Janet con suavidad—. Pero a veces hay que saltar de todas formas.

Los Dawson se alejaron con Jenny, quien se despidió de sus amigas con la promesa de un chat grupal esa noche. Natalie también se fue con su padre, no sin antes darle a Carol un abrazo largo y susurrarle algo al oído que hizo que ambas niñas se rieran.

Eva y Carol caminaron hacia donde habían aparcado el Mercedes. Durante los primeros minutos fueron en silencio, hasta que Carol habló.

—Me gusta Alex —dijo de repente—. Es… no sé. Es diferente.

Eva sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Diferente a qué?

—A papá. —Carol se encogió de hombros—. A todos los hombres que has conocido, creo. Es… muy especial. ¿Tiene sentido?

Eva pensó en David, con sus trajes caros y sus falsas promesas. Pensó en los dos desastres de citas a ciegas que Soraya le había organizado. Y luego pensó en Alex, con manchas de pintura en los pantalones y esa forma honesta de mirar al mundo.

—Tiene mucho sentido —dijo finalmente.

Carol la miró con esos ojos marrones tan parecidos a los de su padre, pero con una expresión que era de ella.

—¿Te gusta de verdad, mamá? No como amigo. Como… ya sabes.

Eva podía mentir o desviar la pregunta, pero algo en la expresión de su hija le dijo que Carol merecía honestidad.

—Sí —admitió—. Me gusta de verdad.

La sonrisa que iluminó el rostro de Carol fue como el sol saliendo.

—¡Lo sabía! Nat y yo lo sabíamos. Llevamos semanas apostando cuánto tiempo tardarías en admitirlo.

—¿Apostando? —Eva se detuvo en medio de la acera—. ¿Con dinero real?

—Solo cinco dólares. —Carol se defendió—. Y yo he ganado porque aseguré que lo admitirías antes de final de mes. Nat pensaba que no lo haríais hasta mediados de julio.

Eva sacudió la cabeza, entre exasperada y divertida.

—No puedo creer que mi hija de doce años esté apostando sobre mi vida amorosa.

—Técnicamente, no tenías vida amorosa —señaló Carol—. Hasta ahora.

Llegaron al coche y subieron. Eva arrancó el motor, pero no salió del aparcamiento. Se quedó mirando al frente, con las manos sobre el volante.

—¿Estás bien con todo esto, Carol? —preguntó finalmente—. Pero de verdad. Porque si no lo estás…

—Mamá. —Carol se giró hacia ella—. Estoy más que bien. Estoy feliz. Nat es mi mejor amiga. Alex es genial. Y tú… —Se abrazó a ella—. No te he visto así de feliz en mucho tiempo.

Eva sintió que las lágrimas pugnaban por salir.

—No estoy segura de estar haciendo lo correcto, cariño.

—Nadie lo está nunca —dijo Carol, repitiendo casi palabra por palabra lo que Janet había dicho—. Pero tienes que intentarlo. ¿No es eso lo que siempre me dices? Que hay que intentar cosas nuevas, aunque den miedo.

Eva se rio entre lágrimas.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

—Siempre he sido sabia —respondió Carol con una sonrisa—. Solo que ahora estás prestando atención.

Eva extendió la mano y le revolvió el pelo a su hija, quien protestó, pero estaba sonriendo. Salieron del aparcamiento y condujeron de vuelta al loft en un cómodo silencio.

Pero mientras conducía, Eva no podía dejar de pensar en todo lo que había visto durante la comida. En cómo Alex había tratado a Carol. En la forma en que la miraba a ella. En sus rodillas, tocándose bajo la mesa.

Se dio cuenta de que no era solo atracción, ni que Alex fuese atractivo, talentoso o encantador con las niñas.

Era que, cuando estaba a su lado, Eva se sentía… viva. No era la abogada de éxito, ni la madre que lucha por hacerlo todo bien, ni tampoco la mujer marcada por las heridas del pasado. Solo era ella misma. Con sus defectos, sus miedos y sus sueños.

Y Alex no había huido. No había intentado cambiarla. Sino que… la aceptaba tal cual era.

Eso le asustaba, pero también era lo que hacía que mereciera la pena arriesgarse.

Cuando Eva y Carol llegaron a casa esa tarde, Carol fue directa a su habitación para llamar a Natalie. Eva se quedó en el salón, mirando por la ventana hacia las calles de Tribeca, todavía procesando todo lo que había pasado.

Tenía una cita con Alexander Kraft el próximo viernes.

«¡Mierda! ¿Qué me voy a poner?», pensó.

Su móvil vibró con un mensaje. Era de Alex.

—Gracias por hoy. Por venir. Por darle una oportunidad a esto, sea lo que sea.

Eva sonrió y empezó a escribir una respuesta. La borró. Empezó de nuevo. La borró otra vez.

Finalmente, escribió:

—Gracias a ti. Por ser tan bueno con Carol. Por ser… tú.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

—No sabría ser otra cosa. Sigue en pie lo del viernes?

—Más que nunca.

—Bien. Porque ya he reservado mesa en ese restaurante italiano. Y he comprado las entradas para la exposición. Así que técnicamente no puedes echarte atrás.

Eva se rio en voz alta.

—Eso es un chantaje?

—Es garantizar que mi cita no me deje plantado.

—Tu cita no va a dejarte plantado.

—Bien. Porque estoy nervioso como un adolescente y sería muy humillante.

Eva sintió que el calor se expandía en su pecho. La idea de Alex, el exmilitar de Delta Force, el hombre que había pintado su retrato porque no podía sacarla de su mente, confesando que estaba nervioso por una cita con ella… Le resultaba tan desconcertante como enternecedora.

—Yo también estoy nerviosa —escribió, después de borrar dos intentos anteriores.

—Bien. Así estamos igualados. Ya estoy pensando qué ponerme y en qué pinturas van a estar en la exposición.

Eva sonrió a pesar de sí misma mientras escribía su respuesta.

—Yo estoy pensando en si es mala idea hacer esto. Que probablemente lo sea, y que voy a hacerlo de todas formas.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

—Yo también. En las tres cosas.

Luego otro mensaje.

—Por cierto, ese color azul que llevabas hoy te favorece. Hace juego con tus ojos.

Eva sintió cómo se le aceleraba el pulso. Miró hacia la puerta de la habitación de Carol, asegurándose de que seguía cerrada, antes de responder.

—Tú tampoco ibas mal. El verde te queda bien.

—Solo bien?

Eva se rio en voz alta, sintiéndose como una adolescente coqueteando por mensaje.

—Muy bien. Feliz?

—Mucho. Nos vemos el viernes, Eva.

—Nos vemos el viernes, Alex.

Eva dejó el teléfono sobre la mesa, se acurrucó en el sofá, abrazando un cojín contra su pecho, y se llevó las manos a las mejillas, sintiendo el calor que todavía persistía ahí. Tenía una sonrisa absurda en la cara y no le importaba.

Tenía treinta y seis años, era una abogada de éxito que manejaba casos multimillonarios sin pestañear, y aquí estaba, sonrojándose por mensajes de texto como si tuviera quince años.

Pero mientras preparaba algo de cenar, escuchaba a Carol hablar emocionada con Natalie por teléfono y la noche caía sobre la ciudad, Eva se dio cuenta de que el viernes tenía una cita con un hombre que despertaba en ella emociones que creía olvidadas.

Y pensó que era la primera vez desde su divorcio en la que el futuro no le parecía tan aterrador.



CAPÍTULO 8

Cuenta atrás

Lunes, 23 de junio de 2025

Eva llegó al bufete el lunes por la mañana, con un café extralargo y la determinación de ser productiva. Tenía tres casos pendientes de revisión, dos reuniones con clientes nuevos y una montaña de papeleo que llevaba días ignorando. No había tiempo para distracciones.

Esa era la teoría.

La realidad era que llevaba veinte minutos mirando el mismo párrafo de un contrato prenupcial sin procesar una sola palabra. Porque su cerebro estaba ocupado haciendo cálculos: faltaban cuatro días para el viernes. Cuatro días, que eran noventa y seis horas, que eran…

«Para», se ordenó a sí misma. «Estás actuando como una adolescente».

—Buenos días. —La voz de Soraya la sobresaltó.

Eva levantó la vista y encontró a su secretaria en la puerta con una sonrisa que prometía problemas. Llevaba una falda verde esmeralda y una blusa blanca, con el pelo rojo recogido en un moño despeinado que de alguna forma le quedaba perfecto.

—Buenos días, Soraya.

—Qué fin de semana tan interesante has tenido, ¿no? —Soraya entró y cerró la puerta tras ella. Ese gesto nunca presagiaba nada bueno.

Eva volvió a mirar su pantalla, intentando parecer ocupada.

—Ha sido un fin de semana normal.

—Ya. Normal. —Soraya se sentó en la silla frente al escritorio sin ser invitada—. Entonces no ha tenido nada que ver con cierto padre viudo, atractivo y con tatuajes.

Eva sintió cómo se le subían los colores. Había cometido el error de mencionarle a Soraya que Alex tenía tatuajes durante una conversación casual la semana anterior, y su secretaria no lo había olvidado.

—Solo estuvimos en una comida de padres.

—Una comida de padres —repitió Soraya, alargando las palabras con suspicacia—. Con pizza. Y miradas significativas.

Eva dejó caer el bolígrafo sobre el escritorio.

—¿Cómo sabes…?

—Janet me lo dijo por WhatsApp. —Soraya sacó su móvil y empezó a leer—. «Eva y Alex estaban muy cómodos juntos. Él no podía dejar de mirarla y ella estaba sonrojada la mitad del tiempo. El viernes tienen una cita».

Levantó la vista con expresión triunfal.

—¿Entonces? ¿Es verdad, Eva? ¿Tienes una cita con él?

Eva se frotó la cara con las manos. No había escape.

—Sí. Vamos a una exposición en el MoMA. Y luego a cenar.

El grito que soltó Soraya probablemente se escuchó en todo el piso.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que esto iba a pasar! Desde el primer momento que me contaste de él, supe que…

—Soraya, respira —interrumpió Eva, aunque no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo de su secretaria.

—No puedo respirar, esto es muy emocionante. —Soraya se levantó de golpe y empezó a caminar de un lado a otro—. Tienes que contármelo todo. ¿Cómo fue? ¿Quién dio el primer paso? ¿Ya os habéis besado?

—No nos hemos besado —dijo Eva rápidamente—. Todavía no. Es… complicado. Las niñas son mejores amigas y…

—Y eso lo hace perfecto —la interrumpió Soraya—. Piénsalo, Eva. Ya conoces a su hija. Él conoce a Carol. No hay sorpresas desagradables. No hay drama de «¿cuándo le presento a mis hijos?». Todo es perfecto.

Eva no había pensado en eso, pero Soraya tenía razón. La complejidad de mezclar familias, que podía ser una pesadilla en otras relaciones, ya estaba resuelta. Las niñas se adoraban. Se conocían desde hacía años.

—Supongo que sí —admitió.

—Por supuesto que sí. —Soraya volvió a sentarse, ahora con una expresión más seria—. Mira, sé que tienes miedo. Después de David, sería raro que no lo tuvieras. Pero Eva… no puedes dejar que ese gilipollas te robe la posibilidad de ser feliz de nuevo.

Eva sintió un nudo en la garganta. Soraya podía ser escandalosa y entrometida, pero también era sorprendentemente sabia cuando importaba.

—No sé si estoy preparada para una nueva relación.

—¡Joder! Nadie está nunca preparado tras lo que te pasó —dijo Soraya, repitiendo el mismo argumento que Janet había usado—. Pero ese tipo… Alex. Por lo que me has contado, tiene toda la pinta de ser alguien por quien vale la pena arriesgarse.

Eva pensó en la comida del sábado. En cómo Alex había tratado a Carol. En cómo la había mirado a ella. En esos mensajes de la noche anterior donde admitía estar nervioso.

—Sí —dijo finalmente—. Creo que sí. Supongo que tienes razón.

Soraya sonrió, con una cálida sonrisa que reservaba para los momentos importantes.

—Bien. Ahora, lo más importante: ¿qué te vas a poner?

A las tres de la tarde, Eva salió del bufete para reunirse con una clienta en un café cercano. Mientras caminaba por las calles de Tribeca, con el sol de junio calentándole la piel, su móvil vibró.

Era un mensaje de Alex.

—Cómo va tu lunes?

Eva sonrió sin poder evitarlo mientras escribía su respuesta.

—Soraya me ha interrogado durante veinte minutos sobre nuestra "cita". Janet la puso al día.

—John ha hecho lo mismo conmigo esta mañana. Al parecer, nuestra vida amorosa es el entretenimiento de todos nuestros amigos.

—Vida amorosa? Ya tenemos una de esas?

—Bueno, el viernes oficialmente empezaremos una. Cuenta eso?

Eva se detuvo en mitad de la acera, con el corazón latiéndole un poco más rápido. Un hombre chocó con ella y murmuró una disculpa, pero Eva apenas lo notó.

—Supongo que sí.

—Bien. Porque llevo pensando en ello toda la mañana y no he podido pintar nada coherente.

—Qué has intentado pintar?

—A ti. Otra vez. Sigo sin conseguir capturar el color exacto de tus ojos.

Eva sintió algo cálido expandirse en su pecho. Se apoyó contra un edificio, con los dedos temblando ligeramente sobre la pantalla.

—Solo son azules.

—No son "solo" nada. Cambian de color según la luz. A veces son azul claro, casi gris. Otras veces son más oscuros, como el océano. Y cuando te ríes… se iluminan desde dentro.

Eva tuvo que parpadear para contener las lágrimas que amenazaban con formarse. Nadie le había dicho nunca algo así.

—Eso es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca.

—Entonces la gente no ha estado prestando atención.

Eva se quedó mirando el mensaje durante un largo momento. Luego escribió:

—Cuatro días.

—96 horas —escribió él.

—¿También estás contando las horas?

—Desde el sábado pasado.

Eva se rio en voz alta, ganándose miradas curiosas de los peatones. Le dio igual.

—Tengo que irme. Reunión con una clienta.

—Yo también debería volver al trabajo. O al menos intentarlo. Nos vemos pronto, Eva.

—Nos vemos pronto, Alex.

Guardó el móvil en el bolso y siguió caminando, pero ahora tenía una estúpida sonrisa en la cara que no podía borrar.

Esa noche, después de cenar, Eva estaba revisando unos documentos en el sofá cuando Carol entró en el salón con el móvil en la mano y una expresión seria.

—Mamá, tenemos que hablar.

Eva dejó los papeles a un lado, alarmada.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Va todo bien?

Carol se sentó junto a ella, con las piernas cruzadas y el móvil sobre su regazo.

—Nat y yo hemos estado hablando. Sobre ti y su padre. Y la cita del viernes.

Eva sintió una punzada de preocupación. Quizás Carol no estaba tan bien con esto como había parecido.

—¿Y?

—Y queremos establecer algunas reglas.

Eva parpadeó.

—¿Reglas?

—Sí. —Carol asintió con seriedad—. Primera regla: Nada de besos en público donde podamos veros. Es asqueroso.

Eva se rio a pesar de sí misma.

—Carol…

—Segunda regla —continuó su hija implacable—. Tienes que contarme cómo va la cita. No todos los detalles, obvio, porque me daría asco. Pero sí lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—Si os lo pasáis bien. Si él es amable. Si te hace reír —Carol se mordió el labio—. Si te hace feliz.

Eva sintió cómo se le derretía el corazón. Extendió la mano y apartó un mechón de pelo de la cara de su hija.

—Trato hecho. ¿Hay más reglas?

—Tercera regla: si en algún momento decides que no te gusta, está bien. Nat y yo seguiremos siendo amigas. No queremos que te sientas presionada porque nosotras queremos que estéis juntos.

Eva atrajo a Carol hacia sí y la abrazó fuerte.

—Gracias, cariño. Eso significa mucho para mí.

Carol le devolvió el abrazo, enterrando la cara en el hombro de su madre.

—Solo quiero que seas feliz, mamá. Llevas mucho tiempo triste.

—No he estado triste —protestó Eva débilmente.

Carol se separó y la miró con esos ojos que eran demasiado perceptivos para una niña de doce años.

—Sí que lo has estado. Desde papá. Y yo sé que él te hizo daño. Pero Alex no es como él.

—Lo sé —dijo Eva con suavidad—. Estoy empezando a darme cuenta de eso.

—Bien. —Carol sonrió—. Porque Nat dice que su padre está muy nervioso por la cita. Que lleva toda la semana raro.

—¿Sí?

—Sí. Dice que esta mañana casi ha quemado el desayuno porque estaba distraído. Y que anoche se quedó despierto hasta las tres pintando.

Eva sonrió, imaginándose a Alex en su estudio, rodeado de lienzos, intentando capturar el color de sus ojos.

—Yo también estoy nerviosa —admitió.

—Lo sé. —Carol le dio un beso en la mejilla—. Pero va a salir bien, mamá. Estoy segura.

Y con eso, se levantó y se fue a su habitación, dejando a Eva sentada en el sofá con una mezcla de terror y esperanza en el pecho.

Martes, 24 de junio de 2025

El martes amaneció con un calor sofocante que prometía tormenta eléctrica antes de que terminara el día. Eva se despertó con un mensaje de Alex que había llegado a las seis de la mañana.

—Buenos días. No he podido dormir pensando en el viernes. Eso es raro?

Eva miró la hora del mensaje y luego el reloj. Las 7:15. Le respondió inmediatamente.

—No es raro. Yo tampoco he dormido bien. Tres días.

—72 horas.

—Vamos a hacer esto cada día? Contar las horas que faltan?

—Probablemente. Te molesta?

—Para nada.

Eva se levantó con una sonrisa y se preparó. Tenía reuniones toda la mañana y una comparecencia en el juzgado por la tarde. Necesitaba estar concentrada.

Pero era difícil concentrarse cuando cada vez que miraba el móvil había un mensaje nuevo de Alex. Pequeños mensajes a lo largo del día: una foto de su taza de café con un "pensando en ti" escrito en una nota. Un meme divertido sobre citas que le hizo reír en medio de una seria reunión. Una cita de un libro que estaba leyendo que le recordó a ella.

Era… dulce. Inesperadamente dulce viniendo de un exmilitar con tatuajes y una historia de dolor.

A las tres, Eva salió del juzgado y decidió pasar por el colegio para recoger a Carol del entrenamiento. Normalmente, su hija volvía sola, pero Eva había terminado temprano y… bueno, el colegio estaba de camino a casa.

«Mentirosa», le dijo su voz interior. «Estás intentando ver a Alex».

Aparcó el Mercedes y caminó hacia el edificio. El gimnasio donde Alex les daba las clases de defensa personal tenía una entrada en la parte trasera. Eva pudo escuchar voces y risas antes de llegar.

Se detuvo en la entrada y observó durante un momento.

Él estaba en el centro de la colchoneta con las tres niñas. Llevaba una camiseta negra sin mangas y pantalones de chándal, y había una ligera capa de sudor en su piel que hacía que los músculos de sus brazos brillaran bajo las luces fluorescentes.

«Concéntrate», se ordenó Eva. «Estás aquí por Carol, no para babear».

Pero entonces Alex levantó la vista y la vio. Su expresión cambió y en su rostro apareció una sonrisa que hizo que a Eva se le acelerara el pulso.

—Eva —dijo, caminando hacia ella—. No esperaba verte hoy.

—He salido temprano del juzgado y he venido a recoger a Carol —mintió, muy consciente de los tres pares de ojos que la observaban con interés mal disimulado.

—¿Mamá? —Carol apareció a su lado, con el pelo recogido en una coleta despeinada y las mejillas rojas—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, cariño. Solo he pasado a recogerte.

—Todavía faltan quince minutos —dijo Carol, mirando entre su madre y Alex con una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Pero si quieres quedarte a ver…

—Oh, no quiero interrumpir. —Eva empezó a retroceder.

—No interrumpes —dijo Alex rápidamente—. De hecho, podríamos hacer una demostración. Carol ha estado perfeccionando una técnica nueva.

Sus ojos se encontraron y Eva vio algo en ellos. Una invitación. Un "quédate, por favor".

—Vale —dijo, casi sin pensarlo—. Me quedo.

Carol brilló de felicidad y Natalie y Jenny intercambiaron significativas miradas. Alex sonrió y volvió al centro de la colchoneta.

—Muy bien, chicas. Vamos a mostrarle a Eva lo que habéis aprendido.

Mientras Alex guiaba a las niñas a través de diferentes escenarios, Eva observó fascinada los siguientes quince minutos. Pero esta vez era diferente a cuando había observado desde la puerta sin que nadie lo supiera. Esta vez Alex era consciente de que ella estaba ahí.

Y parecía querer impresionarla.

Porque cada explicación era más clara, cada demostración más cuidadosa. Cuando Carol ejecutó perfectamente una técnica de escape, Alex miró a Eva directamente y dijo:

—¿Has visto eso? Tu hija es increíble.

Eva sintió algo cálido en el pecho. No solo por el cumplido a Carol, sino por la forma en que lo dijo. Como si estuviera orgulloso. Como si los logros de Carol le importaran de verdad.

Cuando la clase terminó, Alex le dio a cada niña una botella de agua y las despidió. Carol, Natalie y Jenny recogieron sus mochilas, pero iban despacio a propósito, esperando ver qué pasaba entre los adultos.

—Carol, ve al coche —dijo Eva—. Estaré allí en un minuto.

—Pero mamá…

—Carol.

Su hija suspiró, pero obedeció, arrastrando a sus amigas con ella. Cuando se fueron, Eva y Alex se quedaron solos en el gimnasio.

Alex se acercó, se secó el sudor de la frente con una toalla y se detuvo a una distancia que era respetuosa, pero también… íntima.

—Gracias por quedarte —dijo.

—Gracias por dejarme —respondió Eva—. Carol es increíble. Me ha encantado ver lo que hace.

—Tiene una gran madre. —Alex sonrió—. La has criado bien, Eva. Es fuerte, inteligente y muy segura de sí misma. Eso viene de ti.

Eva sintió que las lágrimas pugnaban por salir y parpadeó para contenerlas.

—Gracias. Eso… significa mucho para mí.

Se quedaron ahí, mirándose, mientras el silencio entre ellos se llenaba de promesas.

—Tres días —dijo Alex finalmente, con voz baja.

—Tres días —repitió Eva.

—¿Sabes qué? Creo que van a ser los tres días más largos de mi vida.

Eva se rio suavemente.

—Los míos también.

Alex dio un paso hacia ella. Ahora estaban lo suficientemente cerca como para que Eva pudiera ver las pequeñas gotas de sudor en su cuello, oler esa mezcla de esfuerzo físico y colonia que era completamente él.

—Eva —empezó, y había algo en su voz que hizo que ella contuviera la respiración.

—¿Sí?

—Yo… —Se detuvo, pasándose una mano por el pelo—. No, nada. Debería dejarte ir. Carol está esperando.

Pero no se apartó. Y Eva tampoco.

—Alex —dijo ella con suavidad—. ¿Qué ibas a decir?

Él la miró durante un largo momento y sonrió con ese encanto que tenía el poder de atraparla por completo.

—Que tengo muchas ganas de que sea viernes.

—Yo también —admitió Eva.

—Y que… —Vaciló de nuevo—. Que me alegro de que estés aquí. De que te hayas quedado. De todo esto.

Eva sintió emoción. Extendió la mano y, antes de poder pensar demasiado en ello, tocó brevemente su brazo. El contacto apenas duró un segundo, pero sintió la calidez de su piel, la firmeza del músculo debajo.

—Yo también —dijo con suavidad.

Alex miró el punto donde ella lo había tocado, como si pudiera ver la huella de sus dedos allí.

—Debería irme —dijo Eva, dando un paso atrás con esfuerzo—. Carol me está esperando.

—Claro. —Alex asintió, pero había algo en sus ojos que decía que tampoco quería que se fuera—. Conduce con cuidado.

—Siempre lo hago.

Eva se giró hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Alex?

—¿Sí?

—Se me va a hacer eterno.

La sonrisa que se extendió por su rostro fue como el sol saliendo.

—A mí también, Eva. A mí también.

Esa noche, Eva estaba revisando unos contratos cuando su móvil sonó. Era una videollamada de Sara, su mejor amiga desde la universidad. Residía en Boston.

Eva dudó un momento antes de responder. Sara tenía un sexto sentido para detectar cuando algo importante estaba pasando.

—Hola —dijo Eva cuando apareció el rostro de Sara en la pantalla.

Su amiga estaba en lo que parecía ser su apartamento, con una copa de vino en la mano y una expresión de estar a punto de iniciar un interrogatorio.

—Eva Watts. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre el misterioso hombre del que Janet no para de hablar. —Sara se acomodó en su sofá—. Al parecer tienes una cita el viernes y nadie me lo había contado.

Eva puso los ojos en blanco.

—¡Joder con Janet! Tiene la boca demasiado grande.

—Janet está entusiasmada, cielo, y yo también. Incluso Soraya, que me ha escrito para decírmelo. Se ve que el planeta entero está emocionado, excepto tú, que has optado por el misterio absoluto.

—No es un secreto. —Eva suspiró—. Solo… que no quería hablar de ello hasta estar segura de que iba a pasar de verdad.

—¿Y va a pasar?

—Sí. El viernes. Exposición en el MoMA y cena.

Sara dio un sorbo a su vino, estudiándola.

—¿Y este tipo… Alex, ¿verdad? ¿Es bueno?

—Eso creo. —Eva se mordió el labio, dubitativa—. Hay algo diferente en él, Sara. Nada que ver con David o el resto. Es… muy especial.

—Esa es una buena noticia. —Sara asintió con suavidad—. ¿Te da miedo?

—Estoy aterrada.

—Bien, porque eso significa que te importa.

Eva se rio sin humor.

—Ese es exactamente el problema. Me importa demasiado y ni siquiera hemos tenido una cita todavía.

Sara la miró con esa expresión que reservaba para los momentos importantes.

—Te conozco desde hace tres lustros, Eva. He sido testigo de tu amor, de tu matrimonio y de la desolación que siguió al divorcio. Sin embargo, nunca te he visto tan vibrante y despierta como ahora, que estamos hablando de ese tipo.

A Eva se le cortó el aliento, y sintió un nudo de emoción cerrándole la garganta.

—¿De verdad?

—De verdad. Tus ojos se iluminan cuando hablas de él. Sonríes sin darte cuenta.

—Tengo miedo de que salga mal —admitió Eva—. De que termine como con David. De que…

—De que te vuelva a hacer daño —dijo Sara, terminando la frase—. Lo sé. Pero Eva, no todos los hombres son como ese gilipollas. Y por lo que me dices, este Alex parece lo más opuesto a él.

—Lo es. —Eva asintió—. Es… Dios, Sara. Es paciente, amable, talentoso. Es increíble con Carol. La trata como si le importara de verdad, no como un accesorio.

—Entonces dale una oportunidad. Pero debes ser sincera y abierta. No estés con la guardia alta, esperando que te decepcione. Dale la oportunidad de sorprenderte.

Eva pensó en eso. En bajar la guardia. En permitirse ser vulnerable.

La idea la aterraba. Pero también la emocionaba.

—Lo intentaré —dijo finalmente.

—Bien. Y Eva…

—¿Sí?

—Si este tipo resulta ser tan bueno como parece, agárralo y no lo sueltes. Los buenos son difíciles de encontrar.

Después de colgar, Eva se quedó sentada en el sofá, mirando al techo. Tres días. Quedaban tres días.

Y tras mucho tiempo, la idea de arriesgarse dejó de parecer un error para convertirse en una oportunidad que valía la pena aprovechar.

Su móvil vibró con un último mensaje de Alex.

—Buenas noches, Eva. Que sueñes con algo bonito.

Eva sonrió y escribió:

—Últimamente solo sueño con una cosa.

—Sí? Con qué?

—Con el viernes.

—Entonces vamos a tener los mismos sueños.

—Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, Eva.

Eva dejó el móvil en la mesilla y cerró los ojos, sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en años.

Tres días.

Solo tres días más.

Miércoles, 25 de junio de 2025

Eva abrió los ojos el miércoles con el pálpito de que algo trascendental se avecinaba. Apenas la separaban dos días de su cita con Alex.

Se había vuelto un ritual. Cada mañana revisaba su móvil y ahí estaba el mensaje de él con la cuenta regresiva. Esta mañana decía:

—Buenos días, Eva. 48 horas. Ya estás tan nerviosa como yo?

—Más. He dormido a ratos.

—Yo me he pasado la noche pintando. Creo que me he cargado tres lienzos.

—Tan mal?

—No podía concentrarme. Seguía pensando en el viernes. En ti. En cómo será finalmente estar juntos sin niñas o amigos conspiradores de por medio.

Eva sintió mariposas en el estómago. Escribió y borró tres respuestas diferentes antes de finalmente enviar:

—Yo también pienso en eso. Mucho.

—Bien. Así no soy el único que se comporta como un crío asustado.

Eva se rio y se levantó para prepararse. Tenía un día completo por delante: reunión de equipo en el bufete a las nueve, almuerzo con una clienta a la una, y después pensaba volver a casa temprano para adelantar trabajo.

Pero a media mañana recibió un mensaje de Janet.

—Vas al gimnasio hoy?

Eva frunció el ceño mientras respondía.

—No. Hoy no iba a ir. Por qué?

—Porque tengo que contarte algo importante y hoy es mi único día libre esta semana. Si no estás muy liada, ¿podrías entrenar hoy en vez de mañana? Por favor, por favor, por favor. Te invito a un smoothie después.

Eva miró su agenda. No tenía nada urgente esa tarde, y Janet rara vez pedía favores.

—Vale. A qué hora?

—3:30?

—Perfecto. Nos vemos allí.

Lo que Eva no sabía era que Janet tenía los labios apretados para no reírse mientras escribía el siguiente mensaje… a Alex.

A las tres y media de la tarde, Eva llegó al gimnasio Equinox en la calle Warren. Era un espacio moderno con ventanas de piso a techo, equipamiento de última generación y una clientela que se tomaba el fitness muy en serio.

Había elegido su ropa con más cuidado de lo habitual: unas mallas negras que sabía que le quedaban bien y un top deportivo azul marino que realzaba sus ojos. Guardó sus cosas en un casillero y estaba dirigiéndose hacia la zona de estiramientos cuando escuchó una voz familiar.

—¡Eva!

Se giró y vio a Janet caminando hacia ella con una sonrisa que era demasiado grande. Llevaba ropa deportiva de color fucsia que solo ella podía usar sin parecer ridícula.

—Janet, hola. —Eva la saludó con un abrazo rápido—. ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme?

Janet abrió la boca, luego la cerró, pero sus ojos se desviaron hacia la entrada del gimnasio y su sonrisa se amplió.

—Ah, mira. Acaba de llegar.

Eva sintió un escalofrío de premonición.

—¿Quién?

—Tu "importante". —Janet prácticamente cantó las palabras.

Eva siguió su mirada hacia la entrada y sintió cómo se le cortaba la respiración.

Alex acababa de entrar, con una bolsa de deporte al hombro. Llevaba una camiseta gris ajustada que dejaba ver la definición de sus brazos y el pecho, y pantalones de chándal negros. El sol de la tarde que entraba por las ventanas hacía que su pelo negro brillara.

Eva se giró bruscamente hacia Janet.

—¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. —Janet levantó las manos con falsa inocencia—. Solo le he dicho a Alex que hoy era un buen día para venir al gimnasio, y que a veces venías tú. Solo es una coincidencia que ambos hayáis terminado aquí al mismo tiempo.

—Janet… —Eva no supo si quería estrangularla o agradecérselo.

—De nada. —Janet le guiñó un ojo—. Ahora, voy a desaparecer para hablar con mi peluquera —dijo, señalando a una chica que estaba en la cinta de correr—. Diviértete. Y Eva…

—¿Qué?

—Relájate. Ya sabéis que os gustáis. El viernes es dentro de dos días. ¿Qué daño puede hacer un poco de… estrategia?

Y con eso y una preciosa sonrisa, se alejó hacia las bicicletas estáticas, dejando a Eva de pie en medio del gimnasio con el corazón latiéndole a mil por hora.

Eva tuvo aproximadamente cinco segundos para decidir qué hacer antes de que Alex la viera.

«Por una vez en tu vida, debes ser valiente», pensó.

Se dirigió hacia las cintas de correr, muy consciente del momento exacto en el que Alex la vio. Sintió su mirada sobre ella

mientras subía a la máquina y empezaba a caminar a ritmo suave.

No tuvo que esperar mucho.

Alex se acercó con ese paso firme que irradiaba seguridad. Se subió a la cinta junto a la de ella, sin decir palabra, y le lanzó una mirada de reojo que hizo que a Eva se le secara la boca.

Empezó a correr a un ritmo constante, y Eva aumentó su velocidad para igualarlo. Corrieron en silencio durante un par de minutos, pero Eva podía sentir la tensión entre ellos.

Finalmente, Alex habló sin mirarla, con los ojos al frente.

—Janet es muy sutil, ¿no te parece?

Eva casi se tropezó en la cinta. Se agarró a los laterales para mantener el equilibrio.

—Como un martillo.

—Me ha enviado un mensaje esta mañana. —Alex la miró de reojo, con una sonrisa que no tenía nada de inocente—. Según ella, hoy el gimnasio estaría muy tranquilo y tú vendrías casi seguro.

—A mí me ha dicho que necesitaba verme urgentemente. —Eva sintió cómo se le subían los colores.

—¿Y? —Alex redujo la velocidad de su cinta hasta caminar—. ¿Te molesta que lo haya hecho?

Eva lo miró. Sus ojos verdes la observaban con una intensidad que la hacía temblar, pero también vio vulnerabilidad. Como si su respuesta le importara.

Eva redujo su cinta hasta detenerse completamente y se bajó. Alex hizo lo mismo, y de repente estaban de pie muy cerca el uno del otro, rodeados de gente pero completamente aislados en su propia burbuja.

—No —dijo Eva, sosteniendo su mirada—. Claro que no me molesta. Me gusta que estés aquí. Llevo toda la semana deseando verte.

Alex dio un paso más cerca. Lo suficiente como para que Eva pudiera ver las pequeñas gotas de sudor en su cuello y oler esa mezcla de esfuerzo y colonia masculina que siempre usaba.

—Eva. —Su voz sonó más ronca—. Me estás matando.

—¿Sí? —Eva se sorprendió a sí misma sonriendo. Sintió que dentro de ella se despertaba poder, confianza—. ¿Por qué?

—Porque llevo dos días pensando en nuestra cita. En tocarte. En besarte. Y ahora estás aquí, a centímetros de distancia, y no puedo hacer ninguna de esas cosas.

Eva sintió cómo se le aceleraba la respiración. Se humedeció los labios, viendo cómo los ojos de Alex seguían el movimiento.

—¿Quién dice que no puedes?

—Eva… —Sonó como una advertencia. Como una súplica.

—Somos dos adultos entrenando juntos en un gimnasio. —Eva se obligó a sostener su mirada aunque el corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que Alex podía oírlo—. No hay nada malo. A menos que tengas una idea mejor.

—Tengo varias. —Alex dio otro paso, reduciendo el espacio entre ellos a casi nada—. Pero ninguna apropiada para un lugar público.

Eva sintió un escalofrío recorrer su espalda. Estaban jugando con fuego, pero no le importó.

—Entonces enséñame algo —dijo con voz baja—. Algo nuevo.

Los ojos de Alex se fruncieron, con curiosidad.

—¿Algo nuevo?

—Un ejercicio. —Eva sostuvo su mirada—. Uno que requiera… corrección de postura, contacto… Ayuda práctica.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Alex fue absolutamente pecaminosa.

—Ven conmigo.

La guio hacia el área de pesas, y Eva era muy consciente de que su mano rozaba el final de su espalda, sin apenas tocarla, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor. Llegaron a un espacio más privado, lejos de las máquinas principales.

Alex cogió dos mancuernas ligeras y se las pasó a Eva.

—¿Sabes hacer peso muerto rumano?

—No tengo ni idea.

—Te lo muestro. —Alex cogió sus propias pesas, mucho más pesadas—. Observa cómo lo hago.

Se colocó frente a ella, con las piernas separadas al ancho de las caderas. Sus movimientos eran fluidos, controlados, y Eva no pudo evitar seguir cada línea de su cuerpo mientras ejecutaba el ejercicio. La forma en que sus músculos se flexionaban bajo la camiseta. La concentración en su rostro. La potencia contenida en cada movimiento.

—¿Lo captas? —preguntó Alex cuando terminó, y había algo en su voz que sugería que sabía exactamente dónde había estado mirando Eva.

—Creo que necesito que me lo muestres más despacio —dijo Eva, sorprendiéndose a sí misma.

Alex sonrió y dejó sus pesas a un lado. Se acercó a ella.

—Hazlo tú ahora. Quiero verte.

Eva se colocó en posición, con las mancuernas en las manos. Empezó el movimiento, bajando las pesas por sus piernas mientras echaba las caderas hacia atrás.

—Para —dijo Alex con voz tensa.

Eva se detuvo a medio movimiento, con el cuerpo inclinado hacia delante. Sintió a Alex moverse detrás de ella. Su presencia era como un campo magnético.

—Tu postura está mal —murmuró él, y Eva sintió sus manos, grandes y cálidas, posarse en sus caderas—. Necesitas echar las caderas más atrás. Así.

Sus dedos presionaron contra los huesos de sus caderas, guiándola hacia atrás. Eva tuvo que morder el interior de su mejilla para contener el sonido que amenazó con escaparse.

—Mejor. —La voz de Alex era tensa, controlada—. Ahora mantén la espalda recta. No dejes que se curve.

Una de sus manos subió por su columna vertebral, corrigiendo su postura con toques firmes. Eva podía sentir el calor de sus dedos incluso a través de la tela de su top deportivo.

—¿Así? —preguntó ella, y su voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—Perfecto. —Alex no apartó sus manos—. Ahora sube lentamente. Aprieta los glúteos al subir. Usa la fuerza de las piernas, no la de la espalda.

Eva ejecutó el movimiento, muy consciente de las manos de Alex todavía en su cuerpo, manteniéndose allí, guiándola, sosteniéndola.

—Otra vez —ordenó él con voz baja—. Hazlo más despacio.

Eva repitió el ejercicio, bajando lentamente. Esta vez, cuando echó las caderas hacia atrás, se rozó contra Alex, que estaba justo detrás de ella. Fue un contacto breve, casi accidental, pero escuchó cómo Alex contenía la respiración.

—Eva. —Su voz pareció una advertencia—. Estás jugando con fuego.

—Lo sé —respondió ella, subiendo de nuevo, sintiendo cómo las manos de Alex se tensaban sobre sus caderas.

—Deberíamos parar.

—Probablemente.

Pero ninguno de los dos se movió. Eva repitió el ejercicio una vez más, y esta vez el roce no fue tan accidental. Alex soltó un sonido con su garganta que hizo que a Eva se le erizara la piel.

—Suficiente —dijo él, apartándose bruscamente, poniendo distancia entre ellos.

Eva se giró y lo vio pasándose una mano por el pelo, con la mandíbula tensa y los ojos oscurecidos.

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella, aunque sabía perfectamente que no.

—No. —Alex se rio sin humor—. Has hecho todo demasiado bien. Por eso necesito parar antes de que haga algo para lo que ninguno de los dos está preparado.

Eva dejó las mancuernas a un lado y se acercó a él, hasta que estaban a apenas centímetros de distancia.

—¿Y si yo sí estoy preparada?

Los ojos de Alex la recorrieron de arriba abajo, y Eva sintió ese escrutinio como una caricia física.

—Dos días, Eva —dijo con voz ronca—. Puedo esperar dos días. Y tú también.

—¿Y si no quiero esperar?

—Vas a tener que hacerlo de todas formas. —Alex extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara, en un gesto que fue tierno a pesar de la tensión entre ellos—. Porque cuando ocurra, quiero que sea perfecto. No apresurado y en un gimnasio lleno de gente.

Eva sintió que algo se derretía dentro de ella. Asintió, incapaz de formar palabras.

—Dos días —repitió ella—. Ese es el margen que te doy.

—Dos días —confirmó Alex con una sonrisa—. Y luego… luego puedes hacer lo que quieras conmigo.

Eva sintió un escalofrío recorriéndole la espalda ante la promesa en sus palabras.

Media hora después, Eva salió del gimnasio con las piernas temblorosas y el corazón todavía acelerado. Janet la esperaba fuera con dos smoothies y una sonrisa de satisfacción.

—¿Lo has pasado bien?

Eva le lanzó una mirada que hubiera hecho retroceder a cualquiera. Pero Janet solo se rio.

—No me mires así. Os he hecho un favor a ambos.

—Casi me mata —dijo Eva, aceptando el smoothie—. Y yo casi lo mato a él.

—Bien. —Janet le dio un sorbo a su bebida—. La tensión sexual es buena para una relación. Hace que, cuando llegue el momento, sea… explosivo.

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—Janet…

—Solo digo la verdad —su amiga se encogió de hombros—. Ese hombre está loco por ti. Y tú por él. El viernes va a ser… memorable.

Eva no encontró argumentos para rebatir eso.

Esa noche, Eva estaba acostada en la cama, mirando el techo, cuando su móvil vibró.

Era Alex.

—Sigo oliendo tu perfume. Creo que me impregné de él en el gimnasio.

Eva sonrió en la oscuridad.

—Y eso es bueno o malo?

—Bueno. Definitivamente bueno. Aunque hace que concentrarme en cualquier otra cosa sea imposible.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—No, no lo siento.

Eva se rio en voz alta, tapándose la boca con la mano para no despertar a Carol.

—Dos días, Eva.

—Lo sé.

—Y luego estaremos juntos y solos. Sin gimnasios llenos de gente ni niñas conspirando.

—Nervioso?

—Aterrado. Tú?

—También. Pero de la mejor manera.

—Sí. De la mejor manera.

Eva miró el mensaje durante un largo rato. Luego escribió:

—Alex, puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa.

—Por qué yo? No es que no me guste. Es solo… no sé. Podrías tener a quien quisieras.

La respuesta tardó un poco en llegar, como si Alex estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Porque cuando te miro, veo a alguien especial. No representas la perfección, ni una fantasía. Eres una mujer real, con tus miedos y tu fuerza… y una risa que hace que todo lo demás desaparezca.

Eva sintió lágrimas en los ojos.

—Porque me desafías. Me haces querer ser mejor. Y cuando estoy contigo, siento que por primera vez en cinco años puedo imaginar un futuro que no sea solo sobrevivir día a día.

Eva vio que seguía tecleando.

—Y porque tus ojos cambian de color según la luz y todavía no he descubierto cómo capturar eso en un lienzo. Y quiero pasar el tiempo que sea necesario intentándolo.

Eva tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Escribió con dedos temblorosos:

—Voy a llorar si sigues diciendo cosas así.

—Lágrimas buenas o malas?

—Las mejores.

—Entonces puedo seguir.

—Por favor, no. Ya estoy demasiado emocionada y solo es miércoles.

Alex envió un emoji sonriente y luego:

—Buenas noches, Eva.

—Buenas noches, Alex.

Eva dejó el móvil sobre la mesilla y se acurrucó entre las sábanas, abrazando la almohada contra su pecho. Tenía una sonrisa estúpida en la cara, lágrimas en los ojos y el corazón latiéndole tan fuerte que podía sentirlo en cada célula de su cuerpo.

Dos días. Solo dos días más.



CAPÍTULO 9

Jueves, 26 de junio de 2025

Eva llegó al bufete el jueves por la mañana con el mismo ritual de siempre: un café muy largo, correos electrónicos revisados en el móvil durante el trayecto en el ascensor y la determinación de ser productiva.

Un día. Quedaba un día para el viernes.

Había dormido fatal. Cada vez que cerraba los ojos veía a Alex en el gimnasio, sentía sus manos en sus caderas, escuchaba su voz diciéndole "estás jugando con fuego". Y luego recordaba ese momento donde se había rozado contra él, deliberadamente, y cómo Alex había contenido la respiración, como si ella acabara de hacer algo prohibido y perfecto a la vez.

Se había despertado durante la noche, sudando y con el corazón acelerado, con pensamientos que, salvo que estuvieras acompañada, no eran apropiados para las tres de la madrugada.

«Concéntrate», se ordenó mientras salía del ascensor en su planta. «Tienes trabajo. Clientes. Responsabilidades».

Pero cuando abrió la puerta del bufete y vio a Soraya prácticamente saltando detrás de su escritorio con una sonrisa que podría iluminar todo Manhattan, supo que concentrarse iba a ser imposible.

—Buenos días —dijo Eva cautelosamente, dejando su maletín sobre el escritorio de recepción—. ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara? —Soraya intentó parecer inocente y fracasó miserablemente—. No tengo ninguna cara.

—Soraya…

—Está bien, está bien. —Soraya se levantó de un salto—. Pero tienes que prometerme que no vas a gritar.

Eva sintió una punzada de alarma.

—¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. —Soraya levantó las manos—. Pero alguien sí. Hay algo para ti y está en tu despacho. Y es absolutamente perfecto.

Eva la miró con suspicacia antes de caminar hacia allí. Abrió la puerta y se quedó congelada en el umbral.

Sobre su escritorio había un enorme ramo de flores. No era uno de esos arreglos corporativos genéricos que los clientes enviaban de vez en cuando. Era un ramo hermoso, cuidadosamente elegido: peonías blancas y rosas pálidas mezcladas con eucalipto, envuelto en papel transparente y atado con una cinta de seda.

Eva se acercó lentamente, con el corazón latiéndole demasiado rápido. Buscó una tarjeta, pero no había ninguna. Solo las flores, perfectas y fragantes, ocupando todo el espacio de su escritorio.

Soraya apareció en la puerta, prácticamente vibrando de emoción.

—Las han traído hace media hora. El chico de la floristería ha comentado que tenía instrucciones específicas de entregarlas antes de que tú llegaras.

Eva tocó uno de los pétalos suavemente. Eran peonías. Sus flores favoritas. Algo que solo…

Llamaron al teléfono y Soraya se acercó a su mesa y la dejó sola para atenderlo.

Eva sacó su móvil con manos temblorosas y escribió un mensaje.

—Sabes algo sobre unas flores que han aparecido mágicamente en mi despacho?

La respuesta de Alex llegó casi inmediatamente.

—Quizás. Te gustan?

—Son peonías.

—Lo sé.

—Cómo sabías que son mis favoritas?

—Carol lo mencionó hace unas semanas. Dijo que siempre te parabas a mirarlas en el mercado de flores, pero nunca te comprabas ninguna.

Eva sintió un nudo en la garganta. Se sentó en su silla, mirando las flores, incapaz de procesar que Alex hubiera prestado atención a un detalle tan pequeño.

—Alex…

—Demasiado? Puedo ser demasiado a veces. Si no te gustan, puedo…

—Me encantan. Son perfectas. Eres perfecto.

—Te aseguro que no soy perfecto, pero me alegro de que te gusten.

Eva sonrió a través de las lágrimas que amenazaban con formarse. Solo faltaba un día. Veinticuatro horas…

Y cada minuto era una dulce tortura.

Soraya apareció de nuevo.

—Entonces… —Soraya se apoyó contra el marco de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha—. ¿Quién es el hombre misterioso que envía flores sin tarjeta?

Eva dejó el móvil sobre el escritorio.

—Alex.

—¿Tu Alex? Tengo entendido que coincidiste con él en el gimnasio.

Eva dudó, pero asintió con la cabeza.

—Ese mismo. ¿Cómo estás tan bien informada? ¿Has vuelto a hablar con Janet?

Soraya soltó un chillido, que probablemente se escuchó en todo el piso, y asintió con la cabeza.

—¡Lo sabía! Sabía que algo había pasado cuando has llegado con esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de alguien a la que han besado contra una pared. —Soraya se sentó en la silla frente al escritorio de Eva—. O que desearía que lo hubieran hecho.

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—Ayer no pasó nada. Solo… entrenamos juntos.

—Ja. Entrenasteis. —Soraya alargó la palabra con suspicacia—. ¿Y ese entrenamiento incluía contacto físico?

—Es entrenamiento, Soraya. Todo el entrenamiento incluye corrección de postura.

—Ya. —soltó Soraya, sin creerle ni una palabra—. Y ahora te envía flores. Flores preciosas. Sin tarjeta. Muy romántico.

—Soraya, tengo trabajo…

—Tienes una cita el viernes con un hombre que está loco por ti —la interrumpió su secretaria—. Eso es más importante que cualquier trabajo.

Eva abrió la boca para protestar, pero su móvil vibró de nuevo. Otro mensaje de Alex.

—Por cierto, no he podido dejar de pensar en ayer. En cómo te movías. En cómo me mirabas. En ese momento cuando…

El mensaje se cortaba ahí, como si Alex hubiera decidido que terminar esa frase era demasiado peligroso.

Eva le hizo un gesto con la mano a Soraya, para que la dejara sola, y escribió con dedos temblorosos:

—En ese momento cuándo qué?

—Cuando casi me olvido de dónde estábamos.

Eva se mordió el labio para contener la sonrisa estúpida que amenazaba con aparecer.

—Yo tampoco he dejado de pensar en eso.

—Bien. Así no soy el único que sufre.

—No eres el único.

Soraya, que había hecho caso omiso de lo que Eva le había indicado, carraspeó exageradamente.

—Estás sonriendo al móvil como una adolescente enamorada.

Eva levantó la vista y se encontró con su secretaria mirándola con esa expresión de "te lo dije" que conocía demasiado bien.

—Cállate —dijo sin ninguna convicción.

—No puedo. Esto es demasiado perfecto. —Soraya se levantó —. Voy a traerte café. Y luego vas a contarme absolutamente todo sobre este Alex y por qué te tiene así.

Se fue antes de que Eva pudiera protestar, dejándola sola con las flores, el móvil y esa sensación de que su vida estaba cambiando de formas que todavía no podía comprender del todo.

Eva pasó la siguiente hora intentando concentrarse en la revisión de un contrato de divorcio particularmente complicado, pero sus ojos seguían desviándose hacia las peonías en su escritorio. Cada vez que las miraba, sonreía sin poder evitarlo.

A las once, Soraya apareció en la puerta de su despacho con expresión preocupada.

—Eva… hay alguien aquí que quiere verte.

—¿Tengo alguna cita que haya olvidado? —Eva revisó su agenda en el ordenador.

—No. No tiene cita. —Soraya se mordió el labio—. Es… es David.

Eva sintió cómo se le helaba la sangre. Se quedó mirando a Soraya durante unos segundos, procesando las palabras.

—¿Mi David?

—Bueno, tu ex David —corrigió Soraya—. Está en la recepción. Dice que necesita hablar contigo sobre Carol.

Eva cerró los ojos y respiró hondo. No había visto a David en persona desde hacía más de seis meses. Se comunicaban por e-mail o mensajes cuando era necesario, siempre breves y funcionales. Él no venía al bufete. Nunca venía al bufete.

—¿Qué quiere?

—No lo ha dicho. Solo que es importante y que tiene que ver con Carol.

Eva se levantó, alisándose la falda con manos que temblaban de rabia más que de nervios. Si David pensaba que podía presentarse aquí sin avisar…

—Hazle pasar —dijo con voz fría—. Pero quédate cerca. Si no sale en diez minutos, entras con alguna excusa.

Soraya asintió. Conocía la historia. Había estado ahí cuando Eva había descubierto la infidelidad, cuando había llorado en el baño del bufete, cuando había decidido que nunca más permitiría que un hombre la hiciera sentir así.

Un minuto después, David entró en su despacho.

Llevaba uno de sus trajes caros, gris oscuro y con camisa blanca impoluta. El pelo rubio perfectamente peinado y la ensayada sonrisa que Eva había decidido olvidar. A primera vista parecía el mismo David de siempre: guapo, exitoso, seguro de sí mismo.

Pero Eva lo conocía al dedillo. Vio las pequeñas líneas de tensión alrededor de sus ojos. La forma en que sus dedos jugueteaban con el anillo que ya no llevaba. La falsa sonrisa que ya conocía.

—Eva —dijo con esa voz suave que solía usar cuando quería algo—. Gracias por recibirme.

—No tengo mucho tiempo —respondió ella sin invitarlo a sentarse—. Soraya dice que quieres hablar de Carol. ¿Ha pasado algo?

David miró alrededor del despacho y sus ojos se detuvieron en las flores sobre el escritorio. Algo cambió en su expresión.

—Son muy bonitas. ¿Un regalo de algún cliente agradecido?

Eva sintió un destello de irritación.

—¿Qué quieres, David?

Él se aclaró la garganta y finalmente se sentó en la silla frente al escritorio sin pedir permiso.

—He estado pensando sobre el campamento de verano de Carol.

—¿Y?

—Y creo que deberíamos discutirlo. Es todo el mes de agosto. Eso significa que no voy a poder ver a mi hija durante cuatro semanas.

Eva se cruzó de brazos.

—El campamento tiene visitas de fin de semana establecidas. No interfiere con tu derecho a visitas porque tus fines de semana son el primero y tercero del mes. El campamento empieza el 4 de agosto. Podrás ir a verla.

—Aun así. —David se inclinó hacia delante—. Me parece mucho tiempo para que esté allí sola. Y además, ¿un campamento? ¿En el bosque? ¿Carol? Nuestra hija, que tiene alergia al polen y que nunca ha dormido fuera de casa más de dos noches seguidas.

—La alergia es leve y está medicada —respondió Eva intentando mantener la paciencia—. Y ha dormido en casa de Jenny docenas de veces. Estará bien.

—¿Estará bien o tú quieres que esté bien?

Eva sintió cómo se le tensaba la mandíbula.

—¿Qué se supone que significa eso?

David se recostó en la silla, estudiándola con esa expresión que Eva recordaba. La que usaba en el juzgado cuando pensaba que había encontrado un punto débil en el argumento del oponente.

—Significa que quizás estás tomando esta decisión por ti, no por Carol. Quizás necesitas un mes sin responsabilidades. Tiempo

para ti misma.

Las palabras cayeron como piedras en el despacho. Eva sintió la rabia burbujeando en su pecho.

—¿Perdona?

—No te juzgo, Eva —David levantó las manos—. Eres una madre soltera. Es duro. Lo entiendo. Si necesitas un descanso…

—Para —dijo Eva con voz peligrosamente baja—. Para ahora mismo.

Pero David continuó, como si no la hubiera escuchado.

—Y esas flores… —Señaló hacia el ramo—. ¿Hay alguien nuevo en tu vida? Porque si es así, Carol debería saberlo. Tiene derecho a conocer a las personas que su madre está…

—David —Eva se levantó bruscamente, con las manos apoyadas sobre el escritorio—. No sé qué demonios estás haciendo aquí, pero no es para hablar de Carol. Así que dime qué quieres realmente o sal de mi despacho.

David parpadeó, claramente sorprendido por la reacción. También se puso de pie, alisándose la chaqueta.

—Está bien. Vale. La verdad es que… he estado pensando. Sobre nosotros.

Eva sintió como si le hubieran echado agua helada encima y se lo quedó mirando con cara de escepticismo.

—No hay ningún "nosotros", David. Hace tres años que no lo hay.

—Lo sé. Pero… las cosas han cambiado. —Se pasó una mano por el pelo, un gesto de nerviosismo que Eva no le había visto nunca —. Con Melissa… no está funcionando.

Ahí estaba. La verdad. Eva lo vio todo con cristalina claridad: David y su amante, la mujer por la que había destruido su matrimonio, estaban teniendo problemas.

—Y has pensado en volver —dijo Eva con voz plana—. Has pensado que quizás yo estaría esperándote. Que podrías volver a casa y todo sería como antes.

—No como antes. —David se acercó al escritorio—. Mucho mejor. He cambiado, Eva. He madurado. Sé que cometí errores…

—¿Errores? —le cortó Eva con una risa sarcástica—. ¿Así llamas ahora a tirarte a tu compañera durante seis meses mientras me decías que trabajabas hasta tarde?

David tuvo al menos la decencia de parecer avergonzado.

—Lo siento. De verdad lo siento. La gente los comete, pero también puede cambiar.

—Puede —acordó Eva—. Pero tú no. Yo sí he cambiado. He seguido adelante. Y no hay ninguna posibilidad, ni la más remota, de que vuelva contigo.

Algo se endureció en la expresión de David.

—¿Es por él? —señaló las flores—. ¿Por quién sea que te envió esas flores?

—Esto no tiene nada que ver con nadie más. —Eva rodeó el escritorio y caminó hacia la puerta—. Tiene que ver con que me mentiste, me traicionaste y casi destruiste mi capacidad de confiar en alguien. Tiene que ver con que me costó dos años reconstruirme después de tu traición.

—Eva…

—No —lo interrumpió, abriendo la puerta—. Has tenido tu oportunidad de hablar. Ahora te toca a ti escuchar. No voy a volver contigo. Nunca. Y si vuelves a presentarte en mi bufete sin avisar, en especial para intentar manipularme cuestionando mis decisiones como madre, te juro que…

—¿Qué? —David se acercó, y había algo oscuro en su expresión ahora—. ¿Vas a demandarme? Soy abogado, Eva. Tan bueno como tú.

—Eso es lo que crees, pero te engañas. —Le corrigió ella con frialdad—. Soy mejor que tú. Por eso mi bufete está creciendo mientras que el tuyo pierde clientes. Ahora sal de mi despacho.

David la miró durante un largo momento. Eva pudo ver que él sabía que había perdido, y que nada de lo que dijera la haría cambiar su opinión.

—Esto es un error —dijo finalmente—. Tarde o temprano te darás cuenta.

—La única persona que ha cometido errores aquí eres tú —Eva sostuvo la puerta abierta—. Y ya he perdido suficiente tiempo con esto. Adiós, David.

Él salió sin decir nada, pasando junto a Soraya, que había aparecido en el pasillo con expresión de estar lista para intervenir si era necesario.

Eva cerró la puerta y se apoyó contra ella, con las piernas temblando. Respiró hondo, una, dos, tres veces, intentando calmar el martilleo de su corazón.

Escuchó un golpe suave en la puerta.

—¿Eva? —la voz de Soraya sonó preocupada—. ¿Estás bien?

Eva abrió la puerta y Soraya entró inmediatamente, cerrándola tras ella.

—¿Qué ha pasado? Te he oído alzar la voz.

—Ha venido a pedirme que vuelva con él. —Eva se rio sin humor—. Melissa y él están teniendo problemas y se ha imaginado que yo estaría esperándole con los brazos abiertos.

—Ese gilipollas. —Soraya prácticamente escupió la palabra—. El mismo que te destrozó ahora quiere volver. Qué conveniente.

Eva caminó hacia su escritorio y se dejó caer en la silla. De repente se sentía exhausta.

—Ha visto las flores. Ha preguntado si hay alguien nuevo en mi vida.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no es asunto suyo. —Eva tocó uno de los pétalos de las peonías—. Pero Soraya… por un segundo, cuando lo he visto ahí, parado con esa sonrisa y diciendo esas cosas… he vuelto a sentirme como hace tres años. Pequeña. Insegura. Como si no fuera suficiente.

Soraya se acercó y puso una mano sobre el hombro de Eva.

—Esa Eva murió hace tres años. Tú eres mucho más fuerte ahora, y tienes a alguien que te envía flores porque sabe cuáles son tus favoritas. Alguien que te mira como si fueras lo más importante del mundo.

Eva sintió lágrimas en sus ojos.

—No sé si estoy lista para esto. Para Alex. Para… sentir de nuevo.

—Ese hombre vale la pena. Y tú te mereces ser feliz —dijo Soraya con suavidad.

Eva asintió, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Miró las flores, luego su móvil. Tenía un mensaje nuevo de Alex que había llegado mientras hablaba con David.

—Todo bien? Tengo un raro presentimiento.

Eva sonrió a pesar de todo. Alex tenía un presentimiento. Sabía, de alguna forma, que algo estaba mal.

Escribió con dedos temblorosos:

—Ha sido una mañana complicada. Pero las flores me han salvado. Gracias por ellas. Gracias por… todo.

La respuesta llegó inmediatamente.

—Qué ha pasado? Estás bien?

—Estoy bien. Te lo cuento esta tarde. Vas a estar en el entrenamiento?

—Sí. A las 3. Vas a venir?

—Sí. Necesito verte.

—Yo también necesito verte. Sea lo que sea que haya pasado, lo arreglamos juntos. Vale?

Eva sintió una sensación extraña. "Juntos". Como si ya fueran un equipo. Como si lo que le pasaba a ella le importara a él también.

—Vale.

Dejó el móvil y miró a Soraya, que la observaba con una sonrisa.

—¿Ves? —dijo su secretaria—. Ese es un hombre que merece la pena. Ahora deja de dudar y ve a por él.

Eva asintió, y notó que la determinación reemplazaba al miedo.

David había intentado hacerla sentir pequeña de nuevo, cuestionado sus decisiones, su valía como madre, su derecho a seguir adelante.

Pero no iba a funcionar. Porque Eva ya no era la mujer que había sido hace tres años. Era más fuerte. Más segura.

Y estaba preparada para arriesgarse de nuevo.

A las doce del mediodía, Eva decidió salir a tomar café. Necesitaba aire, necesitaba moverse, hacer algo más que mirar el ordenador sin procesar una sola palabra.

Estaba en la cola de su cafetería favorita cuando sintió una presencia detrás de ella. Un aroma familiar que hizo que se le acelerara el pulso antes incluso de girarse.

—Vaya —dijo la voz de Alex, baja y cálida junto a su oído—. Qué coincidencia.

Eva se giró y ahí estaba, a apenas unos centímetros de distancia. Llevaba unos vaqueros y una camiseta oscura con manchas de pintura, y había algo en sus ojos que hizo que a Eva se le secara la boca.

—Alex —logró decir, mostrando una enorme sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Mi estudio está cerca, ya lo sabes —respondió él, sin apartarse, devolviéndosela—. Pero la verdad es que esperaba encontrarte.

—¿Esperabas encontrarme?

—Carol le dijo a Nat que siempre vienes aquí a las doce —Alex alzó los hombros—. Nuestras hijas son terribles guardando secretos.

—O muy buenas conspirando.

—Eso también.

La cola avanzó y Eva se giró para pedir su café, muy consciente de que Alex seguía justo detrás de ella, tanto como para que pudiera sentir su calor.

Pidió lo de ambos y se movieron hacia un lado para esperar. El espacio era pequeño y estaba lleno de gente durante la pausa del almuerzo. Terminaron apretados contra una pared, con apenas espacio entre ellos.

—Entonces —dijo Alex, apoyándose contra la pared y mirándola con esos ojos verdes que la alteraban—. ¿Sigues nerviosa?

—Mucho —admitió Eva—. ¿Tú?

—También —Alex bajó la voz—. Porque sé exactamente lo que va a pasar.

Eva sintió un escalofrío.

—¿Sí?

—Sí. —Alex se inclinó un poco más cerca, lo suficiente como para que nadie más pudiera escucharlos—. Voy a recogerte a las cinco. Vamos a ir al MoMA. Vamos a caminar por la exposición y voy a fingir que estoy prestando atención al arte cuando en realidad solo voy a poder mirarte a ti.

Eva sintió cómo se le aceleraba la respiración.

—¿Y luego?

—Luego vamos a cenar en ese restaurante italiano. Vamos a hablar, a reírnos, a conocernos sin prisa. Y en algún momento durante la cena, probablemente cuando me mires de esa forma que tienes…

—¿Qué forma?

—Esa forma que dice que sabes exactamente lo que estoy pensando y que estás pensando lo mismo. —Alex sostuvo su mirada —. En ese momento voy a darme cuenta de que no quiero que la noche termine.

—¿Y entonces?

—Entonces voy a llevarte a casa. Voy a acompañarte hasta tu puerta como un caballero. Y te preguntaré si te puedo besar.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración, y aunque sabía que no haría falta que le formulara la pregunta, tenía ganas de coquetear.

—¿Y si digo que sí? —soltó, con su voz más pícara.

—Si dices que sí, lo haré tal como me lo imagino desde que te conozco. —La voz de Alex se volvió más ronca—. De una forma lenta y profunda, hasta que ambos olvidemos dónde terminamos y dónde empieza el otro.

Eva tuvo que apoyarse contra la pared, con las piernas temblorosas. Sintió un pálpito en su sexo que la tomó por sorpresa.

—Alex…

—Y luego —continuó él, sin apartar los ojos de los suyos—, me apartaré, te daré las buenas noches y me iré.

—¿Vas a irte? —preguntó desconcertada, sin poder ocultar la decepción en su voz.

—Sí —confirmó Alex—. Cuando hagamos lo que ambos sabemos que vamos a hacer, no será de forma precipitada, sino cuando los dos estemos seguros. Cuando no haya prisa y sepamos que podemos tomarnos todo el tiempo del mundo.

Eva lo miró, procesando sus palabras.

—Hablas como si ya lo hubieras planeado todo, Alex —dijo ella —. Pero te recuerdo que voy a estar sola y no tengo ninguna duda.

Alex sonrió.

—He tenido mucho tiempo para pensar y sé lo que quiero. Te quiero a ti, Eva. Pero quiero hacerlo bien. Necesito que sepas que esto no es solo deseo, aunque no puedo negar que siento mucho.

—¿Cuánto? —Eva se sorprendió a sí misma preguntando.

Los ojos de Alex se oscurecieron.

—¿Cuánto deseo?

—Sí.

Alex se acercó aún más, hasta que sus labios estaban a centímetros de su oído.

—Suficiente como para que haya pasado las últimas noches despierto imaginando cómo sería tocarte. Besarte. Escuchar los sonidos que harás. Ver tu cara cuando…

—¡Dos cafés grandes! —gritó el camarero.

Eva dio un respingo y volvió bruscamente a la realidad. Alex se apartó con una sonrisa de satisfacción, cogió los dos cafés y le pasó uno a Eva.

—Creo que este es el tuyo.

Eva lo aceptó con manos temblorosas, incapaz de formar palabras coherentes. Alex la miró con esos ojos que prometían cosas que hacían que le temblaran las rodillas.

—Nos vemos mañana, Eva —le dijo en voz baja—. Y entonces decidiremos qué hacer.

Se alejó antes de que ella pudiera responder, dejándola apoyada contra la pared de la cafetería con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que todo el local podía oírlo.

Ya hacía un rato que Eva había regresado al despacho y se mantenía en un estado de excitación que le recordaba a su época de

adolescencia, cuando sus hormonas estaban demasiado alteradas.

A las dos y media de la tarde, cuando estaba terminando de revisar unos documentos, su móvil sonó. Era Alex.

Descolgó inmediatamente, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso solo con ver su nombre en la pantalla.

—¿Alex?

—Eva, hola. —Su voz sonaba tensa, preocupada—. Siento llamarte en mitad del día, pero tengo un pequeño problema.

—¿Qué ha pasado? —Eva se incorporó en su silla, alerta.

—Natalie se ha torcido un tobillo en el entrenamiento. No es nada grave, pero necesita hielo y reposo, y yo… —Hizo una pausa—. Tengo una reunión con una galería en veinte minutos. Llevo intentando conseguirla desde hace meses. No puedo aplazarla.

—¿Dónde está Natalie ahora?

—En el gimnasio del colegio. Con Carol y Jenny. Pero no puedo dejarla ahí y la reunión es en el centro. Tardaré al menos una hora ir y volver.

—Voy a por ella —interrumpió Eva, ya levantándose y cogiendo su bolso—. Me la llevo a mi casa con Carol. Puedes recogerla cuando termines.

—Eva, no tienes que…

—Lo sé —dijo ella con suavidad—, pero quiero hacerlo. Además, Carol estará encantada de tener a Natalie en casa. Ve a tu reunión.

Escuchó cómo Alex soltaba un suspiro de alivio.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco. La reunión debería durar un par de horas como mucho. ¿Te parece bien si paso sobre las cinco?

—Perfecto. Y Alex…

—¿Sí?

—Buena suerte con la galería.

—Gracias. —Su voz se suavizó—. Nos vemos en un rato.

Eva colgó y se giró hacia Soraya, que había aparecido en la puerta de su despacho con expresión curiosa.

—¿Todo bien?

—Tengo que salir. La hija de Alex se ha hecho daño y necesita ayuda. —Eva cogió su maletín—. Cancela lo que tenga esta tarde. Voy a trabajar desde casa.

Soraya sonrió con esa expresión de "ya lo sabía" que Eva conocía demasiado bien.

—Ve. Y Eva…

—¿Qué?

—Ese hombre te llama cuando tiene un problema. Confía en ti. Eso es importante.

Eva asintió, sintiendo algo cálido expandiéndose en su pecho, y salió hacia el colegio.

Cuando llegó al gimnasio quince minutos después, encontró a Natalie sentada en un banco, con el tobillo elevado sobre una mochila y una bolsa de hielo improvisada envuelta en una toalla. Carol estaba a su lado, sosteniéndole la mano, y Jenny revoloteaba alrededor con expresión preocupada.

—¡Mamá! —Carol se levantó de un salto cuando vio a su madre —. Gracias por venir.

—Por supuesto, cariño. —Eva se acercó a Natalie, agachándose para examinarle el tobillo—. Hola, Nat. ¿Cómo te encuentras?

Natalie le dedicó una sonrisa que le recordó tanto a Alex que a Eva se le encogió el corazón.

—Me duele un poco, pero no es tan malo. Creo que me he pasado de dramática.

—Nada de eso. —Eva inspeccionó el tobillo con cuidado. Estaba un poco hinchado, pero no parecía nada grave—. Has hecho bien en

poner hielo. ¿Puedes moverlo?

Natalie movió el pie en círculos lentos, haciendo una mueca.

—Sí, pero me duele un poco.

—Bien. Eso significa que no está roto, solo torcido. —Eva se levantó—. Vamos a llevarte a mi casa. Más hielo, reposo y quizás una película. ¿Qué te parece?

Los ojos de Natalie se iluminaron.

—¿En serio?

—En serio. Tu padre pasará a recogerte cuando termine su reunión. —Eva miró a Carol y Jenny—. ¿Nos vamos todas?

—¡Sí! —respondieron las tres al unísono.

Entre las tres ayudaron a Natalie a llegar hasta el coche de Eva. La niña cojeaba, pero podía apoyar el pie, lo cual era buena señal. Eva las instaló en el Mercedes y condujo hacia Tribeca con las tres niñas charlando animadamente en el asiento trasero, como si tener un tobillo torcido fuera la mejor aventura del mundo.

Cuando llegaron al loft, Eva instaló a Natalie en el sofá con cojines bajo el tobillo, una nueva bolsa de hielo y el mando de la tele.

—¿Necesitas algo más? ¿Agua? ¿Algo de comer?

—Estoy bien, gracias. —Natalie sonrió—. Siento ser una molestia.

—No eres ninguna molestia. —Eva le apartó el pelo de la cara con un gesto maternal que le salió natural—. Y si necesitas algo, me lo dices. ¿Vale?

—Vale.

Carol y Jenny se acomodaron a cada lado de Natalie, y pronto las tres estaban enfrascadas en elegir una película. Eva las dejó discutiendo y se fue a la cocina para preparar algo de picar.

Estaba cortando fruta cuando escuchó susurros y risitas desde el salón. Se asomó y vio a las tres niñas con las cabezas juntas,

conspirando sobre algo.

—¿Todo bien ahí?

—¡Sí! —dijeron a coro, demasiado rápido, demasiado inocentes.

Eva entrecerró los ojos, pero decidió no preguntar. Fuera lo que fuera que estuvieran tramando, probablemente lo descubriría pronto.

A las cinco en punto, sonó el timbre. Eva abrió la puerta y ahí estaba Alex, todavía con la ropa de la reunión: pantalones oscuros y una camisa azul claro con las mangas enrolladas hasta los codos. Parecía ligeramente despeinado y preocupado.

—¿Cómo está? —preguntó antes incluso de saludar.

—Está bien. Solo necesita reposo. —Eva se hizo a un lado para dejarlo pasar—. Pasa.

Alex entró y fue directo al salón, donde Natalie seguía en el sofá. Pero cuando llegó, solo encontró a Jenny.

—¿Dónde está Nat?

Jenny señaló hacia el pasillo con expresión de falsa inocencia.

—Ha ido al baño. Carol la está ayudando.

—¿Y su tobillo?

—Mucho mejor. Casi ni cojea ya.

Alex frunció el ceño, pero asintió. Se giró hacia Eva, que había cerrado la puerta y se acercaba.

—Gracias por esto. De verdad. No sé qué habría hecho sin ti.

—No ha sido nada. —Eva sonrió—. Las niñas se han portado muy bien. Y Natalie es un encanto.

Se quedaron de pie en medio del salón, mirándose, con Jenny observándolos con interés mal disimulado.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó Eva.

—Bien. Muy bien, en realidad. —Alex se pasó una mano por el pelo—. Quieren tres piezas para una exposición colectiva en septiembre. Es una gran oportunidad.

—Alex, eso es genial. —Eva sintió orgullo por él—. Estoy muy contenta por ti.

—Gracias. —Alex la miró de una forma que hizo que a Eva se le acelerara el pulso—. Aunque ahora mismo no quiero pensar en septiembre. Solo me interesa mañana.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración. Estaban en medio del salón, con Jenny a tres metros de distancia, pero la forma en que Alex la miraba hacía que todo lo demás desapareciera.

—¿Papá? —la voz de Natalie llegó desde el pasillo—. ¿Ya estás aquí?

El momento se rompió. Alex se giró hacia su hija, que venía cojeando ligeramente y con Carol sosteniéndola del brazo.

—Ahí estás. ¿Cómo te sientes, cariño?

—Mucho mejor. Eva me ha cuidado muy bien. —Natalie le sonrió a Eva con cariño.

—Me alegro. —Alex inspeccionó su tobillo—. Pero aun así, mañana iremos a un médico. Por si acaso.

—Papá, mañana ya estaré bien.

—Ya veremos. —dijo Alex, con firmeza pero con cariño.

Carol y Jenny intercambiaron una significativa mirada. Luego Carol preguntó:

—Oye, mamá, ¿Jenny y yo podemos ir al parque un rato? Está justo abajo y…

—Queremos dejar a Nat y a su padre un rato tranquilos —completó Jenny con la misma sutileza que utilizaba Janet, su madre.

Eva abrió la boca para decir que no, que las niñas debían quedarse, pero Carol ya estaba agarrando a Jenny del brazo.

—Solo media hora, mamá. Te prometo que volvemos antes de las seis.

—Carol…

—Por favor. —Su hija le lanzó una significativa mirada, de esas que decían "confía en mí, esto es importante".

Eva miró a Alex, que parecía tan confundido como ella.

—Media hora —dijo finalmente—. Ni un minuto más. Y llevad los móviles.

—¡Prometido! —Carol besó su mejilla y prácticamente empujó a Jenny hacia la puerta—. Nat, nosotras nos vamos. ¿Estarás bien?

—Claro. —Natalie sonrió, sentándose de nuevo en el sofá—. Id, divertíos.

Las dos niñas salieron como una exhalación y cerraron la puerta tras ellas. Y entonces Natalie bostezó exageradamente.

—Sabes qué, creo que todo este drama me ha cansado más de lo que pensaba. ¿Puedo tumbarme un rato en la habitación de Carol, Eva? El sofá es cómodo, pero una cama sería mejor.

Eva la miró con suspicacia. Natalie había estado bien hasta hacía dos minutos. No tuvieron ninguna duda de que era una excusa para dejarlos solos.

—Claro, cariño. Es la primera puerta a la derecha.

—Gracias. —Natalie se levantó, cojeando de forma que a Eva le pareció demasiado exagerada, y desapareció por el pasillo.

Y entonces se hizo el silencio.

Eva y Alex se quedaron solos en el salón, mirándose, procesando lo que acababa de pasar.

—Nos han tendido una trampa —dijo Alex finalmente.

—Totalmente —acordó Eva—. Y no han sido nada sutiles.

—Para nada.

Se miraron durante un segundo más y luego ambos se echaron a reír al mismo tiempo. Era ridículo. Era obvio. Y también era…

tierno.

—Nuestras hijas son unas conspiradoras terribles —dijo Eva cuando paró de reír.

—Las peores. —Alex sonrió—. Pero tengo que admitir que aprecio el esfuerzo.

Se quedaron de pie, uno frente al otro, y algo en la atmósfera cambió. La risa se desvaneció, reemplazada por algo muy intenso.

Alex dio un paso hacia ella.

—Eva… esta mañana, me has dicho que había sido una mañana complicada. ¿Qué ha pasado?

Y ahí estaba. La pregunta que Eva había estado esperando. La oportunidad de contarle sobre David, sobre el encuentro, sobre cómo se había sentido.

Podía desviarlo. Podía decir que no era nada importante.

O podía ser honesta.

—Mi exmarido se ha presentado en el bufete —dijo, sentándose en el sofá.

Alex lo hizo a su lado, dejando un espacio entre ellos, pero lo suficientemente cerca como para que Eva pudiera sentir su calor.

—¿David?

—Sí. —Eva se sorprendió de que recordara el nombre—. Ha aparecido sin avisar. Quería hablar sobre Carol y el campamento, pero ese no era el verdadero motivo.

—¿Cuál era?

Eva tomó aire, preparándose.

—Se ha atrevido a sugerir que quiere volver conmigo. —Eva soltó las palabras con rabia—. Su romance actual se hunde, así que asume que yo sigo aquí, en la reserva, esperándole.

La mandíbula de Alex se puso rígida. No dijo nada. Mantuvo un silencio expectante que animó a Eva a seguir.

—Ha visto tus flores, las peonías. Ha husmeado sobre mi vida privada y luego ha tenido la osadía de criticar mis decisiones como madre. Ha dejado caer que lo de enviarla al campamento era un acto egoísta.

Eva sintió cómo se le cerraba la garganta al recordarlo. Alex se acercó un poco más, y cuando habló, su voz era suave pero firme.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se fuera al infierno. —Eva soltó una risa sin humor—. Bueno, no exactamente eso. Pero, básicamente, que no había ninguna posibilidad de que volviera con él. Que me había costado dos años reconstruirme después de lo que me hizo.

—Bien —dijo Alex—. Porque ese hombre no te merece.

Eva lo miró, sintiendo lágrimas en sus ojos.

—Lo sé. En mi cabeza lo sé. Pero cuando lo he visto ahí parado, diciendo todas esas cosas, intentando hacerme dudar de mí misma… por un momento he vuelto a sentirme como hace tres años. Pequeña. Insegura. Como si no fuera suficiente.

Alex extendió la mano y tomó la de Eva entre las suyas. El contacto fue cálido y firme, reconfortante.

—Mírame bien, Eva —dijo, sosteniéndole la mirada con firmeza —. Ese hombre te hizo daño. Quebrantó tu confianza y te dejó cicatrices. Lo que sientes no es una exageración, sino la consecuencia de lo que te hizo.

Acarició el dorso de su mano con el pulgar.

—Pero esas cicatrices no te definen. Lo que te define es cómo te supiste levantar. Cómo construiste tu propia vida, tu propio bufete. Cómo has criado a Carol sola y has hecho un trabajo increíble. Eres muy fuerte, Eva. Eres valiente.

Eva sintió una lágrima rodando por su mejilla.

—¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué?

—Decir exactamente lo que necesito escuchar. —Eva se limpió la lágrima con la mano libre—. David siempre… siempre hacía que mis sentimientos parecieran exagerados. Como si yo fuera demasiado sensible. Demasiado dramática.

—Tus sentimientos no son dramáticos —dijo Alex con voz firme —. Son válidos. Y cualquier hombre que te haga sentir lo contrario es un idiota.

Eva se rio entre lágrimas.

—Eres muy diferente a él.

—Bien. —Alex apretó su mano—. Porque no quiero parecerme en nada a ese hombre.

Se quedaron en silencio durante un momento, con las manos entrelazadas. Eva procesaba todo lo que Alex había dicho. La había escuchado sin juzgar y había validado su dolor sin intentar arreglarlo o minimizarlo.

David nunca había hecho eso. Jamás.

—Alex —dijo finalmente—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—Cuando murió Natalie… tu esposa… ¿Cómo lo superaste? ¿Cómo seguiste adelante?

Alex tomó aire profundamente, mirando sus manos entrelazadas.

—No lo superé —dijo con cruda honestidad—. No del todo. Me sigue doliendo. Hay días que son más difíciles que otros. Pero no me quedó más remedio que aprender que el dolor no tiene que impedirte vivir.

Levantó la vista hacia ella.

—Durante mucho tiempo pensé que volver a sentir algo por alguien sería una traición a su memoria. Que si me permitía ser feliz de nuevo, estaría olvidándola. Pero luego me di cuenta de algo.

—¿Qué?

—Que ella querría que fuera feliz. Que viviera y no me pasara el resto de mi vida solo porque ella ya no está. —Alex le sostuvo la mirada—. Y tú me haces sentir vivo de nuevo, Eva. De formas que no creía posibles.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración.

—Alex…

—No tienes que decir nada. —La interrumpió con suavidad—. Solo necesito que sepas que lo que siento por ti es muy real. Y que no voy a huir cuando las cosas se pongan difíciles. No voy a hacerte sentir pequeña o insegura. Y no voy a traicionarte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sé lo que es perder a alguien que amas —dijo con voz firme—. Y sé que si tengo la suerte de tener otra oportunidad de ser feliz, de estar con alguien increíble, no voy a desperdiciarla.

Eva soltó una risa que era mitad sollozo.

Se sostuvieron la mirada durante un largo rato. Eva sintió que el nudo que le oprimía el pecho se deshacía, liberando la tensión que arrastraba desde la inoportuna visita de David a su despacho.

—Mañana ya es viernes —dijo con voz suave.

—Un día más —asintió Alex—. Y luego… todo será nuestro.

—Tengo miedo —admitió Eva—. Miedo de lo que significa esto… de lo que podría pasar.

—Yo también. —Alex le apretó la mano—. Pero vamos a averiguarlo juntos. ¿Vale?

Eva asintió, y notó que las lágrimas rodaban de nuevo por sus mejillas. Pero no eran lágrimas de dolor, sino de alivio, de esperanza.

—Vale.

Alex levantó su mano libre y, con infinito cuidado, se las limpió con el pulgar. El gesto fue tan tierno que Eva sintió una inusual felicidad.

—Eva Watts —susurró él—. Eres maravillosa. Y pienso invertir todo mi tiempo en recordarte lo increíble que me pareces.

—Alex Kraft —respondió ella, con la voz quebrada por la emoción—. Eres un riesgo para mi corazón.

—Perfecto —dijo, regalándole una sonrisa—. Porque tú también lo eres para el mío.

Se quedaron así, sentados en el sofá, con las manos entrelazadas y las miradas conectadas. Y Eva supo, con una certeza absoluta, que esto era diferente.

Que Alex era muy diferente a David, y ella era otra Eva.

Y que el viernes, cuando consiguieran estar solos, cuando finalmente pudieran ser solo Eva y Alex, sin niñas conspirando o exmaridos interfiriendo, todo iba a cambiar.

Para mejor.

Veinte minutos después, Carol y Jenny volvieron "casualmente" al loft. Natalie salió "casualmente" de la habitación justo en ese momento, milagrosamente recuperada de su cansancio.

Las tres niñas miraron a Eva y Alex con una expresión de esperanza y expectación.

—¿Todo bien? —preguntó Carol con falsa inocencia.

Eva miró a su hija, luego a Alex, quien le dedicó una cómplice sonrisa.

—Todo perfecto —dijo Eva—. Absolutamente perfecto.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Carol fue como el sol saliendo. Natalie y Jenny chocaron las manos discretamente.

Alex se levantó y se acercó a Natalie.

—Deberíamos irnos. Mañana tienes que ver al médico, jovencita.

—Papá, estoy bien. Muchísimo mejor.

—Mañana —repitió con firmeza.

Natalie puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. Se acercó a Eva y, para sorpresa de esta, la abrazó.

—Gracias por cuidarme hoy.

Eva le devolvió el abrazo, sintiendo calidez en el pecho.

—Siempre que quieras, cariño.

Antes de acercarse a Eva, Alex esperó a que Natalie se despidiera de Carol y Jenny. Estaban de pie en el umbral, con las niñas lo suficientemente cerca como para que no pudieran decir nada demasiado personal, pero lo suficientemente lejos como para tener un mínimo de privacidad.

—Gracias —dijo Alex con voz baja—. Por todo. Por cuidar de Nat. Por… por ayudarme. Y por confiar en mí.

—Gracias a ti —respondió Eva—. Por decirme lo que necesitaba escuchar. Por ser tú.

Alex le sonrió, con esa sonrisa que la alteraba.

—Mañana ya es viernes —dijo.

—Un día más —asintió Eva.

—Y luego…

—Y luego…

Se miraron durante algunos segundos, y sus miradas estaban cargadas de promesas.

Alex se alejó con Natalie y Jenny, y desaparecieron en el ascensor.

Eva cerró la puerta y se apoyó contra ella, con el corazón latiéndole demasiado rápido.

Carol apareció a su lado, mirándola con expresión sabia.

—Te gusta de verdad, ¿no, mamá?

Eva miró a su hija y decidió ser honesta.

—Sí. Me gusta de verdad.

—Bien. —Carol sonrió—. Porque él también está loco por ti. Se le nota en la forma en que te mira.

—¿Sí?

—Sí. Como si fueras lo mejor que le ha pasado nunca. —Carol la abrazó—. Y eso es bueno, mamá. Porque tú mereces a alguien que te mire así.

Eva le devolvió el abrazo, y sintió lágrimas en sus ojos, de nuevo.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, mamá. Y estoy muy contenta por ti.

Mientras Carol estaba en su habitación viendo una película, Eva se quedó en el sofá con una copa de vino, mirando su móvil.

Tenía un mensaje de Alex.

—Gracias por hoy. Por escucharme. Por dejarme estar ahí para ti. Significa más de lo que puedes imaginar.

Eva sonrió y escribió:

—Gracias a ti por recordarme que no todos los hombres son como David. Que hay hombres buenos ahí fuera. Hombres que valen la pena.

—Valgo la pena?

—Más de lo que crees.

—Bien. Porque mañana, el sábado, y todos los días que vendrán después, te demostraré cuánto vales tú también.

Eva sintió cómo se le derretía el corazón.

—Un día más.

—Solo 24 horas, y luego te tendré solo para mí.

—Y qué vas a hacer conmigo cuando me tengas solo para ti?

La respuesta tardó un poco en llegar, como si Alex estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Todo lo que he estado soñando hacer desde que te vi por primera vez. Primero en el gimnasio, y en especial en casa de Janet.

Eva sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Eso parece peligroso.

—Lo es. Pero creo que ambos estamos listos para un poco de peligro.

—Creo que tienes razón.

—Duerme bien, Eva. Solo un día más de espera.

—Un día más para estar seguros de que estamos haciendo lo correcto.

—Ya estoy seguro. Tú no?

Eva miró el mensaje durante un largo momento. Pensó en David y en cómo la había hecho sentir. Pensó en los últimos tres años de soledad autoimpuesta. Pensó en el miedo.

Y luego pensó en Alex. En cómo la miraba. En cómo la escuchaba. En que la hacía sentir valorada y especial.

Escribió su respuesta con dedos temblorosos, pero seguros.

—Sí. Estoy muy segura.

—Bien. Porque mañana va a ser el día más largo de mi vida.

Esa noche, cuando Carol apareció en la puerta después de cenar, Eva estaba en su habitación mirando las tres opciones de vestidos extendidas sobre la cama.

—¿Sigues sin decidirte?

Eva se giró hacia su hija con expresión de pánico.

—No sé cuál elegir. Este es demasiado formal, este demasiado casual, y este…

—Es perfecto. —Carol se acercó y cogió el vestido del medio. Era de un azul oscuro que hacía juego con sus ojos, con un corte

simple pero elegante que caía justo por encima de las rodillas—. Este. Definitivamente, este.

—¿Estás segura?

—Mamá, Alex va a pensar que estás preciosa con cualquiera de los tres. —Carol le pasó el vestido—. Pero con este… con este se va a olvidar de su propio nombre.

Eva se rio a pesar de sus nervios. Carol se sentó en la cama.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—¿Eres feliz?

Eva dejó el vestido y se sentó junto a su hija.

—Sí. Muy feliz. Y estoy aterrada y emocionada. Y un poco enferma de los nervios.

—Porque te importa de verdad —dijo Carol sonriendo.

—Me importa muchísimo, cielo —admitió Eva—. Y eso me asusta.

—Lo sé. Pero Alex también está asustado. Nat me ha dicho que su padre ha estado insoportable toda la semana porque está muy nervioso por la cita.

—¿En serio?

—En serio. Así que ambos estáis igual de aterrados. Lo que significa que ambos os importáis igual. —Carol la abrazó—. Va a salir bien, mamá. Estoy segura.

Eva le devolvió el abrazo, y estuvo a punto de llorar.

—Gracias, cariño.

—De nada. Ahora dúchate y vete a dormir. Mañana necesitas estar descansada.

Carol se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes de salir se giró.

—Por cierto, Alex le dijo a Nat que va a recogerte a las cinco. Así que tienes todo el día para ponerte nerviosa.

—Genial. —Eva se rio—. Justo lo que necesitaba oír.

Cuando Carol se fue, Eva se duchó y se metió en la cama. Pero el sueño no llegaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Alex. Escuchaba su voz en la cafetería: "Voy a besarte de la forma en que llevo semanas queriendo hacerlo".

Su móvil vibró. Por supuesto que era Alex.

—Dormida?

Eva sonrió y respondió rápidamente.

—No. Tú?

—Ni de broma. Estoy en el estudio intentando pintar y fracasando miserablemente.

—Qué intentas pintar?

—A ti. Otra vez. Pero no consigo capturar esa mirada que tienes. La que has puesto hoy en la cafetería cuando te he dicho lo que voy a hacerte mañana.

Eva sintió calor recorriéndole el cuerpo. Se removió entre las sábanas, sintiendo cómo su piel se volvía más sensible.

—Qué mirada?

—Esa que dice "sí, quiero eso". Esa que hace que me olvide de ser paciente.

Eva se mordió el labio. Sus dedos se deslizaron casi sin darse cuenta hacia el borde de su camisón.

—Quizás no quiero que seas paciente.

Hubo una pausa antes de la respuesta de Alex.

—Eva…

—Dime.

—Si sigues hablando así, voy a presentarme en tu puerta ahora mismo.

Eva sintió un pulso de deseo entre sus piernas. Su mano, como si tuviera voluntad propia, se deslizó más abajo, rozando su vientre por encima de la tela.

—Y eso sería malo?

—Sería perfecto. Y terrible. Porque ambos sabemos que si me presento ahí ahora, no voy a ser capaz de irme.

—Entonces quizás es bueno que sean las once de la noche y que tengamos que esperar hasta mañana.

Eva dejó el móvil un momento sobre su pecho, respirando hondo. Su corazón latía demasiado rápido. Podía sentir el calor acumulándose en su bajo vientre, una necesidad que crecía con cada mensaje.

Volvió a coger el móvil.

—Alex, necesito que sepas algo.

—Qué?

—Que mañana, cuando me beses… no va a ser suficiente.

—Lo sé.

—Sí?

—Nada va a ser suficiente. Pero va a ser un comienzo. Y tenemos todo el tiempo del mundo para el resto.

Eva sintió algo derritiéndose dentro de ella. Su mano, casi inconscientemente, se deslizó más abajo, rozando la parte interior de su muslo.

—Cómo haces eso?

—Hacer qué?

—Decir exactamente lo correcto. Siempre.

—Porque presto atención. Porque me importas. Porque cada palabra que te digo es la verdad.

Eva tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Pero no solo eran lágrimas de emoción. Eran de necesidad y deseo.

—Deberíamos intentar dormir.

—Sí. Aunque no creo que pueda.

—Yo tampoco. Pero al menos podemos intentarlo.

—Eva.

—Sí?

—Mañana va a ser perfecto. Te lo prometo.

Eva respiró hondo, sintiendo cómo su cuerpo entero respondía a esas palabras.

—Lo sé. Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, Eva. Sueña conmigo.

—Siempre lo hago.

Eva dejó el móvil en la mesilla con manos temblorosas. Se quedó mirando al techo, y sintió cómo su respiración se aceleraba y su piel ardía bajo las sábanas.

«Sueña conmigo», había dicho.

Pero Eva no quería soñar. No cuando su cuerpo le pedía algo diferente.

Su mano, que había estado descansando sobre su vientre, se movió casi sin permiso. Lentamente, con dedos temblorosos, se deslizó bajo el borde de su camisón y rozó la piel desnuda de su abdomen.

«No deberías», se dijo. «Es demasiado…»

Pero otra parte de ella, la que había estado reprimida durante años aprendiendo a ignorar el deseo porque era más seguro y dolía menos, le gritaba lo contrario.

«Sí deberías. Lo necesitas. Lo deseas».

Sus dedos siguieron bajando, explorando el conocido pero olvidado territorio de su propio cuerpo. Hacía tanto tiempo desde la

última vez que se había permitido esto. Ya no recordaba la última vez que había sentido esta ardiente necesidad que no podía ignorar.

Cerró los ojos e inmediatamente vio a Alex. Su sonrisa. Sus ojos verdes mirándola con esa intensidad que la alteraba. Su voz diciendo: «Voy a besarte de la forma en que llevo semanas queriendo hacerlo».

Un gemido suave escapó de sus labios cuando sus dedos rozaron la tela de sus braguitas. Estaba húmeda. Joder, estaba tan mojada que podía sentirlo a través de la tela.

¿Cuándo había sido la última vez que su cuerpo había respondido así? ¿Cuándo había sentido este tipo de deseo líquido y urgente que hacía que cada terminación nerviosa de su piel requiriera su atención?

Nunca así. Ni con David ni con ninguno de sus encuentros tras el divorcio. Jamás.

Su mano se deslizó bajo la tela de sus braguitas y un jadeo escapó de sus labios cuando sus dedos encontraron su clítoris hinchado y sensible. Se mordió el labio inferior con fuerza, consciente de que Carol estaba durmiendo al otro lado del pasillo.

«Silencio», se ordenó a sí misma. «Tienes que estar en silencio».

Pero era difícil cuando cada roce de sus dedos enviaba oleadas de placer a través de su cuerpo. Cuando cada caricia la acercaba más a algo que había olvidado que podía sentir.

Empezó a moverse con más confianza, con dedos que recordaban el ritmo incluso después de tanto tiempo. Lento al principio, explorando, redescubriendo. Luego más rápido, más firme, respondiendo a las señales que su cuerpo le enviaba.

Cerró los ojos con más fuerza e imaginó que no eran sus dedos. Imaginó que eran las grandes manos de Alex, explorándola con esa misma intensidad con la que la miraba. Imaginó su boca sobre la suya, tragándose sus gemidos. Imaginó su cuerpo sobre el suyo, su peso, su calor, su…

«Oh, Dios».

El placer se centraba cada vez más en su bajo vientre. Sus caderas empezaron a moverse contra su mano, buscando más fricción, más presión, más placer.

Su otra mano subió a su pecho, apretando, acariciando, pellizcando su erecto pezón a través de la tela del camisón. Y en su mente, era Alex. Tocándola y susurrando su nombre, diciéndole todas esas obscenas insinuaciones que había escuchado en la cafetería.

«Suficiente como para que haya pasado las últimas noches despierto imaginando cómo sería tocarte».

Sus dedos se movieron más rápido, con más urgencia. Estaba cerca. Tan cerca. Podía sentir el orgasmo construyéndose, tensando cada músculo de su cuerpo.

«Besarte».

Más rápido. Más presión. Su respiración se volvió entrecortada, casi frenética.

«Escuchar los sonidos que harás».

Un gemido escapó de sus labios, más fuerte de lo que pretendía. Tuvo que llevarse la otra mano a la boca, y se mordió los nudillos para mantenerse en silencio mientras su cuerpo se arqueaba.

«Ver tu cara cuando…»

Y entonces llegó. El orgasmo la atravesó como una ola, haciéndola temblar y contraerse. Sus dedos siguieron moviéndose, prolongando el placer, exprimiéndolo hasta la última gota mientras sus ahogados gemidos se amortiguaban contra su mano.

Fue intenso. Mucho más intenso de lo que recordaba que había sido la última vez. Oleadas y oleadas de placer que la dejaron sin aliento, temblorosa, con el corazón latiéndole tan fuerte que podía oírlo en sus oídos.

Finalmente, cuando se volvió demasiado sensible para continuar, retiró su mano y se quedó quieta, respirando pesadamente, con todo su cuerpo temblando del placer residual.

Abrió los ojos lentamente, mirando al techo a través de una neblina de satisfacción. Su cuerpo estaba relajado, saciado de una forma que había olvidado desde hacía demasiado tiempo.

Pero mientras yacía allí, sintiendo los últimos ecos del orgasmo recorrer su cuerpo, sabía una cosa con absoluta certeza.

Esto no era suficiente. Ni remotamente suficiente.

Porque no importaba cuántas veces se tocara a sí misma imaginando a Alex, nunca sería lo mismo que tenerlo junto a ella, sentir sus manos sobre su cuerpo y su boca en la suya.

Y mañana… mañana finalmente tendría eso. Porque no sería capaz de reprimirse.

Se acurrucó entre las sábanas, todavía temblando ligeramente, y cerró los ojos. Esta vez, cuando el sueño finalmente llegó, no soñó con Alex.

No necesitó hacerlo. Porque en menos de veinticuatro horas, ya no tendría que soñar.

Tendría la realidad.



CAPÍTULO 10

Viernes, 27 de junio de 2025

Eva se despertó a las siete de la mañana después de haber dormido como una bendita. Nada más abrir los ojos se puso a pensar en Alex. En su voz en la cafetería diciéndole cómo iba a besarla, sus ojos mirándola como si fuera lo único que importaba en el mundo, sus manos…

Se levantó, decidiendo que seguir en la cama no era conveniente porque volvería a la excitante situación de la noche anterior y tendría que volver a…

Tenía diez horas hasta que Alex viniera a recogerla. Diez horas que iban a ser las más largas de su vida.

Se duchó y dejó que el agua caliente relajara sus tensos músculos. Cuando salió, envuelta en una toalla, encontró a Carol en su habitación con una enorme sonrisa.

—Buenos días. —Su hija prácticamente cantó las palabras—. ¿Lista para el gran día?

—Muy nerviosa —admitió Eva—. ¿Se nota mucho?

Carol la estudió con esos ojos demasiado perceptivos.

—Un poco. Pero eso significa que es importante, mamá.

—Carol, ¿y si sale mal? —Eva se sentó en la cama—. ¿Y si resulta que todo esto ha sido solo… no sé, química y luego no tenemos nada de qué hablar?

Carol se sentó junto a ella.

—Mamá, lleváis semanas hablando. Por mensaje, en persona, en el gimnasio. Si no tuvierais de qué hablar, ya lo sabríais.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo. —Carol sonrió—. Ahora, ¿desayunamos? Porque necesitas comer algo o te vas a desmayar antes de las cinco.

Desayunaron juntas en la cocina. Eva apenas pudo tragar la tostada, porque tenía el estómago hecho un nudo. Cuando Carol se fue a su habitación para lavarse los dientes, su móvil vibró sobre la encimera.

—Buenos días. Has dormido?

Eva sonrió y recordó el final de la noche anterior.

—Como un tronco. Ya te lo explicaré, pero solo si te portas bien. Tú?

—Yo muy poco. Ya me dirás el secreto para que yo también pueda. He arruinado otro lienzo intentando pintarte. Creo que estoy demasiado nervioso para que me salgan bien las manos.

—Las manos?

—Tus manos. Tengo esta obsesión con tus manos desde hace días. La forma en que las mueves cuando hablas. Cómo tus dedos se entrelazan cuando estás nerviosa.

Eva miró sus propias manos, sorprendida.

—No sabía que te habías fijado en eso.

—Me fijo en todo lo que tiene que ver contigo. Estás nerviosa?

—Ilusionada. Y tengo algo de miedo, pero no de ese que me echa para atrás, sino del que me avisa de que esto es importante.

—Sí. Eso mismo siento yo. Es como estar al borde de algo que creo que va a cambiarlo todo.

Eva se apoyó en la encimera de la isla mientras escribía.

—Estás seguro de que estás preparado para esto? Para mí. Para todo lo que viene conmigo.

—Eva. He estado listo desde el momento en que te vi en casa de Janet. Cuando discutías conmigo sobre el campamento, con esos ojos que echaban chispas y esa forma de no dejarte intimidar.

—Entonces no me soportabas.

—Entonces ya estaba loco por ti, aunque me aterraba admitirlo.

Eva se quedó mirando esas palabras y sintió que se le cerraba la garganta. "Loco por ti". Como si fuera algo que había empezado hacía semanas, no días.

—Demasiado rápido. Lo sé, pero no voy a mentirme sobre lo que siento. Ya hemos perdido demasiado tiempo fingiendo que esto es solo atracción física.

—Y qué es?

—Tú sabes lo que es.

Eva lo tenía claro desde hacía días, sobre todo cuando Alex la dejó hablar de David sin meter presión, sin intentar arreglar nada. Cuando le dijo justo lo que necesitaba y la miró como si fuera lo mejor que le había pasado. Escribió con dedos temblorosos:

—Sí. Lo sé.

—Bien. Entonces esta noche, cuando estemos solos, no voy a pretender que esto es solo una cita. No voy a actuar como si no supiera exactamente lo que quiero.

—Y qué quieres?

La respuesta tardó un poco, como si Alex estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—A ti. En todos los sentidos. Tu risa. Tu mente. Tu cuerpo. Tu corazón. Todo.

Eva sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. No era la primera vez que un hombre le decía algo así, pero era la primera vez que lo creía.

—Eso es mucho para una primera cita.

—Entonces es bueno que ambos sepamos que esto no es una simple primera cita. Es el comienzo de algo que lleva semanas gestándose.

—Semanas de tensión.

—La mejor clase de tensión.

Eva sonrió, mordiéndose el labio.

—Sabes? Hay una parte de mí que todavía no puede creer que esto esté pasando.

—Qué parte?

—La parte que lleva tres años pensando que nunca volvería a sentir esto. La que se había resignado a estar sola.

—No estás sola. Y esta noche voy a asegurarme de que lo sepas de todas las formas posibles.

Al oír aquellas palabras, Eva sintió que el calor recorría su cuerpo. Había una promesa en ellas, algo más que simple cortesía.

—Alex Kraft, eres peligroso.

—Solo contigo. Y solo porque me dejas serlo.

—Quizás quiero que seas peligroso.

—Entonces esta noche vas a conseguir exactamente lo que quieres.

Eva dejó el móvil sobre la mesilla, con el corazón latiéndole demasiado rápido y una estúpida sonrisa en la cara.

Hoy era el último día antes de que todo cambiara.

Carol apareció en ese instante y carraspeó exageradamente.

—¿Es Alex?

Eva asintió, sintiendo cómo se le subían los colores.

—Me está diciendo que intenta pintar mis manos.

—Eso es muy romántico. —Carol suspiró—. Nat tiene razón. Su padre está completamente loco por ti.

—¿Nat dice eso?

—Todo el tiempo. Dice que nunca ha visto a su padre así desde… bueno, ya sabes.

Eva supo que se refería a Natalie, la esposa de Alex. Sintió emoción.

—¿Crees que está bien? Que yo… que nosotros…

—Mamá. —Carol le cogió la mano—. Al igual que yo, Nat está feliz. Quiere que su padre sea feliz. Y tú lo haces feliz. Así que sí, está bien. Y yo pienso lo mismo.

Eva asintió, y al sentir que se emocionaba demasiado, parpadeó rápidamente para no llorar.

—Gracias, cariño.

Su móvil vibró de nuevo.

—Por cierto, Janet se ha ofrecido para llevarse a Carol y a Nat esta tarde. Dice que las tres niñas van a ver una película, a cenar pizza y que se quedarán a dormir. Así que tenemos toda la noche libre.

Eva sintió un escalofrío. "Toda la noche libre". Como si Alex ya supiera que no iba a querer que la noche terminara rápido.

—Janet es la discreción personificada. Y una buena amiga.

—Es una cualidad que no le sobra, pero valoro su intención. Y Carol está dispuesta a ir?

Eva miró a su hija.

—Janet te va a llevar con Nat y Jenny al cine esta tarde y dice que os podéis quedar a dormir en su casa. ¿Te apetece?

Carol prácticamente saltó de la silla.

—¡Sí! Así tú y Alex podéis estar tranquilos sin preocuparos por volver pronto.

Eva se rio a pesar de sus nervios.

—Sois todas unas conspiradoras.

—Las mejores. —Carol le guiñó un ojo.

Eva escribió su respuesta a Alex.

—Carol está encantada. Así que esta noche estaremos solos tú y yo.

—Solos tú y yo. Eso es lo que más deseo.

A las nueve de la mañana, Eva estaba en su despacho intentando concentrarse en un contrato cuando Soraya entró con expresión sospechosa.

—Tienes esa cara otra vez.

—¿Qué cara? —Eva no levantó la vista de la pantalla.

—La cara de alguien que ha estado intercambiando mensajes subidos de tono con cierto pintor de ojos verdes.

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—¿Eres bruja? Y no eran subidos de tono.

—Ya. —Soraya se sentó en la silla frente al escritorio—. Entonces, ¿por qué estás algo sonrojada?

—No estoy sonrojada.

—Estás completamente roja, Eva. —Soraya sonrió—. Y hoy es la cita. La gran cita. ¿Ya sabes qué te vas a poner?

Eva gruñó, dejándose caer contra el respaldo de su silla.

—No. Tengo tres opciones y todas me parecen mal. O muy formales o muy informales o muy…

—¿Desesperadas? —sugirió Soraya.

—Exacto. —Eva se frotó la cara—. Quiero verme bien, pero no como si hubiera pasado tres horas arreglándome, aunque estoy segura de que me pasaré tres horas arreglándome.

Soraya se rio.

—Estás entrando en pánico.

—Totalmente.

—¿Qué dice Sara? ¿Le has pedido consejo?

—Le he enviado fotos de las tres opciones esta mañana. Me ha dicho que con cualquiera de las tres Alex me iba a querer arrancar la ropa en mitad del museo.

Soraya soltó una carcajada.

—Me cae bien Sara.

El móvil de Eva vibró sobre el escritorio. Ambas mujeres lo miraron. Era Alex.

Soraya se levantó con una sonrisa.

—Te dejo con tu hombre. Pero Eva…

—¿Qué?

—Relájate. Ese tipo está loco por ti. No importa lo que lleves puesto. Solo importa que seas tú.

Cuando Soraya salió, Eva abrió el mensaje.

—Cómo va tu día?

—Caótico. Soraya me está interrogando sobre qué ponerme esta noche. Tú qué tal?

—Intentando trabajar y fallando miserablemente. No puedo concentrarme en nada más que en nuestra cita.

—Y en qué parte de ella en especial?

—En verte. En poder tocarte sin que haya niñas mirando o gente alrededor. En descubrir si besas tan bien como imagino.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración.

—Y cómo imaginas que beso?

—Como si quisieras que no parara nunca. Como si llevaras tanto tiempo esperando esto como yo.

—Quizás llevo aún más tiempo.

—Imposible. Llevo pensando en besarte desde la cena en casa de Janet, cuando saliste dando un portazo y pensé que eras la mujer más frustrante y fascinante que había conocido nunca.

—Frustración sexual disfrazada de irritación.

—Exactamente. Y hoy voy a hacer algo al respecto.

Eva se mordió el labio, coqueta, sintiendo calor recorriéndole el cuerpo.

—Promesas, promesas.

—No son promesas, Eva. Son certezas.

Las siguientes horas pasaron en una tortuosa mezcla de extrema lentitud y aterradora rapidez. Eva intentó trabajar, pero fue inútil. No podía concentrarse. Cada cinco minutos miraba el reloj, viendo cómo las manecillas se movían con una lentitud insultante.

Después de comer, ya en casa, Sara la llamó por videollamada.

—A ver, enséñame las tres opciones otra vez.

Eva suspiró, pero obedeció, mostrándole los vestidos.

—Carol dice que este —señaló el azul oscuro.

—Carol tiene razón. —Sara asintió—. Ese. Definitivamente ese. Con esos tacones negros que te compraste el año pasado y nunca has usado. Y ese collar de plata que nos gusta. Nada exagerado.

—¿Y el pelo?

—Suelto. Ondulado. Ese tipo está obsesionado contigo, Eva. Quiere verte como eres, no como una versión sofisticada de ti misma.

—¿Y si…?

—Para. —Sara la interrumpió—. Nada de "¿y si?". Ese hombre lleva días diciéndote lo que siente y no deja de demostrártelo. Esta noche va a ser perfecta porque ambos queréis que lo sea.

—¿Y después? —Eva se mordió el labio—. Sara, ¿qué pasa después?

—¿Después de la cita?

—Después de… todo. Si esto funciona. Si nos funciona. Las niñas son amigas, pero, si sale mal…

—¡No va a salir mal, joder! —Sara la miró seriamente—. Entiendo tu miedo, Eva, pero es importante que no dejes que te gane la batalla. David te hizo demasiado daño, pero no permitas que su sombra arruine tu felicidad.

Eva sintió lágrimas en los ojos.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo. Ahora ve, date un buen baño, ponte guapa y ve a disfrutar de tu cita con ese hombre que está enamorado de ti.

Después de colgar, Eva hizo exactamente eso. Se dio un baño con sales aromáticas, se lavó el pelo con su mejor champú, se depiló con meticuloso cuidado. Cada gesto era deliberado, cada preparativo una forma de calmar sus nervios.

A las tres, empezó con el maquillaje. Nada exagerado, como había dicho Sara. Un toque de base, rímel para resaltar sus ojos, un poco de colorete para que no pareciera un fantasma y un suave pintalabios rosa.

Se puso el vestido azul oscuro, que se ajustaba perfectamente a su figura sin ser demasiado revelador, y los tacones negros que añadían unos centímetros a su altura. El collar de plata que Sara había sugerido.

Se miró en el espejo y le gustó lo que vio. No era perfección. Había arruguitas junto a sus ojos, alguna marca del tiempo aquí y allá. Pero era ella. Eva Watts. Treinta y seis años, madre divorciada, abogada, mujer.

Y esta noche iba a tener una cita con un hombre que la miraba como si fuera extraordinaria.

Carol apareció en la puerta de su habitación a las cuatro y media.

—Mamá —susurró—. Estás preciosa.

Eva se giró, sintiendo que las lágrimas amenazaban con arruinar su rímel.

—¿De verdad?

—De verdad. Alex se va a quedar sin palabras.

Janet llegó a las cuatro cuarenta y cinco para recoger a Carol. Le dio un abrazo a Eva y le susurró al oído:

—Diviértete. Te lo mereces.

Se quedó sola en el loft, mirando el reloj. Las cuatro y cincuenta. Diez minutos.

Su móvil vibró.

—Salgo en cinco minutos. Lista?

Eva miró su reflejo una última vez. Respiró hondo.

—Lista.

—Bien. Porque llevo toda la vida esperando este momento.

A las cinco en punto, sonó el timbre. Eva cogió su bolso, se dio una última mirada en el espejo junto a la puerta y abrió.

Y ahí estaba Alex.

Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca con las mangas enrolladas hasta los codos, dejando ver sus bronceados antebrazos. Su pelo negro estaba ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él varias veces. Y sus ojos verdes…

Sus ojos la miraban como si acabara de ver algo que le quitaba el aliento.

Se quedaron ahí, en el umbral, mirándose durante unos segundos que parecieron eternos.

—Eva —dijo finalmente Alex, y su voz sonó ronca—. Estás… No tengo palabras.

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—Tú tampoco estás mal.

Alex se rio. Fue un sonido alegre que resonó en el pecho de Eva.

—No estoy mal. Qué cumplido más entusiasta.

—¡Estás guapísimo, joder! —corrigió Eva, decidiendo ser honesta—. Tanto que me he olvidado de cómo respirar durante un segundo.

Algo se encendió en los ojos de Alex. Dio un paso hacia ella, y de repente estaba dentro del umbral, invadiendo su espacio de la forma más deliciosa posible.

—Si seguimos así, no vamos a salir de este loft.

—¿Sería tan malo?

—Sería perfecto. —Alex levantó una mano y, con cuidado infinito, apartó un mechón de pelo del rostro de Eva—. Y terrible. Porque he planeado esta noche durante días y quiero hacer las cosas bien.

Sus dedos rozaron la mejilla de Eva en un contacto tan breve que podría haber sido accidental. Pero ambos sabían que no lo era.

—¿Listo? —preguntó Eva, aunque lo que realmente quería era tirar de él hacia dentro y saltarse toda la puta cita.

—Listo. —Alex dio un paso atrás, con lo que parecía esfuerzo considerable—. Aunque deberías saber que me va a costar mucho concentrarme en cualquier cosa que no seas tú esta noche.

—Bien. —Eva cerró la puerta tras ella—. Porque yo planeo distraerte todo lo posible.

La sonrisa que Alex le dio fue absolutamente pecaminosa.

—Eva Watts, vas a ser mi perdición.

—Eso espero.

El viaje en el coche de Alex fue una exquisita tortura. Puso música suave de fondo, pero ninguno de los dos la escuchaba. La tensión en el cerrado espacio era palpable. Alex conducía con una mano en el volante, y Eva no podía dejar de mirar esa mano. La forma en que sus dedos se curvaban alrededor del cuero. La fuerza contenida en cada gesto.

Como si supiera exactamente en qué estaba pensando, Alex habló sin apartar la vista de la carretera.

—¿En qué piensas?

—En tus manos —admitió Eva.

La mandíbula de Alex se tensó.

—Eva…

—Me dijiste esta mañana que estabas obsesionado con las mías. Pues yo llevo días obsesionada con las tuyas.

Alex la miró de reojo, con los ojos oscurecidos.

—¿Sí?

—Sí. Me pregunto cómo las voy a sentir en…

Se detuvo, mordiéndose el labio.

—¿En dónde? —la voz de Alex sonó tensa, controlada.

—En todas partes.

Alex soltó una respiración larga y lenta.

—Vamos a tener que cambiar de tema o no vamos a llegar al museo.

—¿Por qué?

—Porque si sigues hablando así, voy a dar media vuelta, voy a llevarte de vuelta a tu loft, y vamos a saltarnos toda la parte civilizada de esta cita.

Eva sintió calor recorriéndole el cuerpo.

—¿Y eso… sería malo?

—No me lo vuelvas a preguntar. Ya sabes la respuesta. —Alex aparcó el coche frente al MoMA—. Hemos llegado.

Salieron del coche y caminaron hacia la entrada. Alex puso su mano en la parte baja de la espalda de Eva, en un gesto posesivo y tierno que hizo que a ella se le erizara la piel.

La exposición era de artistas emergentes que trabajaban con técnicas mixtas. Había pinturas y esculturas. Normalmente, Eva habría pasado horas admirando cada pieza, pero esa noche apenas las vio, porque Alex estaba justo a su lado, tan cerca que sus brazos

se rozaban con cada paso. Cada vez que se detenía frente a una obra, podía sentir su mirada sobre ella en lugar de sobre el arte.

Se detuvieron frente a una pintura abstracta de colores intensos.

—¿Qué ves? —preguntó Alex en voz baja.

—Movimiento. Caos. Pasión. —Eva se giró hacia él—. ¿Tú qué ves?

—A ti —respondió sin dudar—. Solo te veo a ti.

Eva sintió cómo se le cortaba la respiración. Estaban en medio de una sala llena de gente, pero en ese momento era como si fueran las únicas dos personas en el mundo.

—Alex…

—Lo sé. No estamos solos y sé que no es el momento. —Se acercó un poco más—. Pero necesito que sepas que ese vestido hace que tus ojos parezcan el océano, y no puedo pensar en nada más que en lo perfecta que eres.

—No soy perfecta.

—Para mí sí. —Alex levantó una mano y rozó su mejilla con el dorso de los dedos—. Para mí lo eres.

Alguien carraspeó detrás de ellos, y se separaron, recordando dónde estaban. Siguieron caminando por la exposición, pero la tensión entre ellos solo aumentaba con cada paso.

Se detuvieron frente a una escultura, pretendiendo estudiarla. Alex se inclinó hacia ella, con los labios casi rozando su oído.

—¿Sabes lo difícil que es estar aquí, tan cerca de ti, y no poder tocarte como quiero?

Eva sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Y cómo quieres tocarme?

—De formas que no son apropiadas para un museo público. —Su voz era poco más que un murmullo ronco.

Eva se giró hacia él, acortando aún más la distancia entre ellos.

—Quizás deberíamos irnos.

—Todavía no. —Alex sostuvo su mirada—. Porque cuando salgamos de aquí, cuando vayamos a cenar, cada minuto que pase estará más cerca del momento en que esté a solas contigo de verdad. Y quiero saborear cada segundo de esta espera.

Eva lo miró y sintió que su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—Eres un puto sádico. O un masoquista. Depende de cómo lo mires.

—Solo contigo —sonrió—. Y porque sé que vales cada segundo de esta tortura.

Terminaron el recorrido por la exposición, aunque ninguno de los dos hubiera sido capaz de decir qué habían visto realmente. Salieron al aire fresco de la tarde, con el sol empezando a ponerse y tiñendo el cielo de naranjas y rosas.

Alex la guió hacia su coche, pero antes de llegar, se detuvo. Se quedó ahí, mirándola, con una expresión en el rostro que hizo que a Eva se le derritiera algo por dentro.

—¿Qué? —preguntó ella con suavidad.

—Nada. Es solo que… estás aquí. Conmigo. Durante mucho tiempo he pensado que esto no iba a pasar nunca. Que era imposible que alguien como tú pudiera mirarme de la forma en que me estás mirando ahora.

Eva dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si también llevaras semanas esperando esto. —Alex levantó una mano y acarició su mejilla con el pulgar—. Como si yo fuera alguien especial.

—Eres muy especial. Alex —dijo Eva con voz firme—. Eres el hombre que pinta mis manos porque se ha fijado en cómo las muevo. Que envió peonías a mi despacho porque recordó un comentario casual de Carol. El que me ha escuchado hablar de mi ex

sin juzgarme. —Le mostró su mejor sonrisa—. Eres especial, Alex. Y llevo muchos días esperando este momento.

Él cerró los ojos durante un segundo, como si estuviera luchando consigo mismo. Cuando los abrió, había algo salvaje en ellos.

—Eva, si no vamos a cenar ya, voy a besarte aquí, en medio de la calle, y no voy a poder parar.

—¿Y eso estaría mal?

—Sí. —Alex dio un paso atrás con visible esfuerzo—. Porque me he prometido a mí mismo que iba a hacerlo bien. Quiero llevarte a cenar, hablar contigo y ser un caballero.

—No quiero que seas un caballero.

—Lo sé —sonrió Alex—. Pero esta noche lo voy a intentar. Al menos mientras pueda.

El restaurante italiano era pequeño e íntimo, con velas en cada mesa y un ambiente que invitaba a hablar en voz baja. El camarero los guio hacia una mesa en un rincón, que era perfecta para la privacidad que ambos necesitaban.

Se sentaron uno frente al otro, y Eva fue inmediatamente consciente de la pierna de Alex rozando la suya bajo la mesa. Un contacto casual que ambos sabían que no lo era.

Pidieron vino, comida que probablemente no saborearían, y fijaron su mirada en el otro sobre las parpadeantes velas.

—Bueno —dijo Alex, con una sonrisa que era pura diversión—. ¿Cómo te ha ido la semana?

Eva soltó una carcajada.

—¿En serio? ¿Vamos a mantener una charla casual?

—Estoy intentando ser civilizado —dijo Alex, y tomó un sorbo de su vino—. Pero si prefieres que sea sincero…

—Siempre prefiero que seas sincero.

—Entonces la verdad es que no puedo dejar de pensar en lo increíble que estás con ese vestido. Y en cómo me gustaría quitártelo. Muy, muy despacio.

Eva sintió calor recorriéndole el cuerpo. Tomó un largo sorbo de su vino antes de responder.

—Alexander Kraft, eso no es muy de caballero.

—Solo finjo serlo. —Se inclinó hacia delante—. Pero contigo, no quiero fingir nada.

—Bien. —Eva también se inclinó hacia él, acortando la distancia —. Porque yo tampoco.

Sus miradas se encontraron a través del brillo de la vela, y algo se transformó. No solo era una atracción imposible de ignorar, sino algo mucho más profundo. Una inevitable conexión.

—Eva —dijo Alex con voz baja—. Necesito que sepas algo antes de que esta noche vaya más lejos.

—¿Qué?

—Que esto no solo es sexo para mí. No es solo atracción física, por mucho que obviamente exista. —Sonrió brevemente—. Tú eres importante. Lo que estamos construyendo es importante.

Eva sintió lágrimas amenazando con aparecer.

—Para mí también.

—Bien. —Alex alargó la mano sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los de ella—. Porque cuando esta noche te bese de la forma en que llevo semanas queriendo hacerlo, quiero que sepas que no es el final. Es el principio.

—El principio de qué.

—De nosotros. De algo real. De algo que podría ser…

—¿Qué? —susurró Eva.

—Todo —respondió Alex.

Se quedaron así, con las manos entrelazadas sobre la mesa, mirándose como si no hubiera nadie más en el mundo. El camarero

trajo la comida, pero apenas la tocaron. Hablaron, se rieron, compartieron historias, sueños y miedos.

Eva le contó sobre su universidad, sobre cómo había conocido a David, sobre los primeros años de felicidad antes de que todo se desmoronara. Alex le habló sobre su época en el ejército, sobre las cosas que había visto y que todavía le perseguían algunas noches. De Natalie, su esposa, que había sido su ancla en todo eso.

—¿Todavía la extrañas? —preguntó Eva con suavidad.

—Siempre —admitió Alex—. Pero ya no me duele respirar cuando pienso en ella. Y eso es gracias a ti.

—¿A mí?

—Me has devuelto las ganas de vivir. De sentir. De arriesgarme de nuevo. —Apretó su mano—. Y sé que ella estaría feliz, porque querría que yo lo fuera.

—¿Lo eres? —preguntó Eva—. ¿Feliz?

—Esta noche, contigo, soy completamente feliz —dijo Alex mientras sostenía su mirada. Asintió con la cabeza—. Sí. Lo soy.

Aunque ninguno recordaría después qué habían comido, terminaron de cenar, pagaron la cuenta y salieron al aire fresco de la noche. Nueva York brillaba a su alrededor, llena de vida, luces y expectativas.

Alex la guio de vuelta al coche, pero esta vez, cuando abrió la puerta del copiloto para ella, Eva se detuvo.

—Alex.

—¿Sí?

—Gracias por esta noche. Por hacerlo todo perfecto.

—La noche todavía no ha terminado. —Alex se acercó, quedando a centímetros de ella—. Aún tengo que llevarte a casa.

—¿Y luego?

—Luego… —Alex levantó una mano y acarició su mejilla—. Luego te preguntaré si puedo besarte. Y voy a rezar para que me

digas que sí.

—Alex. —Eva levantó su propia mano y la posó sobre la de él que permanecía en su mejilla—. La respuesta ya es sí.

Algo se encendió en los ojos de él. Se acercó aún más, hasta que sus labios se quedaron a unos milímetros de los de ella.

—Todavía no —murmuró—. Cuando te bese, no va a ser en un aparcamiento. Va a ser en tu puerta, Eva, donde pueda hacerlo bien.

Eva sintió que las rodillas le temblaban.

—Eres imposible.

—Y tú eres extraordinaria. —Alex le dio un suave beso en la frente antes de apartarse—. Ahora sube al coche antes de que me olvide de todas mis buenas intenciones.



CAPÍTULO 11

En el viaje de vuelta se mantuvieron en silencio. Alex conducía con una mano, y en algún momento, alcanzó la de Eva con la otra, entrelazando sus dedos. Se quedaron así, con las manos unidas, mientras las luces de la ciudad pasaban por las ventanillas.

Eva miraba sus manos entrelazadas, sonriendo sin darse cuenta. Lo veía normal, como si siempre hubiera sido así.

—¿En qué piensas? —preguntó Alex en voz baja.

—En que esto está muy bien.

—¿Esto?

—Tú, yo… nosotros —dijo Eva, levantando las manos unidas—. Como si el destino por fin hiciera algo bien.

Alex le besó los nudillos con una sonrisa.

Llegaron al edificio de Eva, Alex aparcó, apagó el motor y se giraron el uno hacia el otro en el espacio cerrado del coche.

—Bueno —dijo Eva, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que Alex podía oírlo—. Hemos llegado.

—Hemos llegado —repitió Alex, sin moverse.

Se quedaron así durante un momento, mirándose, con la tensión alcanzando un punto casi insoportable.

—¿Subimos? —preguntó Eva finalmente.

—Sí. —Alex salió del coche y rodeó para abrirle la puerta, ofreciéndole su mano.

Caminaron hacia el edificio en silencio, con los dedos entrelazados. Subieron en el ascensor, solos, mirándose en el reflejo de las puertas pulidas. Cuando llegaron a su planta y Eva sacó las llaves, sus manos temblaban ligeramente.

Abrió la puerta, pero no entró. Se giró hacia Alex, que estaba justo detrás de ella, tan cerca que podía sentir su calor.

—Esta ha sido la mejor noche de mi vida —dijo con voz temblorosa.

—Para mí también. —Alex levantó una mano y apartó un mechón de pelo de su rostro, dejando que sus dedos se demoraran en su mejilla—. Eva…

—Dime —murmuró ella, inclinándose hacia él, como si no pudiera esperar más.

Alex cerró los ojos un segundo y respiró hondo. Cuando los abrió, había en ellos un brillo que hizo que Eva contuviera el aliento, con el corazón golpeando como un tambor.

—¿Debería irme? Sería lo más sensato. Lo correcto. —La mano de Alex bajó de su mejilla a su cuello, y su pulgar acarició el acelerado pulso que latía allí.

Eva se humedeció los labios, viendo cómo los ojos de Alex seguían el movimiento.

—¿Demasiado sensato y correcto? Sería estúpido.

Tras un breve cruce de miradas, Alex soltó un juramento entre dientes y Eva, sin dudarlo, lo atrajo hacia sí, agarrándolo con fuerza por la camisa.

Se besaron con la urgencia acumulada durante toda la noche, como si cada segundo los hubiera estado empujando hacia ese momento. Durante semanas, en realidad. El beso fue intenso, desesperado, con Alex empujándola suavemente contra el marco de la puerta mientras sus manos se enredaban en su pelo.

Eva gimió contra sus labios y sus manos se deslizaron bajo su chaqueta, abrazándolo y sintiendo los músculos tensos de su espalda a través de la camisa. Alex tenía el sabor que siempre había imaginado, a menta y a algo exclusivamente suyo, embriagador.

—Eva… —Gruñó contra su boca, mordiéndole suavemente el labio inferior.

Ella respondió profundizando el beso, presionándose contra él hasta que no hubo espacio entre sus cuerpos. Podía sentir el

corazón de Alex latiendo contra el suyo, acelerado, descontrolado.

—Dentro —dijo ella entre jadeos cuando se separaron para respirar—. Vamos dentro.

Alex se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, con la respiración agitada.

—¿Estás segura? —preguntó, de forma pícara

Eva podría haberle dado mil razones de por qué esto podía ser una mala idea. Podría haber sido sensata, cautelosa, protegerse… Pero se quedó mirando sus verdes ojos y sintió sus manos, que la abrazaban como si fuera algo precioso.

—¡Joder, Alex! Nunca he estado más segura de nada.

Alex la tomó de la mano y la puerta se cerró tras ellos con un suave clic que resonó en el silencio del loft. Durante un momento, se quedaron de pie en la penumbra, con la única luz de la ciudad filtrándose por las ventanas. Se miraron como si ambos estuvieran procesando que esto era real.

Que finalmente estaba pasando.

Alex levantó una mano y acarició la mejilla de Eva con el dorso de los dedos, con un gesto tan tierno que ella sintió lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz suave—. Porque si cambias de opinión…

—No he cambiado de opinión. —Eva puso su mano sobre la de él, presionándola contra su mejilla—. Te quiero aquí. Te quiero a ti.

Algo se encendió en los ojos de Alex. La atrajo hacia él y una mano se deslizó hacia su cintura mientras la otra se hundía en su pelo. La besó lenta, profundamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Sabían que el tiempo se había detenido para ellos. Sin interrupciones a la vista, solo existía su presencia y esa insoportable tensión que, tras tanto tiempo, por fin estallaba.

Eva se derritió contra él. Sus manos subieron por su pecho y sintió los duros músculos bajo la camisa blanca. Empezó a desabrochar los botones con dedos temblorosos, y Alex se apartó lo suficiente para mirarla.

—¿Me deseas tanto como yo a ti? —preguntó.

—Mucho más. —respondió Eva, desatada

Terminó de desabrochar el último botón y empujó la camisa fuera de sus hombros. La tela cayó al suelo y Eva se quedó sin aliento. Ya había visto partes de su cuerpo en el gimnasio, pero esto era diferente.

Alex estaba frente a ella, con el torso desnudo, los músculos definidos por años de entrenamiento militar y su bronceada piel marcada con cicatrices que contaban historias que probablemente nunca escucharía.

Y los tatuajes. El escudo del ejército en su hombro izquierdo. Las dos frases en latín que recorrían sus costillas. Y ahí, sobre su propio corazón, el corazón partido y sangrante que se había hecho cuando murió Natalie, su esposa.

Eva levantó una mano y trazó ese tatuaje con los dedos, imaginando el dolor que habría sentido.

—¿Te duele? —preguntó con suavidad—. ¿Pensar en ella ahora?

Alex cubrió su mano con la suya, presionándola contra su pecho.

—No —dijo con honestidad—. Porque querría mi felicidad y tú me la das, Eva. Me haces inmensamente feliz.

Eva sintió el calor de las lágrimas, pero Alex las interceptó con sus pulgares antes de fundirse de nuevo con ella en un beso que superaba al anterior: más hondo, más necesitado.

Sus manos encontraron la cremallera del vestido azul de Eva y la bajó lentamente. El vestido se deslizó por sus hombros y cayó en un charco de tela a sus pies. Eva se quedó frente a él, en ropa

interior, sintiéndose más vulnerable de lo que se había sentido en años.

Alex se apartó lo suficiente para mirarla, y lo que Eva vio en sus ojos hizo que todo su nerviosismo desapareciera. La miraba como si fuera la cosa más hermosa que había visto nunca.

—Eres perfecta —murmuró. Sus manos recorrieron sus brazos, sus hombros, su cintura—. Absolutamente perfecta.

—No soy perfecta —susurró Eva—. Tengo estrías, tengo…

—Eres perfecta para mí —la interrumpió Alex, besando su cuello—. Cada cicatriz, cada marca, cada parte de ti es perfecta.

Sus labios trazaron un camino desde su cuello hasta su clavícula, besando cada centímetro de piel. Eva echó la cabeza hacia atrás y sus manos se hundieron en el pelo de Alex, apretándolo contra ella.

—Alex… —Su voz sonó rota, necesitada.

—¿Dónde? —preguntó él mientras dibujaba una línea de besos a lo largo de su cuello—. ¿Dónde está tu habitación?

Eva lo guio por el pasillo. Recorrieron el espacio, tropezando ligeramente en la penumbra y deteniéndose cada pocos pasos para besarse de nuevo. Cuando llegaron a su dormitorio, Alex la empujó contra la puerta cerrada y su cuerpo presionó contra el de ella.

—Llevo semanas soñando con esto —murmuró contra su cuello, mientras sus manos acariciaban su espalda, sus caderas, cada curva—. Pero esta realidad es mucho mejor que cualquier fantasía.

—Muéstramelo —susurró Eva—. Muéstrame qué soñabas.

Alex gimió contra su piel. La levantó sin esfuerzo, sujetándola con las manos bajo sus muslos, y Eva enredó las piernas alrededor de su cintura de forma instintiva.

La llevó a la cama y la depositó sobre la colcha con infinito cuidado. Se quedó de pie durante un momento, mirándola, con los ojos tan oscuros que apenas se veía el verde.

—Eres tan hermosa —dijo con voz ronca—. He creído durante mucho tiempo que nunca volvería a sentir esto. Este deseo. Esta necesidad.

Se inclinó sobre ella y se apoyó a cada lado de su cabeza. Eva levantó las manos y trazó los músculos de sus brazos, sintiendo cómo temblaban con el esfuerzo de contenerse.

—No te contengas —dijo, mirándolo directamente a los ojos—. No quiero que lo hagas. Nunca.

Una chispa de puro instinto centelleó en los rasgos de Alex antes de reclamar sus labios con una fuerza que dejó a Eva sin aliento. Se tumbó junto a ella y las manos de Alex empezaron a explorar su cuerpo con una dedicación casi reverente, como si estuviera memorizando cada curva, cada reacción. Cuando sus dedos encontraron el cierre de su sujetador, se detuvo, mirándola con ojos interrogantes.

Eva asintió, y él desabrochó el cierre con una habilidad que hablaba de experiencia. El sujetador se unió al montón de ropa en el suelo, dejándola casi completamente expuesta ante él.

Alex se quedó sin aliento cuando sus ojos recorrieron su cuerpo con admiración.

—Eres preciosa —murmuró antes de bajar la cabeza y capturar uno de sus pechos con la boca.

Eva arqueó la espalda y un gemido se escapó de sus labios. Era demasiado y no era suficiente. Las manos de Alex estaban en todas partes y su boca dejaba un rastro de fuego por su piel.

—Alex… —Logró decir, con la voz quebrada por el deseo—. Por favor…

—¿Qué necesitas? —preguntó él contra su piel—. Dime qué quieres, Eva.

—A ti —respondió ella sin dudar—. Te necesito a ti.

Cuando Alex la miró, Eva sintió que se ahogaba. Sus ojos revelaban una fuerza, un sentimiento tan intenso que empequeñecía

al simple deseo.

—Soy tuyo —dijo con voz firme—. Completamente.

Sus manos encontraron el último trozo de tela que la cubría y lo deslizó por sus piernas con extremo cuidado. Eva se quedó desnuda, y la forma en que la miraba hizo que se sintiera hermosa y deseada.

—Es tu turno. —Logró decir, mientras se incorporaba y sus manos buscaban el cinturón de sus pantalones.

Alex levantó las caderas lo suficiente para dejarla trabajar, y observó cómo lo desnudaba, con una intensidad que hizo que las manos de Eva temblaran. Cuando también estuvo desnudo, ambos expuestos el uno al otro, se quedaron así durante un momento. Mirándose. Procesando la enormidad de este momento.

—Eva —dijo Alex con voz temblorosa—. Necesito que entiendas lo importante que eres para mí.

—Lo sé. —Eva lo atrajo hacia abajo, hacia ella—. Y tú para mí. Ahora muéstrame lo importantes que somos.

Y Alex lo hizo.

Se tomó su tiempo y exploró cada centímetro del cuerpo de Eva con sus manos y su boca. Encontró lugares que la hacían temblar, puntos que la hacían gemir. Aprendió su cuerpo como si fuera un mapa que necesitaba memorizar.

En respuesta, Eva lo atrajo hacia abajo, besándolo profundamente mientras abría las piernas para acomodarlo. Sintió su peso sobre ella, su calor, la presión de su cuerpo contra el suyo. Y cuando finalmente se unieron, cuando Eva lo sintió llenándola completamente, ambos se quedaron inmóviles durante un momento. Ajustándose. Sintiendo.

—Sí —susurró ella, enredando sus piernas alrededor de él—. Sí, Alex. Así.

—Dios. —Alex gimió, y enterró la cara en su cuello—. Eva…

No terminó la frase. No hacía falta. Eva podía sentirlo en cada caricia, en cada beso, en la forma en que sus cuerpos se ensamblaban como si hubieran sido diseñados para encajar el uno con el otro.

Y entonces él empezó a moverse.

Lento al principio, controlado, dejándola ajustarse a él. Pero Eva no quería control. Necesitaba todo lo que él pudiera darle.

—Más —le dijo al oído—. No te contengas.

Alex volvió a gemir y su control se rompió. El ritmo se volvió más rápido, más profundo e intenso. Mientras él la llevaba más cerca del éxtasis, Eva se aferró a él y sus uñas se clavaron en sus hombros.

Era sublime. Los años de soledad se desvanecían con cada caricia y cada beso, con cada palabra murmurada entre gemidos.

—Eva. —Alex jadeó y había desesperación en su voz—. Estoy… no voy a poder…

—Yo tampoco. —Logró decir ella, mientras aceleraba el ritmo de sus caderas al sentir que el orgasmo llegaba impetuoso—. Alex, yo…

Y entonces, el universo entero estalló en mil pedazos. Eva gritó su nombre mientras el placer la inundaba, tan poderoso que vio destellos de luz. Sintió a Alex tensarse sobre ella, y escuchó su propio grito mientras él también llegaba, fundiéndose por completo

Se quedaron así durante un largo momento, temblando, respirando entrecortadamente y con los cuerpos entrelazados. Tan juntos que no sabían dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Finalmente, Alex se movió, salió de ella con cuidado y se tumbó a su lado. Mientras sus respiraciones se normalizaban, la atrajo hacia sí y la sostuvo contra su pecho.

Eva escuchó el latido de su corazón bajo su oído, y sintió cómo gradualmente se ralentizaba. Una de las manos de Alex acariciaba su espalda en círculos, mientras la otra se hundía en su pelo.

—Esto ha sido… —empezó Alex.

—Perfecto —concluyó Eva—. Absolutamente perfecto.

—Sí. —Alex besó su frente—. Pero no ha terminado.

Eva levantó la cabeza para mirarlo.

—¿No? —le preguntó con una sensual sonrisa.

—No. —Alex la giró hasta que se quedó de nuevo debajo de él, y sus ojos brillaron con la intensidad de una promesa—. Tenemos toda la noche. Y pienso aprovechar cada segundo.

Y lo hizo.

Se amaron de nuevo, esta vez más despacio, saboreando cada momento. Alex se tomó su tiempo. Estudió cada centímetro de su cuerpo, y aprendió qué era lo que la hacía temblar, y qué la hacía gemir y gritar su nombre.

Durante los descansos, hablaron. Se susurraron secretos, y compartieron miedos y esperanzas. Alex le habló de sus años en el ejército, de las cosas que había visto, de cómo Natalie había sido su luz durante aquellos años. Eva le habló de su matrimonio, de la traición, de cómo había reconstruido su vida después.

Y en algún momento, mientras estaban acostados en la deshecha cama, con las sábanas enredadas alrededor de ellos y las primeras luces del amanecer filtrándose por las ventanas, Eva admitió que estaba totalmente enamorada.

Como si Alex pudiera leer sus pensamientos, la atrajo más cerca y la besó en la frente.

—¿En qué piensas? —preguntó con voz ronca de sueño y satisfacción.

—En que esto lo ha cambiado todo —respondió ella.

—Sí —Alex asintió—. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Querrías? —preguntó Eva, sintiendo una punzada de miedo —. ¿Te gustaría volver atrás?

—Ni en un millón de años. —Alex la miró con serenidad—. Eva, esto… nosotros… Es lo mejor que me ha pasado en cinco años. No quiero apartarme de ti.

—Bien. —Eva sonrió—. Porque yo no quiero que te vayas nunca.

—Bien —repitió Alex, besándola suavemente—. Porque planeo quedarme siempre.

Se besaron de nuevo, de forma más lenta y sin la desesperada urgencia de antes. Porque esto ya era diferente. Era la promesa de miles de mañanas más.

Cerca de la madrugada, exhaustos y completamente satisfechos, se quedaron dormidos enredados el uno en el otro, con la luz del amanecer filtrándose por las ventanas.



CAPÍTULO 12

Sábado, 28 de junio de 2025

Eva se despertó lentamente, consciente de tres cosas. Primero, estaba desnuda. Segundo, no estaba sola en la cama. Y tercero, los brazos que la rodeaban la hacían sentirse más feliz de lo que recordaba en años.

Unos segundos después de abrir los ojos, giró el rostro hacia él y la estaba mirando. Tenía una dulce sonrisa en los labios y sus ojos verdes brillaban bajo la luz de la mañana.

—Buenos días —murmuró él, apartando un mechón de pelo de su rostro.

—Buenos días. —Eva se estiró como un gato y sintió cada músculo de su cuerpo dolorido por la noche anterior—. ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No mucho. —Alex la besó suavemente—. Solo lo suficiente para convencerme de que esto es real. Que lo de anoche no fue un sueño.

—¡Joder, Alex! Me volviste loca de placer y tengo todo el cuerpo dolorido. —Eva sonrió, trazando su mandíbula con los dedos —. Claro que pasó.

—Bien. —Alex la atrajo más cerca, hasta que cada centímetro de sus cuerpos se tocaba—. Porque quiero que pase de nuevo. Y otra vez. Y otra.

Eva soltó una carcajada, con una risa feliz que resonó en la habitación.

—¿Sí?

—Sí. —Alex rodó hasta quedar sobre ella, sosteniéndose con los brazos—. Si tú quieres, claro.

—Por supuesto que quiero. —Eva enredó sus brazos alrededor de su cuello—. Pero antes deberíamos…

Su móvil sonó en la mesilla, interrumpiéndola. Ambos se quedaron mirando.

—Es Carol —dijo Eva, reconociendo el tono—. Se supone que debo recogerla a las diez.

Alex miró el reloj en la pared.

—Son las nueve.

—Mierda. —Eva se incorporó, buscando su móvil—. ¿Hola?

—¡Mamá! —escuchó la voz emocionada de Carol—. ¿Cómo fue anoche? ¿Cómo estuvo la cita? ¿Te lo pasaste bien?

Eva miró a Alex, que observaba con diversión.

—Fue… perfecta, cariño. Absolutamente perfecta.

—¿Y Alex? ¿Sigue ahí?

Eva sintió cómo se le subían los colores.

—Carol…

—¡Lo sabía! ¡Nat, tu padre ha pasado toda la noche con ella! —Eva escuchó a Carol gritarle a su amiga—. Mamá, no pasa nada. Janet dice que podemos quedarnos hasta el mediodía si necesitáis… ya sabes. Más tiempo.

—Carol Marie Watts —dijo Eva con voz firme, pero no pudo evitar sonreír—. Eres imposible.

—Soy maravillosa. —Carol se rio—. Y estoy muy contenta por ti, mamá. Nos vemos a las doce, ¿vale?

—Vale. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero. ¡Y saluda a Alex de mi parte!

Carol colgó antes de que Eva pudiera responder. Dejó el móvil sobre la mesilla y se giró hacia Alex, que estaba sonriendo abiertamente.

—Entonces… —dijo él—. ¿Tenemos tres horas?

—Tenemos tres horas —repitió Eva.

—¿Qué quieres hacer durante esas tres horas? —Alex se acercó y sus manos se deslizaron por sus caderas.

Eva sonrió y lo atrajo hacia ella.

—Creo que se nos ocurrirá algo.

Y mientras Alex la besaba y sus cuerpos se encontraban de nuevo, la luz llenaba la habitación, Eva supo con absoluta certeza que esto era solo el comienzo.

El comienzo de algo que sería extraordinario.

El comienzo de ellos.

El reloj marcaba las once menos cinco cuando Eva y Alex finalmente salieron de la ducha por segunda vez esa mañana. El agua caliente había dejado la piel de ambos enrojecida y sensible, y Eva todavía sentía el eco de las manos de Alex sobre cada centímetro de su cuerpo.

Se vistieron en silencio, intercambiando miradas que decían más que mil palabras. Alex clavaba sus ojos en los suyos de una forma que hacía que a Eva le costara concentrarse en abrocharse los botones de su camisa blanca.

—¿Café? —preguntó ella, fijando sus ojos azules en él mientras se recogía el pelo rubio, todavía húmedo, en una coleta.

—Por favor. —Alex se acercó por detrás y depositó un beso en su cuello que hizo que Eva se estremeciera—. Aunque preferiría volver a la cama.

—Tres horas, Alex —le recordó ella girándose entre sus brazos —. Hemos tenido tres horas. Si no salimos de este loft pronto, Carol va a empezar a preguntarse qué demonios estamos haciendo.

—Carol ya lo sabe. —Alex sonrió con esa expresión pícara que hacía cosas extrañas al estómago de Eva—. Pero tienes razón. Necesitamos comer algo antes de recoger a las niñas.

Mientras Alex sacaba pan del congelador para hacer tostadas, Eva preparó café. Se movían alrededor del otro con una sorprendente facilidad, como si llevaran años haciéndolo en lugar de horas. Alex encontró la mantequilla y Eva supo cómo le gustaba el café sin necesidad de que él lo dijera.

—Esto es raro —comentó Eva apoyándose en la encimera mientras esperaban a que el pan saltara de la tostadora.

—¿El qué? —Alex se giró hacia ella con dos tazas humeantes en las manos.

—Esto. —Eva hizo un gesto que los abarcaba a ambos—. Lo normal que me siento. Como si… no sé. Como si lo hubiéramos hecho mil veces.

Alex dejó las tazas sobre la encimera y se acercó a ella. Sus manos encontraron las caderas de Eva con una familiaridad que la hizo temblar.

—Tal vez es que estamos hechos para esto —murmuró contra sus labios antes de besarla con un lento y profundo beso que era una promesa de todas las mañanas que vendrían después de esta.

El móvil de Eva sonó sobre la encimera, interrumpiéndolos. Ambos se separaron, jadeantes, y Eva frunció el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—Es mi padre —dijo sorprendida. Su padre nunca la llamaba a estas horas—. Espera un momento.

Deslizó el dedo para contestar.

—¿Papá? —su voz salió más aguda de lo normal.

—Eva, cariño. —La voz de Marlon Watts sonaba tensa, preocupada. Nada que ver con su tono habitual, relajado y tranquilo —. Siento molestarte un sábado por la mañana.

El estómago de Eva se contrajo.

—No molestas. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

Alex se enderezó al percibir el cambio en su tono. Sus ojos verdes la observaban con atención mientras ella escuchaba.

—Es tu madre. —Marlon hizo una pausa y Eva escuchó cómo respiraba hondo al otro lado de la línea—. Se ha despertado esta mañana y no se encontraba bien. Mareos, náuseas, dolor de cabeza muy fuerte. Hemos llamado al doctor Morrison para que viniera a casa.

—¿Y? —Eva se aferró al borde de la encimera. Su corazón latía demasiado rápido.

—Ha venido hace una hora. Después de examinarla, ha dicho que lo mejor era llevarla al hospital para hacerle algunas pruebas. Estamos en el Garnet Health Medical Center ahora, esperando los resultados.

—Joder. —Eva se pasó una mano por la cara—. ¿Y mamá cómo está?

—Asustada. Ya sabes cómo es. Intenta hacerse la fuerte, pero la veo pálida y…

—Voy para allá —interrumpió Eva—. Salgo ahora mismo.

—No hace falta que…

—Papá, voy para allá —repitió con firmeza—. ¿En qué hospital habéis dicho?

—Garnet Health Medical Center. En Middletown.

—Vale. Estaré ahí en menos de dos horas. ¿Necesitáis algo?

—Solo que conduzcas con cuidado, cariño.

—Lo haré. Dale un beso a mamá de mi parte.

Colgó y se quedó mirando el teléfono durante unos segundos, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Sintió cómo Alex se acercaba y sus manos se posaban en sus hombros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz suave.

Eva se giró para mirarlo.

—Mi madre está en el hospital. Se ha despertado y no se encontraba bien. Nuestro médico la ha llevado a hacerle pruebas. Tengo que ir.

—Por supuesto —Alex asintió—. ¿Dónde está el hospital?

—En Middletown. A hora y media más o menos. —Eva frunció el ceño—. Mierda. Carol. Tengo que recoger a Carol primero y…

—No. —Alex la interrumpió—. Llama a Janet. Pregúntale si puede quedarse con las niñas hasta que volvamos.

—¿Volvamos? —Eva parpadeó.

—Voy contigo —dijo Alex como si fuera lo más obvio del mundo —. No vas a conducir sola hasta allí estando tan preocupada.

—Alex, no tienes por qué…

—Eva. —La voz de Alex era firme pero amable—. Anoche me pediste que me quedara. Esta mañana hemos… —Hizo un gesto vago que abarcaba todo lo que habían compartido—. No voy a dejarte ir sola. Punto.

Eva sintió algo cálido expandirse en su pecho. Algo que iba más allá de la gratitud.

—Vale —susurró—. Gracias.

Alex le dio un beso rápido en la frente antes de coger su móvil.

—Yo llamo a Janet. Tú coge lo que necesites. Salimos en diez minutos.

Janet contestó al segundo tono, y por el ruido de fondo Eva supo que las niñas estaban con ella viendo alguna película.

—¿Alex? —la voz alegre de Janet resonó por el altavoz del móvil de Alex.

—Hola, Janet —dijo él, mientras Eva corría por el loft buscando su bolso y las llaves del coche—. Tenemos un problema.

—¿Qué ha pasado? —El tono de Janet cambió inmediatamente y mostró preocupación.

—La madre de Eva está en el hospital. Necesitamos ir hasta Middletown ahora mismo. ¿Podrías quedarte con las niñas hasta que volvamos?

—Por supuesto. —No hubo ni un segundo de duda en su voz—. No os preocupéis. Las niñas se quedarán aquí el tiempo que haga falta. ¿Cómo está Elsa?

—No lo sabemos aún. —Alex miró a Eva, que había aparecido con su bolso colgado del hombro y una chaqueta en la mano—. Están haciéndole pruebas.

—No os preocupéis por las niñas. Yo me encargo de todo. Y que conduzca con cuidado.

—Gracias, Janet.

—Para eso están las amigas. Llamadme cuando sepáis algo.

Alex colgó y se giró hacia Eva.

—Janet dice que no te preocupes. Que ella se encarga de todo.

—Es un ángel. —Eva respiró hondo, intentando calmarse—. ¿Estás seguro de que quieres venir? Es un viaje largo y…

—Eva. —Alex se acercó y la tomó de las manos—. Para. Respira. Y deja de intentar convencerme de que no vaya. Voy contigo y punto. ¿Vale?

Eva asintió, sintiendo cómo se le humedecían los ojos.

—Vale.

—¿Tu coche o el mío? —preguntó Alex mientras se ponía la chaqueta.

—El mío —respondió Eva—. Está en el garaje del edificio. Un Mercedes. Conoce bien la carretera.

—Perfecto. —Alex cogió las llaves que ella le tendía—. Y yo conduzco. Tú estás demasiado nerviosa.

Por una vez, Eva no discutió.

El Mercedes gris oscuro de Eva salió del garaje del edificio diez minutos después. Alex conducía con la misma seguridad y competencia con la que parecía hacer todo, navegando por las calles de Tribeca hasta encontrar la entrada a la autopista.

Eva estaba sentada en el asiento del copiloto, con el móvil en la mano y mirando por la ventanilla sin ver realmente nada. Su mente era un torbellino de pensamientos y preocupaciones.

«¿Y si es algo grave? ¿Y si es un infarto? ¿O un derrame cerebral? Mamá solo tiene cincuenta y nueve años. Es demasiado joven para…»

—Eh. —La voz de Alex la sacó de sus pensamientos—. Deja de torturarte. Todavía no sabes qué es.

—Lo sé. —Eva suspiró—. Pero no puedo evitarlo. Mi madre nunca se pone enferma. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuvo un resfriado.

—Lo cual significa que probablemente no es nada grave —dijo Alex—. A veces el cuerpo solo necesita un descanso. O puede ser algo tan simple como una bajada de tensión.

—Puede. —Eva no parecía muy convencida.

Alex extendió la mano derecha y cogió la de ella, entrelazando sus dedos. El gesto fue tan natural, tan reconfortante, que Eva sintió que la tensión se suavizaba.

—Respira —le ordenó Alex suavemente—. Vamos a llegar allí, vas a hablar con el médico y sabremos qué pasa. Y sea lo que sea, yo estaré ahí contigo. ¿Vale?

Eva miró sus manos unidas sobre el reposabrazos. La mano de Alex era grande, fuerte, con las cicatrices de una vida vivida intensamente. Y en ese momento, aferrándose a ella, Eva se sintió más segura de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—Vale —susurró.

Condujeron en silencio durante un rato. Eva miraba el paisaje pasar por la ventanilla. Nueva York dando paso poco a poco a zonas más verdes, más abiertas. El Hudson Valley se extendía a su alrededor, con sus colinas onduladas y sus espesos bosques.

—¿Vas mucho a casa de tus padres? —preguntó Alex finalmente, rompiendo el silencio.

—Muchos fines de semana. —Eva se recostó en el asiento—. Carol adora ir allí. Le encanta estar con su abuelo en el estudio de pintura. Y con mi abuela Allison.

—¿Tu padre tiene un estudio? ¿Es pintor?

—Sí. Acondicionó uno de los establos hace años. Es su refugio —Eva sonrió levemente al recordarlo—. Cuando era pequeña me pasaba horas allí viéndolo pintar. Me encantaba el olor de la pintura al óleo, la forma en que mezclaba los colores.

—Debe ser un lugar increíble. —Alex parecía genuinamente interesado—. El que tengo en mi loft para pintar no es comparable a un establo acondicionado en pleno campo.

—Es precioso. —Eva se giró levemente para mirarlo—. Tiene unos enormes ventanales que dan al norte, para aprovechar la luz natural. Mi padre ha ido coleccionando cosas a lo largo de los años. Caballetes antiguos, paletas de todos los tamaños, pinceles de todas partes del mundo…

—Eso es el paraíso, para un pintor. —Alex sonrió.

—Lo es. —Eva apretó su mano—. A mi padre le encantará conocerte. Le gusta poder hablar de su trabajo.

De repente, Alex pareció caer en algo.

—Espera un momento… ¿Cómo se llama tu padre?

—Marlon.

—¿Tu padre es Marlon Watts? —preguntó, sorprendido.

—Sí, claro.

—¡Joder! —exclamó—. Conozco su trabajo, y es muy bueno. Es un pintor muy reconocido.

—Pues lo vas a conocer personalmente dentro de un rato.

—Me encantará hacerlo. Lo admiro mucho —respondió Alex, sincero.

Eva sonrió feliz, con la certeza de que a su padre también le encantaría conocerlo a él.

Siguieron conduciendo y Eva volvió a mirar por la ventanilla, pero esta vez su mente no estaba llena de preocupaciones. Imaginaba a Alex y a su padre hablando de pintura, de técnicas, de colores. Dos artistas compartiendo su pasión.

Su móvil vibró. Era un mensaje de Carol.

—Mamá, Janet me ha dicho lo de la abuela. ¿Está bien? ¿Necesitas que vaya contigo?

Eva sonrió a pesar de todo. Su niña. Su preciosa niña tan preocupada.

—Tranquila, cariño. Voy de camino al hospital con Alex. En cuanto sepa algo, te llamo. Quédate con Janet y las chicas. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá. Dale un beso a la abuela de mi parte. Y las gracias a Alex por ir contigo.

Eva levantó la vista y encontró a Alex mirándola de reojo mientras conducía.

—Carol dice que te dé las gracias por venir conmigo.

—Dile que no tiene que darlas. —Alex apretó su mano—. No hay ningún otro sitio donde prefiera estar ahora mismo.

Y era cierto. Eva podía verlo en sus ojos, en la forma en que la miraba. Como si ella fuera lo único importante en ese momento.

«¿Cómo es posible?», pensó. «¿Cómo es posible que después de tantos años de no confiar en nadie, de no dejar que nadie se acerque, este hombre se haya colado en mi vida de esta forma?».

Habían pasado de odiarse a… ¿A qué? ¿A amarse? ¿Era eso lo que sentía? ¿Amor?

Lo tenía clarísimo y era maravilloso.

—¿En qué piensas? —preguntó Alex.

—En lo extraño que es todo esto —admitió Eva—. Hace menos de un mes no podía ni verte. Y ahora…

—Ahora no puedes imaginar un día sin mí —terminó Alex con una sonrisa.

—Engreído —comentó Eva, pero también sonreía.

—Realista. —Alex le guiñó un ojo—. Pero si te sirve de algo, yo siento exactamente lo mismo.

Eva no respondió. Solo apretó su mano, volvió a mirar por la ventanilla y sintió cómo ese nudo en su pecho se aflojaba un poco más.

Llegarían al hospital. Verían a su madre. Descubrirían qué pasaba.

Y Alex estaría allí, a su lado, sosteniéndole la mano.

No se sintió sola.

Llegaron al Garnet Health Medical Center una hora y veinticinco minutos después de salir de Tribeca. Alex aparcó en el estacionamiento de visitantes y ambos se bajaron del coche.

El hospital era un gran complejo médico moderno, con varios edificios conectados y amplias zonas ajardinadas. Eva nunca había estado allí antes, pero el doctor Morrison lo había recomendado por ser el centro médico más completo de la zona.

—¿Lista? —preguntó Alex a su lado.

Eva respiró hondo.

—Lista.

Entraron juntos por las puertas automáticas del edificio principal. El vestíbulo era amplio y luminoso, con suelos de linóleo y paredes pintadas de un color beige tranquilizador. Había un mostrador de recepción a la izquierda y una zona de espera con sillas a la derecha.

Eva se acercó a la recepcionista, una mujer de mediana edad con gafas y una amable sonrisa.

—Buenos días. Busco a Elsa Watts. La han traído esta mañana para hacerle unas pruebas.

La mujer tecleó en su ordenador.

—Watts… Sí. Está en la tercera planta, área de pruebas diagnósticas. Pueden subir en el ascensor del fondo a la derecha. Pregunten en el mostrador de enfermeras de la tercera.

—Gracias.

Eva se giró y casi chocó con Alex, que estaba justo detrás de ella. Él le puso una mano en la espalda, guiándola hacia los ascensores.

—Respira —le recordó mientras esperaban.

—Estoy respirando. —Eva parecía más nerviosa de lo que pretendía.

—Estás aguantando la respiración —corrigió Alex—. Puedo verte desde aquí. Respira, Eva. Sea lo que sea, lo solucionaremos.

Las puertas del ascensor se abrieron y entraron. Eva pulsó el botón del tercer piso y se recostó contra la pared del fondo mientras las puertas se cerraban.

—¿Y si es algo malo? —susurró—. ¿Y si es…?

Alex se giró hacia ella y la tomó por los hombros.

—No te imagines lo peor. Ahora mismo no sabemos nada. Así que cálmate, y esperemos a hablar con el médico antes de torturarnos con posibilidades.

Eva asintió, aunque no estaba segura de poder calmarse. El ascensor frenó con suavidad, sonó el aviso y las puertas se abrieron.

La tercera planta era un pasillo largo y blanco con puertas a ambos lados. El mostrador de enfermeras estaba justo enfrente del ascensor. Eva se acercó, con Alex a su lado.

—Hola. Busco a Elsa Watts —dijo a la enfermera de turno, una mujer joven con el pelo recogido en un moño apretado—. Soy su hija.

La enfermera consultó su pantalla.

—Habitación 312. Al final del pasillo a la izquierda. El doctor Morrison está con ella ahora mismo.

—Gracias.

Eva echó a andar por el pasillo, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que Alex podía oírlo. Sus zapatos resonaban contra el linóleo. Las luces fluorescentes del techo zumbaban suavemente.

Habitación 312.

Eva se detuvo frente a la puerta y respiró hondo. Sintió la mano de Alex en su espalda, y con ella su apoyo.

—Estoy aquí —murmuró él.

Eva empujó la puerta y entró.

La habitación era pequeña, pero luminosa, con una ventana que daba a las zonas ajardinadas del complejo hospitalario. Había una cama de hospital en el centro, y en ella, sentada con la espalda apoyada en las almohadas, estaba su madre.

Elsa Watts tenía cincuenta y nueve años, la misma que su padre. Era una mujer elegante, con el pelo rubio recogido en un moño y unos penetrantes ojos azules, del mismo color que su hija. Llevaba una de esas horribles batas de hospital, pero incluso así mantenía esa postura erguida que siempre la había caracterizado.

A su lado estaba Marlon, el padre de Eva. Alto, delgado, con el pelo oscuro salpicado de canas y unas manos manchadas de pintura que nunca conseguía limpiar del todo. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de lino arrugada. Un artista hasta la médula.

Y al pie de la cama, con un portapapeles en las manos, estaba el doctor Morrison. Eva lo reconoció al momento. Era un hombre de unos cincuenta años, con gafas y una expresión amable pero seria.

—Eva. —Su madre sonrió al verla, aunque Eva notó cierto cansancio en su expresión—. Cariño, no hacía falta que vinieras.

—Por supuesto que hacía falta. —Eva se acercó y besó la mejilla de su madre antes de girarse hacia su padre—. Papá.

Marlon y ella se abrazaron.

—Gracias por venir, cariño.

Fue entonces cuando el doctor Morrison levantó la vista y vio a Alex de pie junto a la puerta.

—Oh, no sabía que había más familia.

—Él es Alex Kraft —dijo Eva rápidamente—. Es… —Titubeó, sin saber muy bien cómo presentarlo.

—Soy su pareja —dijo Alex con firmeza, entrando en la habitación y ofreciendo su mano al doctor.

El doctor estrechó su mano mientras Marlon levantaba una ceja con interés y una leve sonrisa. Elsa sonrió, como si no le sorprendiera en absoluto.

—Encantado —dijo el doctor Morrison—. Estaba justo explicándole a la señora Watts los resultados de las pruebas.

Eva sintió cómo se le contraía el estómago.

—¿Y?

El doctor consultó su portapapeles.

—Bueno, hemos hecho un análisis de sangre completo, un electrocardiograma y una resonancia magnética. La buena noticia es que no hay indicios de infarto ni de derrame cerebral.

Eva sintió cómo se le aflojaban las rodillas. Alex se acercó y le puso una mano en la espalda, sosteniéndola.

—¿Y la mala noticia? —preguntó Marlon con voz tensa.

—No hay mala noticia como tal. —El doctor Morrison se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo—. Pero sí hay algo que nos preocupa. La señora Watts tiene la tensión arterial bastante alta. 160 sobre 95. Y los niveles de cortisol en sangre también están elevados.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eva.

—Significa que su madre está sometida a mucho estrés —explicó el doctor—. El estrés crónico puede causar mareos, dolores de cabeza, náuseas. Todos los síntomas que la señora Watts ha experimentado esta mañana.

—¿Estrés? —Elsa frunció el ceño—. Pero si llevo una vida muy tranquila. No hago nada estresante.

—El estrés no siempre es evidente, señora Watts —dijo el doctor Morrison con amabilidad—. A veces se acumula sin que nos demos cuenta. Pequeñas preocupaciones del día a día, responsabilidades, incluso cosas que parecen insignificantes pueden ir sumando.

—Supongo que tiene razón. —Elsa suspiró—. A veces me preocupo demasiado por tonterías.

—Todos lo hacemos. —El doctor sonrió—. Por eso es importante aprender a gestionarlo. Voy a recetarle medicación para la tensión arterial. Y le recomiendo que intente reducir el estrés en su vida. Más descanso, menos preocupaciones. Considere iniciarse en técnicas de relajación, como el yoga o la meditación.

—Lo haré —prometió Elsa.

—Bien. —El doctor Morrison asintió—. Entonces pueden llevarla a casa. Pero si los síntomas vuelven, quiero que me llamen inmediatamente. Y dentro de unos días quiero ver a la señora Watts en mi consulta para hacer un seguimiento.

—Allí estaremos —dijo Marlon.

El doctor se despidió y salió de la habitación. Hubo un momento de silencio mientras todos procesaban la información. Eva se acercó a su madre y le tomó la mano.

—Mamá, prométeme que vas a cuidarte. Que vas a tomarte esto en serio.

—Lo prometo, cariño. —Elsa apretó su mano—. No te preocupes por mí. Solo ha sido un susto.

—Un susto que nos ha dado a todos un buen disgusto —intervino Marlon—. Pero ya está. Ahora vamos a asegurarnos de que descansas y te cuidas.

Eva besó la frente de su madre y se incorporó. Fue entonces cuando Marlon se acercó a Alex, que había permanecido discretamente junto a la puerta.

—Alex. —Marlon extendió la mano—. Gracias por acompañar a Eva. Sé que debe haber sido difícil dejar todo para venir hasta aquí un sábado.

—En absoluto, señor Watts. —Alex estrechó su mano con firmeza—. No iba a dejar que Eva viniera sola.

—Marlon, por favor. Lo de señor Watts me hace sentir viejo y me recuerda a mi padre —dijo con una amarga sonrisa—. Y si eres la pareja de mi hija, creo que podemos tutearnos.

Alex asintió y le mostró otra.

—Marlon, entonces.

—Papá. —Eva se acercó a ellos—. Hay algo que quiero que sepas. Alex también es pintor.

Los ojos de Marlon se iluminaron al momento.

—¿Pintor? ¿En serio? —Miró a Alex con renovado interés—. ¿De qué tipo? ¿Óleo, acrílico?

—Principalmente óleo —respondió Alex—. Aunque también trabajo con acrílico de vez en cuando. Depende del proyecto.

—El óleo es mi favorito. —Marlon se animó visiblemente—. No hay nada como la textura, la forma en que se pueden mezclar los colores directamente en el lienzo…

—Exacto. —Alex asintió—. Y la capacidad de corrección. Puedes trabajar una zona durante días si hace falta, añadiendo capas, matizando…

—¿Qué tipo de obra haces? —preguntó Marlon—. ¿Paisajes, retratos, abstracto?

—Un poco de todo, pero últimamente me he centrado más en los retratos. —Alex lanzó una mirada rápida a Eva—. Me gusta capturar… la esencia de las personas. No solo su apariencia física, sino algo más profundo.

—Eso es lo más difícil. —Marlon asintió con entusiasmo—. Cualquiera puede pintar una cara, pero capturar el alma… eso requiere verdadero talento. ¿Has expuesto tu obra?

—He tenido algunas pequeñas exposiciones en galerías de Nueva York —respondió Alex con modestia—. Nada comparable a tu trabajo, por supuesto. He visto algunas de tus piezas en galerías. Tu uso del color es extraordinario.

Marlon sonrió, claramente complacido.

—Gracias. Pero no seas tan modesto. Si Eva te ha elegido, y encima eres pintor, estoy seguro de que tanto tú como tu trabajo sois excelentes. —Hizo una pausa y luego añadió—. De hecho, ¿por qué no venís un día a visitarnos? Los dos. Podríais traer a Carol también. Te enseñaría mi estudio y podríamos hablar de pintura con calma. Y Elsa estaría encantada de cocinar para todos.

—Yo estaría encantada de que vinieran —intervino Elsa desde la cama—. Hace tiempo que no tenemos invitados.

Eva miró a Alex, quien asintió casi imperceptiblemente.

—Nos encantaría, papá —dijo Eva—. ¿Verdad, Alex?

—Sería un honor. —Alex sonrió—. Me muero de ganas de ver tu estudio. Eva me ha contado maravillas de él.

—Es mi refugio —admitió Marlon—. El lugar donde puedo perderme durante horas sin que nadie me moleste. Bueno, excepto Elsa, cuando decide que he estado demasiado tiempo ahí y necesito comer algo.

—Alguien tiene que cuidar de ti —replicó Elsa con cariño—. Si no fuera por mí, vivirías a base de café y galletas.

Todos se rieron, y Eva sintió que se relajaba por completo. Su madre estaba bien. No era nada grave. Y su padre y Alex parecían

llevarse de maravilla.

—Entonces está decidido —dijo Marlon—. El próximo fin de semana, si os viene bien. Podéis venir el sábado por la mañana; os enseño el estudio, comemos todos juntos y, si queréis, podéis quedaros a pasar la noche. Tenemos habitaciones de sobra.

—Eso sería perfecto. —Eva miró a Alex en busca de confirmación.

—Perfecto —asintió Alex.

—Estupendo. —Marlon palmeó el hombro de Alex—. Ya tengo ganas de enseñarte algunas técnicas que he estado experimentando últimamente. Creo que te van a interesar.

—Y yo tengo ganas de aprender —respondió Alex con sinceridad—. Siempre he admirado tu trabajo.

Eva observó la interacción entre ambos hombres con una mezcla de alivio y alegría. Ver a su padre tan animado, tan entusiasmado hablando con Alex, le llenaba el corazón. Y Alex parecía igualmente cómodo, como si conociera a Marlon desde hacía años en lugar de minutos.

Una enfermera entró en ese momento con el alta de Elsa y los papeles de la receta. Marlon se ocupó de los trámites mientras Eva ayudaba a su madre a vestirse detrás de una cortina.

—Me cae bien —susurró Elsa mientras Eva le abrochaba los botones de la blusa—. Alex. Es guapísimo, y parece un buen hombre.

—Lo es —Eva sonrió—. Es… muy especial, mamá.

—Se te nota en la mirada. —Elsa le tocó la mejilla con ternura —. Hace años que no te veía tan feliz.

—Es pronto todavía, pero… sí. Soy muy feliz —admitió Eva.

—Entonces me alegro por ti, cariño. —Elsa la besó en la frente —. Te lo mereces.

Cuando salieron de detrás de la cortina, Marlon ya tenía todos los papeles listos. Se despidieron del personal del hospital y los

cuatro salieron juntos hacia el estacionamiento.

—Bueno —dijo Marlon mientras se detenían entre los dos coches—. Nosotros nos vamos a casa. Elsa necesita descansar.

—¿Seguro que no queréis que os acompañemos? —preguntó Eva.

—Estoy bien. —Elsa la abrazó—. Volved a casa con Carol. Supongo que la niña está preocupada.

—Llámame cuando lleguéis —insistió Eva—. Y cualquier cosa que necesites, lo que sea…

—Lo haré —prometió Elsa—. Ahora id. Y cuidaos.

Marlon se acercó a Alex y le estrechó la mano de nuevo.

—Ha sido un placer conocerte, Alex. De verdad. No puedo esperar a seguir hablando de pintura contigo el próximo fin de semana.

—El placer ha sido mío —respondió Alex—. Y cuida de Elsa.

—No te preocupes. No la voy a dejar sola ni un segundo. —Marlon sonrió y luego se giró hacia Eva, para darle un último abrazo —. Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, papá.

Eva y Alex se quedaron de pie en el estacionamiento, viendo cómo el coche de sus padres se alejaba. Cuando desapareció de la vista, Eva sintió la mano de Alex en la suya.

—Tu padre es un hombre increíble —dijo Alex—. Ahora entiendo de dónde sacas esa pasión por las cosas que te importan.

—Le has caído muy bien. —Eva sonrió—. No habla así de pintura con cualquiera. Tienes que haberle impresionado.

—Es fácil hablar con él. —Alex la atrajo hacia sí—. Tiene esa… no sé. Esa calma que tienen los artistas que realmente aman lo que hacen.

—Como tú —observó Eva.

—Como yo —admitió Alex—. Por eso creo que vamos a llevarnos bien.

Eva apoyó la cabeza en su hombro.

—Gracias por venir conmigo. No sé qué habría hecho sin ti.

—Habrías estado bien. —Alex besó su coronilla—. Eres más fuerte de lo que crees, pero me alegro de haber estado aquí.

—Yo también.

Mientras el sol de la tarde empezaba a descender, durante un momento se quedaron abrazados en medio del estacionamiento del hospital.

—Venga —dijo finalmente Alex—. Volvamos a casa. Carol nos está esperando.

—A casa —repitió Eva.

Y mientras caminaban hacia el Mercedes, con las manos entrelazadas, Eva se dio cuenta de que cuando Alex decía «casa», ya no sabía muy bien si se refería al loft de ella o al de él.

Porque en algún momento de las últimas veinticuatro horas, la idea de hogar había dejado de ser un lugar.

Y se había convertido en una persona.



CAPÍTULO 13

Volver a casa

El viaje de vuelta a Nueva York fue completamente diferente al de ida. La tensión había desaparecido, reemplazada por una calma que Eva no había sentido en horas. El sol de la tarde se colaba por las ventanillas del Mercedes, tiñendo todo de un dorado cálido que hacía que el interior del coche pareciera envuelto en ámbar.

Eva había llamado a Carol desde el hospital para contarle que la abuela estaba bien, que solo era estrés y que ya estaba de vuelta en la finca. La niña había llorado de alivio al teléfono, y Eva había tenido que contener sus propias lágrimas mientras le prometía que todo estaba bien.

Ahora, con la autopista desplegándose frente a ellos y la mano de Alex descansando sobre la suya en el reposabrazos, Eva se permitió respirar por primera vez en todo el día.

—¿En qué piensas? —preguntó Alex, lanzándole una mirada de reojo.

—En que ha sido un día muy largo. —Eva sonrió—. Y en que no sé cómo habría podido manejarlo sin ti.

—Ya me lo has agradecido tres veces. —Alex apretó su mano —. Y las tres veces te he dicho lo mismo: no tienes que darlas.

—Lo sé, pero… —Eva hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. No estoy acostumbrada a esto. A tener a alguien que esté ahí. Sin cuestionarme. Sin esperar nada a cambio.

—Eva. —La voz de Alex era suave, pero firme—. Yo no estoy aquí porque espere algo a cambio. Estoy aquí porque quiero estarlo. Porque no concibo estar en ningún otro sitio cuando tú me necesitas.

Eva sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Cómo es que siempre sabes qué decir?

—No siempre lo sé. —Alex sonrió—. Pero contigo es fácil. Eres… transparente. En el buen sentido. Puedo ver en tu cara y en tus ojos exactamente lo que sientes. Y eso hace que todo sea más sencillo.

—No sé si eso es bueno o malo —Eva se rio—. Siempre he pensado que soy buena ocultando mis emociones.

—Lo eres. Con los demás. —Alex le lanzó otra mirada—. Pero no conmigo. Nunca has podido ocultarme nada. Desde el primer día.

Eva pensó en eso. En cómo desde el principio, desde aquella primera vez que había interactuado con Alex en casa de Janet, había habido algo entre ellos. Una conexión que había intentado ignorar, que había confundido con antipatía, pero que siempre había estado ahí.

—Tal vez tengas razón —admitió—. Pero te juro que, durante mucho tiempo, lo único que despertabas en mí era irritación.

—Era mutuo. —Alex se rio entre dientes—. Estaba furioso conmigo mismo porque no dejaba de pensar en ti. Porque cada vez que te veía en el gimnasio, o cuando recogíamos a las niñas del colegio, mi día mejoraba automáticamente. Incluso cuando discutíamos.

—En especial cuando discutíamos —corrigió Eva con una sonrisa.

—Es cierto. —Alex asintió—. Eras tan terca, tan segura de ti misma… Me sacabas de quicio, pero al mismo tiempo me fascinabas.

—Yo también me sentía así —confesó Eva—. Como si cada vez que estábamos juntos, algo dentro de mí cobrara vida. Algo que llevaba dormido mucho tiempo.

Alex levantó su mano entrelazada con la de Eva y la besó suavemente.

—Me alegro de que hayamos dejado de pelear.

—Yo también. —Eva apoyó la cabeza en el reposacabezas, mirándolo—. Aunque tengo que admitir que discutir contigo tenía su

encanto.

—Oh, no te preocupes. —Alex le guiñó un ojo—. Estoy seguro de que encontraremos montones de cosas por las que discutir. Pero ahora terminaremos las discusiones de otra forma.

Eva sintió cómo se le calentaban las mejillas al imaginar cómo las «terminarían». En su cama. Varias veces.

—Eres imposible.

—Soy realista. —Alex sonrió con esa expresión traviesa que hacía que Eva quisiera besarlo—. Y ahora lo estoy siendo al pensar que, en cuanto lleguemos a casa y recojamos a las niñas, voy a tener que esperar horas antes de poder volver a besarte como quiero.

—Las niñas van a estar con nosotros —le recordó Eva, aunque la idea de tener que esperar tampoco le gustaba demasiado.

—Lo sé. —Alex suspiró con dramatismo—. Por eso digo que voy a tener que esperar, aunque sospecho que Carol y Nat van a estar encantadas de vernos juntos.

—Estarán más que encantadas. —Eva se rio—. Llevan semanas intentando empujarnos el uno hacia el otro. Y Jenny también.

—Las tres son unas conspiradoras. —Alex negó con la cabeza —. Pero tengo que admitir que su plan ha funcionado.

—Su plan y la cena en casa de Janet —añadió Eva—. Allí te vi como el irritante padre de Natalie, aunque ya me gustabas cuando coincidíamos en el gimnasio. No podía dejar de mirarte.

—Me pasaba lo mismo —dijo Alex—. Me encantaba verte entrenar. La forma en que te movías, la concentración en tu cara… Me resultaba imposible no fijarme en ti.

—Y luego empezamos a hablar más —continuó Eva—. Y cada conversación hacía que quisiera tener la siguiente.

—Y aquí estamos. —Alex sonrió—. Volviendo a casa después de pasar la noche juntos y de conocer a tus padres en el hospital.

—Mi padre te adora, por cierto. —Eva se giró hacia él—. No habla así de pintura con cualquiera. Tienes que haberle impresionado de verdad.

—Tu padre es… —Alex hizo una pausa, como buscando las palabras correctas—. Es especial. Tiene esa pasión por su arte que solo tienen los verdaderos artistas. Y al mismo tiempo es humilde, accesible. Me ha caído muy bien.

—Tú también a él. —Eva apretó su mano—. Estoy deseando que veas su estudio. Es impresionante.

—Me encantará. —Alex asintió—. Y pasar un fin de semana en la finca con tu familia. Va a ser perfecto.

Eva sonrió, imaginándolo. Carol corriendo por la finca con su abuelo. Alex y Marlon hablando de pintura en el estudio. Su madre preparando una de sus comidas especiales. Natalie también estaría allí, por supuesto. Las niñas juntas, felices.

Era una imagen tan perfecta que casi le daba miedo. Como si fuera demasiado bueno para ser verdad.

—Eh. —La voz de Alex la sacó de sus pensamientos—. ¿Dónde has ido?

—Estaba pensando en el fin de semana en la finca —admitió Eva—. En lo perfecto que va a ser.

—¿Y eso te pone tensa?

—Más bien… me asusta. —Eva frunció el ceño—. Como si fuera demasiado perfecto y en cualquier momento algo pudiera salir mal.

Alex no respondió. En lugar de eso, tomó la siguiente salida de la autopista y se detuvo en el arcén de una calle tranquila. Apagó el motor y se giró hacia ella.

—Eva, mírame.

Eva lo miró y claudicó ante esos ojos verdes que ya conocía tan bien y que podía leer con tanta facilidad.

—Sé que tienes miedo —dijo Alex con voz suave—. Sé que te han hecho daño antes y que es difícil confiar de nuevo. Pero yo no

soy David. Esto no es lo que has tenido antes. Yo soy diferente.

—Lo sé —susurró Eva.

—No voy a prometerte que va a ser perfecto todo el tiempo —continuó Alex—. Vamos a discutir. Vamos a tener días malos. Voy a meter la pata y tú también. Pero lo que sí te prometo es que voy a estar ahí. Cada día. Pase lo que pase.

Eva sintió cómo las lágrimas amenazaban con desbordarse.

—¿Por qué eres tan perfecto?

—No lo soy. —Alex sonrió—. Pregúntale a Natalie. Te hará una lista completa de todos mis defectos.

Eva se rio entre lágrimas.

—Te quiero. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Antes de que pudiera pensarlo demasiado.

Alex se quedó inmóvil. Sus ojos se abrieron un poco más, sorprendidos. Y luego una hermosa sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Qué has dicho?

—Te quiero —repitió Eva, esta vez más firme—. Sé que es pronto y sé que suena loco, pero es la verdad. —Asintió con la cabeza—. Te quiero, Alex.

Alex se inclinó sobre el reposabrazos y la besó. De una forma que dijo todo lo que las palabras no podían expresar.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Yo también te quiero —susurró Alex contra sus labios—. Llevo semanas queriéndotelo decir, pero no sabía cómo. No sabía si era demasiado pronto o si te asustaría.

—Me asusta —admitió Eva—, pero también me hace feliz. Más feliz de lo que he sido en años.

—Entonces no tengamos miedo. —Alex la besó de nuevo—. Simplemente… seamos felices.

—Vale. —Eva sonrió—. Seamos felices.

Se quedaron así un momento más, besándose en el coche, detenidos al borde de la carretera mientras el sol seguía descendiendo sobre el horizonte.

Finalmente, Alex arrancó el motor de nuevo y retomaron el camino hacia la ciudad.

Ahora todo era diferente. Habían dicho las palabras y abierto su corazón. Habían cruzado esa línea.

Llegaron a Tribeca cuando el sol ya se había puesto casi por completo. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse, creando ese característico brillo de Manhattan al anochecer.

Alex aparcó frente al edificio de Janet, y antes de que pudieran bajar del coche, Eva vio a Carol salir corriendo por la puerta principal. Natalie venía justo detrás de ella, seguida por Jenny y Janet, que sonreían mientras se acercaban.

—¡Mamá! —Carol se lanzó a los brazos de Eva en cuanto esta salió del coche—. ¿Cómo está la abuela? ¿De verdad está bien?

—Está bien, cariño. —Eva la abrazó fuerte, aspirando el olor a champú de su pelo—. Era solo estrés. Ya está en casa descansando.

—¿Seguro? —Carol se apartó para mirarla a los ojos. Tenía los ojos marrones brillantes de las lágrimas que retenía.

—Seguro. —Eva le apartó un mechón de pelo de la cara—. El médico le ha recetado medicina para la tensión y le ha dicho que tiene que descansar más. Pero está bien.

Carol se lanzó de nuevo a sus brazos y Eva sintió que su hija temblaba ligeramente. Había estado más asustada de lo que había dejado ver por teléfono.

—Eh, está bien. —Eva la meció suavemente—. Todo está bien.

De forma simultánea, Natalie se había acercado a la puerta del conductor y lanzado a los brazos de su padre, con la misma urgencia.

—¿Y la abuela de Carol? —preguntó Natalie, con la voz amortiguada contra el pecho de Alex.

—Está perfectamente. —Alex la abrazó—. Solo necesita descansar más y tomarse las cosas con calma.

Después de un momento, ambas niñas se separaron y se secaron los ojos. Entonces Carol vio a Alex, que había rodeado el coche y estaba de pie junto a ellas.

—Gracias por ir con mi mamá —dijo Carol, y antes de que Alex pudiera responder, se lanzó a abrazarlo también.

Alex pareció sorprendido durante un segundo, pero luego envolvió a la niña en sus brazos.

—De nada, Carol. Para eso estamos.

Cuando Carol se separó, tenía una sonrisa enorme en la cara a pesar de las lágrimas.

—¿Os habéis dado cuenta? —dijo volviéndose hacia Natalie y Jenny.

—¿De qué? —preguntó Natalie, aunque por su sonrisa era evidente que ya sabía la respuesta.

—Ha dicho "para eso estamos". —Carol prácticamente rebotaba —. ¡Estamos! Como en… juntos. Como pareja.

Eva sintió cómo se le subían los colores y Alex se rio abiertamente.

—Eres demasiado lista —dijo Eva.

—¿Entonces es verdad? —Natalie se acercó a Eva con los ojos brillantes—. ¿Estáis juntos?

Eva miró a Alex, quien asintió levemente.

—Sí —dijo Eva—. Estamos juntos.

Las tres niñas estallaron en gritos de alegría. Carol y Natalie se abrazaron, saltando en el sitio. Jenny aplaudía y reía.

—¡Lo sabía! —Carol se giró hacia sus amigas—. ¡Ya os dije que funcionaría!

—Yo también lo sabía —defendió Natalie—. De hecho, fui yo quien tuvo la idea de la cena en casa de Jenny.

—Un momento. —Eva las miró con los ojos entrecerrados—. ¿Vosotras lo planeasteis?

—¡Pues claro! —Carol puso los ojos en blanco—. Mamá, llevabais semanas mirándoos como tontos en el gimnasio. O al menos eso es lo que dice Janet. Alguien tenía que hacer algo.

—No nos mirábamos como tontos —protestó Eva.

—Sí que lo hacíais —intervino Jenny—. Mi madre nos lo dijo. Decía que erais como dos adolescentes que no sabían cómo hablarse.

Janet, que se había acercado finalmente, se rio.

—Es verdad —dijo—. Erais bastante obvios.

—Yo no era obvio —murmuró Alex.

—Papá, desde la cena en casa de Jenny, te quedabas mirándola como cinco minutos seguidos. —Natalie negó con la cabeza—. Y luego te ponías de mal humor cuando ella se iba.

—No me ponía de mal humor.

—Sí que te ponías —insistió Natalie—. Y luego intentabas disimularlo pintando.

Eva se rio, imaginando a Alex de mal humor intentando pintar sus frustraciones.

—Bueno, pues muchas gracias por vuestra… intervención —dijo al final—. Aunque no estoy segura de que fuera necesaria.

—Era totalmente necesaria. —Carol cruzó los brazos—. Ibais a tardar meses en hacer algo si os dejábamos solos.

—Tiene razón —admitió Alex, atrayendo a Eva hacia él por la cintura—. Probablemente, en el gimnasio seguiríamos fingiendo que no nos gustábamos y discutiríamos fuera de él.

—Bueno. —Janet sonrió—. Me alegro de que lo hayáis solucionado. Y me alegro también de que Elsa esté bien. ¿Necesitáis

algo?

—No, gracias. —Eva se acercó y la abrazó—. Gracias por cuidar de las niñas todo el día.

—Para eso están las amigas. —Janet le devolvió el abrazo—. Ahora id a casa y descansad. Ha sido un día largo.

Carol recogió su mochila del portal mientras Natalie hacía lo mismo. Se despidieron de Jenny con abrazos y promesas de verse al día siguiente.

Los cuatro caminaron hacia el edificio de Eva, que estaba a un par de manzanas. Carol y Natalie iban delante, hablando animadamente sobre el día, mientras Eva y Alex las seguían un poco más atrás, con las manos entrelazadas.

—Es raro —comentó Eva en voz baja—. Verlas caminar juntas así. Como si fueran hermanas.

—Lo son, en cierto modo —respondió Alex—. Han sido mejores amigas desde que tenían cinco años. Eso cuenta como familia, ¿no?

—Sí. —Eva sonrió—. Supongo que sí.

Llegaron al edificio y subieron en el ascensor. Carol y Natalie seguían charlando sin parar, ahora sobre la película que habían visto y sobre cómo Janet había intentado hacer galletas que «no habían quedado muy bien, pero tampoco estaban tan mal».

Cuando entraron en el loft, Eva dejó su bolso en la encimera de la cocina y se giró hacia Alex y Natalie.

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó—. Podemos pedir pizza.

—¡Sí! —Carol y Natalie respondieron al unísono.

Alex miró a Eva con una ceja levantada.

—¿Estás segura? Ha sido un día largo y…

—Estoy segura. —Eva se acercó y le tomó la mano—. Quiero que os quedéis. Los dos.

—Entonces nos quedamos. —Alex sonrió y la besó suavemente en los labios.

—¡Puaj! —Carol hizo un gesto exagerado de asco—. ¿Vais a estar así todo el tiempo ahora?

—Probablemente —respondió Alex sin dejar de mirar a Eva.

—Genial. —Natalie se rio—. Vamos a tener que acostumbrarnos.

—No os quejéis. —Eva se separó de Alex y fue hacia la cocina —. Esto fue idea vuestra, ¿recordáis?

—Y fue la mejor idea que hemos tenido. —Carol sonrió—. ¿Verdad, Nat?

—Definitivamente —dijo Natalie, asintiendo con la cabeza.

Eva sacó su móvil y empezó a buscar el número de la pizzería, mientras Alex se sentaba en uno de los taburetes de la cocina. Las niñas desaparecieron hacia la habitación de Carol, arrastrando sus mochilas.

—¿Qué quieres en tu pizza? —preguntó Eva.

—Lo que tú quieras —Alex se encogió de hombros—. No soy exigente.

—Eso es peligroso —Eva sonrió—. Podría pedir piña.

—Retiro lo dicho —Alex hizo una mueca—. Cualquier cosa menos piña.

—¿Pepperoni entonces?

—Perfecto.

Eva llamó y pidió dos pizzas grandes, una de pepperoni y otra de cuatro quesos para las niñas. Cuando colgó, Alex ya había sacado dos copas del armario y estaba sirviendo vino tinto.

—Te adaptas enseguida —dijo Eva, sonriendo.

—¿Eso es malo? —preguntó Alex, tendiéndole una copa.

—Al contrario. —Eva bebió un sorbo—. Me encanta. Es… muy natural.

—Lo es. —Alex la abrazó suavemente—. Como si siempre hubiera sido así.

Eva apoyó la cabeza en su hombro y ambos se dejaron envolver por la calma.

Desde la habitación de Carol llegaban risas y voces animadas. Eva sonrió.

—Están felices.

—Mucho. —Alex besó su coronilla—. Creo que llevaban tiempo queriendo que esto pasara.

—¿Y tú? —Eva levantó la vista para mirarlo—. ¿Tú eres feliz?

—Más de lo que he sido en mucho tiempo —respondió Alex con sinceridad—. Contigo me siento… completo. Como si hubiera estado esperando esto sin saberlo.

—Yo estoy igual —admitió Eva.

Se besaron de nuevo, un beso suave y lento que prometía más para cuando estuvieran solos.

—Mamá, ¿ha llegado ya la pizza? —La voz de Carol interrumpió el momento.

Eva y Alex se separaron, riendo.

—Aún no, cariño —respondió Eva—. Tardará unos veinte minutos.

—Vale. Nat y yo vamos a ver una película en mi cuarto mientras esperamos. ¿Os parece bien?

—Perfecto —Eva sonrió—. Pero dejad la puerta abierta.

—¡Vale!

El leve crujido de la puerta del dormitorio al abrirse fue seguido por la sintonía del inicio de una película.

—Parece que nos están dejando solos —comentó Alex con una chispa de diversión.

—Son brillantes. —Eva soltó una risita—, a veces me dan miedo de lo listas que son.

—Pues no desperdiciemos el regalo —respondió él, atrayéndola con suavidad hacia el sofá.

Se sentaron juntos, Eva acurrucada contra el pecho de Alex y con sus piernas entrelazadas. La televisión estaba apagada y el loft permanecía en silencio, excepto por las risas ocasionales que llegaban desde la habitación de Carol.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esto? —preguntó Eva después de un rato.

—¿Qué?

—Que no tengo que fingir. —Eva trazó círculos distraídos en su pecho—. Puedo ser yo misma. Sin armadura. Sin tener que demostrar nada.

—Eso es porque nunca has tenido que demostrarme nada. —Alex besó su cabeza—. Ya sabía quién eras desde el principio. Desde aquella desastrosa primera cena en casa de Janet.

—¿En serio? —Eva levantó la cabeza para mirarlo—. ¿Qué es lo que viste en mí?

—A una mujer fuerte que había construido una vida sola después de que se la rompieran. —Alex le acarició la mejilla—. A alguien que amaba a su hija más que a nada en el mundo. Una mujer que tenía miedo de confiar, pero que quería hacerlo de todas formas.

Eva sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Y ahora? —susurró—. ¿Qué ves ahora?

—Veo a la mujer de la que estoy enamorado. —Alex la besó suavemente—. Veo mi futuro. Todo lo que quiero.

Eva lo besó, profundamente, vertiendo en ese beso todo lo que sentía. Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Te quiero —dijo Eva de nuevo, porque necesitaba decirlo. Necesitaba que él lo supiera.

—Yo también te quiero. —Alex la abrazó más fuerte—. Tanto que a veces me asusta.

—A mí también me asusta —admitió Eva—. Pero creo que está bien tener miedo. Significa que lo nuestro es real, que nos importa.

—Importa más que cualquier otra cosa. —Alex la besó de nuevo—. Eres lo más importante para mí. Tú y las niñas.

Se quedaron abrazados en el sofá, hablando en voz baja sobre todo y nada. Sobre el estudio de Marlon, sobre cómo sería el fin de semana. Del futuro, aunque ninguno de los dos se atrevía a hacer planes demasiado concretos todavía.

Cuando sonó el timbre de la puerta anunciando la llegada de la pizza, ambos se levantaron a regañadientes.

—¡La pizza! —Carol y Natalie salieron corriendo de la habitación.

Mientras Eva sacaba platos de la cocina, Alex abrió la puerta y recogió las cajas. Las niñas pusieron la mesa entre risas y amistosos empujones.

Se sentaron los cuatro alrededor de la mesa del comedor. Las crías contaban anécdotas del día con Janet, imitando sus expresiones y haciendo reír a la pareja.

Eva observaba la escena con cariño. Su hija riéndose. Natalie estaba tan cómoda como si estuviera en su propia casa. Alex sonriendo y participando en la conversación.

Esto era lo que siempre había querido. Una familia de verdad. Aún no era perfecta, pero era real, y ahora la tenía.

Después de cenar, las pequeñas volvieron a la habitación de Carol para terminar su película. Eva y Alex recogieron la mesa y lavaron los platos juntos, moviéndose alrededor del otro con esa facilidad que solo viene con la intimidad.

Cuando terminaron, volvieron al sofá. Esta vez Alex encendió la televisión y buscó algo para ver, aunque ninguno de los dos prestaba realmente atención a lo que ponían.

Estaban demasiado concentrados el uno en el otro. En las caricias, en los besos robados. En las palabras que se susurraban.

—Deberías quedarte —dijo Eva de repente.

Alex la miró sorprendido.

—¿Esta noche?

—Sí. —Eva se mordió el labio—. Los dos. Tú y Natalie. Tengo una habitación de invitados, pero creo que no hará falta. Natalie puede quedarse con Carol y tú… tú puedes quedarte conmigo.

—¿Estás segura? —Alex deseaba decir que sí, pero quería ser cauteloso—. Es un gran paso.

—Lo sé. —Eva tomó su mano—. Pero quiero darlo. Contigo.

Alex le regaló esa sonrisa que hacía que a Eva se le derritiera el corazón.

—Entonces nos quedamos.

Se lo dijeron a las niñas, que reaccionaron con el esperado entusiasmo. Se instalaron en la habitación de Carol, con pijamas, mantas y una nueva película. Eva les llevó palomitas y refrescos antes de cerrar la puerta y dejarlas solas.

Cuando volvió al salón, Alex estaba de pie junto a los ventanales, mirando la ciudad.

—Es hermoso —dijo sin girarse—. Nueva York de noche.

—Sí. —Eva se acercó y se apoyó contra su espalda—. Lo es.

Alex se giró y la envolvió en sus brazos.

—Gracias —murmuró contra su pelo.

—¿Por qué?

—Por esto. Por pedir que nos quedemos. Por confiar en mí.

—No tienes que darlas. —Eva levantó la vista para mirarlo—. Esto es lo que quiero. Tú eres lo que quiero.

Se besaron de nuevo, un beso que empezó siendo suave, pero que se volvió más intenso.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento y con las pupilas dilatadas.

—Deberíamos… —empezó Eva.

—Sí —Alex asintió—. Deberíamos.

Pero ninguno de los dos se movió. Se quedaron ahí, abrazados, sabiendo que en cuanto cruzaran el umbral de la habitación de Eva, todo cambiaría de nuevo.

Finalmente, Eva tomó su mano y lo guio hacia su dormitorio.

Y mientras cerraba la puerta tras ellos, supo que había tomado la decisión correcta.

Porque estar con Alex era todo lo que deseaba y necesitaba.



CAPÍTULO 14

La primera mañana

Domingo, 28 de junio de 2025

Eva se despertó con la luz del sol filtrándose por las cortinas que no había cerrado completamente la noche anterior. Por un momento, desorientada, no supo dónde estaba. Luego sintió el peso del brazo de Alex sobre su cintura, el calor de su cuerpo contra su espalda, y todo volvió a ella.

Sonrió, acurrucándose más contra él. Alex murmuró algo ininteligible en sueños y la abrazó más fuerte.

Eva cerró los ojos de nuevo, saboreando el momento. Hacía tanto tiempo que no se despertaba así, con alguien a su lado.

«Podría acostumbrarme a esto», pensó.

Miró el reloj en la mesilla. Las nueve y cuarto. Era domingo por la mañana y lo más razonable era seguir en la cama. Las niñas probablemente dormirían hasta… O no, porque el sonido de risas amortiguadas llegó desde el pasillo.

Eva se incorporó ligeramente, prestando atención. Más risas. El sonido de pasos descalzos. Y luego, inevitablemente, el picaporte de su puerta girando lentamente.

—Mierda —susurró, buscando algo con lo que cubrirse mejor.

Alex se despertó al instante, con esos reflejos de Delta Force que nunca se iban del todo.

—¿Qué pasa? —Su voz sonaba ronca de sueño.

—Las niñas. —Eva tiró de la sábana hasta el cuello justo cuando la puerta se abría.

Carol y Natalie asomaron las cabezas, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Buenos días! —cantaron al unísono.

A Eva se le encendieron las mejillas. Alex se limitó a reír con suavidad, y ella percibió la vibración rítmica de su caja torácica contra su espalda.

—Buenos días, niñas —dijo Eva intentando parecer normal, aunque su voz salió más aguda de lo habitual—. ¿Habéis dormido bien?

—Genial —respondió Carol, entrando completamente en la habitación y arrastrando los pies descalzos sobre la alfombra. Natalie la seguía de cerca—. Aunque Nat ronca.

—¡No es verdad! —protestó Natalie cruzando los brazos sobre su pijama de rayas.

—Sí que es verdad —insistió Carol girándose hacia ella con una burlona sonrisa—. Como un oso.

—Tú hablas en sueños —replicó Natalie levantando la barbilla con aire desafiante—. Anoche dijiste algo sobre pizzas voladoras.

Alex se incorporó, apoyándose en un codo. Llevaba puesta solo una camiseta negra que marcaba sus hombros, y Eva agradeció mentalmente que al menos hubieran tenido la sensatez de no dormir completamente desnudos.

—¿Pizzas voladoras? —preguntó con una sonrisa divertida.

—No me acuerdo —murmuró Carol sonrojándose y apartando la mirada—. Pero seguro que era un sueño muy interesante.

—Seguro —confirmó Natalie mientras se sentaba en el borde de la cama, balanceando las piernas—. ¿Vosotros habéis dormido bien?

La pregunta era inocente, pero había algo en la sonrisa de Natalie que hizo que Eva se pusiera aún más colorada.

—Muy bien —respondió Alex con naturalidad, pasándose una mano por el pelo despeinado—. Aunque alguien me ha robado la sábana.

—Eso no es verdad. —Eva le dio un codazo—. Tú la acaparas toda.

—¿Lo ves? —dijo Carol mirando a Natalie con expresión triunfante—. Ya discuten como un matrimonio de verdad.

—Carol. —Eva la miró con reproche.

—¿Qué? —Carol se encogió de hombros, con las manos extendidas en un gesto inocente—. Es verdad. Mamá, relájate. Es genial.

—Es raro —murmuró Eva.

—Es perfecto —corrigió Natalie dejando de balancear las piernas—. Y tenemos hambre. ¿Podemos desayunar?

—Por supuesto —contestó Alex incorporándose y estirando los brazos sobre su cabeza—. ¿Qué tal si vosotras vais poniendo la mesa y nosotros nos vestimos?

—Vale. —Carol saltó de la cama—. Pero daos prisa. Nos morimos de hambre.

Las dos niñas salieron de la habitación dando saltitos. La puerta se cerró tras ellas con un clic suave. Eva se dejó caer de nuevo sobre las almohadas con un gemido largo y dramático.

—Eso ha sido…

—¿Incómodo? —sugirió Alex.

—Sí —reconoció Eva girándose para mirarlo y apoyando la mejilla en la almohada—. Pero también… tierno. ¿No te parece?

—Es cierto —admitió Alex mientras se inclinaba y la besaba—. Y completamente predecible. Deberíamos haber cerrado con llave.

—No podemos cerrar con llave —dijo Eva riéndose y apartándose—. ¿Y si pasa algo en mitad de la noche?

—Entonces tendremos que acostumbrarnos a las visitas matutinas —comentó Alex mientras se levantaba de la cama y buscaba sus vaqueros del día anterior, que estaban tirados en el suelo—. Aunque sospecho que esto es solo el principio.

—¿A qué te refieres?

—A que van a querer saber todo —explicó Alex—. Cuándo nos vemos, dónde vamos, qué hacemos… Van a ser como nuestras pequeñas casamenteras personales.

—Dios, tienes razón —dijo Eva levantándose también y abriendo el armario—. Van a ser insoportables.

—Van a ser adorables —matizó Alex, mientras ella rebuscaba entre la ropa—. Y molestas. Pero sobre todo adorables.

Eva se puso unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca holgada. Se recogió el pelo rubio en un moño despeinado y se miró en el espejo del armario. Tenía ojeras, pero sus ojos brillaban. Estaba cansada, pero feliz.

Alex se acercó por detrás y la abrazó, rodeándola con los brazos y apoyando la barbilla en su hombro. Sus ojos verdes la miraban desde el reflejo.

—Buenos días —murmuró con voz suave contra su oído—. De verdad, esta vez.

—Buenos días —respondió Eva, girándose entre sus brazos y besándolo, sintiendo cómo sus labios se curvaban en una sonrisa—. Gracias por quedarte.

—Gracias por querer que lo hiciera —dijo Alex besándola de nuevo, más profundamente esta vez y mientras sus manos se deslizaban hasta su cintura.

Habrían seguido así si no fuera porque la voz de Carol llegó desde la cocina, amplificada y exigente.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Venid ya! ¡Tenemos hambre!

Eva se apartó con una carcajada.

—¿Ha dicho "papá"?

—Creo que sí —reconoció Alex, pareciendo entre sorprendido y encantado, con las cejas levantadas.

—Se refería a ti. —Eva le tomó la mano—. A los dos. Como si fuéramos… ya sabes.

—Una familia —completó Alex.

—Sí. —Eva sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Una familia.

—¿Te asusta? —preguntó Alex acariciándole la mejilla con el pulgar.

—Un poco —admitió Eva tragando saliva—. ¿A ti?

—También —confesó Alex abrazándola y apretándola contra su pecho—. Pero de la mejor manera posible.

—¡QUE VENGÁIS! —La voz de Natalie se unió a la de Carol, más aguda e insistente.

—Será mejor que vayamos —dijo Eva riéndose entre sus brazos —. O van a venir a buscarnos de nuevo.

—Y esta vez no serán tan discretas —añadió Alex dándole un último beso antes de soltarla.

La cocina estaba… bueno, no era exactamente un desastre, pero se le acercaba bastante. Carol y Natalie habían intentado preparar el desayuno y el resultado era una mezcla curiosa de buenas intenciones y caos absoluto.

Había harina por todas partes, espolvoreada sobre la encimera como nieve. La encimera estaba cubierta de cáscaras de huevo, algunas todavía con restos pegajosos. Y en el centro de todo, un plato con lo que parecían ser… ¿tortitas?… O tal vez crepes. Era difícil saberlo.

—Hemos hecho el desayuno —anunció Carol orgullosa, con las manos en las caderas y una mancha de harina en la nariz.

—Eso veo —dijo Eva, intentando no reírse y mordiéndose el labio—. ¿Y qué… qué es exactamente?

—Tortitas —respondió Natalie limpiándose las manos en el delantal que llevaba puesto—. O lo hemos intentado, pero resulta que hacer tortitas es más difícil de lo que parece.

—Algunas han quedado bien —señaló Carol con confianza—. Esas de ahí.

Eva miró el plato. Había un par de tortitas que parecían casi comestibles, redondas y doradas. Las demás eran más bien… abstractas. Una tenía forma de Australia. Otra parecía un mapa de Italia.

—Son perfectas —dijo Alex acercándose y estudiando el plato con expresión seria—. ¿Puedo probar una?

—Claro —respondió Natalie tendiéndole el plato con ambas manos, como si le estuviera ofreciendo un tesoro.

Alex cogió una de las tortitas menos quemadas, le puso un poco de sirope de arce que las niñas habían sacado y le dio un mordisco generoso. Eva contuvo la respiración, esperando su veredicto.

—Está deliciosa —aseguró Alex masticando despacio y asintiendo con aprobación—. De verdad.

Las niñas sonrieron de felicidad e intercambiaron una mirada de triunfo.

—¿Lo ves? —dijo Carol dándole un codazo a Natalie—. Ya te he dicho que estaban buenas.

—Yo también quiero probar una. —Eva cogió otra tortita, la menos deforme.

Y sorprendentemente, estaba buena. Un poco densa, quizá. Y ligeramente quemada en los bordes. Pero tenía ese sabor casero que solo viene de haber sido hecha con cariño.

—Están muy ricas —confirmó Eva limpiándose una miga de la comisura de los labios—. Pero la próxima vez, avisadme antes de usar la cocina, ¿vale?

—Vale. —Ambas niñas respondieron al unísono, con voces cantarinas.

—Y ahora —dijo Alex remangándose la camiseta hasta los codos—. Vamos a limpiar este desastre antes de que alguien resbale con la harina.

Entre los cuatro limpiaron la cocina con una eficiencia sorprendente. Carol fregó el suelo mientras cantaba una canción que había escuchado en la radio, moviendo la fregona al ritmo. Natalie recogió las cáscaras de huevo con cuidado y limpió la encimera con movimientos circulares. Eva lavó los platos en el fregadero, con las manos cubiertas de espuma. Alex los secaba con un trapo, y de vez en cuando sus brazos se rozaban, sus miradas se encontraban y sonreían como dos adolescentes enamorados.

Cuando la cocina volvió a estar presentable, se sentaron los cuatro alrededor de la mesa con las tortitas salvables, café humeante para los adultos y zumo de naranja recién exprimido para las niñas.

—Entonces —dijo Carol untando mantequilla en su tortita y observándola derretirse—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—No lo sé —respondió Eva mirando a Alex por encima de su taza—. ¿Tenéis planes vosotros?

—Ninguno —contestó Alex encogiéndose de hombros—. Es domingo. Normalmente, es nuestro día de relax.

—¿Podríamos ir al parque? —sugirió Natalie con los ojos brillantes—. Hace buen tiempo.

—O al gimnasio —propuso Carol levantando su tenedor como si fuera una espada—. Hace tiempo que no vamos los domingos.

—En realidad, creo que primero deberíamos hablar de algo —dijo Eva dejando su taza de café sobre la mesa.

Los tres la miraron con atención. El tintineo de los cubiertos cesó.

—¿Sobre qué? —preguntó Carol bajando su tenedor.

—Sobre… esto —explicó Eva haciendo un gesto amplio que los abarcaba a todos—. Sobre nosotros. Sobre cómo vamos a manejar las cosas a partir de ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Natalie ladeando la cabeza como un cachorro curioso.

—Bueno —empezó Eva, mirando a Alex en busca de apoyo, y él asintió—. Alex y yo estamos… juntos. Y eso está genial. Pero tenemos que pensar en cómo va a afectar esto a nuestra rutina, a la vuestra. No quiero que os sintáis incómodas o…

—Mamá —interrumpió Carol dejando el cuchillo—. No estamos incómodas. Estamos felices.

—Muy felices —añadió Natalie asintiendo con vigor—. Es lo mejor que nos ha pasado.

—¿En serio? —preguntó Eva parpadeando, sorprendida por la sinceridad.

—En serio —insistió Carol inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. Mamá, llevamos meses deseando que esto pasara. Ya erais familia antes, solo que no lo sabíais. Ahora es… oficial.

—Y podemos hacer más cosas juntos —dijo Natalie sonriendo, con sirope en la comisura de los labios—. Como ir de viaje, o cenar todos, o pasar los fines de semana así.

—Pero tenemos que establecer algunas reglas —intervino Alex, con tono serio, pero amable—. Porque esto es nuevo para todos y queremos que funcione.

—¿Qué tipo de reglas? —preguntó Carol entrecerrando los ojos con sospecha.

—Bueno, para empezar —dijo Eva pensando en voz alta y trazando círculos imaginarios en la mesa con el dedo—. Tenemos que respetar los espacios de cada uno. Vuestro padre y yo vamos a pasar tiempo juntos, pero eso no significa que vosotras quedéis relegadas a un segundo plano.

—Y vosotras también necesitáis el vuestro —añadió Alex—. Para vuestras cosas, vuestros amigos. No todo tiene que ser en familia.

—¿Y qué pasa con las casas? —preguntó Natalie frunciendo el ceño—. ¿Vamos a estar siempre aquí o a veces en la nuestra?

Eva y Alex se miraron. Esa era una buena pregunta. Una que no habían discutido todavía.

—Creo que por ahora deberíamos ir despacio —dijo Alex después de un momento—. Podemos alternar. Unos días aquí, otros días en nuestro loft. Ver qué funciona mejor.

—Y siempre os avisaremos con antelación —prometió Eva levantando la mano como en un juramento—. Nada de sorpresas.

—A mí me gustan las sorpresas —dijo Carol sonriendo con picardía—. Como la de esta mañana cuando os hemos despertado.

—Esa no ha sido una sorpresa —negó Eva—. Ha sido una invasión.

—Una invasión adorable —dijo Alex, y su risa resonó en la cocina.

—Hablando de eso —comentó Eva, y miró a ambas niñas con expresión seria—. Necesitamos privacidad de vez en cuando. Así que nada de entrar en la habitación sin llamar primero, ¿vale?

—¿Ni siquiera si hay una emergencia? —preguntó Natalie con ojos muy abiertos e inocentes, pestañeando de forma exagerada.

—Si hay una emergencia, obviamente sí —respondió Alex cruzando los brazos—. Pero tiene que ser una emergencia de verdad. No porque se os haya acabado el champú o porque queráis saber qué vamos a comer.

—Vale, vale —dijo Carol levantando las manos en señal de rendición, con las palmas hacia fuera—. Lo entendemos. Privacidad. Llamar antes de entrar. Todo eso.

—Genial —dijo Natalie sonriendo y limpiándose el sirope con una servilleta—. Así que todos respetamos la privacidad de todos.

—Exacto. —Eva tomó otro sorbo de café—. ¿Algo más que queráis preguntar?

—¿Vamos a seguir yendo al colegio normales? —preguntó Carol jugando con su tenedor—. O sea, cuando haya alguna actividad, ¿vais a ir juntos a recogernos y esas cosas?

—Probablemente —respondió Alex—. Al menos algunos días. Depende de los horarios de trabajo de cada uno.

—¿Y la gente lo va a saber? —preguntó Natalie, pareciendo preocupada de repente y mordiéndose el labio—. ¿Vamos a decirle a todo el mundo que estáis juntos?

—No vamos a hacer un anuncio oficial —dijo Eva sonriendo con suavidad—. Pero tampoco vamos a ocultarlo. Si la gente pregunta, les diremos la verdad.

—Bien —reconoció Natalie, relajándose visiblemente y dejando caer los hombros—. Porque me gusta que estéis juntos y no quiero que sea un secreto.

—No es un secreto —aseguró Alex revolviéndole el pelo con cariño—. Es nuestra vida. Y la vamos a vivir como queramos.

—Me parece perfecto —dijo Carol, levantándose y empezando a recoger los platos, apilándolos con cuidado—. Entonces, ¿qué hacemos hoy?

—¿Qué tal si vamos al parque? —sugirió Eva—. Podemos dar un paseo, tomar un helado…

—¡Sí! —exclamó Natalie dando un pequeño salto en su silla—. Y luego podríamos ir al gimnasio. Solo un rato.

—¿Un domingo en el gimnasio? —preguntó Alex mirándola con una ceja levantada—. ¿Estás segura?

—Quiero practicar lo que me enseñaste la semana pasada —explicó Natalie encogiéndose de hombros—. Y además, así Carol y tú podéis entrenar juntos.

Eva y Alex intercambiaron una mirada cargada de significado. Sonrieron al mismo tiempo.

—Me parece bien —dijo Eva finalmente—. Parque, helado y gimnasio. Un domingo perfecto.

—El primero de muchos —añadió Alex tomando su mano sobre la mesa.

Central Park estaba lleno de gente esa mañana de domingo. Familias paseando con carritos de bebé, corredores con auriculares y expresiones concentradas, y parejas tomando café en los bancos mientras miraban el lago.

Eva caminaba junto a Alex con las manos entrelazadas, sintiendo el calor de su palma contra la suya, mientras Carol y Natalie iban delante de ellos charlando de forma animada. Sus voces se superponían en una caótica conversación sobre algo que había pasado en el colegio.

El sol brillaba entre las hojas de los árboles, creando patrones de luz y sombra en el camino de tierra. Hacía el día perfecto de finales de junio, ni demasiado caluroso ni demasiado fresco. Una brisa suave movía el pelo de Eva.

—Esto es agradable —comentó.

—Mucho —reconoció él, apretando su mano y entrelazando mejor sus dedos—. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—¿El qué? ¿Pasear por el parque?

—Hacer cosas normales —explicó Alex mirándola de reojo—. Los cuatro juntos. Sin presión, sin planes elaborados. Solo… esto.

—Me gusta esa idea —dijo Eva sonriendo, y se acercó más a él, hasta que sus brazos se rozaron—. Aunque tengo que admitir que sigue siendo raro.

—¿Raro?

—Raro bueno —aclaró Eva apoyando la cabeza brevemente contra su hombro—. Muy bueno. Es solo que llevo tanto tiempo siendo solo Carol y yo que tener esto, tener una… familia más grande, es diferente.

—Lo sé —admitió Alex besando su coronilla—. Yo siento lo mismo. Natalie y yo hemos estado solos desde que… bueno, ya sabes. Y ahora de repente tenemos esto. Y es maravilloso. Pero también aterrador.

—¿Por qué aterrador?

—Porque no quiero estropearlo —confesó Alex bajando la voz —. Porque esto me importa. Tú eres importante. Y tengo miedo de hacer algo mal y arruinarlo todo.

Eva se detuvo en seco, plantando los pies en el camino. Se giró para mirarlo de frente, obligándolo a detenerse también.

—Alex Kraft —dijo con firmeza, alzando la barbilla—. Escúchame bien. Vas a meter la pata. Yo también voy a meter la pata. Vamos a discutir y a frustrarnos y a tener días malos. Pero eso no significa que vayamos a estropearlo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque te quiero —declaró Eva tomando su cara entre las manos y sintiendo la aspereza de su incipiente barba—. Y porque sé que tú me quieres. Y eso es más fuerte que cualquier error que podamos cometer.

Alex la besó allí, en medio del parque, y el mundo a su alrededor, el trajín de la gente, las charlas, el trinar de los pájaros… todo se desvaneció. Fue un beso cargado de todo lo que callaban: promesas, futuros y segundas oportunidades.

—¡Eh! —gritó Carol interrumpiéndolos. Su voz resonó desde varios metros adelante—. ¡Dejad de besaros y venid! ¡Vamos a por helados!

Se separaron riendo, con las frentes todavía juntas.

—A sus órdenes, señorita —dijo Alex haciendo una reverencia exagerada hacia Carol, con el brazo extendido teatralmente.

—Así me gusta. —Carol aplaudió—. Venga, que se nos va a acabar el día.

Compraron helados en un carrito amarillo cerca del lago. Carol pidió chocolate con virutas de colores que se derramaban por los lados. Natalie eligió fresa, lamiendo inmediatamente el borde antes de que goteara. Eva se decidió por vainilla clásica, y Alex pidió menta con chips de chocolate que le tiñó la lengua de verde.

Se sentaron en un banco frente al agua, los cuatro en fila como pájaros en un cable, comiendo sus helados y observando a la gente pasar. Un barco de remos cruzaba el lago. Dos cisnes nadaban cerca de la orilla.

—Esto es perfecto —suspiró Natalie con los ojos cerrados y la cara hacia el sol.

—Sí —asintió Carol dejando que el chocolate se derritiera en su boca—. Deberíamos hacer esto cada domingo.

—Cada domingo puede ser demasiado —dijo Eva riéndose y limpiándose una gota de helado de la muñeca—. Pero podemos intentarlo al menos una vez al mes.

—Trato hecho. —Carol extendió su mano cubierta de chocolate pegajoso.

—Primero límpiate —dijo Eva sacando una servilleta de su bolso.

Pasaron el resto de la mañana en el parque como turistas en su propia ciudad. Caminaron alrededor del lago, siguiendo el sendero de tierra que rodeaba el agua. Vieron a los barqueros, algunos torpes y zigzagueando, otros expertos deslizándose con gracia. Se sentaron en el césped a ver pasar las nubes, señalando formas: un dragón, un barco, un perro gigante. Las niñas se tumbaron bocarriba con los brazos extendidos, riéndose de nada y de todo.

Era tan normal, tan cotidiano, que Eva pensó en pellizcarse el brazo para asegurarse de que era real. Pero lo era. Todo era real.

Alex a su lado, con su mano envolviendo la suya. Carol y Natalie se reían juntas, con sus cabezas casi tocándose mientras se susurraban secretos. El sol calentándole la piel, dejando pequeñas

pecas en su nariz. El sonido del agua lamiendo la orilla y los pájaros cantando en los árboles.

Era real. Y era suyo.

Alrededor de las dos decidieron que era hora de volver a casa para comer algo antes de ir al gimnasio. Las niñas querían pasta, así que pararon en un supermercado de camino, el Whole Foods de la esquina, y compraron los ingredientes para hacer espaguetis a la boloñesa. Alex eligió una botella de vino tinto mientras Eva seleccionaba los tomates más maduros, apretándolos suavemente para comprobar su textura.

De vuelta en el loft, Alex se encargó de cocinar mientras Eva preparaba la ensalada, cortando lechuga en tiras perfectas. Las niñas pusieron la mesa con más cuidado del habitual, doblando las servilletas en triángulos, y luego se sentaron a esperar, hablando sobre la película que querían ver esa noche. Algo de superhéroes, pero estaban debatiendo cuál.

Eva observaba la escena desde la cocina, con el cuchillo todavía en la mano. Alex canturreaba algo de los ochenta mientras removía la salsa con una cuchara de madera. Carol y Natalie discutían amistosamente sobre si las comedias románticas eran mejores que las películas de acción, gesticulando con las manos. El olor a comida casera llenaba el loft, y ese aroma a ajo y tomate significaba hogar.

«Esto es lo que siempre he deseado», pensó, sintiendo un nudo en la garganta. «Exactamente esto».

Comieron juntos alrededor de la mesa, riendo y contando historias mientras enrollaban los espaguetis en los tenedores. Alex les habló de sus años en el ejército, de las misiones más absurdas que había tenido que hacer. Una vez tuvo que rescatar a una cabra que se había convertido en la mascota del pelotón. Eva compartió anécdotas de casos locos en el bufete, como el hombre que había querido incluir a su loro en el testamento. Las niñas aportaron sus

propias historias del colegio, de profesores excéntricos y experimentos de ciencias que habían salido mal.

Después de comer, recogieron entre todos con una eficiencia que sorprendió a Eva. Alex lavaba, ella secaba, Carol guardaba, Natalie barría las migas caídas. Como una máquina bien engrasada. Como una familia.

Se prepararon para ir al gimnasio cambiándose de ropa. Las niñas desaparecieron en la habitación de Carol, mientras Eva y Alex lo hacían en la suya, cerrando la puerta esta vez.

—Hoy ha sido un buen día —comentó Alex mientras se ponía una camiseta deportiva negra, estirándola sobre su torso.

—El mejor —reconoció Eva, recogiéndose el pelo en una coleta alta y tirando del elástico con fuerza—. Gracias por quedarte anoche. Y por hoy.

—No tienes que darlas —dijo Alex acercándose y besándola, tomándola por la cintura—. Este es el lugar donde quiero estar. Junto a ti.

—¿Siempre sabes qué decir? —preguntó Eva sonriendo contra sus labios.

—No siempre —admitió Alex abrazándola y envolviéndola completamente—. Pero contigo es fácil. Porque todo lo que digo es verdad.

—¡Vámonos ya! —gritó Carol desde el salón—. ¡Que se nos hace tarde!

Eva y Alex se separaron riendo.

—Vamos —dijo Eva tomándole la mano y entrelazando sus dedos—. Antes de que vengan a buscarnos.

Salieron del loft los cuatro juntos, bajaron en el ascensor hablando y riendo sobre quién levantaría más peso, y caminaron las pocas manzanas hasta el gimnasio con el sol de la tarde calentándoles la espalda.

Y mientras Eva observaba a Alex caminar junto a ella, con Carol y Natalie delante charlando animadamente sobre las rutinas que querían practicar, supo con absoluta certeza que esto era solo el principio.

El principio de algo maravilloso.

El principio de su familia.



CAPÍTULO 15

Públicamente juntos

Lunes, 30 de junio de 2025

Eva entró en su bufete a las nueve de la mañana con una sonrisa que no había podido borrar desde el viernes. Había pasado el fin de semana entero con Alex y las niñas, y aunque había dormido en su propia casa el domingo por la noche, Alex la había acompañado hasta la puerta y la había besado durante tanto tiempo que casi había perdido la noción del tiempo.

Soraya levantó la vista desde su escritorio cuando la vio entrar. Su secretaria, con el pelo pelirrojo recogido en un moño alto y llevando un vestido verde esmeralda que hacía juego con sus ojos, la observó durante exactamente tres segundos antes de saltar de su silla como impulsada por un resorte.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Soraya acercándose a toda velocidad, con los tacones repiqueteando sobre el suelo de mármol —. Tienes esa cara otra vez.

—Buenos días, Soraya —dijo Eva intentando sonar casual—. ¿Qué tal el fin de semana?

—No me vengas con eso. —Soraya la tomó del brazo y la arrastró hacia su despacho—. Te conozco. Y esa sonrisa… esa sonrisa es de "algo increíble ha pasado este fin de semana".

—Soraya. —Eva se rio mientras era prácticamente empujada dentro de su propio despacho—. Apenas son las nueve de la mañana.

—Y tú nunca llegas sonriendo así —dijo Soraya cerrando la puerta tras ellas con un clic decisivo—. Así que cuenta. ¿Cómo te fue la cita del viernes?

Eva dejó su maletín sobre el escritorio y se giró hacia su secretaria. Soraya la miraba con los ojos brillantes de interés, vibrando de emoción y con las manos entrelazadas bajo la barbilla.

—Fue… —Eva se sentó en el borde de su mesa—. Fue perfecta.

—¡Lo sabía! —exclamó Soraya dando una palmada que resonó en el despacho—. Quiero todos los detalles. Todos. Y no te atrevas a omitir nada importante.

Eva le contó sobre la exposición en el MoMA, gesticulando mientras describía los cuadros que habían visto. Le habló de la cena en el restaurante italiano, de cómo Alex había pedido en perfecto italiano haciendo que el camarero se emocionara, y de cómo la había acompañado a su casa y se había quedado a dormir con ella. Omitió los detalles más íntimos, por supuesto, pero Soraya parecía capaz de leer entre líneas, porque su sonrisa se hacía más amplia con cada frase y sus ojos brillaban con complicidad.

—Y ayer pasamos el día los cuatro juntos —explicó Eva sintiendo cómo se le calentaban las mejillas—. Las niñas están encantadas. De hecho, creo que ellas lo planearon todo desde el principio.

—Por supuesto que lo hicieron —confirmó Soraya riéndose y apoyándose contra la puerta—. Esas niñas son más listas que nosotras. ¿Y ahora qué? ¿Es oficial?

—Es oficial. —Eva sonrió, sintiendo mariposas en el estómago —. Completamente oficial.

—Dios mío, Eva —dijo Soraya. Se levantó y rodeó el escritorio para abrazarla con fuerza—. Me alegro muchísimo por ti. De verdad. Te mereces ser feliz. Te mereces todo esto.

—Gracias —respondió Eva devolviéndole el abrazo y sintiendo un nudo en la garganta.

—Aunque… —Soraya se apartó con una traviesa sonrisa bailándole en los labios—. Ahora vas a tener que traerlo por aquí más a menudo para que pueda interrogarlo apropiadamente. Necesito asegurarme de que sigue siendo digno de ti.

—Ya lo conoces un poco, Soraya. Te he hablado de él.

—Sí, pero ahora es diferente —musitó Soraya guiñándole un ojo—. Ahora es tu novio. Tengo estándares muy altos. Mucho más altos.

—Tengo trabajo —replicó Eva intentando parecer seria, pero sonreía demasiado.

—Sí, sí. —Soraya fue hacia la puerta, moviendo la mano con desdén—. Primero, café, pero luego quiero más detalles durante el almuerzo. Todo.

—No voy a darte más detalles.

—Ya veremos. —Soraya le guiñó un ojo antes de salir y cerró la puerta con suavidad.

Eva se quedó sola en su despacho, negando con la cabeza, pero sin poder borrar la sonrisa de su cara. Soraya era imposible, pero también era su amiga y se alegraba de poder compartir esto con ella.

Su móvil vibró con un mensaje, iluminando la pantalla. Alex.

—Buenos días. Ya has sobrevivido a Soraya?

Eva se rio. Por supuesto que Alex sabía que iba a contárselo a su secretaria.

—Apenas. Ahora quiere interrogarte oficialmente.

—Me encantaría conocerla. Comida esta semana?

—Perfecto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Eva dejó el móvil sobre el escritorio y se puso a trabajar. Tenía varios casos que revisar y un par de reuniones programadas. Pero cada vez que miraba el teléfono y veía el salvapantallas, que era una foto de ellos que Carol había tomado el domingo en el parque, con el sol filtrándose entre los árboles, sonreía sin poder evitarlo.

La vida era maravillosa.

El gimnasio estaba más lleno de lo habitual para un lunes por la tarde. Eva había quedado con Alex a las cinco, después de su última reunión del día. Las niñas estaban con Janet, que se había ofrecido voluntaria para llevarlas al cine.

Eva llegó primero y se cambió en el vestuario, quitándose el traje de trabajo y poniéndose ropa deportiva. Cuando salió, vio a Alex ya calentando en la zona de estiramientos. Llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta gris que se ajustaba a su torso de una forma que hizo que a Eva se le secara la boca y se le acelerara el pulso.

Alex levantó la vista y sonrió cuando la vio acercarse. Sus ojos verdes brillaron bajo las luces del gimnasio.

—Hola —dijo cuando llegó hasta él, y la besó suavemente en los labios, sin importarle quién los viera.

Eva sintió cómo varias personas a su alrededor se giraban para mirar. Podía sentir los ojos clavados en ellos, el peso de las miradas.

—Creo que nos están mirando —murmuró contra sus labios.

—Que miren. —Alex la abrazó por la cintura, acercándola más —. ¿Te importa?

—No. —Eva se sorprendió al darse cuenta de que era verdad, que no le importaba en absoluto—. Para nada.

—Bien —dijo Alex besándola de nuevo antes de soltarla—. Porque no pienso ocultarlo.

Empezaron a calentar juntos, estirando los músculos mientras el gimnasio bullía de actividad a su alrededor. Eva era consciente de las miradas y los susurros, pero intentó ignorarlos. Estaba aquí para entrenar, no para dar un espectáculo.

Aunque tenía que admitir que entrenar con Alex era… distinto. Más divertido. Él la corregía cuando su postura no era correcta, ajustándole los brazos con cuidado. La animaba cuando estaba a punto de rendirse y su voz grave murmuraba palabras de aliento. Y de vez en cuando le robaba un beso, o sus labios rozaban su sien o su mejilla.

Estaban en la zona de pesas cuando apareció Marcus, uno de los entrenadores del gimnasio. Era alto y musculoso, con el pelo rapado y una perpetua sonrisa que parecía pintada en su cara. Marcus era el que siempre organizaba las clases de spinning.

—¡Eva! ¡Alex! —Se acercó con una sonrisa enorme, casi corriendo—. ¿Es verdad lo que estoy viendo?

—Depende de lo que estés viendo —respondió Alex dejando la mancuerna.

—A vosotros dos. —Marcus señaló entre ellos con el dedo—. Juntos. Como… ¿Juntos, juntos?

—Juntos, juntos —confirmó Eva sin evitar sonreír.

—¡Por fin! —exclamó Marcus dando una palmada que resonó en toda la zona—. Tío, llevamos meses apostando sobre cuándo ibais a admitir que os gustabais.

—¿Apostando? —Eva lo miró con incredulidad, dejando caer los brazos.

—Oh, sí —dijo Marcus riéndose y frotándose las manos—. Lisa tiene un tablero en la oficina con las fechas. Yo aposté por julio, así que acabo de ganar cincuenta pavos. ¡Cincuenta pavos!

—No puedo creer que hayáis apostado sobre nosotros. —Eva negó con la cabeza, aunque estaba sonriendo.

—¿Éramos tan obvios? —preguntó Alex cruzándose de brazos.

—Obvios no es la palabra —dijo Marcus mientras se reía y se apoyaba contra la máquina más cercana—. Os pasabais el tiempo mirándoos cuando creíais que nadie os veía. Era adorable. Como dos críos en el patio del colegio.

—No lo hacíamos —protestó Eva.

—Claro que sí. —Alex se rio, pasándose una mano por el pelo —. Ya no hace falta ocultarlo.

—Bueno, me alegro de que lo hayáis solucionado —dijo Marcus dándoles una palmadita en el hombro a cada uno—. Y ahora, si me

disculpáis, tengo que ir a cobrar mi apuesta. Lisa me debe cincuenta dólares y pienso gastármelos en cerveza.

Se alejó riendo, dejando a Eva y Alex mirándose el uno al otro con expresiones entre divertidas y avergonzadas.

—¿Han estado apostando sobre nosotros? —Eva todavía no podía creérselo, sacudiendo la cabeza.

—Eso ha dicho —dijo Alex atrayéndola hacia él y rodeándola con los brazos—. Deberíamos pedirles un porcentaje.

—Creo que sería lo más adecuado. —dijo Eva. Se rio, y apoyó la frente contra su pecho.

Siguieron entrenando, y poco a poco más gente se acercó a felicitarlos o a hacer comentarios. Algunos eran genuinamente cariñosos, abrazándolos y deseándoles lo mejor. Otros eran claramente cotillas y querían los detalles más jugosos, con preguntas que rozaban lo indiscreto.

Lisa, la encargada del gimnasio, apareció con una sonrisa radiante y un abrazo para ambos, apretándolos con fuerza. Les contó que había un tablero de apuestas en su oficina y que Marcus no era el único que había ganado, puesto que había otros dos entrenadores que también habían apostado por el mes de junio.

—Pensaba que ibais a tardar menos. Lo tengo que admitir —dijo Lisa, guiñándoles un ojo—. Sois muy tercos los dos.

—¿Por qué todo el mundo opinaba eso? —se quejó Eva, cruzándose de brazos.

—Porque es verdad —respondieron Alex y Lisa al unísono, mirándose y riéndose.

Cuando terminaron de entrenar y se dirigieron a los vestuarios, sudados y cansados, Eva se sentía feliz. Sí, había sido un poco incómodo ser el centro de atención, sentir todas esas miradas siguiéndolos, pero también había sido… liberador. Ya no tenía que esconderse. No tenía que fingir que Alex le resultaba indiferente.

Se duchó y se cambió, se puso unos vaqueros y una blusa y cuando salió, Alex ya la estaba esperando en el vestíbulo, apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos y el pelo todavía húmedo de la ducha.

—¿Lista? —preguntó cuando la vio, enderezándose.

—Lista —respondió Eva tomando su mano y entrelazando sus dedos—. ¿Vamos a tu casa esta noche?

—Si te parece bien. —Alex asintió—. Janet va a traer a las niñas allí después del cine.

—Perfecto. —Eva sonrió, acercándose más a él—. Me encanta tu loft.

—Lo sé. —Alex se rio—. Pero nunca te cansas de decir que mi estudio es un caos organizado.

—Porque lo es. —Eva se puso de puntillas y lo besó—. Un hermoso caos organizado.

Cuando llegaron al loft de Alex, Eva dejó su bolsa del gimnasio en el sofá y miró alrededor. Ya conocía este espacio. Los libros estaban apilados en estanterías que llegaban hasta el techo, organizados más por estética que por tema. Los cuadros, en diferentes etapas de acabado, se apoyaban contra las paredes. Los pinceles y tubos de pintura estaban ordenados con precisión militar en la zona de trabajo.

—He estado pensando —dijo Alex desde la cocina, donde estaba sacando dos botellas de agua de la nevera—. Deberíamos… no sé, quizás tener algo de ropa en casa del otro. Para cuando nos quedemos a dormir.

Eva se giró hacia él, sorprendida por la sugerencia, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón.

—¿Quieres que deje ropa aquí?

—Sí —respondió Alex acercándose y tendiéndole una botella—. Y yo podría dejar algo en tu casa también. Sería más… práctico. Y

también…

—También lo haría más normal —terminó Eva con suavidad, tomando la botella, pero sin apartar los ojos de él.

—Sí. —Alex la abrazó y la rodeó con los brazos—. Más real.

Eva apoyó la cabeza en su pecho, pensando. Escuchando el latido constante de su corazón. Era un paso importante. No era mudarse juntos, pero era… un paso más. Una declaración de que esto era serio. De que estaban construyendo algo que iba más allá de citas ocasionales.

—Me parece bien —dijo alzando la vista—. Me parece perfecto.

—¿Sí? —preguntó Alex con alivio.

—Sí —confirmó Eva levantando la vista y besándolo, sintiendo cómo él sonreía contra sus labios—. Podemos hacerlo esta semana. Tú traes algunas cosas a mi casa, yo traigo algunas aquí…

—Y las niñas pueden ayudar —añadió Alex—. Les va a encantar. Se van a volver locas.

—Van a volverse completamente locas. —Eva se rio—. Van a pensar que es el mejor día de sus vidas.

—Probablemente —dijo Alex sonriendo y apartándole un mechón de pelo de la cara—. Pero tienen razón. Es genial.

Se quedaron abrazados un momento, disfrutando de la cercanía, del calor, del cómodo silencio que existe entre personas que se quieren.

—Deberíamos preparar algo de cena —murmuró Eva contra su pecho—. Las niñas van a llegar pronto.

—Pasta otra vez. —Alex suspiró—. Debería aprender a cocinar algo más. Algo que no sea pasta o bistec.

—O podríamos ir a comprar mañana y llenar tu nevera con comida de verdad. —Eva se apartó y fue hacia la cocina, y abrió la nevera con gesto teatral—. En serio, Alex. Tienes cerveza, queso y… creo que esto es mostaza caducada.

—No está caducada —protestó Alex acercándose.

—Dice marzo de 2024. —Eva mostró el bote, girándolo para que pudiera ver la fecha.

—Vale, quizás está un poco caducada —admitió Alex rascándose la cabeza con expresión culpable—. Mañana vamos a comprar. Los cuatro.

—Perfecto. —Eva tiró la mostaza a la basura con gesto decidido —. Y, mientras tanto, pasta.

Trabajaron juntos en la cocina, moviéndose uno alrededor del otro con naturalidad. Alex puso agua a hervir mientras Eva improvisaba una ensalada con lo poco que encontró en la nevera: una lechuga medio marchita, un tomate, medio pepino.

Mientras Alex cocinaba, Eva se acercó a la zona del estudio. El retrato que Alex había empezado hacía semanas estaba ahora mucho más avanzado. Podía ver los detalles de su cara emergiendo del lienzo, la textura de su pelo rubio capturada con pinceladas precisas, la expresión en sus ojos azules, que era una mezcla de serenidad y algo más profundo.

—Lo has estado trabajando —dijo estudiando cada trazo.

—Sí —reconoció Alex acercándose y limpiándose las manos en un trapo—. Cada vez que pensaba en ti y no podía verte, pintaba un poco más.

—Es hermoso.

—Tú eres hermosa —dijo Alex abrazándola por detrás y apoyando la barbilla en su hombro—. Yo solo intento capturarlo.

Eva se apoyó contra él, mirando el cuadro con ojos críticos.

—¿Cuándo lo terminarás?

—No lo sé —murmuró Alex besando su cuello—. Tal vez nunca. Cada vez que creo que está terminado, descubro algo nuevo en ti que quiero añadir.

—Eres un cursi. —Eva se giró entre sus brazos, rodeándole el cuello con los suyos.

—Solo contigo —dijo Alex, besándola, y ella se presionó contra él.

Se quedaron así un momento, besándose en medio del loft, rodeados de cuadros y libros y el olor a pintura al óleo que se mezclaba con el aroma de la pasta hirviendo.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento y con las mejillas encendidas.

—Las niñas van a llegar pronto —murmuró Eva, aunque no hizo ademán de apartarse.

—Lo sé. —Alex suspiró—. Deberíamos terminar la cena.

Volvieron a la cocina justo cuando el timbre del apartamento sonó, estridente y perfectamente cronometrado, anunciando su llegada.

Se separaron y Eva fue a abrir la puerta.

Carol y Natalie entraron como un torbellino de energía, hablando las dos a la vez sobre la película que acababan de ver; sus voces se superponían.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Carol prácticamente rebotando y gesticulando con las manos—. ¡Había explosiones y persecuciones y…

—Y el protagonista era guapísimo —añadió Natalie con los ojos brillantes, llevándose una mano al corazón.

—Ah, ¿sí? —preguntó Alex, cruzando los brazos y enarcando una ceja—. ¿Más guapo que yo?

—Papá. —Natalie puso los ojos en blanco—. Era un actor de cine. Chris Hemsworth. No hay comparación.

—Yo también podría ser actor de cine —dijo Alex fingiendo estar ofendido y llevándose una mano al pecho.

—Claro que sí. —Eva le dio una palmadita en el brazo—. Un actor muy convincente. Podrías hacer de… padre sobreprotector.

Las niñas se rieron y se fueron a dejar sus cosas en la habitación de Natalie. Sus risas resonaron por el pasillo y Eva y Alex volvieron a la cocina para terminar la cena.

Cenaron los cuatro alrededor de la mesa, riendo y contando historias. Después de cenar, recogieron entre todos con una eficiencia sorprendente. Alex lavaba, pasándole los platos a Eva. Ella los secaba y Carol los guardaba, memorizando dónde iba cada cosa. Natalie barría las migas caídas, persiguiéndolas por el suelo.

—Tenemos que contarles lo de la ropa —comentó Alex mientras secaba los platos, bajando la voz.

—¿Ahora? —Eva lo miró, secándose las manos.

—¿Por qué no? —Alex se encogió de hombros—. Se van a alegrar. Ya lo sabes.

—Tienes razón. —Eva sonrió.

Terminaron de limpiar y llamaron a las niñas al salón. Carol y Natalie llegaron corriendo, dejándose caer en el sofá con ese abandono propio de los niños.

—Chicas —dijo Alex cuando ambas estuvieron sentadas, con las piernas colgando del sofá—. Eva y yo queremos comentaros algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Carol enderezándose.

—Hemos decidido que vamos a dejar algo de ropa en casa del otro —explicó Eva sentándose en el brazo del sofá—. Para cuando nos quedemos a dormir.

Hubo un segundo de silencio absoluto. Luego ambas niñas empezaron a gritar de emoción, saltando del sofá.

—¡Lo sabía! —exclamó Natalie saltando y levantando los puños —. ¡Sabía que ibais a hacerlo!

—¡Esto es genial! —Carol la siguió, abrazando a su madre—. ¿Podemos ayudar a elegir qué ropa lleváis?

—Por supuesto, pero la decisión final será nuestra —dijo Eva riéndose y devolviéndole el abrazo—. Pero no nos estamos mudando

juntos todavía. Es importante que lo entendáis.

—Todavía —repitió Natalie con una sonrisa traviesa, haciendo énfasis en la palabra.

—Todavía —confirmó Alex mirando a Eva con una expresión que hizo que se le acelerara el corazón.

Las niñas volvieron a su película, emocionadas con la noticia y susurrando entre ellas. Eva y Alex se instalaron en el sofá, ella acurrucada contra él, sintiendo el calor de su cuerpo.

—Mañana tengo mucho lío y el miércoles tendré que ir al bufete por la mañana —dijo Eva—. Pero solo unas horas. ¿Podemos quedar después para lo de la compra?

—Perfecto —respondió Alex besando su cabeza—. Y luego la piscina.

—Y luego la piscina. —Eva repitió, cerrando los ojos.

Se quedaron así hasta que las niñas salieron de la habitación de Natalie para decir buenas noches, arrastrando los pies con cansancio.

—Carol se queda aquí esta noche, ¿no? —preguntó Natalie frotándose los ojos.

—Si quiere. —Eva miró a su hija—. ¿Quieres que nos quedemos?

—¡Sí! —Carol asintió con entusiasmo, despertándose súbitamente—. Podemos ver otra película antes de dormir.

—Pero nada de quedarse despiertas hasta tarde —advirtió Alex señalándolas con el dedo—. Mañana tenemos que madrugar.

—Prometido —dijeron las niñas al unísono antes de desaparecer de nuevo en la habitación, cerrando la puerta con un clic.

Eva se rio.

—Van a estar despiertas hasta las dos de la mañana.

—Probablemente. —Alex se encogió de hombros—. Pero están felices. Y eso es lo que importa.

—Tienes razón. —Eva apoyó la cabeza en su hombro—. Están felices.

—¿Y tú? —preguntó Alex mirándola y girando su rostro con suavidad—. ¿Tú eres feliz?

—Mucho —respondió Eva levantando la vista y besándolo—. Más de lo que he estado en años.

—Bien —dijo Alex abrazándola más fuerte—. Porque eso es todo lo que quiero. Hacerte feliz.

—Ya lo haces —susurró Eva—. Cada día.

Se quedaron abrazados en el sofá, viendo la tele sin prestarle atención y disfrutando de estar juntos.

Y mientras Eva escuchaba el corazón de Alex latiendo bajo su oreja, supo que esto era exactamente lo que quería.

No en su perfecto loft minimalista o en su despacho del bufete. Ni sola.

Con Alex. Con las niñas. Con su nueva familia.

Así era el hogar que siempre había deseado.

Martes, 1 de julio de 2025

Eva se despertó con el sonido de risas en el salón. Por un momento se desorientó, parpadeando contra la luz que entraba por la ventana, hasta que recordó que estaba en el loft de Alex. Se había quedado dormida en su cama la noche anterior, después de que las niñas finalmente se durmieran pasada la medianoche, tal como había predicho.

Se estiró, disfrutando de la calidez de las sábanas que olían a Alex, y luego miró el reloj digital en la mesilla. Las nueve y media. Tenía que estar en el bufete en una hora.

Se levantó, se puso la bata que Alex había dejado colgada en la puerta para ella. Era suave y demasiado grande. Salió al salón, arrastrando los pies descalzos sobre el suelo de madera.

La escena que la recibió le arrancó una inmediata sonrisa. Alex estaba en la cocina preparando el desayuno, con el pelo alborotado apuntando en todas direcciones y todavía en pijama, que consistía en un pantalón de cuadros y una camiseta arrugada. Carol y Natalie estaban sentadas en los taburetes de la barra, observándolo con expresiones de profundo escepticismo.

—No, en serio —estaba diciendo Alex gesticulando con una espátula—. Sé hacer tortitas.

—Papá, la última vez que dijiste eso acabamos comiendo cereales —señaló Natalie, cruzándose de brazos.

—Eso fue hace un año —protestó Alex dándose la vuelta—. He mejorado.

—¿Has practicado? —preguntó Carol enarcando una ceja.

—Bueno… no. —Alex se pasó una mano por el pelo, dejándolo aún más despeinado—. Pero no puede ser tan difícil.

—Buenos días —dijo Eva acercándose. Besó a Alex en la mejilla y sintió la aspereza de su barba—. ¿Necesitas ayuda?

—¡Sí, por favor! —respondieron las niñas al unísono, casi gritando.

—No necesito ayuda —replicó Alex, intentando parecer ofendido y levantando la barbilla—. Puedo hacer tortitas perfectamente.

—Claro que sí. —Eva miró la mezcla que había en el bol con ojo crítico. Parecía… un amasijo. Demasiado espesa—. Cariño, ¿cuánta harina has puesto?

—Lo que decía la receta.

—¿Qué receta?

—La del móvil. —Alex le mostró la pantalla, manchándola de harina.

Eva miró la receta y luego el bol. Entrecerró los ojos, haciendo cálculos mentales. Había puesto el doble de harina de la necesaria.

—Vale —dijo con diplomacia, dejando el móvil—. Creo que podemos arreglarlo. Niñas, ¿podéis sacar más huevos y leche?

Entre los cuatro consiguieron hacer una masa de tortitas decente. Bueno, más o menos. Alex insistió en dar la vuelta a la primera tortita lanzándola al aire, a pesar de las protestas de Eva.

—¡No! —Eva intentó detenerlo, extendiendo la mano.

Demasiado tarde. La tortita voló por los aires en un arco perfecto, giró elegantemente una, dos veces… y aterrizó en el suelo con un plof húmedo.

Las niñas estallaron en carcajadas, doblándose sobre los taburetes.

—Bueno. —Alex miró la tortita en el suelo con expresión filosófica—. Al menos ha girado.

—Sí. —Eva intentó no reírse, mordiéndose el labio—. Técnicamente, ha sido un éxito.

—La próxima vez usa una espátula, papá —dijo Natalie negando con la cabeza y riendo.

El resto de las tortitas las hizo Eva, con expertos movimientos, mientras Alex se encargaba del café, preparándolo en la cafetera italiana que tanto le gustaba, y las niñas ponían la mesa con más cuidado del habitual. Cuando se sentaron a desayunar, las tortitas estaban doradas y esponjosas. Y todos tenían buen humor.

—Tengo que ir al bufete —dijo Eva mirando el reloj después de dar un sorbo a su café—. Solo un par de horas. Soraya tiene que darme unos documentos que necesito revisar.

—¿Nos vemos al mediodía entonces? —preguntó Alex untando mantequilla en su tortita—. Para lo de la compra.

—Perfecto. —Eva asintió—. ¿A las doce en el supermercado de la esquina?

—Allí estaremos.

El supermercado estaba sorprendentemente lleno para un martes al mediodía. Eva llegó primero y esperó junto a los carritos, observando el ir y venir de gente con bolsas hasta que vio aparecer a Alex con las niñas.

Carol y Natalie venían discutiendo sobre algo, gesticulando animadamente con las manos; sus voces se elevaban por encima del ruido del tráfico. Alex caminaba detrás de ellas con expresión resignada, negando con la cabeza de vez en cuando.

—No me digas que ya están discutiendo —dijo Eva cuando llegaron, cruzándose de brazos.

—Llevan así desde que hemos salido de casa —suspiró Alex pasándose una mano por la cara—. Algo sobre si los Fruity Loops son mejores que los Choco Krispies.

—Son mejores —insistió Natalie girándose hacia ellos—. Tienen más sabor. Y más colores.

—Los Choco Krispies tienen chocolate —contraatacó Carol levantando la barbilla—. El chocolate siempre gana. Siempre.

—Podemos comprar los dos —sugirió Eva cogiendo un carrito.

Las niñas se miraron entre ellas durante un momento, procesando la solución. Luego asintieron, aparentemente satisfechas con esa respuesta.

—Fácil —dijo Alex cogiendo el carrito de las manos de Eva—. ¿Ves? Ya estamos mejorando en esto de ser familia.

—Espera a que lleguemos a la sección de galletas —murmuró Eva, empujando el carrito hacia la entrada.

Empezaron por la sección de frutas y verduras, con sus colores y el olor fresco a tierra. Eva iba poniendo cosas en el carrito mientras Alex la seguía como un estudiante aplicado. Las niñas habían desaparecido hacia el pasillo de los snacks.

—¿Cuánto de esto necesitamos? —preguntó Alex mirando todas las bolsas de ensalada que Eva iba añadiendo al carrito.

—Depende. —Eva cogió tomates, apretándolos suavemente para comprobar su madurez—. ¿Cuántas veces a la semana coméis ensalada?

—Define "ensalada".

Eva lo miró con incredulidad, dejando de elegir tomates.

—¿En serio?

—Mira, Natalie y yo no somos muy de verduras —reconoció Alex encogiéndose de hombros con expresión culpable—. Comemos pizza. Pasta. Bistec… básicamente eso.

—Eso tiene que cambiar. —Eva puso más verduras en el carrito con gesto decidido—. No podéis vivir solo de carbohidratos y proteínas. Vais a acabar con el colesterol por las nubes.

—Hemos sobrevivido hasta ahora —dijo Alex intentando defender su posición, aunque no fue muy convincente.

—Sobrevivir no es lo mismo que vivir bien. —Eva le dio un pepino, poniéndolo en sus manos—. Toma. Familiarízate con esto.

—¿Es un pepino? —Alex lo miró como si nunca hubiera visto uno, girándolo entre sus manos.

—Sí, Alex. Es un pepino —dijo Eva negando con la cabeza y sonriendo a pesar de sí misma—. Por favor, dime que sabes lo que es un pepino.

—Claro que sé lo que es. —Alex puso el pepino en el carrito con cuidado—. Solo que… nunca he comprado uno. Ni cocinado con uno.

—Esto va a ser un proyecto a largo plazo —murmuró Eva, preocupada, añadiendo más verduras.

Siguieron por el supermercado con el carrito cada vez más lleno. Eva iba explicando para qué servía cada cosa, cómo se cocinaba, cuánto duraba en la nevera. Alex asentía como un estudiante aplicado, haciendo preguntas de vez en cuando. Era adorable verlo tan fuera de su elemento, tan dispuesto a aprender.

Cuando llegaron a la sección de lácteos, las niñas reaparecieron con los brazos llenos de bolsas de patatas fritas y gominolas. Sus ojos brillaban con expectación.

—¿Todo eso? —preguntó Eva enarcando una ceja.

—Es para compartir —intentó justificarse Carol sosteniendo las bolsas contra su pecho.

—Podéis llevar dos bolsas cada una —dijo Eva con firmeza—. Y una de gominolas para compartir.

—¿Tres bolsas cada una? —Natalie intentó negociar, poniendo su mejor cara de súplica.

—Dos.

—Vale. —Ambas niñas suspiraron dramáticamente y empezaron a elegir cuáles se quedaban, colocando las demás de vuelta en las estanterías.

—Eres buena en esto —comentó Alex en voz baja, acercándose a Eva.

—Años de práctica —dijo Eva sonriendo y observando a las niñas—. Carol siempre intenta negociar. Desde que era pequeña.

—Natalie también. —Alex se rio—. Deben haberlo aprendido la una de la otra.

La siguiente parada fue la sección de cereales, donde las niñas pasaron diez minutos completos debatiendo entre al menos quince opciones diferentes, leyendo las etiquetas, comparando sabores, antes de decidirse por los Fruity Loops y los Choco Krispies que habían mencionado al principio.

—Podríais haber ahorrado tiempo —señaló Alex mirando su reloj.

—Es que teníamos que asegurarnos —explicó Carol con seriedad absoluta, sosteniendo ambas cajas—. ¿Y si había algo mejor?

—Lógica impecable. —Eva intentó no reírse, mordiendo el interior de su mejilla.

Cuando llegaron a las galletas, tal como Eva había comentado de forma profética, empezó otra negociación. Esta vez sobre cuántos paquetes podían llevarse.

—Necesitamos al menos cuatro —argumentó Natalie contando con los dedos—. Dos para cada casa.

—¿Dos para cada casa? —preguntó Alex alzando una ceja y cruzándose de brazos—. ¿Cuántas galletas pensáis comer?

—Las normales. —Carol se encogió de hombros—. Un paquete dura como tres días. Máximo.

—Tres —negoció Eva—. Y tienen que ser de tipos diferentes.

—Cuatro. —Natalie hizo una contraoferta.

—Tres.

—¿Tres y medio?

—¿Cómo vas a comprar medio paquete de galletas? —se rio Alex mirando a Natalie con diversión.

—Es una forma de hablar. —Natalie puso los ojos en blanco—. Tres está bien. Lo acepto.

Eligieron tres paquetes después de otro animado debate: Oreos (clásicas, no las de sabores raros), Chips Ahoy (con extra de chips de chocolate) y unas galletas de mantequilla danesas que a Carol le encantaban desde que era pequeña.

Siguieron por el resto del supermercado, llenando el carrito cada vez más. Pasta de diferentes formas, arroz blanco integral, carne de ternera y pollo, pescado fresco… Todo lo necesario para tener las dos neveras y despensas bien surtidas.

—¿Cuánto vamos a gastar? —preguntó Alex mirando el desbordante carrito y calculando mentalmente.

—No quieres saberlo. —Eva respondió—. Pero podemos dividirlo a medias.

—Me parece justo.

En la caja, mientras esperaban su turno en la cola, las niñas vieron las revistas expuestas y empezaron a hojearlas con interés, señalándose cosas entre ellas. Eva y Alex se quedaron en silencio durante un momento, observando a sus hijas, que tenían las cabezas juntas y se reían de algo.

—Esto es raro —comentó Alex en voz baja, inclinándose hacia Eva.

—¿El qué?

—Esto. —Alex hizo un gesto amplio que abarcaba el supermercado, el carrito desbordante, las niñas—. Ir a comprar juntos. Discutir sobre pepinos y galletas. Parece tan… normal.

—¿Normal malo o normal bueno? —preguntó Eva. sonriendo con picardía y girándose para mirarlo.

—Normal increíble —dijo Alex tomando su mano y entrelazando sus dedos—. Llevaba años sin hacer cosas normales como esta.

—Yo también —admitió Eva apretando su mano—. Y me gusta. Me encanta.

—Siguiente. —La cajera llamó, haciendo un gesto hacia ellos.

Empezaron a poner las cosas en la cinta transportadora. Las niñas ayudaron, aunque más bien iban añadiendo cosas de última hora que veían junto a la caja: chicles, chocolatinas, revistas.

—¿Chicles? —Carol puso un paquete en la cinta.

—No.

—¿Chocolate? —Natalie intentó, poniendo una barra de Snickers.

—No.

—¿Una revista? —Carol probó de nuevo, mostrando una con Justin Bieber en la portada.

—Chicas —dijo Alex mirándolas con severidad fingida y cruzándose de brazos—. Parad ya.

—Vale, vale. —Ambas se rindieron, poniendo las cosas de vuelta con expresiones derrotadas.

El total fue de trescientos cuarenta y siete dólares. Alex silbó por lo bajo, mirando la pantalla digital.

—¿Comprar siempre cuesta tanto? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Cuando tienes que llenar dos casas y alimentar a cuatro personas, sí —respondió Eva sacando su tarjeta de crédito—. Pero recuerda que esto nos durará al menos dos semanas.

—Ciento setenta y tres dólares y medio cada uno. —Alex calculó.

—¿Y medio? —Eva se rio.

—Soy pintor y matemático. —Alex se encogió de hombros—. Es lo justo.

Pagaron y salieron con las bolsas, cargándolas entre todos. El coche de Eva estaba más cerca, así que decidieron llevar todo allí primero y luego repartirlo entre las dos casas.

Cargaron el maletero, con las niñas ayudando (o más bien estorbando mientras intentaban llevar las bolsas más pesadas) y discutiendo sobre quién había puesto más.

—Yo he puesto cinco —dijo Carol contando con los dedos.

—Yo seis. —Natalie contraatacó.

—Las dos habéis puesto dos —intervino Alex cerrando el maletero—. El resto lo hemos puesto Eva y yo.

—Pero hemos ayudado —protestó Carol, cruzándose de brazos.

—Habéis ayudado —concedió Eva acariciándole la cabeza—. Ahora, ¿vamos a casa a dejar esto o qué?

—Vamos. —Las niñas se metieron en el coche, peleándose por quién se sentaba en qué lado.

Llevaron primero las cosas al loft de Alex, que estaba más cerca. Entre los cuatro subieron todas las bolsas, haciendo varios viajes, y empezaron a guardar todo con una sorprendente eficiencia.

Eva organizó la nevera y la despensa mientras Alex iba pasándole las cosas, siguiendo sus instrucciones. Las niñas se encargaron de los cereales y las galletas, colocándolos en un armario que designaron como «la zona de snacks» con una etiqueta improvisada.

—Esto ya tiene mejor aspecto —comentó Eva mirando la nevera llena, con todo organizado por categorías.

—Mucho mejor —dijo Alex abrazándola por detrás y apoyando la barbilla en su hombro—. Aunque no sé si sabré cocinar la mitad de estas cosas.

—Aprenderás. —Eva se giró entre sus brazos—. Yo te enseñaré. Serás mi proyecto.

—¿Me darás clases de cocina? —Alex sonrió.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Eva poniéndose de puntillas y besándolo—. No puedes vivir de pasta y bistec toda tu vida.

—¡Eh! —La voz de Natalie los interrumpió desde el salón—. ¿Vamos ya a la piscina?

Se separaron riendo, con las frentes todavía juntas.

—Dadnos cinco minutos para cambiarnos —dijo Alex.

—¡Cinco minutos! —Carol miró su reloj inexistente, golpeando su muñeca—. Cronometrado.

Mientras Alex se acercaba un instante a su estudio para guardar unos pinceles, Eva se cambió en el dormitorio. Se puso el bañador que había traído en su bolsa, que era negro y de una pieza, unos shorts vaqueros encima y una camiseta de tirantes blanca.

Cuando salió, Alex llegaba del estudio y la miró de arriba abajo. Sus ojos recorrieron su cuerpo con admiración, y silbó bajito.

—Estás… guau.

—Tú también vas a estar guau. —Eva le guiñó un ojo—. Ahora cámbiate antes de que las niñas vengan a buscarnos.

Alex se cambió en tiempo récord y cuando salió, llevaba un bañador negro y una camiseta blanca que se ajustaba a su torso de una forma que hizo que a Eva se le secara la boca y se le acelerara el pulso.

—Ahora entiendo lo del guau. —Eva murmuró, sin poder apartar los ojos.

—¿Lista? —preguntó Alex tendiéndole la mano con una sonrisa.

—Lista.

Las niñas ya estaban esperando en el salón con sus toallas enrolladas y protector solar en la mano. Carol llevaba un bañador azul turquesa y Natalie uno rosa con lunares blancos.

—¡Por fin! —exclamó Carol levantándose de un salto—. Habéis tardado seis minutos.

—¿Has cronometrado? —preguntó Alex con incredulidad.

—Obvio. —Carol sonrió con suficiencia—. Habéis perdido.

—¿Y cuál es el castigo? —preguntó Eva cruzándose de brazos.

—Tenéis que comprarnos un helado después —dijeron Natalie y Carol al unísono.

—Esto estaba planeado. —Alex negó con la cabeza.

—Totalmente —admitió Carol sin vergüenza—. Pero ha funcionado.

—Vale —se rio Eva—. Helados después de la piscina. Vamos.

La piscina comunitaria del edificio de Alex estaba en la azotea, y solo era accesible por un ascensor especial. Era de tamaño medio, rectangular, con tumbonas blancas alrededor y unas vistas espectaculares de Manhattan que se extendían en todas direcciones.

Había algunas personas tomando el sol, con libros abiertos y bebidas frías, y un par de niños jugando en el agua con flotadores

de colores. Las niñas se quitaron la ropa en un segundo y se lanzaron inmediatamente a la piscina con gritos de alegría, salpicando agua por todas partes.

Eva y Alex se instalaron en dos tumbonas juntas, arrastrándolas para que quedaran pegadas. Eva se quitó los shorts y la camiseta, dejando ver el bañador completo.

Era un bañador de una pieza negro, sencillo pero elegante, que se ajustaba perfectamente a su estilizada figura, realzando sus curvas. Alex se quedó mirándola sin disimulo, sin importarle quién pudiera verlo.

—Para de mirarme así. —Eva se sonrojó, sintiendo el calor subiéndole por el cuello.

—No puedo. —Alex se quitó la camiseta de un tirón—. Estás preciosa.

Ahora le tocó a Eva quedarse mirando. El torso de Alex, bronceado y musculoso, con esos tatuajes que tanto le fascinaban: el escudo del ejército, las frases en latín, el corazón partido… era impresionante. Cada músculo definido, cada línea perfecta.

—Ahora eres tú la que mira. —Alex sonrió con suficiencia.

—No estoy mirando. —Eva apartó la vista demasiado rápido.

—Claro que no —se rio Alex, el sonido grave y divertido.

Se colocaron en las tumbonas, y se pusieron crema solar el uno al otro, disfrutando del sol que calentaba su piel. Las niñas estaban en la piscina, jugando a algún juego que involucraba bucear y sacar cosas imaginarias del fondo. Sus risas resonaban en el espacio.

—Esto es perfecto —suspiró Eva cerrando los ojos.

—Sí —reconoció Alex extendiendo la mano y encontrando la de ella, entrelazando sus dedos sobre el espacio entre las tumbonas—. Lo es.

Se quedaron en silencio, disfrutando del momento. El sol calentaba su piel y el sonido del agua y las risas de las niñas creaba

una banda sonora perfecta para la tarde.

—¡Mamá! ¡Ven! —Carol la llamó desde la piscina, agitando los brazos—. ¡El agua está genial!

—¿Vamos? —preguntó Alex levantándose y tendiéndole la mano.

—Vamos. —Eva tomó su mano, dejando que la levantara.

Se metieron en la piscina por la escalerilla. El agua estaba fría al principio, e hizo que Eva jadeara, pero era agradable una vez que te acostumbrabas. Las niñas los recibieron con salpicaduras y risas, atacándolos inmediatamente.

—¡Guerra de agua! —gritó Natalie levantando los brazos.

Y así comenzó una batalla épica. Carol y Natalie contra Eva y Alex. Las niñas tenían la ventaja de ser más rápidas, más ágiles, pero los adultos tenían más fuerza y alcance.

Eva se reía tanto que apenas podía respirar, con agua entrándole por la nariz. Alex la protegía con su cuerpo mientras ella intentaba salpicar a las niñas, que se movían como peces. Carol y Natalie se habían coordinado perfectamente, atacando desde ambos lados con estrategia militar.

—¡Rendíos! —exigió Carol levantando un puño victorioso.

—¡Nunca! —exclamó Alex. La levantó por la cintura y la lanzó al agua con un movimiento suave.

Carol salió a la superficie riendo y tosiendo, escupiendo agua.

—¡Eso es trampa!

—En el amor y en la guerra todo vale. —Alex se encogió de hombros con una sonrisa.

—Entonces… —Natalie sonrió con malicia, intercambiando una mirada con Carol—. ¡Nat, ahora!

Ambas niñas se lanzaron sobre Alex, colgándose de sus hombros como monos e intentando hundirlo con su peso combinado. Alex fingió luchar, moviendo los brazos exageradamente, pero

finalmente se dejó hundir con ellas, haciendo que todas acabaran bajo el agua en una masa de brazos y piernas.

Eva aprovechó la distracción para nadar hacia el otro lado de la piscina con brazadas rápidas. Cuando Alex y las niñas salieron a la superficie, escupiendo agua y riendo, ella estaba allí, aferrada al borde, sonriendo triunfante.

—¡Traidora! —Alex nadó hacia ella con determinación.

—Estrategia. —Eva se rio, intentando alejarse.

Alex la alcanzó en tres brazadas y la abrazó contra el borde de la piscina, atrapándola con su cuerpo. Estaban solos en ese extremo, con las niñas al otro lado jugando y gritando.

—Te tengo —murmuró contra su oreja.

Ella sintió su aliento cálido contra su piel mojada.

—Sí. —Eva se giró entre sus brazos, rodeándole el cuello con los suyos—. Me tienes.

Se miraron durante un momento. El agua goteaba del pelo de Alex y caía sobre sus hombros. Sus ojos verdes brillaban bajo el sol como esmeraldas, intensos y cálidos, y Eva sintió que su corazón se aceleraba.

Alex se inclinó y la besó. Fue un beso suave, dulce, que sabía a felicidad.

—¡Eh! —La voz de Carol los interrumpió desde el otro lado—. ¡Nada de besarse en la piscina!

Se separaron riendo, con las frentes todavía juntas.

—¿Por qué no? —preguntó Alex sin soltarla.

—Porque es asqueroso. —Natalie hizo una mueca exagerada, sacando la lengua.

—Algún día cambiaréis de opinión. —Eva se rio.

—Lo dudo. —Ambas niñas lo dijeron al unísono, negando con la cabeza.

Pasaron el resto de la tarde en la piscina. Jugaron, nadaron, se tiraron desde el bordillo una y otra vez. Las niñas enseñaron a Eva y Alex un complicado juego que involucraba bucear y tocar el fondo en diferentes puntos, con reglas que cambiaban constantemente.

Cuando salieron del agua, todos estaban arrugados como pasas, con los dedos blancos y arrugados.

—Helado —recordó Carol mientras se secaba con su toalla, frotándose vigorosamente—. Lo prometisteis.

—Es una promesa —añadió Natalie, señalándolos con el dedo.

—Helado —confirmó Alex—. Y luego cena.

—¿Pizza? —sugirió Carol con esperanza, juntando las manos.

—Acabamos de comprar comida —dijo Eva negando con la cabeza—. Cocinaremos algo. Algo saludable.

—Pero es que todos estamos cansados —intentó Natalie poniendo cara de cachorro abandonado.

—Por eso vamos a cocinar algo fácil —dijo Eva sonriendo—. ¿Qué tal pasta con salsa de tomate?

—Vale. —Ambas niñas suspiraron, resignadas pero todavía sonriendo.

Bajaron a cambiarse al loft y luego salieron a por helados. Había una heladería artesanal a dos manzanas que, según Alex, hacía los mejores helados de la zona.

Carol pidió chocolate con brownie y extra de virutas. Natalie eligió fresa con nubes de malvavisco. Eva se decidió por limón con albahaca. Y Alex pidió menta con chips de chocolate que le tiñó la lengua de verde casi inmediatamente.

Se sentaron en un banco de madera frente a la heladería, los cuatro en fila, comiendo sus helados y viendo pasar a la gente: turistas con mapas, ejecutivos hablando por teléfono, parejas de la mano.

—Este ha sido un buen día —comentó Carol lamiendo su helado.

—El mejor. —Natalie asintió con entusiasmo.

Eva miró a Alex y sonrió. Él le devolvió la sonrisa y apretó su mano libre.

—Sí —dijo Eva—. Ha sido perfecto.

Y lo había sido. Un día normal. Sin grandes acontecimientos. Solo compras, piscina y helados.

Pero esos eran los mejores días. Los que realmente importaban.

Los días normales con la gente que amas.



CAPÍTULO 16

Miércoles, 2 de julio de 2025

Alex condujo hacia Ridgefield esa mañana de miércoles con una sonrisa que no podía borrar de su cara. Había dejado a Natalie con Eva y Carol, las tres planeando qué hacer durante el día. Eva tenía que ir al bufete solo un par de horas, y luego pasarían la tarde juntas.

Pero necesitaba hablar de Eva con sus abuelos. Quería compartir su felicidad con las dos personas que lo habían criado, que habían estado ahí desde que su madre murió al darle a luz.

El viaje desde Manhattan hasta Ridgefield duraba poco más de hora y media. Alex puso música, dejó que el sol de julio entrara por las ventanillas y se permitió disfrutar del momento.

Estaba enamorado de forma profunda e irremediable. Y por primera vez desde que murió Natalie, sentía que podía tener un futuro. Una familia.

La casa de sus abuelos era una pequeña construcción de madera blanca, con un jardín bien cuidado, y estaba en las afueras de Ridgefield. No era ostentosa, pero era su hogar. Siempre lo había sido.

Aparcó en el camino de entrada y vio a su abuelo, Robert, trabajando en el jardín. El hombre levantó la vista cuando escuchó el coche y su cara se iluminó.

—¡Alex! —exclamó, dejando la pala y acercándose—. No esperábamos verte hasta el fin de semana.

—Hola, abuelo —dijo Alex saliendo del coche y abrazándose al hombre mayor.

Robert tenía ochenta y dos años, pero seguía siendo fuerte como un roble. El trabajo en la tienda de alimentación que había tenido durante más de cuarenta años lo había mantenido en forma, y aunque ahora estaba jubilado, nunca dejaba de moverse.

—¿Y Natalie? —preguntó Robert.

—Se ha quedado en Nueva York con unas amigas —respondió Alex sonriendo—. Necesitaba hablar con vosotros. Los dos.

Robert lo miró con curiosidad.

—¿Pasa algo malo?

—No —negó Alex sacudiendo la cabeza—. Al contrario. Pasa algo muy bueno.

Robert sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Entonces vamos dentro. Tu abuela acaba de hacer café.

Entraron en la casa. El interior olía a café recién hecho y a las galletas de canela que su abuela, Margaret, hacía cada jueves. Algunos rituales nunca cambiaban.

—¿Alex? —La voz de Margaret llegó desde la cocina.

—Hola, abuela —dijo Alex entrando en la cocina. Abrazó a la mujer menuda de pelo blanco que estaba junto a la encimera.

Margaret tenía setenta y nueve años y era todo lo que Alex recordaba de bondad y calidez. Ella y Robert lo habían acogido sin dudarlo cuando su madre Nancy murió, dándole un hogar, amor y estabilidad.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Margaret apartándolo para mirarlo —. ¿Estás bien? Te veo… diferente.

—Estoy bien —reconoció Alex sonriendo—. De hecho, muy bien.

—Dice que tiene algo que contarnos —intervino Robert, sentándose a la mesa de la cocina.

—¿Sí? —preguntó Margaret sirviendo café en tres tazas—. Pues cuéntanos.

Alex se sentó frente a sus abuelos. De repente se sentía nervioso, como un adolescente a punto de presentar a su primera novia. Técnicamente, no lo era, ni siquiera la segunda, pero era la primera desde Natalie. Y eso lo hacía importante.

—Estoy saliendo con alguien —soltó.

Margaret y Robert se miraron entre ellos y luego sonrieron.

—¡Oh, Alex! —exclamó Margaret tomando su mano—. Eso es maravilloso. ¿Quién es ella?

—Se llama Eva —dijo Alex sintiendo cómo se le calentaban las mejillas—. Es… increíble. Inteligente, divertida, hermosa. Y tiene una hija de la edad de Natalie. Carol. Es la mejor amiga de vuestra nieta.

—Entonces las niñas ya se conocen —reconoció Robert asintiendo con aprobación—. Eso es bueno.

—De hecho, fueron ellas las que nos juntaron —se rio Alex—. Organizaron un elaborado plan para que pasáramos tiempo juntos.

—Así que son listas —dijo Margaret sonriendo—. Ya me caen bien.

—¿Y cuánto hace que sales con ella? —preguntó Robert.

—Oficialmente, poco más de una semana —respondió Alex encogiéndose de hombros—. Pero ha sido… muy intenso. En el buen sentido. Parece que la conozco de toda la vida.

—Eso es el amor, hijo —dijo Robert dándole una palmada en el brazo—. Cuando es el correcto, lo sabes.

—Lo sé —asintió Alex—. Por eso quería contároslo. Este fin de semana Nat y yo no podremos venir a veros. Vamos a ir a conocer a sus padres. Pasaremos el fin de semana en su finca.

—¿Una finca? —preguntó Margaret levantando las cejas—. ¿A qué se dedican sus padres?

—Su padre es pintor —explicó Alex sonriendo—. Es un artista muy reconocido, de hecho. Marlon Watts.

Hubo un silencio. Alex vio cómo sus abuelos se miraban entre ellos, y algo en esa mirada lo puso nervioso.

—¿Watts? —repitió Margaret lentamente.

—Sí —asintió Alex—. Ella se llama Eva Watts. ¿Por qué? ¿Lo conocéis?

—¿Y has dicho que tienen una finca? —preguntó Robert ignorando la duda de Alex—. ¿Dónde?

—En Warwick. —Alex los miró con extrañeza—. En el condado de Orange. ¿Qué pasa?

Margaret se había puesto pálida. Dejó su taza de café sobre la mesa con manos temblorosas.

—Abuela —dijo Alex inclinándose hacia delante—. ¿Qué pasa? Me estáis asustando.

—Margaret —Robert la miró—. Creo que tenemos que contárselo.

—¿Contarme qué? —preguntó Alex mirándolos a ambos—. ¿Qué está pasando?

Margaret tomó aire, y cuando habló, su voz temblaba ligeramente.

—Alex, cariño… ¿Alguna vez te has preguntado por tu padre?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—No —respondió con honestidad—. Asumí que era alguien que no quiso estar en nuestras vidas.

—No fue así —negó Margaret sacudiendo la cabeza—. Tu madre… tu madre amaba a tu padre. Mucho. Pero las circunstancias los separaron.

—¿Qué tiene que ver esto con Eva? —preguntó Alex, sintiendo cómo se le formaba un nudo en el estómago.

—Todo, me temo —reconoció Margaret mirándolo con ojos llenos de lágrimas—. Tu madre trabajó como doncella en una finca en Warwick cuando tenía dieciséis años.

El corazón de Alex empezó a latir más rápido.

—No —susurró.

—Allí conoció a un chico —continuó Margaret, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Un chico de su misma edad. El hijo de la familia para la que trabajaba. Se enamoraron. Eran tan jóvenes, tan inocentes…

—Abuela, para —dijo Alex levantándose de la silla—. Por favor, dime que no es lo que pienso.

—El padre del chico se enteró de la relación y, sin decirle nada a su hijo, despidió a tu madre —explicó Robert con voz grave—. Le dijo que se fuera y que nunca volviera, que no era apropiada para su familia.

Alex los miraba. No quería creer lo que estaba oyendo.

—Nancy vino a casa —continuó Margaret—. Estaba muy mal, destrozada. No sabía que estaba embarazada. Lo descubrió dos meses después.

—Y ese bebé era yo. —Alex se apoyó contra la pared.

—Sí —asintió Margaret—. Ese bebé eras tú.

—¿Y el padre? —Alex apenas podía respirar—. ¿Quién era?

Alex cerró los ojos. No quería escucharlo. No quería que fuera lo que esperaba oír.

—Me dijo que el padre de su hijo era Marlon —susurró Margaret—. Marlon Watts.

El mundo se detuvo.

Alex oyó las palabras, las procesó, pero no podía creerlas. No podía ser verdad.

—No —sacudió la cabeza—. No, no, no. Esto no puede estar pasando.

—Lo siento, Alex —dijo Margaret levantándose e intentando acercarse a él, pero Alex retrocedió.

—Eva —murmuró—. Eva es… es su hija.

—Sí —asintió Robert gravemente.

—Lo que significa que… —Alex sintió cómo se le revolvía el estómago—. ¡Joder! Que somos hermanos. Eva y yo somos hermanos.

—Medio hermanos —corrigió Margaret suavemente.

—¡Es lo mismo, coño! —Alex casi gritó—. ¡Comparte mi sangre! ¡Es mi hermana!

Se llevó las manos a la cabeza, sintiendo cómo todo su mundo se desmoronaba.

La mujer de la que estaba enamorado. La mujer con la que había planeado un futuro y que hacía que su corazón latiera más rápido cada vez que la veía… era su hermana.

—¿Por qué nunca me lo dijisteis? —preguntó con la voz rota—. ¿Por qué nunca me contasteis quién era mi padre?

—Porque nunca nos lo preguntaste —respondió Margaret—. Cuando eras pequeño, no mostraste interés. Y luego, cuando creciste… parecías en paz con no saberlo. No queríamos remover el pasado si tú no lo necesitabas.

—Pues lo necesito ahora. —Alex se rio amargamente—. Lo necesito porque estoy enamorado de mi hermana, joder.

—Lo siento tanto, Alex —dijo Margaret llorando—. Si hubiéramos sabido…

—¿Marlon sabe…? —preguntó Alex—. ¿Sabe que tiene un hijo?

—No lo creo —negó Robert sacudiendo la cabeza—. Nancy nunca se lo dijo. Nunca tuvo la oportunidad.

—Entonces no solo soy su hijo bastardo —se rio Alex sin humor —. Soy su hijo secreto. El que nunca quiso.

—No es así —reconoció Margaret acercándose. Esta vez Alex no se apartó—. Tu madre decía que Marlon la amaba. Estaba segura de que él no sabía por qué se había ido. Pensaba que el padre de Marlon se había encargado de que nunca lo supiera.

—No importa —dijo Alex apartándose—. Nada de esto importa ya.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Robert.

—No lo sé —respondió Alex dirigiéndose hacia la puerta—. Tengo que… necesito pensar.

—Alex, espera. —Margaret lo siguió.

—No puedo estar aquí ahora. —Alex abrió la puerta—. Lo siento. Solo… necesito estar solo.

—Ten cuidado —la voz de Robert sonó detrás de él—. Y piensa bien qué le vas a decir a esa chica.

Alex asintió sin girarse y salió de la casa.

El viaje de vuelta a Manhattan fue una nebulosa. Alex conducía en piloto automático, sin ver realmente la carretera, sin prestar atención a nada excepto al torbellino de pensamientos que llenaban su cabeza.

«Eva es mi hermana». El pensamiento se repetía una y otra vez, como un disco rayado.

La mujer que amaba. La mujer con la que había planeado un futuro. La mujer que hacía que quisiera ser mejor… ¡era su hermana!

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía ser tan cruel el destino?

Había perdido a su madre cuando nació. Había perdido a su esposa cuando tenía treinta y siete. Y ahora, a los cuarenta y dos, cuando había encontrado el amor de nuevo… no podía estar con ella.

Su móvil sonó. Era Eva. Alex miró la pantalla, pero no contestó. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a explicarle esto?

El teléfono dejó de sonar. Luego empezó de nuevo. Y de nuevo. Eva estaba preocupada.

Finalmente, Alex aparcó en el arcén de la autopista y contestó.

—¿Alex? —La voz de Eva sonaba asustada—. ¿Dónde estás? Te he llamado varias veces.

—Estoy… —Alex se aclaró la garganta—. Estoy volviendo a la ciudad.

—¿De visitar a tus abuelos? —Eva hizo una pausa—. ¿Ha pasado algo? Tienes la voz rara.

—Tenemos que hablar —dijo Alex—. En persona.

—Me estás asustando. —La voz de Eva se quebró ligeramente.

—Lo sé. Lo siento —reconoció Alex cerrando los ojos—. Pero necesito… necesito verte. ¿Estás en tu loft?

—Sí. Con las niñas —respondió Eva haciendo una pausa—. Alex, ¿qué pasa?

—Ahora no —dijo Alex arrancando el coche de nuevo—. Llegaré en media hora. ¿Puedes pedirle a alguien que se quede con ellas?

—Llamaré a Janet —respondió Eva—. Alex, me estás preocupando de verdad.

—Lo sé —reconoció Alex sintiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Lo siento. Te quiero.

Colgó antes de que Eva pudiera responder.

Le había dicho que la quería. Y era verdad. La quería con cada fibra de su ser. Pero eso ya no importaba, porque no podía estar con ella. Nunca podría estar con ella.

El resto del viaje pasó en un borrón. Alex apenas recordaba haber conducido, haber aparcado, haber subido al edificio de Eva.

Cuando llamó a la puerta, Eva abrió y tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

—Alex —susurró, y se lanzó a sus brazos.

Alex la abrazó con fuerza, aspirando su olor, memorizando la sensación de tenerla entre sus brazos.

Porque sabía que sería la última vez.

—Las niñas están con Janet —murmuró Eva contra su pecho—. ¿Qué ha pasado? ¿Tus abuelos están bien?

—Están bien. —Alex se apartó suavemente—. Pero necesito contarte algo. Y… no sé cómo hacerlo.

—Vamos —dijo Eva tomándolo de la mano y guiándolo hacia el sofá—. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

Alex casi se rio. Cuando ella lo supiera…

Se sentaron en el sofá. Eva lo miraba con preocupación. Sus ojos azules estaban llenos de miedo. De amor y miedo.

—Eva —dijo Alex tomando sus manos—. Te quiero. Necesito que sepas eso antes de nada.

—Yo también te quiero, Alex —respondió Eva apretando sus manos—. Pero estoy aterrada. ¿Qué ha pasado?

—Hoy he ido a ver a mis abuelos —empezó él—. Quería contarles sobre ti. Sobre nosotros.

—¿Y?

—Cuando les he dicho tu nombre… cuando han oído que eras Eva Watts, que tu padre es Marlon Watts de Warwick… —Alex tuvo que detenerse para tomar aire—. Se han quedado muy callados.

—No entiendo —dijo Eva frunciendo el ceño.

—Mi abuela me ha contado una historia —explicó Alex, y sintió que se le quebraba la voz—. Sobre mi madre. Sobre Nancy.

Le explicó todo. Cada doloroso detalle. Que Nancy había trabajado en la finca y se había enamorado del hijo de la familia. Que el dueño de la finca la había despedido. Y que poco después ella había descubierto que estaba embarazada.

Y finalmente, la confesión de su madre a sus abuelos.

—Mi padre es Marlon Watts —terminó Alex con las lágrimas rodando por sus mejillas—. Tu padre.

Eva lo miraba con los ojos muy abiertos, procesando la información.

—Lo que significa que somos hermanos, Eva. Medio hermanos. —Se rio Alex amargamente—. Compartimos sangre.

Esperaba verla devastada. Esperaba lágrimas, gritos, horror.

Pero en lugar de eso, Eva empezó a sonreír. Se rio y, ante la estupefacción de Alex, se puso a llorar de felicidad.

—¿Eva? —preguntó Alex mirándola confundido—. ¿Por qué…?

—Oh, Alex —exclamó Eva abrazándolo con fuerza—. Es maravilloso.

—¿Maravilloso? —Alex estaba completamente perdido—. Eva, ¿me has oído? Somos hermanos.

—No. —Negó Eva apartándose, con la cara radiante—. No lo somos.

—Sí que lo somos, joder —insistió Alex—. Tu padre es Marlon. Mi padre es Marlon. Eso nos hace…

—Nada —interrumpió Eva—. No nos hace nada. Porque Marlon no es mi padre biológico.

Alex se quedó paralizado.

—¿Qué?

—Soy adoptada, Alex —dijo Eva tomando su cara entre las manos—. Mi madre, Elsa, no puede tener hijos. Es infértil. Me adoptaron cuando era un bebé.

El mundo dejó de girar.

—¿Adoptada? —susurró Alex.

—Sí. —Eva se rio entre lágrimas—. Así que no. No somos hermanos. No compartimos sangre. No hay nada que nos impida estar juntos.

—Pero… —Alex apenas podía procesar la información—. Pero tu padre…

—Él es tu padre biológico —asintió Eva—. Lo que significa que tienes un padre, Alex. Un padre que nunca supo que existías. Y yo… yo tengo un hermano. Un hermano que nunca supe que tenía.

Alex sintió cómo toda la tensión que había estado sintiendo en el pecho durante las últimas horas desaparecía de repente.

—¿Estás segura? —preguntó, casi con miedo de creerlo—. ¿Completamente segura?

—Del todo —respondió Eva besándolo—. Te lo juro. No compartimos ni una gota de sangre.

Alex la abrazó con fuerza y enterró su cara en su cuello.

—He pensado que te había perdido —murmuró—. Que el universo me estaba quitando a la mujer que amaba.

—No me vas a perder —dijo Eva abrazándolo igual de fuerte—. Nunca.

Se quedaron así durante un largo rato, abrazados en el sofá, llorando y procesando todo lo que acababan de descubrir.

Finalmente, Alex se apartó.

—Tenemos que decírselo —dijo.

—Lo sé —asintió Eva—. Este fin de semana.

—En la finca. —Alex tomó aire.

—Sí —respondió Eva tomando su mano—. Será el momento perfecto.

Alex la miró a los ojos, y por primera vez desde que había salido de casa de sus abuelos, sintió una chispa de esperanza.

—¿Crees que… crees que se alegrará?

—¡Claro que sí! —exclamó Eva con convicción—. Siempre he sabido que soy adoptada, Alex. Mis padres nunca me lo ocultaron. Y hace años, mi madre me confesó que mi padre prefería un hijo varón, pero que ella le convenció para adoptar a una niña. Él siempre ha deseado tener un hijo.

Alex sintió cómo se le encogía el corazón.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo Eva sonriendo—. Y ahora va a descubrir que tiene uno. Un hijo pintor, como él. Uno que sirvió a su país y que

tiene una hija maravillosa. Alex, cuando mi padre sepa que existes… va a ser el día más feliz de su vida.

—¿Estás segura? —preguntó Alex con voz temblorosa—. ¿No crees que se enfadará por haber perdido tantos años?

—Le dolerá —reconoció Eva—, pero no se enfadará. Al contrario. Se alegrará, Alex. Estoy completamente segura.

Alex sintió lágrimas en sus mejillas.

—Y tú… ¿Tú estás bien con esto? ¿Con que yo sea… su hijo?

—¿Estás de broma? —Eva se rio—. Alex, esto es lo mejor que podría haber pasado. Descubrir que el hombre del que estoy enamorada es el hijo de mi padre… es como un regalo. Significa que estamos más conectados de lo que nunca imaginé. Y además…

Se detuvo. Alex se la quedó mirando.

—Además, ¿qué? —preguntó Alex.

—Además, esto significa que mis padres van a estar aún más felices con nuestra relación —explicó Eva sonriendo—. No habrá dudas ni preocupaciones. Mi padre va a descubrir que tiene el hijo que siempre quiso, y que ese hijo está con su hija. Es… es perfecto.

Se quedaron abrazados, procesando todo lo que acababan de descubrir.

—¿Y si le decepciono? —susurró Alex después de un momento —. ¿Y si no soy el hijo que esperaba?

—Eres exactamente el hijo que siempre ha deseado —afirmó Eva con firmeza—. Eres talentoso, honorable, un padre maravilloso… Alex, mi padre va a ver en ti todo lo que siempre quiso. Va a estar tan orgulloso…

—Espero que tengas razón. —Alex respiró hondo.

—La tengo —dijo Eva sonriendo—. Ya lo verás. Este fin de semana va a ser… transformador. Para todos.

Alex asintió, sintiendo cómo la esperanza reemplazaba lentamente al miedo.

—Juntos —dijo.

—Juntos —repitió Eva, besándolo de nuevo.

Jueves, 3 de julio de 2025

Eva se despertó con el brazo de Alex sobre ella. La luz del amanecer se filtraba por las cortinas de su dormitorio y teñía todo de un suave dorado.

Habían pasado la noche hablando. Procesando. Intentaban asimilar todo lo que habían descubierto el día anterior.

Alex era hijo de Marlon. Su padre. El hombre que la había criado, que le había enseñado a apreciar el arte, que la había llevado sobre sus hombros cuando era pequeña.

Se giró con cuidado entre los brazos de Alex para mirarlo. Dormía profundamente, con la respiración pausada y las facciones relajadas. Pero incluso dormido se veía la tensión en la línea de su mandíbula.

Mañana irían a la finca y les contarían la verdad.

Eva sintió una oleada de emoción. Su padre iba a conocer a su hijo, el varón que siempre había deseado, y se iba a completar algo que había estado roto durante toda su vida, aunque nunca lo había sabido.

—Puedo oírte pensar. —La voz de Alex, ronca de sueño, la sobresaltó.

Eva levantó la vista y se encontró con sus ojos verdes que la miraban.

—Lo siento. No quería despertarte.

—No me has despertado —dijo Alex y le apartó un mechón de pelo rubio de la cara—. Llevo despierto un rato. Solo… te observaba.

—¿Y?

—Y pensaba en lo increíblemente afortunado que soy. —Alex la besó con suavidad—. A pesar de todo este caos, te tengo a ti.

—Estás nervioso por mañana. —No era una pregunta.

—Aterrado. —Alex lo admitió—. Voy a conocer a mi padre. Un padre que no sabe que existo. Un padre que amó a mi madre y nunca supo qué le pasó.

—Mi padre es un hombre maravilloso —dijo Eva y tomó su mano—. Cuando sepa la verdad… va a ser el día más feliz de su vida, Alex. Va a descubrir que tiene el hijo que siempre quiso.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Alex y buscó confirmación en sus ojos.

—Lo sé. —Eva asintió con convicción—. Conozco a mi padre. Esto va a ser… va a ser como un milagro para él. Y para mi madre también. Van a estar tan felices…

—¿Y no se enfadarán? ¿Contigo, conmigo, con nosotros?

—¿Enfadarse? ¡Vaya tontería! —Eva se rio con suavidad—. Alex, van a estar eufóricos. Gracias a nosotros, a nuestra relación, van a descubrir esta maravillosa verdad. Mi padre va a tener el hijo que siempre deseó, y yo voy a tener un hermano. Además, eres el amor de mi vida. —Alzó los hombros—. No hay nada por lo que puedan enfadarse, todo lo contrario.

La certeza de Eva lo envolvió y Alex sintió como su nudo se desataba.

—Espero que no te equivoques —dijo en voz baja.

—No lo hago —respondió ella antes de besarlo—. Ya lo verás.

Se quedaron quietos, unidos, respirando el mismo silencio.

—Tengo que ir al bufete. —Eva habló al fin—. Solo un par de horas. Soraya ha insistido en que tengo que firmar unos documentos.

—Y luego comeremos con ella. —Alex hizo una mueca—. ¿Seguro que no lo podemos cancelar?

—Le prometí que os presentaría de forma oficial. —Eva se rio —. Y si lo cancelo, sospechará que pasa algo.

—Va a sospechar de todas formas. —Alex suspiró—. No soy muy bueno para ocultar cosas.

—Entonces finge que estás nervioso por conocerla. —Eva se incorporó—. Que es verdad, ¿no?

—También. —Alex lo admitió—. Tu secretaria da un poco de miedo.

—Soraya es inofensiva —dijo Eva y se levantó de la cama—. Solo es… entusiasta.

El bufete estaba tranquilo cuando llegó. Era jueves por la mañana y muchos de los empleados habían optado por trabajar desde casa antes del fin de semana del 4 de julio.

Soraya, por supuesto, estaba en su escritorio. Llevaba un vestido rojo brillante y unos pendientes que parecían pequeñas lámparas de araña.

—Buenos días. —Saludó cuando vio a Eva—. Pareces… cansada.

—Buenos días, Soraya. —Eva intentó sonreír—. No he dormido muy bien.

—¿Todo bien con Alex? —preguntó Soraya y la observó con esos ojos inquisitivos.

—Todo bien. —Eva entró en su despacho—. Mejor que bien, en realidad.

—¿Sí? —Soraya la siguió—. Entonces, ¿por qué pareces…?, no sé.

—¿Dónde están los documentos que necesito firmar? —Eva cambió de tema.

—En tu mesa. —Soraya se sentó frente a ella—. Eva, ¿seguro que estás bien? Pareces… emocionada. Y nerviosa. Y…

—Estoy bien —dijo Eva y empezó a revisar los documentos—. Solo nerviosa por el fin de semana.

—Ah, sí. Vas a la finca de tus padres. —Soraya sonrió—. Con Alex y las niñas. Eso es un paso importante.

—Sí. —Eva no levantó la vista—. Muy importante.

—¿Y por eso estás nerviosa? —preguntó Soraya y ladeó la cabeza—. ¿Porque va a conocer a tus padres?

—Entre otras cosas. —Eva firmó el último documento—. Soraya, te lo contaré todo cuando vuelva. Te lo prometo. Pero ahora mismo…

—No puedes. —Soraya terminó la frase—. Lo sé. Pero cuando estés lista, aquí estaré.

—Ya lo sé —dijo Eva y sonrió con gratitud—. Gracias.

—Y ahora firma esos papeles para que podamos irnos a comer. —Soraya se levantó—. Me muero de hambre y tengo muchas preguntas que hacerle a tu novio.

—Soraya…

—Preguntas inofensivas. —Soraya le guiñó un ojo—. Casi todas.

Habían quedado en un restaurante italiano en el centro. Cuando llegaron Eva y Soraya, Alex ya estaba allí, sentado en una mesa junto a la ventana.

Se levantó al verlas entrar y Eva notó cómo se tensaba. No estaba acostumbrado a esto, a conocer gente nueva en un contexto social. El ejército lo había entrenado para misiones, para combate, para sobrevivir. No para almuerzos con secretarias entrometidas.

—Alex —dijo Eva acercándose. Lo besó en la mejilla—. Esta es Soraya.

—Encantado —respondió Alex extendiendo la mano.

—El placer es mío —dijo Soraya, estrechando su mano con firmeza—. Por fin conozco al hombre que ha conseguido que Eva sonría de esa forma.

—Soraya —dijo Eva en tono de advertencia.

—¿Qué? —Soraya se sentó—. Es verdad. No te había visto así desde… bueno, nunca, en realidad.

Se sentaron y pidieron. La conversación fluyó con relativa facilidad. Soraya hizo preguntas, Alex respondió y Eva intentó relajarse.

Pero la secretaria era perceptiva. Demasiado perceptiva.

—Así que este fin de semana vais a la finca —comentó mientras comían—. Debe ser emocionante conocer a los suegros.

—No son suegros —protestó Eva.

—Todavía —dijo Soraya sonriendo—. Pero ya veremos. ¿Estás nervioso, Alex?

—Un poco —admitió Alex.

—Es normal —reconoció Soraya observándolo—. Aunque te veo más que un poco nervioso. Pareces… expectante. Como si esperaras algo importante.

Eva y Alex intercambiaron una rápida mirada.

—Conocer a los padres de Eva es importante —dijo Alex.

—Mmm. —Soraya los miró a ambos—. Hay algo más. Lo sé. Pero no voy a presionar. Cuando estéis listos para contarlo, ya lo haréis.

—Gracias, Soraya —dijo Eva apretándole la mano—. De verdad.

El resto de la comida transcurrió con más tranquilidad. Soraya les contó anécdotas del bufete, hizo reír a Alex con historias de Eva en el trabajo. Cuando terminaron el postre, Alex parecía más relajado.

—Me caes bien —le dijo Soraya a Alex cuando se despedían—. Cuida de mi jefa, ¿vale?

—Lo haré —respondió Alex estrechándole la mano—. Te lo prometo.

Soraya se fue y Eva y Alex se quedaron solos en la acera.

—Ha ido bien —comentó Eva.

—Sí —reconoció Alex abrazándola—. Y mañana… mañana irá aún mejor.

—Lo sé —dijo Eva besándolo—. Estoy segura.

Cuando llegaron al loft, las niñas ya estaban allí. Janet las había llevado después de pasar la mañana en el parque, y ahora estaban en el salón rodeadas de purpurina, cartulinas rojas y azules, y lo que parecían ser los restos de una bandera americana hecha a mano.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Eva mirando el desastre creativo que había invadido su elegante salón.

—¡Decoraciones para mañana! —exclamó Carol levantando una guirnalda de estrellas que goteaba pegamento—. La señora Dawson nos ha ayudado a hacerlas. Vamos a decorar el loft para el 4 de julio.

—Y hemos hecho gorros —añadió Natalie poniéndose un sombrero de copa improvisado cubierto de estrellas plateadas—. ¿A que mola?

Alex se rio, dejándose caer en el sofá con cuidado de no aplastar ninguna creación artística.

—Es increíble, Nat. Muy patriótico.

—Janet te ha dejado una nota —dijo Alex recogiendo un papel de la encimera de la cocina—. Dice que las niñas querían preparar algo especial para mañana. Que espera que no te importe el desorden.

—No me importa —reconoció Eva mirando a las niñas con ternura—. De hecho, creo que es una idea genial.

Carol se levantó de un salto, con purpurina cayendo de su pelo como nieve brillante.

—¿Podemos ir mañana al desfile? —preguntó juntando las manos en súplica—. Por favor, por favor, por favor. Jenny dice que va con sus padres y que podemos ir juntas. El desfile pasa por la Quinta Avenida y luego hay fuegos artificiales por la noche y…

—Espera, espera —interrumpió Alex sonriendo—. Respira.

Carol tomó aire dramáticamente.

—Entonces, ¿podemos?

Eva miró a Alex, que se encogió de hombros con una sonrisa.

—¿Por qué no? —dijo Eva—. Sería divertido. Hace años que no voy al desfile del 4 de julio.

—¡SÍ! —Las dos niñas gritaron al unísono y se abrazaron saltando.

—Pero —añadió Alex levantando un dedo— tenéis que recoger todo este desastre primero. Y digo TODO.

—Vale, vale —Natalie ya estaba recogiendo cartulinas—. Lo prometemos.

Las siguientes dos horas fueron un torbellino de actividad. Las niñas recogieron sus materiales de arte (con supervisión constante de Eva); luego decidieron que el loft necesitaba "más ambiente festivo". Colgaron las guirnaldas que habían hecho en las ventanas, pusieron pequeñas banderas americanas en jarrones y convencieron a Alex de que les ayudara a colgar una bandera grande en el balcón.

—Esto es excesivo —comentó Eva desde el sofá, observando a Alex en equilibrio sobre una silla mientras Carol le pasaba chinchetas.

—Es el Día de la Independencia —respondió Alex sin mirarla, concentrado en no caerse—. Nada es excesivo.

—Papá tiene razón —confirmó Natalie con solemnidad—. Es un día importante para América.

Eva se rio, sacando su móvil para tomar una foto. Alex en precario equilibrio, Carol sujetándole las piernas "por si acaso", y Natalie dirigiendo la operación con aire de general, y purpurina todavía cayendo de algún sitio indefinido.

Esto era la familia que nunca supo que quería. Caótica. Ruidosa. Perfecta.

La cena fue sencilla: pizza que Alex fue a buscar a la esquina mientras las niñas le rogaban que comprara "la más grande que tengan". Comieron en el salón, sentados en el suelo sobre mantas, rodeados de sus patrióticas decoraciones.

—¿Sabéis qué se celebra exactamente mañana? —preguntó Alex después de su tercer trozo de pizza.

—La independencia de América —respondió Carol inmediatamente—. Lo aprendimos en el cole.

—¿Y de qué se independizó América? —continuó Alex.

—De Inglaterra —dijo Natalie—. En 1776. Firmaron la Declaración de Independencia el 4 de julio.

—Muy bien —reconoció Alex impresionado—. ¿Y sabéis quién la escribió?

Las niñas intercambiaron miradas dudosas.

—¿George Washington? —aventuró Carol.

—Thomas Jefferson —corrigió Eva—. Aunque muchas personas contribuyeron. Benjamin Franklin, John Adams…

—Vosotros sois muy listos —protestó Natalie—. Sabéis todo.

—Es importante conocer la historia —dijo Alex con suavidad—. Saber de dónde vienes te ayuda a entender quién eres.

Eva lo miró, sabiendo que no estaba hablando solo de historia americana. Estaba pensando en su propia historia. En Nancy. En Marlon. En todas las verdades que acababa de descubrir sobre su origen.

—¿Estás bien? —preguntó Eva en voz baja mientras las niñas discutían sobre si George Washington había llevado peluca o no.

—Sí —respondió Alex tomando su mano—. Solo… pensaba en lo afortunado que soy. En lo diferente que es mi vida ahora comparada con hace solo dos semanas.

—Para mejor, espero.

—Para mucho mejor. —Alex la besó suavemente—. Infinitamente mejor.

—¡Eh! —Carol les lanzó una servilleta arrugada—. Nada de besos durante la cena. Es asqueroso.

—Totalmente asqueroso —confirmó Natalie, aunque estaba sonriendo.

—Acostumbraos —dijo Eva lanzándole la servilleta de vuelta—. Porque va a haber muchos besos en esta casa.

Las niñas gimieron dramáticamente, pero estaban riendo.

Cuando las niñas se fueron a dormir —después de mucha negociación sobre la hora exacta, promesas de despertarse temprano y planificación detallada del día siguiente— Eva y Alex se quedaron solos en el salón.

La ciudad brillaba a través de las ventanas. Nueva York nunca dormía, pero esa noche parecía especialmente viva. Ya se podían ver banderas colgando de los edificios, y ocasionalmente pasaba algún coche tocando la bocina con prematuro entusiasmo.

—¿Cansado? —preguntó Eva acurrucándose contra Alex en el sofá.

—Exhausto —admitió Alex.

—Mañana será caótico —advirtió Eva—. El desfile, las multitudes, el calor de julio…

—No me importa —dijo Alex besándole el pelo—. Estaremos juntos. Los cuatro.

—Los cuatro —repitió Eva sonriendo—. Me gusta cómo suena eso.

Se quedaron así durante largo rato, en silencio, disfrutando de la quietud después del día. Finalmente, Alex habló con voz pensativa:

—¿Sabes qué es irónico?

—¿Qué?

—Mañana es el Día de la Independencia —dijo Alex—. Celebramos la libertad. Liberarnos de las cadenas del pasado. Forjar nuestro propio destino.

—Sí —Eva se incorporó para mirarlo—. ¿Y?

—Y nosotros acabamos de descubrir un pasado que nos conecta de formas que nunca imaginamos —explicó Alex—. No nos estamos liberando del pasado. Lo estamos abrazando. Lo estamos reclamando.

Eva se emocionó.

—Es nuestra propia declaración de independencia —dijo con suavidad—. Independencia de la ignorancia. De no saber quiénes somos realmente. De vivir sin conocer nuestras verdaderas raíces.

—Y pasado mañana —continuó Alex—, cuando vayamos a Warwick, cuando le digamos la verdad a tu padre… a nuestro padre… será como firmar esa declaración. Hacerla oficial.

—Nuestra propia revolución —Eva sonrió entre lágrimas—. Una revolución de amor.

—Me gusta eso. —Alex la besó profundamente—. Una revolución de amor.

Se quedaron despiertos hasta tarde, hablando en voz baja sobre el día siguiente, sobre Warwick, sobre todo lo que estaba por venir. Se fueron a dormir pasada la medianoche; Nueva York seguía vibrando y los cuatro juntos disfrutarían del Día de la Independencia.

Y para ellos, sería el último día antes de que todo cambiara para siempre.

Viernes, 4 de julio de 2025

Eva se despertó con el sonido de las niñas corriendo por el pasillo. Miró el reloj: las siete y media de la mañana.

—Pensaba que las vacaciones significaban dormir hasta tarde —murmuró Alex contra su cuello.

—Claramente no con niñas de doce años emocionadas por el 4 de julio —respondió Eva riendo—. Mejor nos levantamos antes de que derriben la puerta.

Tenía razón. Treinta segundos después, alguien llamó con insistencia.

—¡Mamá! ¡Alex! —la voz de Carol sonaba amortiguada—. ¡Ya es 4 de julio! ¡Tenemos que prepararnos!

—El desfile no empieza hasta las once —gritó Eva.

—¡Pero tenemos que desayunar! ¡Y vestirnos! ¡Y llegar temprano para conseguir buen sitio!

Alex se rio, levantándose de la cama.

—Vamos —dijo tendiéndole la mano a Eva—. No nos van a dejar dormir.

Media hora después, los cuatro estaban en la cocina. Eva preparaba tortitas mientras Alex hacía café. Las niñas ya estaban vestidas con sus atuendos patrióticos: Carol llevaba una camiseta azul con estrellas blancas y pantalones rojos, mientras que Natalie había optado por una camiseta blanca con una bandera americana y shorts azules.

—Estáis muy festivas —comentó Eva sirviendo tortitas en los platos.

—Es el Día de la Independencia —dijo Natalie con seriedad, como si eso lo explicara todo.

—Cierto —reconoció Alex—. ¿Nosotros también deberíamos vestirnos de rojo, blanco y azul?

—¡SÍ! —dijeron las niñas al unísono.

Así que después del desayuno, Eva se puso unos vaqueros y una blusa blanca, mientras que Alex optó por una camiseta azul marino. Las niñas aprobaron sus elecciones con entusiasmo.

A las diez en punto salieron del loft. Las calles de Tribeca ya estaban llenas de gente dirigiéndose hacia la Quinta Avenida. Familias con niños pequeños llevando banderas, grupos de amigos con neveras portátiles, turistas con cámaras colgadas del cuello. El ambiente era eléctrico, festivo, alegre.

—¡Allí! —gritó Carol señalando—. ¡Jenny y sus padres!

Los Dawson los esperaban en la esquina de Church Street. Janet llevaba un vestido rojo con estrellas blancas que hacía juego con el de Jenny, y John lucía una camiseta con la bandera americana.

—¡Feliz 4 de julio! —saludó Janet abrazando a Eva—. ¿Listos para el caos?

—Tan listos como se puede estar —respondió Eva riendo.

Caminaron juntos hacia la Quinta Avenida, uniéndose al río de personas que fluía en la misma dirección. El sol ya estaba alto en el cielo, prometiendo un día caluroso. Vendedores ambulantes ofrecían banderas pequeñas, sombreros de copa con estrellas y todo tipo de objetos de regalo patrióticos.

—¿Puedo comprar una bandera? —preguntó Natalie.

—Claro —respondió Alex sacando su cartera.

Terminaron comprando banderas para todos, más unos ridículos sombreros que las niñas insistieron que necesitaban. Carol eligió uno enorme con rayas rojas y blancas, Jenny uno con estrellas que brillaban y Natalie uno que tocaba música cuando apretabas un botón.

—Esto es excesivo —comentó Eva, pero estaba sonriendo.

—Es perfecto —corrigió Alex poniéndose un sombrero de copa azul—. ¿Cómo me veo?

—Ridículo —respondió Eva—. Absolutamente ridículo.

—Perfecto —repitió Alex, y la besó.

Encontraron un buen sitio en la Quinta Avenida, cerca de la calle 50. Ya había multitudes, pero John, con su altura, logró asegurarles un espacio donde las niñas podrían ver.

—El desfile debería empezar en veinte minutos —informó Janet consultando su móvil—. Empieza en la calle 44 y sube hasta la 79.

—¿Cuánto dura? —preguntó Natalie.

—Horas —respondió John con una sonrisa—. Espero que hayáis desayunado bien.

El ambiente en la calle era increíble. La música sonaba, la gente charlaba y reía, los niños corrían con sus banderas. Había un sentido de comunidad, de celebración compartida, que hacía que incluso los neoyorquinos más cínicos sonrieran.

—Me encanta este día —dijo Janet a Eva mientras vigilaban a las niñas—. Siempre me ha gustado. Hay algo especial en ver a toda la ciudad unida celebrándolo.

—Sí —admitió Eva—. Es bonito.

—¿Cómo va todo con Alex? —preguntó Janet en voz baja—. Este fin de semana vais a la finca, ¿verdad?

—Sí —respondió Eva sintiendo una oleada de nervios—. Va a conocer a mis padres.

—Es un paso importante —reconoció Janet—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —admitió Eva—. Pero también emocionada. Muy emocionada.

No podía decirle a Janet la verdad. No todavía. Primero tenían que decírselo a Marlon. Pero pronto, muy pronto, todo el mundo lo sabría.

El sonido de una banda tocando interrumpió sus pensamientos. El desfile había comenzado.

Las siguientes dos horas fueron un espectáculo de color, música y patriotismo puro. Bandas de música de diferentes escuelas marchaban tocando canciones tradicionales americanas. Carrozas elaboradas pasaban lentamente, algunas con temas históricos, otras más modernas. Grupos de veteranos caminaban con orgullo, sus uniformes impecables, mientras la multitud aplaudía con respeto.

Las niñas estaban hipnotizadas. Carol agitaba su bandera con entusiasmo cada vez que pasaba algo especialmente impresionante. Natalie había conseguido sentarse sobre los hombros de Alex para ver mejor, y gritaba de emoción cada vez que aparecía una nueva carroza. Jenny saltaba junto a sus padres, cantando todas las canciones que conocía.

Eva sacó su móvil y tomó fotos. Alex con Natalie en los hombros, ambos agitando banderas. Carol y Jenny abrazadas, con sus caras pintadas de rojo, blanco y azul por un artista callejero. Los seis juntos, sonriendo a la cámara con el desfile de fondo.

Momentos. Memorias. Una familia en construcción.

—¡Mira, mamá! —gritó Carol señalando—. ¡Esa carroza tiene la Estatua de la Libertad gigante!

Y efectivamente, una réplica enorme de la Estatua de la Libertad pasaba lentamente, rodeada de bailarines vestidos con trajes que representaban diferentes décadas de historia americana.

—Es increíble —murmuró Alex, y Eva vio emoción genuina en su rostro.

Para un hombre que había servido a su país durante veinte años, que había visto cosas que nunca podría contar, este desfile significaba algo muy especial. Era un recordatorio de por qué había luchado. De los valores que había defendido.

Eva le tomó la mano y la apretó. Él la miró y sonrió, pero había lágrimas en sus ojos.

—Estoy orgulloso —dijo simplemente—. Orgulloso de haber servido a este país. Orgulloso de estar aquí, ahora, con vosotras.

—Nosotras también estamos orgullosas de ti —respondió Eva besándole la mejilla—. Muy orgullosas.

Cuando el desfile terminó, eran casi las dos de la tarde. Las niñas estaban hambrientas, sedientas y completamente felices.

—Ha sido INCREÍBLE —declaró Carol mientras caminaban de vuelta hacia Tribeca—. El mejor 4 de julio de mi vida.

—El mejor de mi vida también —concordó Natalie—. Aunque tengo los pies destrozados.

—Todos tenemos los pies destrozados —dijo John—. Pero ha valido la pena.

Se despidieron de los Dawson en la esquina, con promesas de verse pronto y mensajes de "Feliz 4 de julio" intercambiados múltiples veces.

—¿Queréis venir a casa a comer? —ofreció Janet—. Vamos a hacer una barbacoa en la azotea.

—Gracias, pero creo que necesitamos descansar un poco —dijo Eva—. Mañana salimos temprano hacia la finca.

—Por supuesto —Janet abrazó a Eva—. Que tengáis un viaje estupendo. Y llámame cuando volváis. Quiero oír todo sobre cómo ha ido.

—Lo haré —prometió Eva, sabiendo que cuando volvieran, tendría mucho más que contar de lo que Janet podría imaginar.

De vuelta en el loft, Eva preparó la comida mientras Alex y las niñas se desplomaban en el sofá, exhaustos pero contentos.

—¿Qué os apetece comer? —preguntó Eva desde la cocina.

—¡Hamburguesas! —gritó Carol—. Para seguir con el tema americano.

—Hamburguesas entonces —confirmó Eva—. ¿Alex, me ayudas?

Trabajaron juntos en la cocina, moviéndose en perfecta sincronía. Alex preparaba las hamburguesas mientras Eva cortaba tomates y lechuga. Pusieron música suave de fondo y, por un momento, fueron solo ellos dos, cocinando juntos, disfrutando de la simple intimidad doméstica.

—Me gusta esto —dijo Alex después de un rato—. Cocinar contigo. Estar aquí. Todo.

—A mí también —respondió Eva apoyándose contra él—. Me gusta nuestra vida.

—Nuestra vida —repitió Alex—. Suena bien.

—Suena maravilloso.

Llamaron a las niñas cuando la comida estuvo lista. Comieron en el balcón, aprovechando la brisa que aliviaba un poco el calor de julio.

Pasaron la tarde en el loft de Eva preparando las maletas para el fin de semana. Las niñas estaban emocionadas, en especial Carol, que no paraba de hablar.

—Y luego está el huerto de manzanas —le decía a Natalie mientras metían la ropa en sus mochilas—. Es enorme. Y en otoño podemos ir a recoger manzanas.

—Pero ahora es julio —señaló Natalie.

—Ya lo sé —dijo Carol poniendo los ojos en blanco—. Pero aun así es bonito. Y la casa es preciosa. Tiene más de doscientos años.

—Guau. —Natalie parecía impresionada—. ¿Y tus abuelos viven allí?

—Mis abuelos y mi tía abuela Emma —asintió Carol—. Y la abuela Allison, la madre de todos, que es genial. Siempre tiene galletas y cuenta historias de cuando mi abuelo era pequeño. Te va a encantar.

—¿Y el abuelo Marlon? —preguntó Natalie.

—El abuelo es el mejor —dijo Carol sonriendo—. Es pintor, ¿sabes? Como tu papá. Seguro que se llevan genial.

Eva, que estaba escuchando desde la puerta, sintió cómo se le llenaba el corazón. Carol no tenía ni idea de lo cierto que era eso.

—¿Cómo vais, chicas? —preguntó entrando en la habitación.

—Casi listas —respondió Carol levantando su mochila—. ¿Vamos a salir muy temprano mañana?

—No, sobre las once —dijo Eva—. Así llegaremos a la hora de comer.

—Perfecto —Natalie cerró su mochila—. Estoy deseando ver la finca.

—Vas a flipar —le aseguró Carol—. Es como estar en otra época.

Eva las dejó charlando y volvió a su habitación. Alex estaba allí, guardando sus cosas en una pequeña maleta de viaje.

—Las niñas están emocionadas —comentó.

—Sí —dijo Alex cerrando la maleta—. Y yo también. Me siento… esperanzado.

—Así es como debes sentirte. —Eva se acercó y lo abrazó—. Mañana va a ser maravilloso, Alex. Ya lo verás.

—Gracias —dijo Alex besándola—. Por creer en mí. Por… todo.

—¿Sabes lo que me hace más feliz de todo esto? —preguntó Eva mirándolo a los ojos.

—¿Qué?

—Que gracias a nosotros, a nuestro amor, mi padre va a recuperar algo que perdió hace cuarenta años —explicó Eva con los ojos llenos de lágrimas—. Va a tener a su hijo. Y yo… yo voy a tener un hermano. Es como si el universo hubiera conspirado para darnos a todos algo maravilloso.

Alex sintió que también se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Te quiero —susurró.

—Yo también te quiero —dijo Eva besándolo—. Y mañana, cuando le digamos a mi padre… nuestro padre… quién eres, va a ser uno de los mejores días de nuestras vidas.

—Nuestro padre —repitió Alex probando las palabras—. ¿No te parece un poco extraño?

—Es perfecto. —Eva sonrió.

Las niñas se durmieron pasada la medianoche. Habían estado demasiado emocionadas para acostarse temprano, charlando sobre la finca, sobre lo que harían, sobre lo que verían.

Eva y Alex estaban en la cama, con las luces apagadas y la ciudad brillando a través de las ventanas.

—No puedo dormir —murmuró Alex.

—Yo tampoco —reconoció Eva acurrucándose contra él—. Sigo pensando en cómo va a ser mañana.

—¿Cómo se lo diremos? —preguntó Alex—. ¿Cuando lleguemos? ¿Después de comer? ¿Cuándo?

—Creo que tendremos que ver cómo se desarrolla el día —respondió Eva—. Pero antes de que se haga muy tarde. No quiero que piensen que les hemos ocultado algo a propósito.

—¿Y si reacciona mal? —la voz de Alex temblaba ligeramente.

—No lo hará —dijo Eva con absoluta convicción—. Alex, confía en mí. Conozco a mi padre. Cuando sepa que tiene un hijo… va a llorar de felicidad. Estoy segura.

—Espero que tengas razón. —Alex la abrazó más fuerte.

—La tengo —afirmó Eva. Se incorporó sobre un codo para mirarlo—. Y quiero que sepas algo más.

—¿Qué?

—Que pase lo que pase mañana, estoy contigo —explicó Eva —. Pero no porque crea que algo vaya a salir mal. Sino porque quiero estar a tu lado cuando mi padre… cuando nuestro padre… te

abrace por primera vez. Cuando te diga lo orgulloso que está. Cuando se dé cuenta de que el hijo que siempre quiso ha estado ahí todo este tiempo.

Alex sintió lágrimas rodando por sus mejillas.

—Eva…

—No. —Eva le puso un dedo en los labios—. Déjame terminar. Mañana va a ser un día maravilloso. Un día que cambiará nuestras vidas para mejor. Mañana empieza todo de verdad.

—Lo sé —respondió Alex rodeándola con sus brazos desde atrás—. ¿Lista?

—Más que lista —Eva se giró para mirarlo—. Le daremos a mi padre el mejor regalo que podría recibir, el hijo que siempre deseó.

—Nuestro padre —corrigió Alex con suavidad.

—Nuestro padre —repitió Eva sonriendo—. Me tendré que acostumbrar.

Se quedaron ahí, bajo el cielo estrellado, con los últimos ecos de la celebración resonando en la distancia. Mañana todo cambiaría. Mañana conocerían la verdad. Mañana comenzaría su verdadera historia.

Pero esta noche, en este momento perfecto, eran solo ellos. Una familia. Un amor. Una promesa de todo lo que estaba por venir.



CAPÍTULO 17

Warwick

Sábado, 5 de julio de 2025

Eva abrió los ojos antes de que sonara el despertador. Eran las nueve de la mañana y la luz del sol se filtraba por las cortinas, tiñendo la habitación de un dorado suave que prometía un día perfecto.

Giró la cabeza y encontró a Alex despierto, con la mirada clavada en el techo y los brazos cruzados bajo la cabeza. Había algo en la rigidez de su postura que le indicó que llevaba despierto desde hacía rato.

—¿Has dormido algo? —preguntó con suavidad, girándose hacia él.

—A ratos. —Alex se giró para mirarla, y Eva vio el cansancio en sus ojos verdes—. No he parado de darle vueltas a todo.

—Igual que yo —reconoció Eva, extendiendo la mano y acariciándole la mejilla con ternura—. Pero va a salir bien. Te lo prometo.

Alex capturó su mano entre las suyas y la besó en la palma, cerrando los ojos brevemente como si ese gesto pudiera darle la fuerza que necesitaba.

—Conozco a mi padre —dijo Eva acurrucándose contra él y apoyando la cabeza en su hombro—. Y sé que esto… esto va a ser el mejor regalo que podría recibir.

Alex respiró hondo, y Eva sintió cómo su pecho subía y bajaba bajo su mejilla.

—Espero que tengas razón.

—La tengo. —Eva levantó la cabeza y lo besó suavemente—. Ahora vamos. Tenemos que preparar a las niñas.

A las once en punto, el Mercedes de Eva salió del garaje del loft en Tribeca. El día era luminoso, con ese cielo azul intenso que solo el verano en Nueva York podía ofrecer. Las niñas iban en los asientos traseros, y Carol no paraba de hablar.

—Y luego podemos ir a ver los huertos —decía con ese entusiasmo desbordante que la caracterizaba—. Ahora no hay manzanas, pero los árboles son preciosos de todas formas. Y también hay muchísimos abetos de Navidad.

—¿Y hay caballos? —preguntó Natalie inclinándose hacia delante con los ojos brillantes.

—Dos —respondió Carol asintiendo con orgullo—. Se llaman Thunder y Lightning. Son enormes. Y preciosos.

—Guau. ¿Podremos montarlos?

—Tendrías que preguntarle a mi tía Emma. —Carol se encogió de hombros—. Ella es la que se encarga de todo en la finca. Pero seguro que dice que sí. Siempre dice que sí a casi todo.

Eva conducía con las manos aferradas al volante un poco más fuerte de lo necesario. Podía sentir la tensión acumulándose en sus hombros. A su lado, Alex iba en silencio, con la mirada perdida en el paisaje que pasaba por la ventanilla.

Sin apartar los ojos de la carretera, Eva extendió una mano y la posó sobre la rodilla de Alex. Él la cubrió inmediatamente con la suya, entrelazando sus dedos con una fuerza que hablaba de necesidad más que de afecto.

—¿Estás bien? —preguntó Eva en voz baja, lo suficientemente baja como para que las niñas, absortas en su conversación, no la oyeran.

—Nervioso —admitió Alex sin mirarla, sin apartar los ojos del paisaje—. ¿Y si piensa que debería haberle buscado antes?

—No va a pensar eso —dijo Eva apretando su mano—. Tú no lo sabías.

—Porque nunca pregunté. Siempre supuse que no había querido saber nada de mi madre. —Alex se giró hacia ella por fin—. Pero mi abuela lo supo durante años y nunca me lo dijo.

—Debió suponer que no lo querías saber —le recordó Eva con la misma suavidad—. De alguna manera te estaba protegiendo, haciendo lo que creía correcto.

Alex asintió, pero Eva podía ver la tensión en su mandíbula, en la forma en que sus hombros estaban ligeramente levantados, como si se estuviera preparando para recibir un golpe.

—Todo va a salir bien —repitió Eva poniendo en sus palabras toda la convicción que sentía—. Confía en mí.

Alex la miró, y Eva vio miedo, esperanza y amor en partes iguales.

—Confío en ti —dijo con voz ronca—. Más que en nadie en el mundo.

El tráfico no estaba mal para ser sábado por la mañana. Salieron de la ciudad sin problemas y pronto estaban en la autopista, dirección noroeste hacia el Condado de Orange. Manhattan quedó atrás, con sus rascacielos recortándose contra el cielo azul, y poco a poco el paisaje fue cambiando.

Los edificios dieron paso a suburbios ordenados. Luego los suburbios a áreas más verdes. Campos que se extendían hasta el horizonte. Bosques densos. Colinas onduladas que parecían olas verdes bajo el sol de julio.

En el asiento trasero, Carol seguía siendo una fuente inagotable de información.

—Y luego está el establo que el abuelo convirtió en su estudio —le estaba diciendo a Natalie—. Es enorme. Tiene luz natural desde

el techo y huele a pintura al óleo. Ese olor especial que tienen los estudios de verdad, como el de tu padre.

—¿Crees que nos dejará pintar algo? —preguntó Natalie con esperanza.

—Seguro —asintió Carol—. Siempre me deja. Aunque mis cuadros son horribles. De verdad. Una vez pinté un caballo y parecía una vaca deforme.

—Los míos también son malos —se rio Natalie—. Papá dice que soy mejor con los números que con los pinceles. Que no he heredado su talento.

En el asiento delantero, Alex sonrió ligeramente ante el comentario de su hija. Eva lo notó y le apretó la rodilla con cariño, manteniendo una mano en el volante.

—¿Cómo estás? —preguntó de nuevo.

—Cada kilómetro que avanzamos, me pongo más nervioso. —Alex miró por la ventanilla.

—Es normal —dijo Eva manteniendo los ojos en la carretera, atenta al tráfico—. Pero te aseguro que mi padre va a estar encantado de saber la verdad… y te va a querer. Estoy completamente segura de eso.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo conozco. —Eva le lanzó una mirada rápida antes de volver la vista a la carretera—. Y porque sabrá que yo te quiero. Confía en mi criterio.

Alex le devolvió la sonrisa, aunque la tensión se mantenía en sus rasgos.

Siguieron avanzando mientras el paisaje se volvía cada vez más rural. Más verde y tranquilo. Cuando pasaron el cartel que anunciaba "Warwick", Eva sintió cómo se le aceleraba el corazón.

—Ya casi estamos —anunció, y su voz sonó más aguda de lo normal.

—¡Por fin! —exclamó Carol asomándose entre los asientos delanteros—. Gira a la derecha en el siguiente cruce, mamá.

—Lo sé, cariño —se rio Eva—. He estado aquí antes. Muchas veces.

—Solo me aseguraba. —Carol se echó hacia atrás con una sonrisa.

Giraron en el cruce y tomaron una carretera más estrecha que serpenteaba entre huertos de manzanos. A ambos lados se extendían hileras ordenadas de árboles con sus hojas verdes brillando bajo el sol. Los troncos eran robustos y las ramas se extendían creando sombras perfectas sobre el suelo.

—Es precioso —murmuró Alex mirando el paisaje con ojos nuevos.

—Espera a ver la casa —dijo Carol desde atrás.

Condujeron durante unos minutos más, hasta que apareció una verja de hierro forjado, negra y elegante. Eva redujo la velocidad y metió un código en el panel digital. La verja se abrió lentamente con un suave zumbido mecánico.

El camino de entrada era de grava blanca y estaba flanqueado por robles centenarios que se elevaban como gigantes verdes. Sus ramas se entrelazaban por encima, creando un túnel natural que filtraba la luz del sol en patrones cambiantes. Era hermoso. Tranquilo. Casi mágico.

Al final del camino, la casa apareció ante ellos.

Era una construcción colonial de piedra y madera, de tres plantas, con amplios porches y ventanas de guillotina que reflejaban el cielo azul. Tenía más de doscientos años, pero estaba perfectamente conservada. Cada detalle hablaba de historia, de tradición, de una familia que había cuidado este lugar durante generaciones.

—Madre mía —susurró Natalie con la voz llena de asombro.

—Ya te lo dije —comentó Carol sonriendo con orgullo—. Es increíble.

Eva aparcó frente a la casa. Eran las doce y media. Apenas había apagado el motor cuando la puerta principal se abrió y sus padres salieron al porche.

Marlon Watts tenía cincuenta y nueve años, pero parecía más joven. Era muy alto, con un pelo oscuro salpicado de canas que le daban un aire distinguido. Sus ojos eran cálidos, de un marrón intenso, y tenía ese aire relajado que solo tienen las personas que han encontrado su pasión en la vida. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de lino arrugada con manchas de pintura en las mangas.

Elsa estaba a su lado, sonriendo radiante. Tenía la misma edad que Marlon, pero parecía diez años más joven. Era más bajita, con el pelo rubio recogido en un moño suelto del que escapaban algunos mechones y tenía unos preciosos ojos azules. Llevaba un vestido de verano de color melocotón y se la veía completamente recuperada de su reciente susto de salud.

—¡Abuelos! —exclamó Carol saliendo disparada del coche como una bala. Corrió hacia ellos con los brazos abiertos.

—¡Carol! —Elsa se agachó para abrazarla con fuerza, apretándola contra su pecho—. ¡Cuánto te he echado de menos, cariño!

—Yo también, abuela. —Carol se apartó, radiante—. Mira, esta es Natalie. Mi mejor amiga. La que te he contado mil veces.

—Hola, Natalie —dijo Elsa abrazándola con calidez—. Carol siempre nos habla de ti. Es un placer conocerte por fin.

—Encantada —respondió Natalie con timidez, un poco intimidada por el entorno.

Eva se había acercado más despacio, con Alex a su lado. Cuando llegaron al porche, Marlon la abrazó, envolviéndola en ese abrazo familiar que siempre la hacía sentir segura.

—Hola, papá —murmuró Eva contra su pecho, aspirando ese olor a pintura al óleo y colonia que siempre asociaba con él.

—Hola, cariño —dijo Marlon besándola en la mejilla antes de soltarla y estudiar su rostro—. Tienes cara de felicidad.

—Soy muy feliz, papá. —Eva se giró hacia su madre y la abrazó con la misma fuerza—. Mamá, te veo muchísimo mejor. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente —respondió Elsa sonriendo y apartándole un mechón de pelo rubio de la cara—. Ya sabes cómo son los médicos. Solo fue un susto.

—Alex —dijo Marlon adelantándose. Le estrechó la mano con firmeza—. Me alegro de verte de nuevo, y en circunstancias mucho mejores que la última vez.

—Igualmente —respondió Alex sonriendo, y Eva notó cómo se relajaba ligeramente—. Me alegro de que Elsa esté bien.

—Gracias por estar con Eva aquel día —dijo Elsa acercándose. Le dio un abrazo espontáneo—. Fuiste un gran apoyo para ella cuando más lo necesitaba.

—No podría haber estado en otro sitio —respondió Alex devolviéndole el abrazo.

Hubo un momento de silencio. Marlon observó a Alex con una expresión extraña, estudiándolo con atención. Había algo en la forma en que lo miraba que hizo que Eva sintiera un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Tus ojos —comentó Marlon de repente, y su voz sonó pensativa—. Son de un verde muy especial. No es común ver ese tono. Es… único.

Alex parpadeó, tomado por sorpresa por la observación directa.

—Son iguales que los de mi madre —dijo, y su voz tembló ligeramente.

—Bueno —interrumpió Elsa rompiendo el momento con su tono práctico—. Entrad. Emma está dentro terminando de preparar la

comida, y tu abuela te está esperando, Eva.

—¿Cómo está? —preguntó Eva mientras entraban.

—Como siempre —se rio Marlon—. Imparable. Esta mañana lleva tres horas en el invernadero. Creo que está intentando batir su propio récord.

Entraron en la casa y Eva sintió esa familiaridad que siempre experimentaba al cruzar el umbral. El interior era tan impresionante como el exterior, con altos techos donde las vigas de madera a la vista creaban patrones geométricos. Los suelos de roble pulido brillaban bajo la luz que entraba por las ventanas. Los muebles eran una mezcla de antigüedades heredadas y piezas más modernas que Elsa había ido incorporando con los años.

Había cuadros en todas las paredes. Algunos eran claramente obras de Marlon: paisajes del valle, retratos de la familia, abstracciones de colores vivos. Otros eran piezas de artistas que Marlon admiraba, coleccionadas a lo largo de los años.

Las niñas habían desaparecido hacia lo que Carol llamaba "la sala de juegos", un espacio enorme en el segundo piso lleno de libros, juegos y recuerdos de infancia. Sus emocionadas voces se oían desde allí arriba.

—Gracias por venir, Alex —dijo Elsa con suavidad, guiándolos hacia el salón—. Cualquiera que haga feliz a mi hija es bienvenido aquí.

Una voz nueva intervino desde las escaleras, cargada de humor.

—Y ese es el estándar más bajo que he escuchado nunca.

Eva se giró y sonrió al ver a Emma bajando. La hermana de Marlon era un par de años menor que él, tenía cincuenta y siete, pero parecía más joven. Llevaba el pelo rubio corto, en un estilo práctico que no requería mantenimiento, vaqueros gastados y una camisa a cuadros que probablemente había pertenecido a Marlon en

algún momento. Dirigía el negocio familiar con mano de hierro y Eva la adoraba.

—Tía Emma —dijo Eva acercándose a abrazarla.

—Hola, pequeña. —Emma la abrazó con fuerza y luego miró a Alex con ojos calculadores—. Así que tú eres el hombre que tiene a mi sobrina sonriendo como una adolescente enamorada.

—Eso intento —respondió Alex sonriendo con timidez.

—¿Intentas? —Emma enarcó una ceja—. O lo consigues o no lo consigues. No hay intentos. Los intentos son para los débiles.

—Emma, deja al chico en paz. —Otra voz, más anciana pero llena de humor, llegó desde el pasillo.

Allison Watts apareció, apoyándose ligeramente en un bastón de madera oscura con empuñadura de plata. Tenía ochenta y tres años, pero sus ojos azules eran tan brillantes y penetrantes como siempre. Era la madre de Marlon, la abuela de Eva y la indiscutible matriarca de la familia. Cuando ella hablaba, todos escuchaban.

—Abuela —dijo Eva acercándose. La besó en la mejilla con ternura.

—Mi niña preciosa —murmuró Allison acariciándole el pelo con mano temblorosa pero cariñosa—. Y este debe de ser tu novio. El famoso Alex de quien no paras de hablar.

Eva se giró hacia Alex, que se había quedado mirando a Allison.

—Abuela, te presento a Alex Kraft. —Eva hizo las presentaciones—. Alex, esta es mi abuela Allison.

Alex dio un paso adelante y extendió la mano. Allison la tomó con calidez, pero en lugar de soltarla inmediatamente, lo miró con interés. Sus ojos azules y penetrantes recorrieron su rostro con una intensidad que hizo que todos en la habitación se quedaran en silencio.

El momento se alargó. Cinco segundos. Diez. Quince.

—Te pareces a alguien que conocí hace muchos años —dijo Allison, con una voz suave.

Alex se tensó visiblemente. Eva sintió el cambio en su postura y le puso una mano en el brazo, intentando transmitirle apoyo.

—¿Sí? —preguntó Eva intentando que su voz pareciera casual, aunque el corazón le latía demasiado rápido—. ¿A quién?

Allison siguió mirando a Alex, y luego sus ojos se desviaron hacia Marlon. Algo pasó entre abuela y padre, un intercambio de miradas que Eva no pudo descifrar.

—A nadie importante —dijo Allison intentando parecer indiferente, pero su voz tembló ligeramente—. Era una muchacha que trabajó aquí hace muchos años. Quizás es la forma de tus ojos. Y ese color tan especial. Tan poco común.

El silencio que siguió fue incómodo. Pesado. Eva sintió cómo se le erizaba la piel.

Las niñas, que habían estado explorando la casa, volvieron corriendo en ese preciso momento y rompieron la tensión como solo los niños pueden hacer.

—¡Mamá! —exclamó Carol agarrando la mano de Eva con ambas manos—. ¿Podemos ir a ver los caballos? Por favor, por favor, por favor.

—¿Ahora? —preguntó Eva mirando a su hija.

—Por favor —Carol juntó las manos en posición de súplica—. Quiero enseñárselos a Natalie. Tiene que verlos. Thunder es precioso.

Emma intervino, sonriendo con complicidad.

—Yo las llevo —ofreció guiñándole un ojo a Eva—. Tengo que ir a revisar los establos de todas formas. Necesito ver cómo está la yegua.

Eva miró a Alex, que asintió imperceptiblemente. Era mejor que las niñas no estuvieran presentes para lo que tenían que decir. Para lo que estaba a punto de cambiarlo todo.

—Vale —cedió Eva—. Pero comportaos y haced caso a la tía Emma.

Las niñas gritaron de alegría y salieron corriendo delante de Emma, que le lanzó otra mirada cómplice a Eva antes de desaparecer por la puerta que daba al jardín trasero.

Con las niñas fuera, el silencio volvió a caer sobre el salón. Marlon señaló los sofás con un gesto.

—Sentaos, por favor. Tomaremos algo antes de comer.

—Nos podemos tomar una cerveza —dijo Allison—. Como en los viejos tiempos, ¿verdad, Eva?

—Como en los viejos tiempos —repitió Eva sintiendo cómo se le secaba la garganta.

Allison llamó a Cameron, la doncella que llevaba trabajando con ellos desde hacía más de veinte años, y le pidió que trajera cervezas frías y algo de picar. Cameron asintió y desapareció de forma discreta, como siempre hacía.

Todos se acomodaron en los sofás. Marlon y Elsa en uno, con las piernas casi tocándose en esa inconsciente proximidad que tienen las parejas después de décadas juntas. Allison en el sillón individual de orejas, el que había sido su trono durante años. Y Eva y Alex en el sofá de enfrente, con las manos entrelazadas.

Cameron apareció con una bandeja de plata con cinco botellines de cerveza fría, jarras de cristal tallado y un plato con aceitunas y almendras. Los dejó sobre la mesa de centro con movimientos precisos y desapareció de nuevo sin hacer ruido.

—Gracias, Cameron —dijo Eva, mientras la doncella se iba.

Marlon, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre la rodilla, miraba a Alex con atención. No con recelo o desconfianza, sino con ese interés de padre observando al hombre que ha conquistado el corazón de su hija. Quería conocerlo. Entenderlo. Saber si era digno de Eva.

Elsa, sentada junto a su marido, tampoco dejaba de observar a Alex. Lo estudiaba con una mezcla de aprobación y curiosidad. Era guapo, eso era innegable. Muy alto, con esa constitución atlética que hablaba de disciplina y cuidado. Tenía ese aire de seguridad que se tiene por haber visto y sobrevivido a cosas difíciles. Y sus ojos… esos ojos verdes eran realmente especiales.

Elsa se sorprendió a sí misma pensando que los nietos que saldrían de esa pareja serían guapísimos. Se sorprendió aún más al darse cuenta de que esa idea no le parecía extraña o prematura, sino inevitable. Su hija estaba muy enamorada. Eso era evidente en cada mirada, en cada gesto, en la forma en que sus manos se buscaban constantemente.

Elsa tomó su vaso, lo levantó y sonrió con calidez.

—Por vosotros —brindó—. Por este amor que os hace brillar de forma tan hermosa.

—¡Salud! —dijeron todos al unísono, chocando los vasos con ese sonido cristalino que siempre marcaba las celebraciones familiares.

Hubo un breve silencio mientras todos bebían. La cerveza estaba muy fría, exactamente como a Marlon le gustaba. Luego Elsa, incapaz de contener su curiosidad natural, se inclinó hacia delante.

—Tienes un acento muy suave, Alex —comentó—. Apenas se nota, pero hay algo… ¿De dónde eres?

Alex dejó su vaso sobre la mesa con cuidado, como si fuera algo frágil. Se aclaró la garganta.

—De Ridgefield —respondió con calma, aunque Eva notó cómo su voz descendía levemente, volviéndose más grave—. Connecticut. Nací allí. Me crie con mis abuelos.

Eva deslizó su mano sobre la suya, dándole fuerza con un gesto apenas perceptible. Alex entrelazó sus dedos con los de ella, apretándolos.

Allison, desde su sillón, observaba fascinada. No solo a Alex, sino a la forma en que Eva lo miraba. Cómo se buscaban las manos

sin pensarlo, como si fuera un acto reflejo. Cómo se sonreían sin necesidad de palabras. Cómo parecían existir en su propia burbuja incluso rodeados de gente.

—Nuestra niña está enamorada —susurró Allison con voz emocionada, aunque lo suficientemente alta como para que todos la oyeran—. Y él también lo está. Completamente.

Marlon asintió en silencio, observando. Elsa, sin dejar de mirar aquella conexión mágica entre su hija y Alex, pensó en lo evidente que era. Aquello no se fingía. Le recordaba a su propia historia con Marlon. Esa química especial que ocurre muy pocas veces en la vida.

Eva miró a Alex, y él le devolvió la mirada. Hubo una silenciosa pregunta en los ojos de él, una duda que solo ella pudo ver: ¿Ahora?

Eva asintió casi imperceptiblemente, tan sutil que solo alguien que la conociera íntimamente podría notarlo. Ahora.

Se aclaró la voz. El momento había llegado.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Eva, y había un brillo diferente en sus ojos azules cuando habló—. Alex y yo queremos hablar de algo con vosotros. Algo importante. Algo que… que ha cambiado nuestras vidas. Las de todos nosotros, en realidad.

Elsa alzó las cejas, y su expresión pasó de curiosa a alarmada.

—Eva, por Dios… —empezó, y luego abrió los ojos como platos mientras procesaba las posibilidades—. No nos irás a decir que estás embarazada, ¿no? Porque entiendo que ha habido tiempo desde que os conocisteis, pero…

Eva soltó una carcajada a pesar de la tensión que sentía en el pecho.

—Tranquila, mamá. No es nada de eso. No estoy embarazada.

Alex sonrió ante el comentario, aunque Eva podía sentir cómo temblaba ligeramente. Su mano en la suya estaba fría, húmeda de sudor.

—Os aseguro que no es una noticia de ese tipo —añadió Eva buscando la mano de Alex con su otra mano también, sosteniéndola

entre las dos suyas—. Pero sí es algo muy especial. Algo que ni siquiera nosotros entendíamos del todo… hasta hace muy poco.

—Nos vais a matar de la intriga —murmuró Allison llevándose la mano al pecho con dramatismo—. ¿Podéis decirnos ya de qué se trata?

Eva miró a Alex con ternura infinita. Le apretó las manos una vez, dos veces. Tú puedes. Yo estoy aquí.

—Cielo… explícaselo tú —dijo con suavidad—. Ellos necesitan oírlo de ti.

Alex respiró hondo. Eva podía ver cómo luchaba por encontrar las palabras adecuadas, por ordenar todo lo que necesitaba decir. Sintió que el corazón le latía en la garganta, sabiendo que cada palabra que iba a pronunciar lo cambiaría todo para siempre.

—Veréis… —Empezó con voz serena, aunque por dentro temblaba como una hoja—. Para entender lo que estoy a punto de contaros, tengo que hablaros primero de mi pasado. De quién soy y de dónde vengo.

Hizo una pausa. Eva no soltó sus manos.

—Nací en Ridgefield —continuó Alex—. Y me criaron mis abuelos, Robert y Margaret. Son las personas a las que debo todo lo que soy. Mi educación. Mis valores. Mi vida entera.

Su voz se volvió más tensa.

—Mi madre… mi madre solo tenía diecisiete años cuando me dio a luz, pero murió durante el parto. Nunca la conocí. Solo sé de ella lo que mis abuelos me contaron.

Elsa se llevó una mano al corazón, con expresión compungida.

—Y tu padre… —Empezó Marlon.

—Nunca lo conocí —comentó Alex—. Nunca hice preguntas. Supuse que había sido alguien que no quiso estar en nuestras vidas. Que nos abandonó al saber que ella estaba embarazada. Aprendí a vivir con eso.

Hizo otra pausa, más larga esta vez.

—Pero mis abuelos me contaron algo hace muy poco —continuó—. Me dijeron que mi madre había estado trabajando… de sirvienta. De doncella. En la casa de una familia muy bien situada. Una familia con tierras, con historia, con nombre.

Marlon se había puesto más rígido. Elsa lo notó y le puso una mano en la rodilla.

—Me dijeron que estuvo allí durante ocho meses —siguió hablando Alex con la voz cada vez más tensa—. Hasta que, sin dar ninguna explicación, el padre de familia la despidió de forma inmediata. La echó sin más. Le dijo que se fuera y que no volviera nunca.

El silencio en la habitación se podía cortar con un cuchillo.

—Mi madre se enamoró —dijo Alex levantando la vista y clavándola en los ojos de Marlon—. Se enamoró del hijo de esa familia. De un chico de su misma edad. Tenía dieciséis años. Los dos tenían dieciséis años.

Hizo una pausa que pareció eterna.

—Su nombre era Marlon —dijo con voz apenas audible.

Y entonces alzó la mirada completamente y la clavó en los ojos marrones de Marlon Watts. Fue un momento que quedó suspendido en el aire, congelado en el tiempo. Un cruce de miradas en el que ninguno se atrevía a respirar.

Marlon se había puesto pálido. Completamente pálido. Dejó su vaso sobre la mesa con manos que temblaban visiblemente.

—¿Cuál…? —Su voz se escuchó rota—. ¿Cuál era el nombre de tu madre?

—Nancy —respondió Alex, y Eva vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas que ya no intentaba contener—. Nancy Kraft. Se llamaba Nancy Kraft.

Allison dio un visible respingo y se llevó una mano a la boca. Un ahogado sollozo escapó de sus labios.

—¡Dios del cielo! —exclamó con los ojos brillantes de lágrimas que empezaron a rodar por sus arrugadas mejillas—. Nancy… Nancy, claro. Claro que me acuerdo de ella. Era una chica preciosa. Dulce. Educada. Trabajadora. Una auténtica joya.

Marlon se había levantado sin darse cuenta. Estaba de pie, mirando a Alex como si viera un fantasma. Como si estuviera viendo algo imposible. Su respiración era superficial, rápida.

—¿Cuándo…? —Tuvo que aclararse la garganta—. ¿Cuándo naciste, Alex?

—El 22 de marzo de 1983 —respondió Alex. También se puso de pie, enfrentándose a él—. Mi madre volvió a Ridgefield en julio del 82. Regresó a casa de sus padres y a las pocas semanas de estar allí, descubrió que estaba embarazada.

El silencio se volvió denso, casi tangible. Como si el aire mismo se hubiera solidificado. Elsa se había cubierto la boca con ambas manos, y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Eva también lloraba en silencio, con los hombros temblando. Y Marlon… Marlon tenía los ojos húmedos mientras miraba a Alex con una mezcla de asombro, dolor y lo que parecía una desesperada esperanza.

Alex sacó su móvil con manos temblorosas. Buscó entre sus fotos, deslizando el dedo por la pantalla hasta encontrar la que necesitaba. La fotografía que su abuela Margaret le había enviado el día anterior, después de estar todos aquellos años colocada en el lugar preferente de su salón.

Era una imagen de Nancy Kraft. Sonriendo con dulzura a la cámara mientras se acariciaba su abultado vientre con ambas manos. Su cabello rubio caía sobre sus hombros como oro líquido, brillando bajo el sol. Sus ojos verdes, exactamente del mismo tono que los de Alex, brillaban de felicidad absoluta. De esperanza. De amor por el bebé que crecía dentro de ella.

—Esta es ella —susurró Alex girando el móvil hacia ellos con mano temblorosa—. Pocos días antes de dar a luz. Antes de… antes de morir dándome la vida.

Y fue como si un rayo atravesara el salón.

Allison rompió a llorar abiertamente, sin poder contenerse. Los sollozos sacudían su frágil cuerpo. Elsa también sollozaba, sin poder apartar los ojos de la imagen de esa chica tan joven y hermosa que nunca llegaría a conocer. Eva lloraba en silencio mientras le acariciaba la espalda a Alex, sintiendo cómo temblaba bajo su mano.

Y Marlon…

Marlon extendió la mano temblorosa, tocando con reverencia la pantalla del móvil, acariciando aquella imagen como si pudiera traspasar el cristal y el tiempo y tocar a Nancy de verdad. Como si pudiera llegar hasta ella.

—Nancy… —Susurró con la voz completamente rota, destrozada, hablándole a la foto como si su dolor pudiera llegar hasta ella donde quiera que estuviera—. Mi preciosa Nancy. Mi dulce Nancy. Yo la amaba. Te juro por Dios que la amaba. Te juro que la amaba con toda mi alma.

Levantó la vista hacia Alex y vio en esos ojos verdes el mismo color que había amado en ella. El mismo tono exacto. El mismo brillo. Como si Nancy le estuviera mirando a través de su hijo.

—Nunca entendí por qué desapareció —continuó Marlon con los ojos anegados de lágrimas—. Mi padre… Mi padre me dijo que se había ido. Que había tenido que marcharse por la muerte de un familiar. Que era urgente. Que lo sentía mucho, pero que no podría volver. Y yo… yo le creí. Siempre esperé que volviera. Durante meses. Durante años. Pero nunca lo hizo.

—Mi abuela sospechó la verdad —intervino Alex con suavidad, también llorando sin vergüenza—. Estaba segura de que fue porque mi madre era una chica de familia humilde. Que no era de vuestra clase. Que el señor de la casa no había querido que su hijo se mezclara con gente como ella: sin apellido, sin tierras y sin dinero.

—¡Maldito James! —soltó Allison entre sollozos, con rabia y dolor mezclándose en su voz—. ¡Mi marido siempre intentaba

controlarlo todo! ¡Nos manejaba como si fuéramos sus marionetas! ¡Como si fuéramos sus posesiones!

Se giró hacia Marlon con ojos llenos de culpa, de remordimiento acumulado durante décadas.

—Nunca supe la verdad —confesó Allison con la voz quebrada —. Nancy desapareció tan de repente… y tú estabas tan destrozado, Marlon. Tan perdido.

Miró a Alex y volvió de nuevo la vista hacia su hijo.

—Tu padre me dijo que la había despedido porque no cumplía con sus obligaciones. Porque era descuidada y no era apropiada para esta casa. Pero yo… yo sabía que mentía. Siempre lo supe. Lo vi en sus ojos. En la forma en que te vigilaba cuando estabas con ella.

Marlon se cubrió la cara con ambas manos, y sus hombros empezaron a sacudirse. El dolor, la culpa, la rabia contra su padre muerto, la emoción de descubrir que tenía un hijo… Todo lo desbordó a la vez. Todos los sentimientos reprimidos durante más de cuarenta años salieron de golpe. Su cuerpo se sacudió con los sollozos que había contenido desde que tenía dieciséis años.

—Hijo… —susurró llorando y con la voz entrecortada, bajando las manos para mirarlo, para ver realmente a Alex—. Dios mío… ¡Hijo mío!

Alex lo miró con los ojos llenos de unas lágrimas que brillaban como esmeraldas bajo la luz del sol que entraba por las ventanas.

—Sí —dijo con voz firme a pesar de la emoción que lo embargaba—. Soy hijo tuyo. Soy tu hijo, Marlon.

Marlon se lanzó hacia él, acortando la distancia en un suspiro, y lo envolvió en un abrazo que parecía querer fundirlos en uno solo.

Los dos hombres lloraron sin vergüenza, aferrados el uno al otro, mientras Eva, Elsa y Allison los observaban con lágrimas en los ojos y las manos apretadas contra sus corazones.

—Lo siento —sollozaba Marlon contra el hombro de Alex, con la voz ahogada—. Lo siento tanto. Si hubiera sabido… si hubiera

imaginado… te juro que habría ido a buscarla, a buscarte. Habría ido hasta el fin del mundo. Habría luchado contra mi padre. Contra todo. Por ella y por ti.

—No lo sabías —le interrumpió Alex con voz rota, abrazándolo con la misma fuerza y sintiendo cómo algo dentro de él se curaba—. No te dio la oportunidad de saberlo. Tu padre se aseguró de eso, de que nunca lo supieras.

—Debería haberla buscado —insistió Marlon—. Debería haber insistido. Debería haber…

—Solo teníais dieciséis años —dijo Alex. Se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos, y puso las manos en sus hombros—. Erais unos críos. No podías hacer nada. Y ella… ella te amaba. Mi abuela siempre me lo dijo. Que mi madre siempre hablaba de ti con una sonrisa en los labios. Incluso al final. Incluso cuando estaba de parto. Hablaba de ti con amor.

Marlon volvió a abrazarlo, incapaz de articular palabra. Eva se levantó del sofá y se acercó a ellos, envolviendo a ambos en un abrazo. Sintió cómo los brazos de su padre la rodeaban también, incluyéndola en ese círculo. Luego Elsa se unió, sollozando, y finalmente Allison, apoyándose en su bastón con una mano y extendiendo la otra para tocarlos a todos, cerró el círculo familiar.

Cuando por fin se separaron, todos tenían los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas de lágrimas. Pero también había algo más en sus rostros: una paz que no había estado ahí antes. Una sensación de plenitud. De algo que finalmente encajaba en su lugar.

Marlon tomó el rostro de Alex entre sus manos, estudiándolo como si quisiera memorizar cada detalle. Cada línea. Cada sombra. Cada rasgo.

—Tienes sus ojos —dijo con voz maravillada, casi reverente—. Exactamente sus mismos ojos. El mismo color. El mismo brillo. Y su sonrisa. Dios mío, cuando sonríes… tienes exactamente su sonrisa.

—Eso me han dicho —reconoció Alex sonriendo a través de las lágrimas—. Mis abuelos siempre decían que era su vivo retrato. Que

era como tenerla de vuelta.

Todos volvieron a sentarse, pero esta vez la configuración había cambiado. Marlon se sentó junto a Alex en el sofá, como si no pudiera soportar estar lejos de él. Como si después de cuarenta y dos años de no saber que existía, necesitara estar cerca. Compensar el tiempo perdido.

—¿Cómo están tus abuelos? —preguntó Marlon con interés, inclinándose hacia delante—. ¿Has dicho que se llaman Robert y Margaret?

Alex asintió.

—Están bien. Mayores, pero bien. Traspasaron la tienda y se jubilaron hace años. Ahora pasan los días en el jardín y viendo películas antiguas. Les encantaría conocerte.

—Y yo quiero conocerlos a ellos —dijo Marlon apretándole el hombro con cariño, con gratitud—. Porque les debo más de lo que jamás podré pagar. Cuidaron de mi hijo cuando yo ni siquiera sabía que existía. Te dieron un hogar, amor, educación. Todo lo que yo debería haber…

—No —interrumpió Alex con firmeza—. No hagas eso. No te culpes por algo que no pudiste controlar.

Hubo un momento de silencio mientras todos procesaban lo que acababa de suceder. El peso de la revelación. La magnitud del descubrimiento.

Luego Marlon frunció el ceño, como si algo acabara de ocurrírsele. Una pregunta que necesitaba respuesta.

—Pero… ¿Cómo supiste que yo era tu padre? —preguntó mirando a Alex con curiosidad—. Quiero decir, ¿cómo lo descubriste? ¿Cómo has llegado hasta mí después de tantos años?

Alex miró a Eva, y ella le asintió con suavidad, con amor infinito en sus ojos. «Cuéntales el resto. Cuéntales nuestra historia», le dijo en esa mirada.

—Cuando conocí a Eva, la chispa fue inmediata —dijo Alex con una sonrisa—. Primero discutíamos, nos retábamos… después nos volvimos locos el uno por el otro. Y al final, nos enamoramos —añadió, girándose hacia ella con una mirada que la derritió—. Nos enamoramos como dos adolescentes descubriendo el amor por primera vez. Como si nada parecido hubiera existido antes.

Eva le apretó la mano, sonriendo a pesar de las lágrimas que aún brillaban en sus ojos.

—Pero la verdad la descubrí el miércoles pasado, cuando fui a ver a mis abuelos —continuó Alex—. Necesitaba hablarles de Eva. De lo enamorado que estaba de ella. De lo que sentía. Y les comenté su apellido. Les dije que su familia tenía una finca en Warwick. En el condado de Orange.

Hizo una pausa, respirando hondo, reviviendo ese horrible momento.

—Y en ese instante, en ese preciso segundo… todo encajó —explicó Alex—. Mi abuela se puso pálida y mi abuelo se quedó en silencio. Me explicaron lo que os acabo de contar y yo entendí que acababa de descubrir mis orígenes. Que había encontrado a mi padre.

Su voz se quebró ligeramente.

—Pero también me di cuenta de algo más —confesó apretando la mano de Eva con fuerza—. Algo que me dejó completamente destrozado. Pensé… pensé que estaba enamorado de mi hermana. Pensé que la mujer que amaba, la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, compartía mi sangre.

Marlon, Elsa y Allison intercambiaron una mirada cargada de comprensión y horror. Ninguno había reparado en el impacto emocional, en la agonía que aquella terrible posibilidad debió de causar en Alex.

—Dios mío… —susurró Elsa.

—Pero Eva… —Alex se giró hacia ella con la voz cargada de emoción, de amor, de gratitud absoluta—. Eva, que es la mujer más

increíble del mundo, me dijo algo que lo cambió todo. Me dijo que era adoptada.

Eva asintió, con lágrimas rodando por sus mejillas. Se inclinó con ternura y le besó la mejilla antes de mirar a sus padres.

—Fue una verdadera suerte que decidierais adoptar a una niña —dijo con una sonrisa que era mitad lágrimas, mitad alegría—. Si hubierais hecho caso de lo que quería papá, hoy no estaríamos aquí celebrando esta maravillosa noticia.

Se apartó y miró a todos con ese amor que solo una familia puede compartir.

—Pero sois mis padres en todo lo que importa —dijo con firmeza, con convicción absoluta—. Y eso nunca va a cambiar. Jamás.

Elsa sollozó más fuerte, llevándose las manos al corazón.

—Y lo mejor de todo esto —continuó Eva con la voz entrecortada por la emoción—. Lo realmente maravilloso… es que esta casualidad tan imposible, el que Alex y yo nos conociéramos y nos enamoráramos sin saber absolutamente nada de nuestro pasado, ha servido para sanar una antigua herida. Una herida que tú, papá, ni siquiera sabías que tenías abierta y que llevaba sangrando cuarenta y dos años.

Giró la cabeza hacia Alex.

—Y tú, Alex, una herida con la que habías aprendido a vivir: no saber quién era tu padre y creer que nunca quiso saber nada de ti —dijo con ternura—. Un vacío imposible de llenar.

Los miró a ambos, primero a uno y luego al otro, con amor.

—Y esto… nuestro amor… ha conseguido juntar dos vidas que jamás debieron estar separadas —concluyó con convicción absoluta.

—Y también os ha unido a vosotros —añadió Allison con voz emocionada pero firme, señalando a Eva y Alex—. Dos almas que estaban destinadas a estar juntas. Que se encontraron contra todo pronóstico. Contra toda lógica. Porque así tenía que ser.

Hubo un instante de silencio que estuvo cargado de emociones, recuerdos y revelaciones. Eva miró a su madre y vio que Elsa estaba completamente abrumada por la emoción. Su mirada se cruzó con la de ella, y Elsa, conmovida hasta lo más profundo, cogió aire antes de hablar.

—Ahora que sabemos la verdad —comenzó con voz temblorosa —, y aunque lamento profundamente, de todo corazón, la pérdida de tu madre, Alex… lo único que siento es gratitud. Inmensa gratitud. Porque esto que ha pasado, esta maravillosa casualidad, esta intervención del destino… nos ha cambiado la vida a todos. Para siempre.

Sus ojos se clavaron con dulzura infinita en los de Alex.

—Yo nunca pude darle un hijo a Marlon, el amor de mi vida —continuó, y su voz amenazaba con quebrarse—. Nunca pude darle lo que más deseaba. Ese hijo varón que siempre quiso.

Hizo una pausa, respirando hondo para contener la emoción que amenazaba con desbordarla.

—Pero tú… —Su voz se quebró completamente—. Tú eres el hombre del que mi hija está enamorada. El hombre que la hace feliz como nunca la había visto. Y también eres ese hijo varón que él siempre hubiera querido tener. Que debería haber tenido y que le fue arrebatado.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Y eso, de alguna hermosa y perfecta manera, te convierte también en hijo mío —dijo llevándose una mano al corazón—. Por partida doble. Como pareja de mi hija. Y como hijo de mi marido.

Hizo una pausa, mirándolo con todo el amor del que era capaz.

—Si tú quieres, Alex… si me das la oportunidad, yo te querré como a un hijo —dijo con toda la ternura que sentía—. Te juro que siempre honraremos la memoria de tu madre y el amor que la unió a Marlon. Ese amor que te dio la vida. Nunca intentaremos borrarla. Ella siempre será tu madre. Pero si tú lo aceptas… me gustaría ocupar un lugar especial en tu vida.

Alex no pudo evitar emocionarse de nuevo. Apretó los labios, intentando mantener la compostura, pero fue inútil. Las lágrimas volvieron, rodando por sus mejillas mientras asentía despacio.

—Me encantaría, Elsa —dijo con voz temblorosa, rota de emoción.

Elsa se lanzó a sus brazos sin pensarlo dos veces, sin importarle las formas o los protocolos. Sollozó sin pudor contra su pecho, abrazándolo con toda la fuerza de la que era capaz. Alex también la abrazó y cerró los ojos mientras sentía cómo algo dentro de él, que había estado roto durante toda su vida, se reparaba completamente.

Marlon se unió a ellos, rodeándolos con sus brazos, creando un círculo de protección y amor. Y Eva, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre, no dejaba de llorar con lágrimas de felicidad. De alivio y de gratitud hacia un destino que había sido cruel durante tanto tiempo, pero que ahora, finalmente, había decidido ser misericordioso.

Allison, que había sido testigo de tantas historias a lo largo de sus ochenta y tres años de vida, que había visto guerras y paces, amores y desamores, nacimientos y muertes, cerró los ojos anegados en lágrimas y dejó que su corazón hablara por ella.

Con una sonrisa entre el llanto, pensó que algunas veces la vida se encarga de recomponer lo que el destino ha roto. Algunas veces, cuando menos lo esperas, cuando ya has perdido la esperanza, el universo decide darte una segunda oportunidad.

Y supo, con la certeza absoluta de quien ha vivido lo suficiente para entender las verdades fundamentales de la existencia, que esa tarde en su casa ya no quedaba espacio para el pasado ni el dolor. Ese hueco enorme que había existido durante décadas se había llenado de un amor que, sin buscarlo, sin forzarlo, había terminado por unirlos a todos.

El círculo estaba completo.

La familia estaba completa.

Y Nancy, donde quiera que estuviera, mostraría su maravillosa sonrisa.



CAPÍTULO 18

La comida y el legado de Nancy

Pasaron casi media hora abrazados, llorando, procesando todo lo que acababa de cambiar en sus vidas. Cuando finalmente se separaron, todos tenían los ojos enrojecidos, las mejillas húmedas, pero también quedó una profunda paz que no había estado ahí antes. Una sensación de plenitud que llenaba cada rincón de aquella habitación.

Cameron apareció en la puerta del salón, con esa habilidad que tienen las personas que llevan décadas sirviendo en una casa para saber cuándo intervenir sin molestar.

—Disculpen —dijo con suavidad, casi en un susurro—. La comida está lista cuando ustedes quieran.

Elsa se secó las lágrimas con el dorso de la mano y asintió.

—Gracias, Cameron. Enseguida vamos.

La doncella desapareció tan silenciosamente como había llegado. Marlon se levantó del sofá, pero no soltó la mano de Alex. Era como si temiera que, si lo dejaba ir, todo esto resultara ser un sueño del que despertaría solo y vacío.

—Deberíamos comer algo —dijo Elsa intentando recuperar algo de normalidad, aunque su voz aún temblaba—. Y cuando Emma vuelva con las niñas… tendremos que contárselo.

—¿Cómo crees que reaccionarán? —preguntó Alex mirando a Eva.

Eva sonrió, secándose las últimas lágrimas con los dedos.

—Carol va a flipar —dijo con cariño—. Le encanta todo lo que tenga que ver con el destino y las casualidades imposibles. Siempre dice que el universo conspira para juntar a las personas que deben estar juntas. Y Natalie… bueno, creo que le va a encantar tener un abuelo nuevo. Y más si es alguien como papá.

—Y también dos abuelas nuevas —añadió Elsa con una sonrisa, mirando a Alex con ternura—. Si me dejáis serlo. Si me concedéis ese honor.

—Por supuesto que sí —respondió Alex apretándole la mano—. Natalie va a estar encantada.

Se dirigieron al comedor siguiendo a Elsa. Era una habitación amplia y luminosa, con una mesa larga de madera oscura que podía acomodar fácilmente a doce personas. Las ventanas daban al jardín trasero, donde se podían ver los huertos de manzanos extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, y sus hojas brillaban bajo el sol de julio.

Cameron ya había puesto la mesa con esmero: platos de porcelana blanca con bordes dorados, cubiertos de plata, servilletas de lino color crema perfectamente dobladas. En el centro había una jarra de cristal con flores frescas del jardín: peonías blancas y rosas, hortensias azules, alguna rosa de verano.

Se sentaron, pero nadie parecía tener hambre. El peso emocional de la revelación todavía los envolvía como una manta invisible. Marlon seguía mirando a Alex, como si no pudiera creer que fuera real y al parpadear desapareciera. Alex le devolvía la mirada con una mezcla de timidez, asombro y algo parecido a la reverencia.

—Cuéntame de ti —dijo finalmente Marlon, inclinándose hacia delante con los codos sobre la mesa—. Quiero saberlo todo. Tu infancia, tus abuelos, el ejército, la pintura… Todo. No quiero perderme ni un solo detalle más.

Alex sonrió, aún con los ojos húmedos y enrojecidos.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —dijo Marlon sirviéndose un poco de ensalada sin apartar los ojos de él—. ¿Cómo fueron tus primeros años? ¿Cómo era la vida en Ridgefield?

Alex tomó aire, organizando sus pensamientos y recuerdos.

—Mis abuelos… Robert y Margaret son las mejores personas que conozco —empezó con la voz cargada de emoción—. Cuando mi madre murió al darme a luz, ellos me acogieron. No tenían mucho dinero. Nunca lo tuvieron. Mi abuelo tenía una tienda de alimentación en Ridgefield. Trabajaba de sol a sol para mantenernos a los tres.

Hizo una pausa, con una sonrisa nostálgica cruzando su rostro.

—Mi abuela me enseñó a leer antes de ir al colegio —continuó —. Me leía cuentos cada noche antes de dormir. Siempre el mismo ritual: baño, pijama, cuentos. Me hacía galletas de canela los jueves. Siempre los jueves, sin falta.

Allison, que estaba escuchando atentamente desde su lugar en la mesa, sonrió entre lágrimas que volvían a formarse.

—A Nancy le encantaban las galletas de canela —dijo con suavidad, con la voz cargada de recuerdos—. Siempre las horneaba aquí, en esta cocina. Decía que el olor le recordaba a su hogar. A su madre. A la seguridad.

Alex la miró, sintiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas de nuevo.

—¿De verdad?

—Sí —asintió Allison—. Era una muchacha maravillosa. Dulce, trabajadora, siempre con una sonrisa en los labios, incluso cuando estaba cansada. Y cuando conoció a tu padre…

Miró a Marlon con ternura infinita.

—Nunca había visto a mi hijo tan feliz —continuó—. Se iluminaba cada vez que ella entraba en una habitación. Como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él. Era… hermoso de ver.

Marlon cerró los ojos, y el dolor se dejó ver en cada línea de su rostro.

—Yo tenía dieciséis años —dijo con voz ronca—. Ella también. Éramos tan jóvenes, tan inocentes… tan estúpidamente ingenuos.

Nos escondíamos para estar juntos. En el establo, en el huerto, en cualquier lugar donde mi padre no pudiera encontrarnos. Donde pudiéramos ser simplemente… nosotros.

Abrió los ojos y miró a Alex directamente.

—Le prometí que me casaría con ella —confesó con la voz quebrada—. Le dije que esperaríamos hasta que cumpliéramos dieciocho años, solo dos años más, y entonces nos fugaríamos si era necesario. Que nada ni nadie nos separaría. Ella se rio… tenía una risa preciosa… y me dijo que no hacía falta fugarse. Que todo saldría bien. Que el amor siempre encontraba su lugar.

Se limpió una lágrima que rodó por su mejilla.

—Pero todo se torció —murmuró con un hilo de voz—. Un día se esfumó. Como si hubiera desaparecido del mapa. Mi padre me aseguró que se había ido por una urgencia familiar, que su abuela estaba enferma. Y yo le creí. Como un tonto, me creí cada palabra.

—No eras tonto —intervino Allison con firmeza, con una voz que no admitía discusión—. Eras su hijo. Se suponía que debías confiar en él. Era tu padre. El cabrón fue él por destrozar algo tan hermoso, tan puro. Por destruir dos vidas por orgullo y clasismo.

Alex extendió la mano y la puso sobre la de Marlon, apretándola con fuerza.

—Ella nunca dejó de amarte —dijo con convicción—. Mi abuela me contó que, incluso al final, en el quirófano mientras la vida se le escapaba, pronunciaba tu nombre. Murió diciéndolo. «Marlon». Ese fue su último aliento.

Marlon sollozó. Fue un sonido roto y desgarrador, y se cubrió la cara con la mano libre. Elsa se levantó inmediatamente y lo abrazó por detrás, apoyando su mejilla contra la de él, rodeándolo con sus brazos.

—Lo siento tanto, mi amor —susurró contra su oído—. Lo siento tanto.

Se quedaron así un momento, en silencio, dejando que el peso de todo lo perdido y lo encontrado los atravesara como una ola. El

dolor del pasado se mezcló con la alegría del presente.

Cuando Marlon se recompuso, se secó las lágrimas con la servilleta de lino y miró a Alex de nuevo, intentando recuperar algo de compostura.

—Cuéntame tu etapa en el ejército —dijo con voz más firme, aunque aún temblorosa—. Eva me ha dicho que estuviste en los Delta Force. Es uno de los mejores cuerpos del ejército.

Alex asintió, agradecido por el cambio de tema, por poder hablar de algo menos doloroso.

—Me alisté a los diecisiete años, con el permiso de mis abuelos —explicó—. Necesitaba estructura. Disciplina. Necesitaba… no sé. Algo que le diera sentido a mi vida. Y supongo que también necesitaba un propósito más grande que yo mismo.

—¿Y lo encontraste? —preguntó Marlon con interés.

—Sí —respondió Alex sonriendo levemente—. Estuve veinte años de servicio, la mayor parte de ellos en los Delta Force. Fui a lugares que no puedo mencionar, hice cosas que no puedo contar. Operaciones clasificadas que probablemente seguirán siendo secreto durante décadas. Pero allí aprendí realmente quién era. Me dio fuerza. Me mostró de qué estaba hecho.

—Y luego conociste a tu esposa —intervino Eva suavemente, tocando su brazo con cariño.

Alex asintió, y una sombra de tristeza cruzó su rostro como una nube tapando el sol.

—Natalie —dijo el nombre con reverencia—. La conocí cuando volví de una misión particularmente dura. Ella era profesora en una escuela cerca de la base. Por eso mi hija se llama Natalie, como ella.

—¿Cómo era? —preguntó Elsa con curiosidad genuina, sin un ápice de celos o incomodidad.

—Perfecta para mí —respondió Alex, con honestidad—. Paciente, amable, comprensiva. Sabía que habría misiones de las que no podría hablar. Sabía que a veces volvería cambiado, afectado,

destrozado por mi trabajo. Y nunca me juzgó por ello. Nunca me hizo sentir débil o roto.

Hizo una pausa, con los ojos perdidos en el recuerdo.

—Cuando murió… hace cinco años… de cáncer… pensé que nunca volvería a sentir nada —confesó—. Que había usado toda mi capacidad de amar y ya no quedaba nada. Dejé el ejército. Me encerré en mi estudio a pintar día y noche. —Hizo una pequeña pausa—. Si no hubiera sido por Natalie, por la forma en que me miraba… como si su mundo dependiera de que yo siguiera aquí para ella, creo que me habría rendido. Me habría consumido lentamente hasta desaparecer con ella

Eva apretó su mano bajo la mesa con fuerza.

—Pero no lo hiciste —dijo con suavidad—. Sobreviviste. Luchaste. Y ahora estás aquí.

—Ahora estoy aquí —repitió Alex mirándola con amor infinito—. Contigo. Con mi padre. Con una familia que nunca pensé que tendría. Que jamás pensé que merecía.

Marlon se aclaró la garganta, con los ojos brillantes e intentando mantener la compostura.

—Háblame de la pintura —dijo—. Eva me ha dicho que eres pintor y que tienes un estudio en tu loft.

—Sí —asintió Alex—. Siempre me gustó dibujar, desde pequeño. Mi abuela me compraba cuadernos de dibujo y lápices de colores. Pero nunca me lo tomé en serio hasta que dejé el ejército. Necesitaba algo en lo que volcar todo lo que sentía. Toda la rabia, el dolor, la pérdida. Todo lo que no podía poner en palabras.

—¿Y funciona? —preguntó Marlon con interés profesional—. ¿Te ayuda?

—Sí —respondió Alex sonriendo—. Me salvó, en muchos sentidos. Me dio una razón para levantarme cada mañana. Ahora tengo una pequeña galería en Chelsea que expone mi trabajo. No es gran cosa, pero…

—¿Qué pintas? —interrumpió Allison inclinándose hacia delante con curiosidad.

—Paisajes, principalmente —dijo Alex encogiéndose de hombros con modestia—. Abstractos. Lugares que he visto en mis misiones, pero transformados. Filtrados a través del recuerdo y la emoción. Lugares que existen más en mi cabeza que en la realidad.

—Me encantaría verlos —reconoció Marlon inclinándose hacia delante con entusiasmo evidente—. ¿Tienes fotos en tu móvil?

Alex sacó su móvil y buscó en su galería. Le mostró algunas imágenes de sus cuadros. Marlon las estudió atentamente, haciendo Zoom con los dedos, examinando cada detalle, cada pincelada, cada elección de color.

—Tienes talento —dijo finalmente con voz llena de orgullo que no intentaba disimular—. Verdadero talento. No es algo que se enseñe. Se tiene o no se tiene. El uso del color, la composición, la emoción que transmites… Es excelente. Realmente excelente.

Alex sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas ante el elogio de su padre. Las palabras que había esperado toda su vida sin saberlo.

—Gracias —susurró con la voz ahogada—. Eso… eso significa mucho para mí.

—No —dijo Marlon devolviéndole el móvil y sosteniendo su mirada—. Gracias a ti. Por existir. Por encontrarme. Por darme esto. Esta segunda oportunidad que nunca pensé que tendría.

Se miraron durante un largo momento, padre e hijo, reconociéndose en el otro, viendo los mismos sueños, las mismas pasiones, la misma sangre.

El sonido de voces y risas desde el exterior rompió el momento como cristal cayendo. Las niñas habían vuelto.

—¡Mamá! —La voz de Carol llegó desde el jardín, llena de emoción—. ¡Los caballos son enormes! ¡Thunder casi me tira cuando

he intentado darle una manzana!

Eva y Alex intercambiaron una mirada cargada de significado. Era el momento de contárselo a las niñas. De compartir con ellas este milagro.

Emma entró primero, con las mejillas sonrojadas por el sol y el ejercicio, con una sonrisa amplia en el rostro. Las niñas venían detrás como un torbellino, charlando a la vez, con sus voces superponiéndose.

Emma se detuvo en seco cuando vio las caras de todos en el comedor. Los ojos enrojecidos, las expresiones emocionadas, la atmósfera cargada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirándolos a todos con preocupación—. ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Emma —dijo Marlon levantándose y extendiendo una mano hacia ella—. Siéntate, por favor. Tenemos que contarte algo. Algo importante.

Las niñas también se quedaron calladas de repente, sintiendo el peso del momento. Carol miró a su madre con preocupación.

—¿Mamá? —preguntó con voz pequeña, asustada—. ¿Qué pasa? ¿Es algo malo?

Eva se levantó y rodeó la mesa para abrazar a su hija, envolviéndola en sus brazos.

—Todo está bien, cariño —le aseguró besándole el pelo—. De hecho, todo está mejor que nunca. Pero ha pasado algo… algo increíble. Algo que va a cambiar nuestras vidas para siempre.

—¿El qué? —preguntó Natalie mirando a su padre.

Alex también se levantó y se acercó a su hija, agachándose para estar a su altura.

—Nat, cariño… ¿Recuerdas que te dije que nunca conocí a mi padre? ¿Que nunca supe quién era?

Natalie asintió lentamente, con los ojos muy abiertos.

—Pues… —Alex sonrió a través de las lágrimas que volvían a formarse—. Resulta que acabo de conocerlo. Está aquí. Es Marlon. El padre de Eva es mi padre.

Hubo un momento de silencio absoluto mientras las niñas procesaban la información. Se podía oír el tictac del reloj de pared, el canto de un pájaro en el jardín, el latido del corazón.

Luego Carol gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¿QUÉ?!

—¿El abuelo Marlon es tu padre? —preguntó Natalie mirando a su padre y a Marlon mientras su cerebro intentaba procesar lo imposible—. ¿Cómo…? ¿Cuándo…? No entiendo…

—Es una larga historia —dijo Eva entre lágrimas—. Pero la versión corta es que tu abuela Nancy, la mamá de Alex, trabajó aquí hace muchos años. Hace más de cuarenta años. Se enamoró del abuelo Marlon cuando ambos tenían vuestra edad. Bueno, un poco mayores. Dieciséis años. Y…

—Y yo nací —terminó Alex—. Pero nadie sabía que el abuelo Marlon era mi padre. Ni él lo sabía. Ni yo. Nadie. Hasta ahora. Hasta hoy.

Carol procesó esto durante varios segundos; su cerebro trabajaba a toda velocidad. Luego miró a Natalie con los ojos como platos.

—Espera… —dijo lentamente—. Eso significa que… ¿Sois hermanos? ¿Vosotros dos? ¿Y nosotras hermanas? ¿Qué somos exactamente, mamá?

—Medio hermanas —corrigió Eva—. Bueno, técnicamente no, porque yo soy adoptada. No comparto sangre con papá. Pero Alex sí es hijo del abuelo, así que…

—¡Esto es INCREÍBLE! —interrumpió Carol, y sin previo aviso se lanzó a abrazar a Natalie con toda la fuerza de su cuerpo de doce años—. ¡Siempre he querido una hermana de verdad! ¡Y ahora la tengo!

—¡Yo también! —exclamó Natalie abrazándola con la misma intensidad mientras ambas saltaban de emoción—. ¡Esto es lo mejor que ha pasado nunca!

Emma, que había estado escuchando todo en silencio, procesando, recordando, se dejó caer en una silla como si las piernas no pudieran sostenerla más.

—Nancy… —susurró, y su voz estaba cargada de culpa y dolor —. Yo era una niña, tenía catorce años, pero claro que la recuerdo. Es imposible no recordarla.

Levantó la vista y miró a Alex con los ojos llenos de lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas.

Emma se levantó despacio y caminó hacia él. Sin decir palabra, lo abrazó con fuerza.

—Debería haberla protegido —dijo con la voz quebrada, sollozando contra su hombro—. Debería haber hecho algo. Vi a mi padre cuando los descubrió juntos en el establo. Vi su cara. Sabía que estaba planeando algo terrible. Lo vi en sus ojos. Pero era tan cobarde… Tenía tanto miedo de él…

—Eras solo una niña —interrumpió Alex, devolviéndole el abrazo—. Tenías catorce años. No era tu responsabilidad protegerla.

—Pero podría haber dicho algo —sollozó Emma más fuerte—. Podría haber avisado a Nancy, o a Marlon, o…

—Emma —dijo Alex apartándola lo suficiente para mirarla a los ojos—. No fue culpa tuya, sino de tu padre. Él fue quien lo destruyó todo.

Emma asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, intentando recuperar la compostura.

—Tienes un sobrino —anunció Marlon con orgullo, levantándose y acercándose—. Y una sobrina nieta. Una parte de esta familia que nunca supiste que tenías.

Emma miró a Natalie, que la observaba con curiosidad y algo de timidez.

—Hola, tía Emma —dijo Natalie con una vocecita.

Emma se rio entre lágrimas, un sonido mitad sollozo, mitad carcajada, y abrió los brazos de par en par. Natalie corrió hacia ella y se abrazaron con fuerza.

—Hola, sobrina —dijo Emma abrazándola con toda la intensidad de décadas de culpa, liberándose—. Bienvenida a la familia. Bienvenida a casa.

Después de comer, aunque nadie comió mucho dado lo abrumados que estaban por la emoción, y mientras las niñas salían de nuevo a explorar la finca, esta vez juntas y charlando sin parar sobre su nueva conexión familiar, Marlon se levantó.

—Alex —dijo con voz seria pero cálida—. ¿Me acompañas? Hay algo que quiero enseñarte. Algo que he guardado durante mucho tiempo.

Alex asintió inmediatamente y lo siguió. Eva hizo ademán de levantarse también, pero Marlon negó con la cabeza suavemente, con cariño.

—Esto es solo entre nosotros —dijo—. Entre padre e hijo. Espero que lo entiendas, Eva.

Eva asintió, sin acabar de comprender, pero sintió emoción en lugar de exclusión. Vio cómo los dos hombres salían de la casa y se dirigían hacia el establo convertido en estudio, caminando uno al lado del otro, y sintió que algo en el universo encajaba en su lugar.

Elsa se sentó junto a Eva en el sofá y le tomó la mano, entrelazando sus dedos.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó con suavidad.

—Sí —respondió Eva sonriendo y secándose una lágrima que rodaba por su mejilla—. Estoy muy bien… pero abrumada. En el buen sentido. En el mejor sentido posible.

—Es un milagro —dijo Allison desde su silla con voz llena de asombro—. Un verdadero milagro. He vivido ochenta y tres años y

nunca había visto algo así.

—Lo es. —Eva estuvo de acuerdo, asintiendo—. Y pensar que si no hubiera conocido a Alex, si las niñas no se hubieran hecho amigas, si no nos hubiéramos enamorado contra toda lógica… nunca habríamos descubierto la verdad. Papá nunca habría sabido que tenía un hijo.

—Es el destino —dijo Allison sonriendo con esa sabiduría que solo dan los años—. El destino siempre encuentra la forma. Puede tardar décadas, puede parecer imposible, pero acaba encontrando el camino.

El estudio de Marlon era exactamente lo que Alex había imaginado basándose en las descripciones de Eva. Amplio, luminoso, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz perfecta del norte. Había caballetes por todas partes en diferentes etapas de uso, lienzos apilados contra las paredes como soldados en formación y el olor a pintura al óleo y aguarrás impregnaba el aire como incienso.

Pero lo que llamó la atención de Alex, lo que hizo que se detuviera en seco, fueron los cuadros en las paredes. Paisajes del valle, principalmente, pero también algunos retratos de la familia, estudios de luz y sombra.

—Este es mi santuario —explicó Marlon cerrando la puerta tras ellos con cuidado—. El único lugar donde puedo ser completamente yo mismo. Sin máscaras. Sin pretensiones.

Alex recorrió el espacio con la mirada, admirando cada detalle, absorbiendo la atmósfera.

—Es increíble —dijo con sinceridad absoluta—. Tu técnica es… impresionante. Mucho mejor de lo que había imaginado.

Marlon sonrió, complacido por el elogio, pero también nervioso.

—Gracias. He dedicado mi vida entera a esto. Es lo único que siempre he sabido hacer bien.

Caminó hacia una esquina del estudio donde había un armario grande de madera oscura. Lo abrió con una llave que sacó de su bolsillo y extrajo varios lienzos envueltos cuidadosamente en tela de algodón.

—Hay algo que quiero que veas —dijo, y su voz temblaba visiblemente—. Algo que nunca le he enseñado a nadie. Ni siquiera a Elsa. Ha sido mi secreto durante más de cuarenta años.

Con manos que temblaban, desenvolvió el primer lienzo y lo giró hacia Alex.

Alex sintió cómo se le cortaba la respiración. El aire abandonó sus pulmones de golpe.

Era Nancy, su madre. Joven, hermosa… Llena de vida y sonriendo con esos brillantes ojos verdes que Alex había heredado. Estaba en el jardín de la finca, con el sol de verano iluminando su pelo rubio como un halo dorado. Parecía un ángel. Pura felicidad capturada en óleo.

—La pinté de memoria poco después de que desapareciera —explicó Marlon con voz ronca, áspera de emoción—. No podía olvidar su rostro. No importaba cuánto lo intentara. La forma en que sonreía, cómo la luz se reflejaba en sus ojos, el pequeño hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha cuando reía…

Desenvolvió otro lienzo con reverencia. También era de Nancy. Estaba riendo y con la cabeza echada hacia atrás. Tenía las manos llenas de manzanas recién recogidas y algunas estaban en el suelo alrededor de sus pies descalzos.

—Este fue el día en que la besé por primera vez —dijo Marlon acariciando el lienzo con reverencia absoluta—. Entre los manzanos. Me había estado ayudando a recoger la cosecha y se le cayeron todas las manzanas. Nos reímos tanto que nos dolían las costillas… y luego… la besé. Sin pensar. Sin planear nada. Solo dejé salir mis sentimientos.

Un tercer lienzo apareció. Nancy sentada bajo un árbol centenario, leyendo un libro, con la luz filtrada por las hojas creando

patrones de luz y sombra sobre su rostro.

—Le encantaba leer —dijo Marlon sonriendo con tristeza—. Devoraba libros. Decía que los libros la llevaban a lugares que nunca podría visitar físicamente. A mundos que nunca conocería. Le prometí que algún día, cuando nos casáramos, la llevaría a todos esos lugares. París. Roma. Londres. Todos.

Alex tenía lágrimas rodando por sus mejillas sin control, sin que le importara.

—Son preciosos —susurró con voz ahogada—. Es como… es como si estuviera aquí. Como si pudiera tocarla.

—Para mí siempre ha estado —reconoció Marlon secándose los ojos con el dorso de la mano—. Nunca pude olvidarla. Incluso después de conocer a Elsa, después de enamorarme de ella, después de construir una vida con ella… Nancy siempre ha estado aquí.

Señaló su corazón.

—Elsa lo sabe —continuó—. Se lo conté antes de casarnos. Le dije que había amado a alguien antes que a ella, que esa persona había desaparecido sin explicación, pero que nunca la olvidaría. Que siempre habría una parte de mi corazón que le pertenecería. Elsa me dijo que no pasaba nada. Que lo entendía. Que había espacio en mi corazón para ambas. Que el amor no era una cantidad finita.

—¿Y lo hay? —preguntó Alex, necesitando saberlo—. ¿Espacio para ambas?

—Sí —asintió Marlon sin dudar—. Amo profundamente a Elsa. Con toda mi alma. Es mi compañera, mi mejor amiga, mi todo. Pero Nancy… Nancy fue mi primer amor. Y el primer amor nunca se olvida. Nunca desaparece del todo.

Desenvolvió un último lienzo. Este era diferente a los demás. Era una imagen de Nancy, pero estaba sin terminar, como si Marlon hubiera empezado a pintarla y luego se hubiera detenido abruptamente, incapaz de continuar.

—Empecé este hace cinco años —explicó con voz quebrada—. En el aniversario número treinta y siete de cuando desapareció. Intenté terminarlo. Lo intenté durante semanas. Pero no pude. Era demasiado doloroso. Cada pincelada me destrozaba un poco más.

Alex se acercó y lo estudió con ojo profesional. Podía ver exactamente dónde Marlon se había detenido: la pincelada a medio camino, el color sin mezclar, el visible abandono.

—Quizás ahora puedas —sugirió—. Ahora que sabes la verdad. Ahora que sabes que ella nunca dejó de amarte. Que murió pronunciando tu nombre.

Marlon lo miró, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

—Quizás —dijo—. ¿Me ayudarías? ¿Trabajarías conmigo en esto?

—¿Yo? —Alex parpadeó, sorprendido—. No soy tan bueno como tú. Ni de lejos.

—Eres su hijo —dijo Marlon poniéndole una mano en el hombro y apretándola con fuerza—. Nuestro hijo. Llevas su sangre, y la mía. Y tienes muchísimo talento, Alex. Podríamos hacerlo juntos. Terminar el último retrato de Nancy. Juntos. Padre e hijo.

Alex sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas de nuevo, desbordándose.

—Me encantaría —susurró con voz ahogada—. Sería como un sueño cumplido

Marlon lo abrazó con fuerza, y Alex se aferró a él como si fuera un salvavidas, sintiendo el peso de todos los años perdidos, pero también la brillante promesa de todos los años que estaban por venir.

—Gracias —murmuró Marlon contra su hombro—. Gracias por existir. Por encontrarme. Por darme esta segunda oportunidad que nunca pensé que ocurriría.

—Gracias a ti —respondió Alex con la voz amortiguada contra la camisa de su padre—. Por amarla. Por no olvidarla nunca. Por mantenerla viva de esta forma tan hermosa.

Se quedaron así un largo rato, padre e hijo unidos por fin, rodeados de los fantasmas del pasado y las promesas del futuro.

Cuando volvieron a la casa, el sol ya empezaba su lento descenso hacia el horizonte, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosas. Las niñas estaban en el salón con Eva, Elsa, Allison y Emma, todas apiñadas en los sofás mirando álbumes de fotos antiguos, riendo y señalando.

—¡Papá! —exclamó Natalie levantándose de un salto cuando los vio entrar—. ¡Tienes que ver esto! ¡La abuela Allison tiene fotos de tu mamá! ¡De cuando era joven!

Alex se acercó, con Marlon justo detrás de él como su sombra. Allison tenía un álbum viejo y gastado abierto sobre su regazo.

—Las he guardado durante todos estos años —explicó Allison con suavidad—. Cuando James despidió a Nancy, ella se fue tan rápido, tan precipitadamente, que no pudo llevarse todas sus cosas. Las dejó en su habitación. Encontré este álbum días después y pensé en enviárselo, pero no tenía ninguna dirección. Y luego… no sé. Lo guardé. Como si mantenerlo cerca pudiera traerla de vuelta.

Le pasó el álbum a Alex. Con manos temblorosas, Alex lo tomó y lo abrió con cuidado.

Había fotografías de Nancy de niña, con sus trenzas rubias y las rodillas raspadas. Otra en la que estaba abrazada a sus abuelos frente a la tienda en Ridgefield, con esa luz que solo tienen los días felices. En la escuela, con un par de amigas. Algunas de su vida en la finca, con el delantal blanco en la cocina y una sonrisa que lo iluminaba todo; el jardín lleno de flores bajo sus manos; los caballos acercándose, confiados, como si también la quisieran. Cada imagen era un pedazo de vida.

Alex se detuvo en una foto en particular. Nancy y Marlon, juntos, escondidos detrás del establo, apenas visibles. Ella estaba riendo, con la cabeza echada hacia atrás, y él la estaba mirando con una expresión de amor absoluto e incondicional.

—Yo tomé esa foto —dijo Allison, con voz cargada de recuerdos —. Los vi allí un día de verano. Estaban tan absortos el uno en el otro que no me vieron acercarme. En ese momento supe, con absoluta certeza, que mi hijo estaba enamorado. Profundamente enamorado.

Alex pasó el dedo por la imagen con reverencia, por el rostro sonriente de su madre, por la expresión de su padre joven e inocente.

—Eran tan felices —susurró.

—Lo eran —asintió Allison—. Y lo habrían sido siempre si James no hubiera intervenido. Si hubiera permitido que el amor siguiera su curso natural.

Marlon se sentó junto a Alex y ojearon juntos el resto del álbum. Había más fotos de Nancy: cartas que había escrito a sus abuelos en papel con flores dibujadas en los márgenes, incluso algunos dibujos que había hecho con lápiz y carboncillo.

—Era buena dibujando —comentó Alex mirando un boceto detallado de un pájaro en vuelo.

—Lo era —dijo Allison sonriendo—. Tenía talento natural. Solía decir que algún día le gustaría ilustrar libros para niños. Que quería crear mundos mágicos que los niños pudieran explorar.

Alex sintió una punzada aguda en el pecho al pensar en todos los sueños de su madre que nunca se cumplieron, en los libros que nunca ilustró y en los niños que nunca pudieron disfrutar de su arte.

Como si le leyera la mente, Eva se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro, apretándola con cariño.

—Pero te dio la vida —dijo suavemente—. Y a través de ti, a través de tu arte, de tu hija, esos sueños siguen vivos de alguna forma. Transformados, pero vivos.

Alex levantó la vista hacia ella, con los ojos brillantes de amor y gratitud.

—Tienes razón —dijo—. Como siempre. Tienes toda la razón.

Pasaron el resto de la tarde en el salón, compartiendo historias que habían estado enterradas durante décadas. Allison le habló a Alex de la Nancy que ella conoció: su risa contagiosa, que podía llenar toda una habitación. Su bondad instintiva con todos y cómo siempre horneaba galletas extra porque sabía que a Allison le encantaban.

Emma compartió recuerdos de ver a Nancy y Marlon escabulléndose juntos, robando momentos, de cómo ella había guardado su secreto porque quería que su hermano mayor fuera feliz, ya que sabía que lo era cuando estaba con ella.

Marlon habló de sus planes juveniles e ingenuos: cómo había querido fugarse con Nancy a la ciudad, encontrar trabajo, casarse en secreto. De cómo había ahorrado cada centavo de su paga para comprarle un anillo de compromiso.

—Nunca llegué a comprarlo —confesó con voz rota—. Había encontrado uno perfecto en una joyería del pueblo. Un pequeño diamante. Nada ostentoso. Pero era todo lo que podía permitirme. Ella desapareció una semana antes de que tuviera suficiente dinero para comprarlo.

—Pero la habrías hecho feliz —dijo Alex con convicción absoluta—. Con anillo o sin anillo. Ella lo sabía. Por eso nunca te culpó. Por eso murió pronunciando tu nombre con amor, no con amargura.

Cuando el sol empezó a ponerse, pintando el cielo de púrpuras y dorados, Elsa miró hacia las ventanas y luego a Eva y Alex.

—Me alegro de que os quedéis todo el fin de semana —dijo con calidez—. Hay tanto de lo que hablar… tanto tiempo que recuperar.

—Gracias, mamá —respondió Eva sonriendo y apretando la mano de Alex—. Significa mucho para nosotros estar aquí. Para todos nosotros.

—Esta es vuestra casa tanto como la nuestra —dijo Elsa con firmeza, mirando a Alex—. Siempre lo será.

Marlon asintió, con la voz cargada de emoción cuando añadió:

—Tenemos cuarenta y dos años que recuperar —dijo sin apartar los ojos de Alex—. Y vamos a empezar ahora mismo. Este fin de semana es solo el principio.

Las niñas, que habían estado escuchando desde el otro sofá, gritaron de alegría. Carol y Natalie se abrazaron, saltando.

—¡Podemos dormir juntas! —exclamó Carol—. ¡En mi habitación de aquí! ¡Va a ser genial!

Se quedó mirando a la que ya consideraba su hermana y añadió con entusiasmo, ya planeando aventuras.

—¡Y mañana le enseñaremos a Nat todos los rincones secretos de la finca!

Esa noche, después de una cena ligera, porque nadie tenía mucho apetito tras tantas emociones, las niñas se fueron a dormir, exhaustas pero felices. Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, Eva y Alex salieron al porche delantero.

El aire nocturno era fresco y estaba perfumado con el olor de las flores del jardín. El cielo estaba despejado, completamente negro y salpicado de millones de estrellas que brillaban como diamantes sobre terciopelo. La Vía Láctea era visible, algo imposible en Manhattan.

Se sentaron en el balancín del porche, el mismo donde Eva se había sentado mil veces cuando era una niña. Eva se acurrucó contra Alex, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Ha sido el día más increíble de mi vida —murmuró Alex mirando las estrellas—. Y también el más agotador emocionalmente.

—Lo sé —dijo Eva levantando su mano entrelazada con la de él, besándola—. Pero ha sido perfecto. De una forma caótica y emocional, pero perfecto.

—Tu padre… —Alex hizo una pausa cargada de emoción, buscando las palabras exactas—. Nuestro padre… es mucho más de lo que jamás me atreví a soñar. Es amable, tiene mucho talento, es un hombre abierto… Me ha aceptado. Me quiere. Y eso que apenas acabamos de conocernos.

—Por supuesto que te quiere —dijo Eva sonriendo—. Eres su hijo. Y además, eres increíble. ¿Cómo no iba a quererte?

Alex se rio con ternura.

—Soy tan increíblemente feliz que casi me asusta —confesó—. Como si fuera demasiado bueno para ser verdad. Como si pudiera despertarme y descubrir que todo ha sido un sueño.

—No es un sueño, mi amor —dijo Eva incorporándose para mirarlo a los ojos—. Es real. Todo es real. Tu padre. Esta familia. Nosotros. Todo.

Se besaron bajo las estrellas. Fue un beso suave y dulce que sabía a promesas y futuros.

—Te amo —susurró Alex contra sus labios—. Te amo tanto que a veces no sé cómo contenerlo.

—Entonces no lo contengas —dijo Eva sonriendo—. Déjalo salir, porque yo te amo igual. Más, incluso.

—Imposible. —Alex la besó de nuevo.

Se quedaron meciéndose en el balancín, hablando en voz baja, compartiendo sueños y esperanzas, mirando las estrellas que habían sido silenciosos testigos de todo: del amor de Nancy y Marlon cuatro décadas atrás, de su dolor y separación, y ahora, finalmente, de esta milagrosa reunión.

—¿Crees en el destino? —preguntó Eva después de un largo y cómodo silencio.

—No solía creer —admitió Alex—. Creía que la vida era caos y casualidad. Pero después de hoy… ¿Cómo puedo no creer? Las probabilidades de que nos conociéramos, de que nos enamoráramos, de que descubriéramos esta conexión… son astronómicas. Tiene que ser el destino.

—Mi abuela diría que Nancy está en algún lugar, sonriendo —dijo Eva mirando hacia las estrellas—. Que ella ha orquestado todo esto desde donde está. Que nos juntó a propósito.

—Quizás lo hizo —reconoció Alex volviendo su mirada hacia el cielo infinito—. Gracias, mamá. Por darme la vida. Por amar a mi padre. Por llevarnos hasta aquí.

El balancín se mecía y el mundo dormía. Y en ese porche, bajo un millón de estrellas, dos personas que se habían encontrado contra todo pronóstico se abrazaban.

Completos. En casa. En familia.



CAPÍTULO 19

El retrato de Nancy

Domingo, 6 de julio de 2025

Alex se despertó cuando el primer rayo de luz atravesaba las cortinas de la habitación. Eran apenas las cinco y media de la mañana, pero sabía que no podría volver a dormirse. Su mente estaba demasiado alterada, todavía procesando todo lo que había sucedido el día anterior.

A su lado, Eva dormía profundamente, con el pelo rubio extendido sobre la almohada como oro derramado y una mano bajo la mejilla. Se veía tan en paz que Alex no quiso despertarla. Con infinito cuidado, se levantó de la cama y se vistió en silencio.

Salió de la habitación y bajó las escaleras con pasos suaves. La casa estaba en ese silencio que solo existe en las horas previas al amanecer, cuando el mundo todavía duerme y todo parece suspendido entre la noche y el día.

Se dirigió hacia el establo convertido en estudio. Necesitaba estar ahí, rodeado del olor a pintura y trementina, en el espacio donde su padre creaba su arte. Quizás allí podría empezar a procesar todo lo que sentía.

Cuando abrió la puerta del estudio, se detuvo en seco.

Marlon ya estaba ahí.

Estaba de pie frente a los lienzos envueltos que le había mostrado el día anterior, los retratos de Nancy, con una taza de café humeante en una mano y expresión contemplativa en el rostro. Llevaba la misma ropa del día anterior, arrugada, como si no hubiera dormido en absoluto.

—¿Tampoco podías dormir? —preguntó Marlon sin girarse, como si hubiera sentido la presencia de Alex.

—No —reconoció Alex, cerrando la puerta tras él—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Lo sé. —Marlon se giró para mirarlo—. Llevo aquí desde las tres de la mañana. Mirando estos retratos. Pensando en ella. En ti. En todo lo que pudo ser y nunca fue.

Alex se acercó despacio y observó los lienzos iluminados por la grisácea luz del amanecer que entraba por los ventanales.

—Son bellísimos —dijo en voz baja—. Sin excepción. La captaste a la perfección. Así era ella en realidad, ¿no?

—Sí. Esa era mi intención —contestó Marlon, posando su taza sobre una mesa salpicada de colores—. Quería atrapar su esencia. Su resplandor. Pero hay uno en particular…

Se giró hacia el último lienzo, el que estaba sin terminar.

—Este —dijo con voz temblorosa—. Cada vez que tomaba el pincel, algo me detenía. Como si… como si terminar el último retrato significara cerrar esa parte de mi vida para siempre.

Alex se acercó al lienzo inconcluso. Podía ver dónde Marlon se había detenido: el rostro de Nancy estaba perfectamente pintado, con esos ojos verdes brillantes que Alex había heredado, pero el resto —el fondo, su cuerpo, las manos— eran solo bocetos en carboncillo, fantasmas de lo que podría haber sido.

—Es como si una parte de mí no quisiera acabarlo —continuó Marlon—. Como si mantener este retrato sin terminar significara que ella todavía estaba aquí de alguna forma. Que su historia no había terminado del todo.

—Pero ahora… —empezó Alex.

—Ahora estás aquí —dijo Marlon girándose hacia él con los ojos brillantes—. Su historia se completó. Murió hace cuarenta y dos años, pero sigue viva a través de ti. Y quizás eso significa que ahora puedo terminar esto.

Hizo una pausa, mirando el lienzo y luego a Alex.

—¿Me ayudas? —le preguntó—. Creo que… creo que necesito hacerlo contigo. Necesito que terminemos el último retrato de Nancy juntos. Padre e hijo. Creando algo hermoso de algo que fue doloroso durante tanto tiempo.

Alex asintió mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Marlon sonrió, limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—Entonces empecemos —dijo—. Antes de que el resto del mundo despierte. Este momento… este momento es solo nuestro.

Trabajaron en silencio al principio, cada uno familiarizándose con el proceso del otro. Marlon preparaba las paletas con manos expertas, mezclando colores con esa precisión que solo viene de décadas de práctica. Alex observaba, aprendiendo cada uno de sus movimientos.

—El secreto está en las capas —explicó Marlon mientras aplicaba una base suave al fondo del lienzo—. Nunca intentas capturarlo todo de una vez. Construyes. Capa sobre capa. Como la vida misma.

—Como los recuerdos —añadió Alex con suavidad.

—Exactamente —dijo Marlon pasándole un pincel—. Empieza con el fondo. Con el jardín donde ella solía sentarse. ¿Ves ese verde? Ese es el verde de las hojas en verano. Cálido. Vivo. Lleno de promesas.

Alex tomó el pincel y empezó a trabajar. Sus movimientos eran más vacilantes que los de Marlon, menos seguros, pero había algo en la forma en que aplicaba el color, en la presión de su mano, que era sorprendentemente similar.

—Tienes mi estilo —observó Marlon después de un momento —. La forma en que sostienes el pincel. El ángulo. Es exactamente como yo lo hago.

—Nunca me enseñaste —dijo Alex—. Y sin embargo…

—Es la sangre —reconoció Marlon sonriendo—. O quizás es algo más profundo que eso. Quizás es que compartimos la misma

forma de ver el mundo. Los mismos ojos para la belleza y la luz.

Siguieron trabajando mientras el sol empezaba a elevarse lentamente en el horizonte. La luz cambió de gris a dorada, y empezó a entrar por los ventanales del estudio, bañando el lienzo en tonos cálidos.

—Háblame de ella —dijo Alex después de un largo silencio—. No de los hechos. Ya sé los hechos. Háblame de… de los pequeños detalles. Las cosas que nadie más sabría.

Marlon dejó de pintar durante un instante, con el pincel suspendido en el aire y los ojos perdidos en el recuerdo.

—Tenía una risa… —empezó con voz soñadora—. Una risa que empezaba suave, casi tímida, y luego explotaba de forma desinhibida. Echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía de verdad. Solía taparse la boca con la mano porque le daba vergüenza, pero yo siempre le apartaba la mano. Le decía que su risa era lo más hermoso que había oído nunca.

Alex sonrió, continuando con las pinceladas en el fondo del lienzo.

—¿Qué más?

—Le encantaban las tormentas de verano —continuó Marlon volviendo a pintar—. Cuando todos los demás corrían a cubierto, ella salía al porche a verlas. Decía que había algo mágico en el momento justo antes de que cayera el primer rayo, cuando la atmósfera cambia y todo anuncia que algo va a estallar.

Sus manos trabajaban mientras hablaba, añadiendo detalles al jardín detrás de Nancy.

—Y le gustaba cantar —añadió—. No tenía oído musical, en realidad desafinaba un poco, pero mientras trabajaba siempre cantaba. Canciones viejas que su abuela le había enseñado. A veces yo la escuchaba desde mi habitación y sabía exactamente dónde estaba en la casa solo por el sonido de su voz.

—¿Recuerdas alguna de las canciones? —preguntó Alex.

—Amazing Grace, de Judy Collins —respondió Marlon sonriendo —. Era su favorita. Decía que le recordaba que siempre hay esperanza, incluso en los momentos más oscuros.

Alex sintió ternura. Su abuela Margaret solía cantarle esa misma canción cuando era pequeño, cuando tenía pesadillas o estaba asustado. Ahora entendía por qué. Había sido la canción favorita de su madre.

Siguieron trabajando, construyendo el retrato capa por capa, recuerdo por recuerdo. Marlon hablaba y Alex escuchaba, absorbiendo cada detalle, cada pequeña pieza del rompecabezas que era Nancy Kraft.

—Tenía miedo a las arañas —dijo Marlon en un momento, riendo de forma espontánea—. Terror absoluto. Una vez me llamó gritando porque había una araña diminuta en su habitación. Cuando llegué, ella estaba de pie en la cama, temblando. La araña no era más grande que una moneda pequeña.

—¿Qué hiciste? —preguntó Alex sonriendo.

—La saqué con cuidado y la liberé fuera —respondió él aplicando más color al cielo del retrato—. Y luego me quedé con ella hasta que dejó de temblar. Nos sentamos en su cama, hablando durante horas. La besé de forma suave y dulce. Como si fuera algo precioso que podría romperse.

Su voz se quebró ligeramente.

—Y lo era —susurró—. Era preciosa y se rompió por culpa de mi padre. Por sus putas reglas sobre quién era suficientemente bueno y quién no lo era.

Alex dejó su pincel y puso una mano en el hombro de su padre.

—Pero míranos ahora —dijo con firmeza—. Mira lo que estamos creando juntos. Esto… este momento… este retrato… es nuestra forma de decir que vuestro amor ha acabado ganando. Que, a pesar de todas las barreras que puso, el amor se ha impuesto, aunque haya sido cuarenta y dos años después.

Marlon se giró y abrazó a Alex con fuerza, con el pincel todavía en la mano, manchándole la camisa de pintura, pero sin importarles.

—Eres tan parecido a ella —murmuró contra el hombro de Alex —. No solo en los ojos. En todo. En tu bondad. En tu forma de ver lo bueno en las situaciones difíciles. En tu fuerza.

—Entonces la vamos a honrar terminando su retrato —dijo Alex apartándose para mirarlo—. Démosle el hermoso final que ella nunca tuvo en vida.

Marlon asintió, secándose las lágrimas, y volvieron al trabajo.

Las horas pasaron sin que se dieran cuenta. El sol se elevó completamente, inundando el estudio de luz brillante. Sus manos trabajaban en perfecta sincronía, como si llevaran años pintando juntos. Una pincelada de Marlon seguida de otra de Alex. Marlon añadiendo profundidad a las sombras, Alex capturando la luz en el pelo de Nancy.

En un momento dado, sus manos se encontraron en el mismo lugar del lienzo para trabajar en los ojos de Nancy. Se detuvieron, mirándose, y luego Marlon sonrió.

—Juntos —dijo.

—Juntos —acordó Alex.

Siguieron trabajando, ya no hablando, comunicándose solo a través del arte. Cada pincelada era una oración. Cada color, una promesa, y cada detalle, un acto de amor.

Finalmente, cuando el sol estaba alto en el cielo, dieron un paso atrás.

El retrato estaba terminado.

Nancy los miraba desde el lienzo, inmortalmente joven y hermosa. Estaba sentada en el jardín que tanto amaba, rodeada de flores de verano, con el sol iluminando su pelo como un halo. Pero lo más notable eran sus ojos. Esos ojos verdes que brillaban con amor y alegría. Que insinuaban la promesa de todo lo que la vida le podría

ofrecer. Los mismos que miraban desde el rostro de Alex cada vez que se veía en el espejo.

Era perfecto. Más que perfecto. Era Nancy tal como había sido: viva, radiante, llena de esperanza.

—Dios mío —susurró Alex con la voz ahogada de emoción—. Es… es ella. Es como si pudiera hablar y responder.

—Está acabado —dijo Marlon cubriéndose la boca con la mano —. Hemos terminado lo que empecé hace cinco años, y lo hemos hecho juntos.

Se abrazaron de nuevo, llorando sin vergüenza y sintiendo cómo el dolor acumulado durante cuarenta y dos años se desvanecía, dejando solo belleza.

—Gracias —dijo Marlon—. Gracias por ayudarme a terminar esto. No podría haberlo hecho sin ti.

—Gracias a ti —respondió Alex—. Por amarla lo suficiente como para capturarla de esta forma. Por mantenerla viva en tu corazón todos estos años. Por no olvidarla nunca.

Cuando salieron del estudio, era casi mediodía. Habían estado pintando durante más de seis horas sin darse cuenta, completamente absortos en su trabajo.

El resto de la familia estaba desayunando en el comedor. Eva levantó la vista cuando entraron y sonrió al ver sus rostros manchados de pintura, sus ojos enrojecidos pero brillantes.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó—. Os hemos echado de menos en el desayuno.

—En el estudio —respondió Marlon acercándose. Besó la cabeza de Elsa—. Trabajando en algo importante.

—¿Qué? —preguntó Natalie con curiosidad.

Marlon miró a Alex con una muda pregunta en la mirada. Alex respondió con un leve asentimiento.

—Venid —dijo Marlon—. Hay algo que queremos enseñaros. Algo que hemos terminado esta mañana.

Toda la familia se levantó de la mesa y los siguió hacia el estudio. Las niñas iban primero, con Carol y Natalie de la mano, seguidas de Eva, Elsa, Emma y Allison.

Cuando entraron en el estudio, Marlon los guio hasta donde el retrato descansaba en el caballete, todavía húmedo, brillando bajo la luz que entraba por los ventanales.

—Este es el último retrato de Nancy —dijo con voz emocionada —. Lo empecé hace cinco años y nunca pude acabarlo. Pero esta mañana Alex y yo lo hemos terminado juntos.

Hubo un momento de silencio absoluto mientras todos miraban el lienzo.

Luego Elsa se llevó las manos a la boca, sollozando.

—Es hermoso —susurró—. Es la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Mamá… —empezó Eva, pero su voz se quebró.

Allison se acercó lentamente, apoyándose pesadamente en su bastón, con lágrimas rodando por sus arrugadas mejillas.

—Nancy —susurró extendiendo una mano temblorosa hacia el lienzo sin tocarlo—. Mi dulce Nancy. Ahí estás. Tal como te recuerdo.

Emma también lloraba, llevándose una mano al corazón.

—Es perfecto —dijo—. Absolutamente perfecto. Habéis capturado su esencia. Su luz.

Las niñas miraban con ojos muy abiertos, fascinadas.

—¿Esta es tu mamá, papá? —preguntó Natalie con voz suave, acercándose al retrato.

—Sí —respondió Alex agachándose a su altura—. Esa es tu abuela Nancy. La mujer que me dio la vida. La mujer que amó a tu abuelo Marlon con todo su corazón.

Natalie miró el retrato durante un largo momento, estudiando cada detalle.

—Tiene tus ojos —observó—. Exactamente los mismos.

—Sí —reconoció Alex sonriendo—. Los heredé de ella.

—Era muy guapa —dijo Natalie tocando suavemente el brazo de su padre—. Me habría gustado conocerla.

—A ella también le habría encantado conocerte —respondió Alex abrazándola—. Habría sido la mejor abuela del mundo.

Carol se acercó también, mirando el retrato con expresión seria.

—¿Dónde lo vais a colgar? —preguntó—. No podéis dejarlo escondido en el estudio. Es demasiado bonito para eso.

Marlon miró a Elsa, buscando su opinión.

—En el salón —dijo Elsa sin dudar—. Sobre la chimenea. Donde todos puedan verla. Donde pertenece.

—¿Estás segura? —preguntó Marlon con cuidado—. Es… es mi primer amor. No quiero que te haga sentir…

—Me hace sentir agradecida —interrumpió Elsa acercándose y tomando su mano—. Me hace sentir honrada de ser parte de esta familia. De ser la madrastra del hijo de Nancy. De compartir mi vida con el hombre que ella amó.

Miró el retrato directamente.

—Gracias, Nancy —dijo con voz firme—. Por amarlo. Por darle a Alex. Por traernos a todos a este momento. Te prometo que cuidaré de tu hijo como si fuera mío. Que honraré tu memoria. Que me aseguraré de que nunca seas olvidada.

El silencio que siguió era sagrado. Nadie se movió. Nadie habló. Todos miraban el retrato sintiendo la presencia de Nancy en la habitación, bendiciendo este momento.

Finalmente, Allison habló con voz temblorosa pero firme.

—Deberíamos hacer algo —dijo—. Algo para honrarla apropiadamente. No solo colgar el retrato. Algo más.

—¿Qué tienes en mente, abuela? —preguntó Eva.

—Un jardín —respondió Allison sonriendo entre lágrimas—. Un jardín memorial. En su honor. Plantaremos sus flores favoritas. Crearemos un espacio hermoso donde podamos sentarnos y recordarla. Donde Alex y Natalie puedan venir a sentirse cerca de ella.

—Peonías —dijo Marlon inmediatamente—. Le encantaban las peonías. Blancas y rosas. Y lavanda. Siempre decía que el olor a lavanda la calmaba.

—Y rosas amarillas —añadió Allison—. Eran sus favoritas.

—Entonces plantaremos todo eso —asintió Emma—. Puedo diseñar el jardín. Lo haré junto al huerto de manzanos. Donde ella y Marlon solían encontrarse.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Natalie—. Carol y yo también queremos plantar algo para la abuela Nancy.

—Por supuesto —respondió Emma sonriendo—. Podéis elegir las flores que queráis. También será vuestro jardín. Un lugar donde podáis venir a conocerla, aunque no esté físicamente aquí.

Alex sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas de nuevo. Esta maravillosa familia estaba haciendo todo lo posible para honrar a su madre. Para asegurarse de que no fuera olvidada. Para darle el lugar que merecía.

—Gracias —dijo mirando a todos—. Gracias por amarla. Por honrarla. Por… por aceptarnos a Natalie y a mí de esta forma.

—Sois familia —dijo Elsa con firmeza—. Y la familia cuida de la familia. Siempre.

Pasaron la tarde en el jardín, caminando por el terreno, eligiendo el lugar perfecto para el jardín memorial de Nancy. Finalmente, decidieron hacerlo donde había dicho Emma. Un espacio junto a los

manzanos donde el sol de la tarde creaba perfectos patrones de luz y sombra.

—Aquí —dijo Marlon de pie en el lugar exacto—. Aquí es donde nos besamos por primera vez. Donde le prometí que la amaría para siempre. Es perfecto.

Emma inmediatamente empezó a hacer bocetos, planeando la distribución, calculando cuántas plantas necesitarían. Las niñas corrían alrededor, marcando lugares donde querían plantar sus flores especiales.

Mientras tanto, Marlon y Alex habían vuelto al estudio para preparar el retrato para su traslado al salón. Necesitaba secarse completamente, pero querían asegurarse de que estuviera en el lugar perfecto.

—Cuando lo colguemos —dijo Marlon mientras limpiaban los pinceles—. Quiero poner una placa debajo con su nombre. Aunque se fue hace cuarenta y dos años, nunca dejó de estar conmigo. Siempre ha estado aquí, en mi corazón. Y ahora, a través de ti, en esta familia.

—Es perfecto —asintió Alex.

Trabajaron en silencio durante un rato, limpiando el estudio, ordenando los materiales. Había algo meditativo en el proceso, algo que les permitía procesar todo lo que habían creado esa mañana.

—Alex —dijo Marlon finalmente—. Hay algo más que quiero que sepas.

—¿Qué?

—Esta mañana, mientras pintábamos… he sentido que ella nos estaba guiando —reconoció Marlon dejando el trapo que estaba usando—. Que estaba aquí con nosotros y que nos había perdonado. A mi padre por separarla de mí y a mí por no buscarla.

Hizo una pausa, con los ojos brillantes.

—He sentido su paz —continuó—. Y creo que ahora puedo tener paz yo también. Puedo soltar la culpa que he cargado durante

cuarenta y dos años. Puedo perdonarme por no haber estado ahí, por no haberlo sabido.

—No hay nada que perdonar —dijo Alex poniendo una mano en su hombro—. Fuiste una víctima, tanto como ella. Ambos lo fuisteis.

—Lo sé —asintió Marlon—. Pero aun así necesitaba su perdón. Y esta mañana lo he sentido a través de ti. A través del arte y del amor que hemos puesto en este retrato.

Se abrazaron de nuevo, y Alex sintió algo similar. Como si su madre hubiera estado allí, como si hubiera puesto sus manos sobre las de ellos, guiándolos, bendiciéndolos.

«Gracias, mamá —susurró Alex mentalmente—. Por amarlo. Por darme la vida. Por llevarnos a este momento. Gracias por todo».

La cena fue más animada que el día anterior. El peso de las revelaciones había sido procesado, la tristeza transformada en celebración. Estaban juntos. Eran familia. Y tenían un futuro brillante por delante.

Después de la cena, Marlon pidió a todos que se reunieran en el salón. Había algo que quería hacer.

Con ayuda de Alex y Emma, habían colgado temporalmente el retrato de Nancy sobre la chimenea. Todavía estaba húmedo, pero lo suficientemente seco para ser movido con cuidado. Sería su lugar permanente.

—Familia —dijo Marlon de pie frente al retrato con Alex a su lado—. Quiero que todos sepáis algo. Este retrato… este hermoso retrato que Alex y yo hemos terminado juntos… es más que una pintura. Es un símbolo.

Hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Es un símbolo de que el amor nunca muere —continuó—. De que las personas que amamos nunca nos dejan. Viven en nuestros

corazones, en nuestros recuerdos, en el arte que creamos en su honor.

Miró a Eva, después a Elsa y luego a cada miembro de su familia.

—Nancy dio su vida para traer a Alex al mundo —dijo con la voz quebrada—. Y Alex me ha devuelto algo que pensé que había perdido para siempre. Me ha devuelto a Nancy. A través de él, a través de sus ojos, de su sonrisa, de su bondad… ella sigue viva. Sigue entre nosotros.

Se giró hacia el retrato.

—Así que esto —señaló el lienzo—. Esto no es el final de su historia. Es el comienzo de un nuevo capítulo donde ella es parte de esta familia para siempre. Donde su nieta, mi nieta, puede conocerla a través de su retrato y de lo que le expliquemos de su abuela. Donde su amor por mí… y el mío por ella… sea honrado y celebrado.

Allison se levantó lentamente, apoyándose en su bastón, y se acercó al retrato. Lo miró durante un largo momento, con lágrimas rodando por su rostro.

—Bienvenida a casa, Nancy —susurró—. Finalmente, estás en casa.

Una por una, cada persona en la habitación se acercó al retrato. Eva tocó suavemente el marco. Elsa se quedó mirando los ojos de Nancy durante largo rato. Emma se llevó una mano al corazón. Las niñas, aunque no comprendieran su magnitud, sentían la importancia del momento.

Finalmente, Alex se acercó y puso una mano sobre el lienzo, sintiendo el óleo todavía ligeramente húmedo bajo sus dedos.

—Hola, mamá —susurró tan bajo que solo Marlon, que estaba junto a él, pudo oírlo—. Ya estamos todos juntos. Tú, yo, papá… todos. Como debería haber sido desde el principio. Descansa en paz. Nosotros nos encargaremos del resto.

Marlon puso una mano sobre el hombro de Alex, y juntos miraron el retrato de la mujer que los había conectado a través del

tiempo y el espacio.

—Te amo —dijo Marlon al retrato—. Siempre te he amado y siempre lo haré.

Y en ese momento, todos en la habitación sintieron calidez. Una presencia. Como si Nancy realmente estuviera allí, sonriendo, bendiciendo a su familia, dándoles su amor y su paz.

Lunes, 7 de julio de 2025

El lunes por la mañana, demasiado temprano, llegó el momento de volver a Manhattan. Las maletas estaban hechas, el coche cargado. Las niñas estaban somnolientas pero contentas, hablando en voz baja en el asiento trasero sobre cuándo volverían.

Toda la familia salió al porche para despedirse. Hubo interminables abrazos, promesas de llamadas y mensajes, planes ya establecidos para el próximo fin de semana.

Marlon abrazó a Alex durante largo rato, sin querer soltarlo.

—Una semana —murmuró—. Solo una semana y vuelves.

—Solo una semana —prometió Alex—. Y luego todas las semanas que podamos. No voy a desaparecer de tu vida, papá. Te lo prometo.

Era la primera vez que Alex lo llamaba "papá" directamente, y Marlon sintió cómo se le quebraba la voz.

—Mi hijo —susurró apretándolo más fuerte—. Mi maravilloso hijo.

—El próximo fin de semana empezamos el jardín de Nancy —les recordó Emma—. Necesitaremos todas las manos posibles para plantar.

—Aquí estaremos —prometió Eva.

Natalie abrazó a Allison con fuerza.

—Gracias por contarme cosas sobre mi abuela Nancy —dijo—. Por ayudarme a conocerla.

—Es un placer, cariño —respondió Allison acariciándole el pelo —. Y hay muchas más historias que contar. Ven a visitarme pronto.

Con un último abrazo, un último beso, y un último "te quiero", Eva puso el coche en marcha y empezaron a alejarse por el camino de grava.

Alex miraba por el retrovisor, viendo cómo su padre y su nueva familia se hacían más pequeños en la distancia. Allison agitaba su bastón. Emma tenía un brazo alrededor de los hombros de Marlon. Elsa lanzaba besos con la mano.

Alex se giró hacia delante, con una sonrisa en el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Eva.

—Sí —dijo—. Más que bien. Me siento completo, por fin.

—Tu madre estaría tan orgullosa de ti —reconoció Eva tomándole la mano.

—Lo sé —respondió Alex apretando su mano—. Y creo que ella también lo sabe. Esté donde esté, lo sabe.

Condujeron en silencio durante un rato, con las niñas dormidas en el asiento trasero, exhaustas por el fin de semana de emociones.

Cuando llegaron a la autopista, cuando la finca estaba ya lejos detrás de ellos, Eva rompió el silencio.

—¿Sabes qué es lo más increíble de todo esto?

—¿Qué?

—Que nos enamoramos sin saber nada de nuestro pasado —dijo Eva sonriendo—. Sin saber que existía esta conexión. Sin buscarla. Solo… ocurrió. Y esa imposible casualidad nos llevó a descubrir algo que nunca habríamos sabido de otra forma.

—No creo que fuera una casualidad —reconoció Alex apretándole la mano—. Creo que ha sido el destino, que Nancy y el universo conspiraron para juntarnos. Para que yo pudiera encontrar

a mi padre. Para que Marlon pudiera conocer a su hijo. Para que tú y yo pudiéramos tener esta vida juntos.

—¿Crees en eso? —preguntó Eva—. ¿En el destino?

—Ahora sí —respondió Alex mirándola con amor infinito—. ¿Cómo no podría?

Eva sonrió entre lágrimas de felicidad.

—Volvamos a casa —dijo con suavidad.

—¿A Manhattan? —preguntó Alex.

Eva negó con la cabeza, apretando su mano.

—Nuestra casa es donde estemos juntos —respondió—. Tú, yo, las niñas… Ese es nuestro hogar.

Alex entendió que por fin todo tenía sentido. Eva tenía razón. El hogar no era un edificio en Tribeca ni una finca en Warwick. No era un lugar que pudiera señalarse en un mapa.

Era esto. Era ella. Era su familia. Y ese amor que los había encontrado contra todo pronóstico.

Mientras el Mercedes avanzaba por la autopista, Alex recordó la finca haciéndose cada vez más pequeña, los árboles, el lugar donde su padre esperaría su regreso el próximo fin de semana. Su pasado, ya recuperado, y su historia, finalmente completa.

Luego giró la cabeza hacia delante y vio el camino que se extendía ante ellos.

Hacia todo lo que estaba por venir. Hacia casa.



EPÍLOGO

Navidad, 25 de diciembre de 2025

Seis meses después…

La nieve había comenzado a caer durante la noche, cubriendo la finca con un manto blanco que transformaba el valle en algo sacado de un cuento. Los manzanos dormidos brillaban bajo el sol invernal, sus ramas desnudas decoradas con cristales de hielo.

El retrato de Nancy colgaba orgullosamente sobre la chimenea del salón, enmarcado en madera de nogal tallada a mano por Marlon y Alex durante las tardes de otoño. La placa de bronce debajo brillaba con la luz del fuego:

NANCY KRAFT

Habían pasado seis meses desde aquel fin de semana de julio cuando todo había cambiado. Seis meses en los que una familia fragmentada se había reconstruido, pieza por pieza, abrazo por abrazo, conversación por conversación.

Los fines de semana se habían convertido en sagrados. Alex y Natalie conducían hasta la finca casi todos, y esas mañanas tempranas con Marlon en el estudio —mezclando colores, compartiendo técnicas, hablando de arte y vida— se habían convertido en el ancla que Alex nunca supo que necesitaba.

El jardín memorial dormía bajo la nieve, pero prometiendo vida. Las peonías blancas y rosas, las rosas amarillas, la lavanda… todas esperaban bajo la tierra helada, preparándose para florecer cuando llegara la primavera en honor a Nancy.

Robert y Margaret los habían venido a visitar en septiembre. Había sido profundamente emotivo ver a los dos hombres que habían amado a Nancy, su padre y el hombre que había criado a su hijo, abrazándose bajo el retrato, llorando juntos, agradeciéndose por mantenerla viva en sus corazones.

Y el Día de Acción de Gracias, rodeados de toda la familia, Eva y Alex habían anunciado su compromiso. Habían decidido que la boda sería en verano, en la finca, bajo los manzanos donde Nancy y Marlon se habían besado por primera vez cuarenta y tres años atrás.

Ahora, en Navidad, la casa estaba llena con toda la familia. Robert y Margaret, los abuelos de Alex, ocupaban una habitación de invitados. Emma había decorado cada rincón con guirnaldas de pino y velas aromáticas. Un árbol enorme dominaba el salón. Lo habían decorado las niñas, con más entusiasmo que con criterio estético.

La mañana había transcurrido en el caos feliz de regalos abiertos, papel volando, gritos de alegría. Ahora, a media tarde y después de un almuerzo abundante, toda la familia estaba reunida en el salón.

El fuego crepitaba, las luces del árbol parpadeaban suavemente y la nieve seguía cayendo afuera, creando un mundo silencioso y perfecto.

Allison estaba en su sillón, observando a su familia con esos ojos azules todavía penetrantes. Marlon y Elsa compartían el sofá, con las manos entrelazadas. Emma tenía una copa de vino y sonreía mientras observaba a las niñas construir un fuerte con mantas en una esquina. Robert y Margaret miraban el retrato de su hija con expresiones de paz.

Y Eva y Alex estaban de pie junto a la chimenea, bajo el retrato de Nancy, con las manos entrelazadas y expresiones que hicieron que todos prestaran atención.

—Familia —comenzó Eva con voz ligeramente temblorosa—. Alex y yo queremos compartir algo con vosotros. Algo maravilloso.

Alex le apretó la mano. Eva respiró hondo y sonrió.

—Eva está embarazada. Estamos esperando un bebé —anunció —. Vamos a tener otra hija.

El silencio duró dos segundos.

Luego Elsa gritó y se lanzó hacia Eva. Marlon abrazó a Alex con lágrimas en los ojos. Allison lloraba abiertamente y Margaret

sollozaba en los brazos de Robert.

—¡Una bebé! —exclamó Emma saltando de su silla—. ¡Vamos a tener una bebé!

Las niñas salieron disparadas de su fuerte, gritando de emoción.

—¡Voy a tener otra hermana! —exclamó Carol abrazando a su madre.

—¡Yo también! —Natalie se unió al abrazo—. ¡Vamos a ser tres!

Cuando el tumulto se calmó, todos volvieron a sentarse, aunque nadie podía dejar de sonreír. Alex se aclaró la garganta.

—Hay algo más —dijo mirando a Eva—. Ya hemos decidido su nombre.

Se giró hacia el retrato de Nancy.

—Vamos a llamarla Nancy —su voz se quebró—. Nancy Eva Kraft. Para que el nombre de mi madre continúe. Para que su memoria viva no solo en retratos y jardines, sino en una niña que llevará su nombre.

El silencio que siguió fue sagrado. Margaret se llevó las manos a la boca, sollozando. Robert la abrazó.

Marlon se levantó y caminó hacia el retrato, con las manos extendidas como si pudiera tocar a Nancy a través del tiempo.

—Nancy —susurró—. Mi dulce Nancy. Vas a tener una nieta. Una niña que llevará tu nombre. Que llevará tu luz adelante.

Se giró hacia Alex y Eva, con el rostro mojado de lágrimas.

—Gracias —dijo con voz rota—. Gracias por este regalo. Por mantenerla viva de esta forma.

—Se lo merece —reconoció Eva acercándose. Lo abrazó—. Se merece ser recordada.

Natalie, que había estado callada, se acercó al retrato. Lo miró durante un largo momento.

—Hola, abuela Nancy —dijo con voz clara—. Soy Natalie. Tu nieta. Y quiero que sepas que voy a cuidar de la pequeña Nancy cuando nazca. Voy a contarle historias sobre ti. Sobre lo valiente que fuiste. Sobre cuánto amaste. Y voy a asegurarme de que nunca olvide que lleva el nombre de alguien muy especial.

Carol se unió a ella, tomando su mano.

—Y yo también —prometió—. Vamos a ser las mejores hermanas mayores. Y vamos a enseñarle sobre el amor y la familia.

Alex puso una mano sobre el vientre de Eva, donde su hija crecía.

—Gracias, mamá —susurró mirando el retrato—. Por traernos hasta aquí. Vamos a contarle todo sobre ti. Sobre tu risa, tu amor… sobre todo. Y ella va a crecer sabiendo quién y cómo eras.

Esa noche, cuando las niñas se habían ido a dormir y los invitados ya se habían retirado, los miembros principales de la familia se quedaron en el salón.

Marlon sirvió copas de vino y se acercó al retrato.

—Por Nancy Kraft —dijo—. La mujer que amé cuando tenía dieciséis años. La mujer que nunca dejé de amar. La mujer que me dio uno de los mayores regalos de mi vida: mi hijo.

Hizo una pausa, mirando a cada persona.

—Me pasé cuarenta y dos años creyendo que la había perdido para siempre —continuó—, pero estaba equivocado. Porque su amor no terminó con su muerte. Continuó a través de Alex, de Natalie. Y ahora, a través de la pequeña Nancy que llegará en junio.

—Por Nancy —dijeron todos al unísono, levantando sus copas hacia el retrato.

—Y por la pequeña Nancy —añadió Allison—. Que vivirá la vida que su abuela nunca pudo. Que será el testamento viviente de que el amor siempre gana.

Emma habló con suavidad:

—Cuando nazca, deberíamos plantar un árbol en el jardín memorial. Un manzano. Para ella. Que crezca junto a ella.

—Es perfecto —asintió Eva—. Un círculo cerrándose.

Esa noche, cuando todos dormían, Alex bajó al salón y se acercó al retrato de su madre.

—Hola, mamá —susurró—. Quiero que sepas que tu muerte no fue en vano. Tu sacrificio nos dio todo esto.

Tocó suavemente el marco.

—Y ahora vamos a tener una hija que llevará tu nombre —continuó—. Que crecerá rodeada de amor. Que vivirá todas las cosas que tú nunca pudiste.

Su voz se quebró.

—Prometo que tu nieta sabrá todo sobre ti —dijo—. Que crecerá viendo tu retrato y visitará tu jardín. Que estará orgullosa de llevar tu nombre. Y prometo que nunca serás olvidada. Tu historia continuará. A través de todas las generaciones que vengan.

Se quedó ahí durante largo rato, sintiendo una inexplicable calidez. Como si su madre realmente estuviera ahí, dándole su bendición.

—Buenas noches, mamá —susurró finalmente—. Te amo.

Mientras subía las escaleras, Alex sintió que ya estaba completo. Ya no había preguntas sin respuesta ni vacíos que necesitaran ser llenados. Solo quedaban el amor, la familia y un brillante futuro extendiéndose ante él.

Y tenía la profunda certeza de que Nancy Kraft seguía viviendo. No solo en el retrato que colgaba sobre la chimenea, sino en cada flor del jardín que florecería cuando llegara la primavera. En cada latido de su propio corazón. En cada risa de Natalie. Y pronto, muy pronto, en cada respiración de su nueva nieta.

Eternamente joven. Eternamente amada. Eternamente presente.

Porque algunas historias de amor nunca terminan.

Solo se transforman, una y otra vez, encontrando nuevas formas de seguir viviendo en los corazones de quienes amamos.

REFLEXIÓN FINAL

Hay historias que nacen del dolor y encuentran su redención en el amor. Hay secretos que se guardan durante décadas, esperando el momento perfecto para revelarse. Y hay personas que nacen para encontrarse, aunque el destino les haga dar mil vueltas antes de cruzar sus caminos.

La historia de Alex y Eva no es solo una historia de amor romántico. Es una historia de justicia poética, de círculos que se cierran, de heridas que sanan cuando finalmente se exponen a la luz.

Nancy Kraft nunca conoció a su hijo, pero su amor por Marlon fue tan poderoso que trascendió la muerte. Vivió en los cuadros que él nunca dejó de pintar, en los recuerdos que nunca se desvanecieron, en el hijo que creció sin que él lo supiera, pero que llevaba su talento en las venas.

Marlon Watts perdió a su primer amor y pasó más de cuatro décadas sin saber que ella le había dado el regalo más grande: un hijo. Pero cuando finalmente lo descubrió, no había amargura, no había reproches. Solo gratitud por el tiempo que les quedaba por compartir.

Y Eva y Alex, dos almas heridas por sus respectivos pasados, se encontraron el uno al otro en el momento perfecto. No demasiado pronto, cuando ninguno estaba listo. Tampoco demasiado tarde, cuando la oportunidad habría pasado. Sino exactamente en el momento en que debían encontrarse, para que el secreto pudiera revelarse y las familias se reencontraran.

Porque a veces, el universo sabe lo que hace. A veces, las piezas encajan de formas que nunca podríamos haber imaginado. Y algunas veces, las historias que empiezan con dolor terminan con la promesa de un futuro lleno de amor.

Nancy habría estado orgullosa. De su hijo, del hombre en que se convirtió, del amor que encontró. Y aunque ella no pudo estar ahí

para verlo, su espíritu estaba presente en cada abrazo, en cada lágrima de alegría, en cada promesa de un mañana mejor.

Porque el amor verdadero nunca muere. Solo se transforma, se adapta, encuentra nuevos caminos para manifestarse. Y en esta historia, el amor de Nancy y Marlon, interrumpido de forma tan cruel hacía años, encontró su continuación en Alex y Eva.

Dos generaciones. Dos amores. Una sola historia de redención.

Y así, mientras la nieve seguía cayendo sobre la finca de Warwick, cubriendo el jardín memorial donde Nancy descansaba en forma de recuerdo, el pasado finalmente encontró paz.

Nancy podía descansar. Su amor había sobrevivido. Su hijo había encontrado su lugar. Y su historia, lejos de ser una tragedia, se había convertido en el prólogo de algo hermoso.

Porque eso es lo que hace el amor verdadero. Persiste. Perdura. Y finalmente, siempre, siempre encuentra la forma de ganar.

¿Me regalas 30 segundos?

Si esta historia te ha emocionado, me ayudarías muchísimo dejando una reseña en Amazon.

Con una frase me basta para que otras lectoras se animen.

Gracias de corazón,

Melanie Wade

AGRADECIMIENTOS

Has llegado hasta el final de esta historia… y no sabes lo profundamente agradecida que me siento por ello.

Mientras escribía estas páginas, he sonreído muchas veces. Pero también he llorado. He tenido que detenerme más de una vez, respirar hondo y dejar que las emociones se relajaran antes de seguir escribiendo. Porque esta historia no solo ha nacido de la imaginación, también del corazón.

Saber que tú has recorrido este viaje conmigo, que has dedicado tu tiempo, tu atención y tu sensibilidad a estas palabras, es el mayor regalo que podía recibir. Cada emoción que hayas sentido —una sonrisa, un nudo en la garganta, una silenciosa lágrima— ha dado sentido a todo el esfuerzo.

Gracias por dar vida a esta historia con tu mirada, con tu forma única de sentirla. Gracias por permitir que Eva, Alex y todos los demás formen parte de tu mundo, aunque solo haya sido durante unas horas o unos días.

Si esta novela ha logrado acompañarte, tocarte el alma o quedarse contigo un poco más allá de la última página, entonces puedo decir que ha cumplido su propósito. Porque tú, lector o lectora, eres el verdadero corazón de este relato.

Me encantaría que hayas sentido el mismo cariño, la misma ternura y el mismo amor que yo sentí mientras la escribía. Y ojalá vuelvas a estar ahí, esperándome, cuando llegue la próxima historia.

Gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.

Con todo mi cariño,
Melanie Wade

P.D.: Si tienes curiosidad por descubrir más información sobre mí y mi obra literaria, puedes visitar mi página de autor de Amazon

https://www.amazon.es/stores/Melanie-Wade/author/B0DWXL1QPJ?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

También puedes encontrarla en la próxima página

Serie secretos de Manhattan 1

Bajo las reglas del juego: Dos almas opuestas, un amor que desafía todas las reglas

https://relinks.me/B0DSV6VFP6



Me llamo Anna Roberts. Soy una chica sencilla, práctica, y de clase media. Cuando acepté trabajar como secretaria personal de Mark Blackwell, nunca pensé que mi vida daría un giro tan radical. Es un hombre frío, exigente, perfeccionista, y que representa todo lo que detesto. Cuando empecé a trabajar con él, fue como enfrentarme a un muro de hielo. Pero, poco a poco, he descubierto que, tras esa fachada de dureza, se esconde un hombre marcado por su pasado, con miedos e inseguridades, pero apenas lo deja ver.
Tras la traición de mi ex, me había prometido a mí misma no volver a confiar en ningún hombre, pero hay algo en Mark que me intriga, que me desafía… ¡Y que también me atrae!

Soy Mark Blackwell, un hombre que ha dedicado su vida a alcanzar el éxito. En mi mundo, las emociones son un lujo que nunca me he permitido. Todo en mi vida está planificado, controlado y calculado… O lo estaba, hasta que Anna Roberts entró en mi despacho.
No obstante, ella no es como las demás. Su carácter firme y desafiante me

desconcierta. No se doblega, no intenta agradarme, y sabe manejar mi difícil temperamento como nadie.
Anna representaba todo lo que he intentado evitar: alguien capaz de atravesar mis defensas y ver más allá del hombre rígido y perfeccionista que todos conocen.

Serie secretos de Manhattan 2

Estás en mi lista negra: Un amor que no debería haber sucedido, pero que es imposible evitar

https://relinks.me/B0DZTXXFYS



***"Creía conocerlo. Creía poder resistirse. Pero la noche en que la verdad salió a la luz, supo que ya era demasiado tarde..."* (*En mi lista negra*)**

Megan
Nunca pensé que aceptar un puesto como abogada corporativa en una de las firmas más prestigiosas de Nueva York me llevaría a enfrentarme con el hombre más insufrible, autoritario… y condenadamente atractivo que he conocido. Wes Bateman es brillante, calculador y tiene una norma inquebrantable: nunca mezcla trabajo con placer. Pero desde el primer momento en que cruzamos miradas, cada conversación se ha convertido en un duelo de ingenio, cada roce accidental en una chispa encendida. Y ahora, por una jugada del destino, tengo que acompañarlo a la boda de su hermana. Lo que comenzó como una simple estrategia para evitar preguntas incómodas, se ha convertido en algo mucho más peligroso. Pero estar cerca de Wes no solo me tienta… me consume. Y lo peor es que no sé si seré capaz de resistirme.

Wes

Desde que fundé mi empresa, he vivido según mis propias reglas. El trabajo es trabajo, el placer es placer, y nunca permito que se mezclen. Pero Megan llegó para desafiarlo todo. Inteligente, decidida y completamente inmune a mi autoridad, ha conseguido enloquecerme de todas las formas posibles. Lo que nunca imaginé es que detrás de su actitud desafiante, de sus réplicas y su lista negra de hombres a evitar… se escondiera un pasado que nos une más de lo que jamás creí posible. Ahora, cada vez que la miro, sé que estoy en problemas. Porque no solo la deseo: la quiero. Y esta vez, no pienso dejarla escapar.

Serie secretos de Manhattan 3

Manual de instrucciones para odiarte: Ella no lo vio venir. Él tampoco sabía lo que le esperaba

https://relinks.me/B0F53DKHCL



Alexander:
No planeaba volver. Después de catorce años en los cuerpos especiales de la Armada, la vida se reduce a obedecer, a controlar cada movimiento, cada pensamiento. Y eso me funcionaba. Hasta que una llamada cambió todo. Ahora estoy aquí, en casa, mirando a una desconocida ocupando mi espacio, no solo en mi casa, también en Wolfe Capital Partners, la empresa que mi padre construyó. No sé si es parte del problema... o la única solución.
Claudia:
Todo lo que tengo, me lo he ganado. Horas de estudio, decisiones inteligentes, y un talento que nadie me ha regalado. Peter Wolfe lo vio en mí y apostó fuerte. Ahora, vivo con su familia, dirijo proyectos, gestiono acuerdos y tomo decisiones. No necesito favores, ni aliados. Mucho menos distracciones. Pero entonces, él apareció. Alexander Wolfe. El hijo pródigo que vuelve para reclamar lo que cree que le pertenece.
Alexander:

Ella es brillante. Arrogante, desafiante… y peligrosamente atractiva. La empresa es un tablero de estrategias, y en casa, los silencios pesan tanto como las palabras que no se dicen.
Claudia:
Él es un problema. Un problema con unos ojos azules que nunca se apartan de mí, que desnudan mis estrategias y rompen mi tranquilidad.
Alexander y Claudia:
En este juego, las reglas son simples: sobrevivir, ganar… y no rendirse. Pero la atracción entre dos mentes brillantes puede ser un arma poderosa. Y también, una bomba a punto de estallar.

Serie secretos de Manhattan 4

Sin memoria de tus labios: Dos corazones rotos, un pacto de mentiras... y una pasión inesperada.

https://www.amazon.es/dp/B0F9VGXRBJ



Sin memoria de tus labios : "Simular pasión es fácil. Lo difícil es fingir que no la sientes".

LORI
Pensé que nada podía dolerme más que la traición de mi marido. Me equivoqué.
Verlo en la cama con la mujer que yo llamaba amiga fue solo el comienzo.
Porque el destino, cruel y oportuno, me empujó directo a los brazos del único hombre al que juré odiar: Jackson Reed.
El arrogante, brillante y encantador Jack. El mismo que una vez me humilló sin saberlo.
Ahora vivimos bajo el mismo techo. Fingimos ser amantes, cómplices, una pareja perfecta… y cada mirada, cada roce, cada beso que nos vemos obligados a dar para continuar el engaño, se vuelve una amenaza contra mi propio control.
Necesitaba vengarme, pero no contaba con empezar a sentir algo por él.

JACK
Nunca imaginé que la mujer a la que herí con una frase olvidada sería la misma que

incendiaría mi vida años después.
Lori Scott.
Implacable en los tribunales, hermosa sin proponérselo, y más fría que el acero.
Aceptó mi propuesta por rencor, igual que yo la formulé por orgullo.
Un juego peligroso: fingir que somos pareja para destrozar a quienes nos traicionaron.
Pero ella no actúa. Ella arde.
Y yo… estoy empezando a olvidar que esto solo era una venganza.
Porque cada vez que la beso, entiendo por qué podría enamorarme de ella.

Serie secretos de Manhattan 5

Entre las brechas del silencio: Puede protegerla de todos… excepto de sí mismo

https://relinks.me/B0FHFR4T4F



CASEY MORGAN
Soy la hija de uno de los hombres más influyentes de Nueva York. Vivo rodeada de lujos, compromisos sociales... y aburrimiento. Hasta que, una noche, me convierto en testigo de un asesinato y todo cambia.
Ahora tengo un guardaespaldas pegado a mis talones.
Es muy alto, rubio, frío como el Ártico y con la mirada de alguien que ha visto demasiado.
Se llama Dimitri Volkov, es un exmilitar ruso, hombre de pocas palabras y menos sonrisas.
Dice que está aquí para protegerme, pero creo que lo que quiere es volverme loca. Yo solo sé que, cada vez que me mira, mi cerebro se apaga y mis hormonas toman el mando.
Porque, por mucho que me muestre su faceta de piedra, sé que debajo hay fuego.
Y lo peor es que me muero por quemarme junto a él.

DIMITRI VOLKOV

No me pagan para sonreír, ni para caer bien. Me entrenaron para no sentir, para mantener la cabeza fría en cualquier situación. Pero no me prepararon para ella.
Y Casey Morgan… es mi trabajo.
Una joven millonaria demasiado atractiva, con excesivo sarcasmo y ningún respeto por las normas.
Cree que esto es un juego. Que puede provocarme y salir ilesa.
Lo que no sabe es que, detrás de mi frialdad, hay límites que no quiero cruzar… y otros que estoy a un paso de romper.
Me provoca, me desafía, me saca de quicio.
Pero también me recuerda que, bajo mi disciplina y mis cicatrices, sigo siendo un hombre.
Protegerla es mi deber, pero lo que siento por ella… ya es otra historia.
Novela independiente y autoconclusiva

Serie secretos de Manhattan 6

El silencio que me protege: Entre el amor y la verdad

https://relinks.me/B0FLVTRFXX



Laura Adams

He dejado de ser Olivia Bennett y he llegado a Cold Springs con un único propósito: desaparecer.

En un lugar tan pequeño, donde todos se conocen, creí que sería imposible pasar inadvertida… y, sin embargo, lo he logrado. Lo que no he podido dejar atrás son las invisibles cicatrices que me han quedado tras un pasado marcado por el miedo y el maltrato. Aquí vivo con otro nombre y un silencio que me protege.

Lo que no esperaba era que Clive Harris empezara a mirarme así… como si pudiera ver más allá de mis muros. Y que, en lugar de interrogarme, me desarmara con su calma.

Sé que me estoy acercando demasiado a él. Que, entre confidencias y miradas que hablan más que las palabras, mi corazón empieza a ceder.

Clive Harris

Soy el jefe de policía de Cold Springs y no es fácil engañarme. Desde que la vi, supe que Laura Adams no es quien dice ser. Mi instinto me dice que huye, y mi experiencia me confirma que esconde algo. La he buscado en todas las bases de

datos, en redes sociales… y nada. Es como si no existiera.
Lo que no esperaba era sentir esa incómoda atracción cada vez que me mira… ni descubrir que, bajo su aparente calma, hay una mujer capaz de desarmarme con una sola sonrisa. Pero una tarde cualquiera, tras un paseo por rincones escondidos y una cena, entre nosotros se encendió algo que ninguno de los dos esperaba. Entre veladas confidencias, miradas que hablan más que las palabras y una atracción que crece a cada minuto, he descubierto que mi deseo de protegerla empieza a ser más fuerte que la necesidad de respuestas.

Pero, lo que ninguno de los dos sabe es que, para Laura, enamorarse de otro hombre podría ser la decisión más peligrosa de su vida, porque Ryan Short, su exnovio, nunca dejará de buscarla.

Serie secretos de Manhattan 7

Entre tu mundo y el mío: Una línea que no deberíamos cruzar

relinks.me/B0FR2NGF29



¿Puede el amor sobrevivir cuando lo que más temes es volver a confiar?

Claudia

«Después de una traición que me obligó a no creer en los hombres, llegué rota a Nueva York. Solo quería refugiarme en mi trabajo de periodista, esconderme tras mi libreta roja y escribir la verdad.

Nunca imaginé que me tocaría enfrentarme a Ethan Page, el rey de Manhattan, porque él es un hombre que representa todo lo que detesto: poder, arrogancia y un magnetismo tan peligroso como irresistible.

Mi misión es clara: desenmascarar al CEO más influyente de Manhattan, exponer sus grietas y firmar el artículo que puede cambiar mi carrera.

Sé que está acostumbrado a controlar a todos, pero yo no pienso convertirme en una de las piezas de su tablero.

Lo que no esperaba era descubrir cuánto me atrae aquello que juré evitar».

Ethan

«He tenido mujeres, poder, éxito. Todo… excepto lo único que importa: alguien en quien poder confiar. He conocido la traición, y eso me enseñó a vivir con el control como única armadura.

Hasta que apareció Claudia Pons. Ella no es como las demás. No sonríe para complacerme, no se intimida ante mis silencios, y no teme hacer preguntas incómodas. Y aunque se empeñe en esconderlo, sus ojos me desafían tanto como me atraen. Podría mantenerla lejos, pero algo en mí me obliga a tenerla cerca.

Entre nosotros hay atracción, pero también un secreto temor, porque ambos sabemos lo que significa perder la confianza… y ninguno está dispuesto a volver a sangrar».

Serie Sombras en Central Park 1

El espejo que nunca miraron: El pasado siempre vuelve. A veces, en forma de reflejo

https://relinks.me/B0G48Q3597



Una historia que te rompe, te abraza… y se queda grabada en tu piel mucho después de cerrar el libro.

Greta Jackson ha construido su vida sobre un solo pilar: no depender de nadie. Es brillante, fuerte y autosuficiente. Tras años de protegerse de promesas vacías, ha aprendido a no confiar en hombres que parecen tener el control absoluto de su mundo.
Peter Lockwood es, justo, ese tipo de hombre. Seguro de sí mismo, exitoso y distante en lo emocional, Peter está acostumbrado a no necesitar a nadie… hasta que Greta irrumpe en su vida y rompe sus esquemas.
Entre ellos nace una profunda e intensa atracción. Nada es sencillo, pero todo es auténtico. Sin embargo, cuando la espontánea cuñada de Peter, Jessie, entra en escena, lo que parecía una historia de amor se transforma en algo mucho más trascendental.
De pronto, un vínculo inexplicable sale a la luz. Un pasado silenciado reclama su lugar y una verdad latente amenaza con cambiar el sentido de sus vidas.
Porque algunas conexiones no se eligen, se reconocen. Y hay reflejos que, cuando por fin te atreves a mirar, lo cambian todo de forma absoluta.

El espejo que nunca miraron es una novela conmovedora sobre el amor que sana, la familia que se encuentra y la identidad que se revela cuando el corazón, por fin, deja de huir.

¡Muchísimas gracias por seguirme!